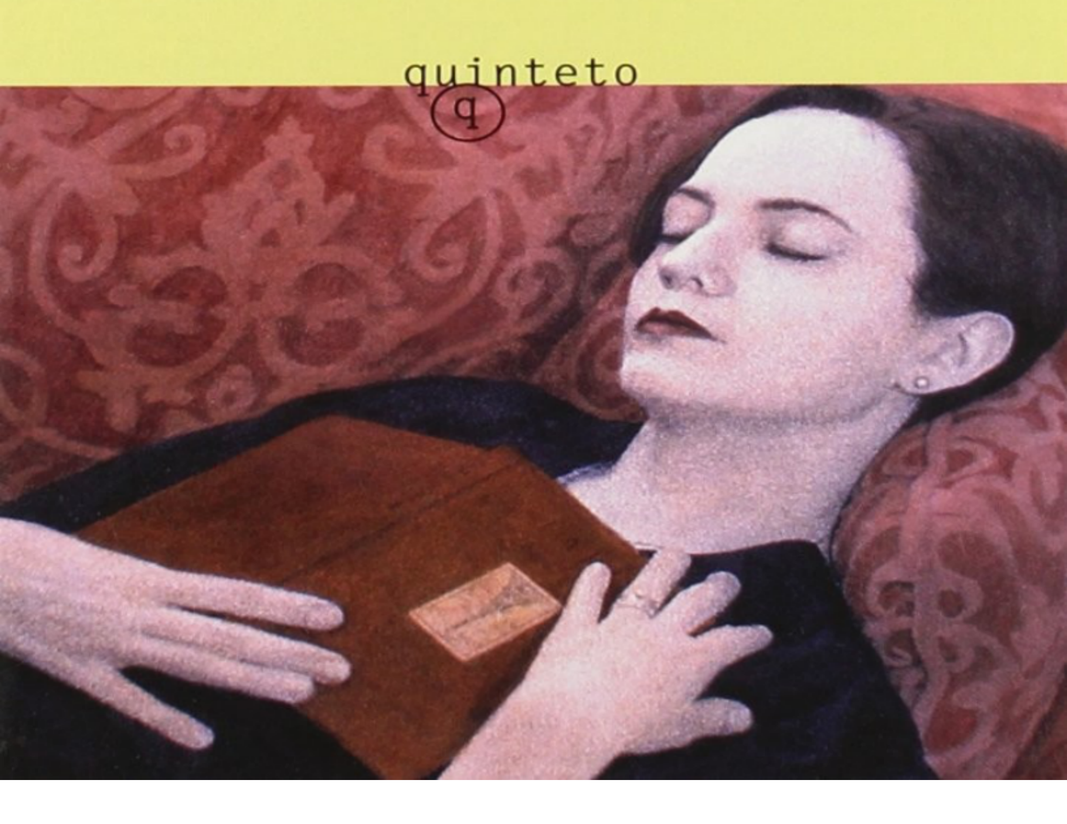
KAREN JOY FOWLER

EL CLUB DE LECTURA JANE AUSTEN

quinteto



A Sean Patrick James Tyrrell,

desaparecido y siempre recordado.

Rara vez, muy rara vez, una revelación humana alberga toda la verdad; rara vez sucede que algún detalle no quede disimulado o un poco confuso.

Jane Austen, *Emma*

Prólogo

Cada cual tiene su Austen particular.

Para Jocelyn, Austen escribió novelas maravillosas de amor y de cortejo amoroso, pero no se casó. El club de lectura fue idea suya, ella misma seleccionó a las participantes con esmero. Tenía más ideas en una mañana que todas las demás en una semana, y mucha más energía también. Era esencial reintroducir a Austen en nuestra vida asiduamente, dijo Jocelyn, dejarla mirar en torno. Sospechábamos que ocultaba un orden del día, pero ¿quién utilizaría a Jane Austen para un propósito malo?

Para Bernadette, Austen era un genio humorístico. Los personajes y los diálogos eran verdaderamente graciosos, no como los chistes de Shakespeare, que nos parecían divertidos sólo porque eran de Shakespeare y se lo debíamos.

Bernadette era la mayor del club, estaba a punto de completar la curva de los sesenta y siete. Había anunciado hacía poco que, oficialmente, no se cuidaría más.

—No me miro más en el espejo y ya está —nos dijo—. Ojalá se me hubiera ocurrido mucho antes… Como los vampiros —añadió, y al decirlo así, nos preguntamos cómo se las arreglarían los vampiros para estar siempre tan atildados. Mejor se diría que ellos tenían que parecerse más a ella. Prudie la había visto en zapatillas en el supermercado, un día, con los pelos de punta como si ni siquiera se hubiera peinado. Estaba comprando *edamames* congelados, alcaparras y otros productos que no podía necesitar inmediatamente.

La novela predilecta de Bernadette era *Orgullo y prejuicio*; había comentado a Jocelyn que, seguramente, sería la que más gustaba a todo el mundo. Recomendó que empezáramos por ese título. Pero el marido de Sylvia, de treinta y dos años, acababa de pedir el divorcio y Jocelyn no quería someterla, con la noticia tan reciente y dolorosa todavía, al bombón del señor Darcy.

—Empezaremos con *Emma* —le contestó Jocelyn—, porque no conozco a nadie que haya deseado estar casado después de leerla.

Jocelyn y Sylvia se habían conocido a los once años; ahora habían estrenado los cincuenta. Austen, para Sylvia, era una hija, una hermana, una tía. En su imaginación, Austen escribía sus libros en una salita poblada, se los leía en voz alta a su familia pero seguía siendo una observadora imparcial y perspicaz de la gente. La Austen de Sylvia podía amar y ser amada, pero eso no le nublaba la vista ni le restaba capacidad de juicio.

Es posible que Sylvia fuera el motivo y la razón del club de lectura, que Jocelyn deseara mantenerla ocupada en los tiempos difíciles. Sería muy propio de ella. Sylvia era su amiga más antigua e íntima.

¿No fue Kipling quien dijo «en situaciones apuradas, nada como Jane», o algo parecido?

[image]

—Creo que tendríamos que ser sólo mujeres —dijo Bernadette a continuación—. La dinámica cambia si hay hombres. Ellos pontifican, más que comunicarse. Hablan más que comparten.

Jocelyn abrió la boca.

—Nadie puede decir una palabra —le advirtió Bernadette—. Las mujeres son indecisas a la hora de interrumpir, por más tiempo que lleve hablando una persona.

Jocelyn se aclaró la garganta.

—Por otra parte, los hombres no forman clubes de lectura —prosiguió Bernadette—. Consideran la lectura un placer solitario, si es que leen en absoluto.

Jocelyn cerró la boca.

Sin embargo, el siguiente candidato a quien se lo propuso fue Grigg, aunque ninguna lo conocíamos. Grigg era un hombre pulcro, de cabello moreno y cuarenta y pocos años. Lo primero que llamaba la atención en él eran las pestañas, largas y espesas. Nos imaginamos a todas sus tías lamentando de por vida el despilfarro de esas pestañas en un rostro masculino.

Hacía tiempo suficiente que conocíamos a Jocelyn como para preguntarnos qué papel pretendería adjudicar a Grigg. Era excesivamente joven para algunas de nosotras, y excesivamente viejo para las demás. Su inclusión en el club nos desconcertó.

Las que conocíamos a Jocelyn de más tiempo habíamos

sobrevivido a múltiples montajes suyos. Ya en los tiempos de la escuela, había presentado a Sylvia al muchacho que después sería su marido, y fue la madrina de la boda, tres años después de la graduación. Ese primer éxito le permitió probar el sabor de la sangre, de lo cual nunca se recuperó. Sylvia y Daniel, Daniel y Sylvia. Más de treinta años de satisfacción, aunque, naturalmente, ahora era difícil de aprovechar.

Jocelyn se había mantenido soltera, de modo que tenía tiempo para toda clase de aficiones.

Había pasado seis meses dedicada por entero a buscar jóvenes apropiados para la hija de Sylvia, Allegra, cuando cumplió los diecinueve años. Ahora, Allegra tenía treinta, y fue la quinta persona a quien se le pidió que entrara en el club de lectura. Según Allegra, Austen escribía sobre el impacto de la necesidad económica en la vida íntima de las mujeres. Si hubiera sido dependienta de una librería, habría colocado a Austen en la sección de terror.

Allegra llevaba el pelo corto, iba a peluquerías caras y compraba zapatos provocativos y baratos, pero ninguno de esos detalles nos habría planteado dudas si además, en demasiadas ocasiones como para contarlas, no se hubiera declarado lesbiana. La incapacidad de Jocelyn para ver lo que jamás se había ocultado llegó a resultar ofensiva, y Sylvia se la llevó aparte y le preguntó por qué le costaba tanto trabajo entenderlo. A Jocelyn le mortificó.

Entonces empezó a buscar jóvenes apropiadas. Jocelyn regentaba una residencia y criadero de ridgebacks de Rhodesia. Felizmente, el mundo de los perros rebosaba de jóvenes apropiadas.

Prudie, de veintiocho años, era la más joven del club. Su novela predilecta era *Persuasión*, la última y la más sombría. Para Prudie, los libros de Austen cambiaban con cada lectura, y así, un año todos eran románticos, pero al siguiente, de pronto descubría la prosa fría e irónica de la autora. Para Prudie, Austen era la que había muerto, posiblemente de la enfermedad de Hodgkin, cuando tenía solamente cuarenta y un años.

A Prudie le habría gustado que, de vez en cuando, reconociéramos el hecho de que se había ganado la invitación por ser una auténtica devota de Austen, al contrario que Allegra, que en realidad estaba allí sólo por su madre. Aunque eso no quería decir que Allegra no tuviera ideas válidas; Prudie tenía ganas de conocerlas. Siempre era bueno saber lo que pensaban las lesbianas sobre el amor y

el matrimonio.

Prudie tenía un rostro espectacular, ojos hundidos, tez blanquísima y pómulos oscuros. Una boca diminuta y unos labios que casi desaparecían cuando sonreía, como el gato de Cheshire, pero al revés. Daba clases de francés en la escuela superior y era la única casada del grupo en ese momento, sin contar a Sylvia, que pronto dejaría de serlo. Y quizá Grigg —de Grigg no sabíamos—, pero ¿por qué lo iba a invitar Jocelyn, si fuera casado?

Los seis —Jocelyn, Bernadette, Sylvia, Allegra, Prudie y Grigg— componíamos la lista completa del Club de Lectura de Central Valley y River City «Siempre Todo Jane Austen». La primera tertulia se celebró en casa de Jocelyn.

Marzo

[image]

Uno

en el que nos reunimos en casa de Jocelyn para hablar de Emma

Nos sentamos en círculo en el protegido porche de Jocelyn al anochecer, tomando té frío hecho al sol, envueltos en el olor de sus casi cinco hectáreas de césped California recién cortado. La vista era muy bonita. El crepúsculo había sido un espectacular despliegue púrpura y ahora las montañas Berryessa se sumían en la sombra en el oeste. Recto hacia el sur, en primavera pero no en verano, corría un riachuelo.

—Escuchad a las ranas —dijo Jocelyn. Escuchamos. Al parecer, en alguna parte, entre el clamor de la residencia de perros ladradores, cantaba un coro de ranas.

Nos presentó a Grigg. Había traído la edición de Gramercy de las novelas completas, lo cual parecía indicar que Austen no era más que un capricho reciente. La verdad es que no podíamos dar la aprobación a una persona que se presentaba con un libro obviamente nuevo, una persona que tenía las novelas completas en el regazo cuando el objeto de la tertulia iba a ser *Emma* exclusivamente. Tan pronto como hablara, dijera lo que dijese, una de nosotras tendría que ponerlo en su sitio.

Esa persona no sería Bernadette. Aunque era ella quien había pedido que fuéramos sólo mujeres, tenía el mejor corazón del mundo; no nos sorprendió que diera la bienvenida a Grigg.

—Es encantador que un hombre se tome a la señorita Austen con interés —le dijo—. Y un placer conocer la perspectiva masculina. Nos complace que esté usted aquí.

Bernadette jamás decía las cosas una sola vez si podía decirlas tres. Esa costumbre resultaba irritante en ocasiones, pero generalmente producía un efecto relajante. Al llegar, traía colgando

sobre la oreja algo que parecía un gran murciélago. Era una simple hoja y Jocelyn se la quitó cuando se abrazaron.

Jocelyn había encendido dos calefactores portátiles que zumbaban acogedoramente en el porche. El suelo, con alfombras indias, era de baldosas españolas de un rojo que disimulaba los pelos de perro, dependiendo de la raza. Había lámparas de porcelana en forma de tarro de jengibre, redondas y orientales, sin el típico polvo en la bombilla porque estábamos en casa de Jocelyn. Funcionaban con un temporizador. Cuando fuera oscurecía lo suficiente, en el momento perfecto, se encendían todas al mismo tiempo como un coro. Todavía no se habían encendido, pero estábamos esperándolo. Quizá entonces alguien dijera algo brillante.

En la única pared había una fila de fotografías: la dinastía de ridgebacks de Jocelyn, cada ejemplar con su orla y su pedigrí. Los ridgebacks son una raza matriarcal, una de sus muchas características atractivas. Con Jocelyn en la posición alfa, tendríamos una civilización avanzada en ciernes.

Queenie del Serengeti nos miraba por encima del hombro con ojos de gacela y fruncido ceño inteligente. Es difícil captar la personalidad de un perro en una fotografía; los perros quedan más planos que las personas, e incluso que los gatos. Los pájaros son muy fotogénicos porque su espíritu está bien protegido y, de todos modos, el tema principal suele ser el árbol. Pero Queenie había salido muy favorecida, y la foto se la había hecho Jocelyn personalmente.

Debajo de la fotografía de Queenie, su hija, Sunrise on the Sahara, estaba tumbada en carne y hueso a nuestros pies. Acababa de acomodarse tras haberse pasado la primera media hora yendo de uno a otro entre nosotros, echándonos en la cara olores calientes y putrefactos y dejándonos pelos en los pantalones. Era la predilecta de Jocelyn, el único perro que podía entrar en casa, aunque no era de gran valor porque padecía hipertiroidismo y había tenido que ser esterilizada. Jocelyn decía que era una lástima que no fuera a tener descendencia porque tenía un temperamento muy dulce.

Jocelyn se había gastado hacía poco más de dos mil dólares en facturas del veterinario por cuenta de Sahara. Nos alegramos de saberlo; teníamos entendido que la cría de perros podía hacer a las personas crueles y calculadoras. Jocelyn no perdía la esperanza de seguir presentándola en competiciones, aunque el criadero no se beneficiase de ello; pero es que Sahara las echaba de menos. Si conseguía suavizarle el andar —en el caso de los ridgebacks, todo se reducía al andar— todavía podría presentarla, aunque no ganara nunca. (Pero Sahara sabía cuándo perdía; se ponía sumisa y

meditabunda. Algunas veces, alguien se acostaba con el juez y no había nada que hacer.) Sahara competía en la categoría de Perra Sexualmente Modificada.

Fuera, los ladridos se intensificaron hasta la histeria. Sahara se levantó y se dirigió, tensa, hasta la puerta corredera, con el lomo erizado como un cepillo de dientes.

—¿Por qué Knightley no será más atractivo? —se preguntó Jocelyn—. Tiene tantas y tan buenas cualidades… ¿Por qué no le tomo cariño?

Casi no podíamos oírla, y tuvo que repetirse. La verdad es que en semejantes condiciones, lo propio habría sido hablar de Jack London.

[image]

Gran parte de lo que sabíamos de Jocelyn era gracias a Sylvia. La pequeña Jocelyn Morgan y la pequeña Sylvia Sánchez se habían conocido en un campamento femenino de *scouts* a los once años, y ahora tenían cincuenta y pico. Las dos habían estado en la cabaña *chippewa* preparándose para la insignia de supervivencia en el bosque. Tenían que encender una hoguera con auténticas pirámides de astillas, después cocinar allí y luego comerse lo que habían cocinado; pero no se daban los requisitos por cumplimentados hasta que la *scout* se fregara el plato. Tenían que reconocer hojas, pájaros y setas venenosas. ¡Como si alguna de ellas fuera a comerse una seta en su vida, ni venenosa ni nada!

Como prueba final, las habían organizado en grupos de cuatro y se las habían llevado a un claro situado a unos diez minutos de distancia, y las habían dejado allí para que volvieran solas. No era difícil, contaban con una brújula y una pista: el comedor estaba hacia el suroeste del claro.

El campamento duraba cuatro semanas, y todos los domingos, los padres de Jocelyn se acercaban en coche desde la ciudad —tres horas y media de viaje— y le llevaban chucherías dominicales.

—Todo el mundo la quería a pesar de todo —decía Sylvia. Era difícil de creer, incluso para nosotras, que la queríamos una tonelada —. Estaba sumamente mal informada.

Sus padres la adoraban hasta el punto de no soportar que lo pasara mal. Jamás le habían contado un cuento con final triste. No sabía nada del DDT ni de los nazis. Durante la crisis de los misiles cubanos, no la habían dejado ir al colegio porque no querían que se

enterase de que teníamos enemigos.

—Se nos ocurrió, a las *chippewas*, hablarle de los comunistas —dijo Sylvia— y de los abusadores de niños, del holocausto, de los asesinos en serie, de la menstruación, de locos prófugos con garfios por manos, de la bomba, de lo que les había sucedido a los *chippewas* de verdad.

»Claro está que nosotras tampoco lo teníamos nada claro. ¡Menuda papilla de desinformación le dimos de comer! De todos modos, se parecía más a la realidad que lo que le daban en casa. Pero ella estaba muy dispuesta, se merecía toda la admiración.

»Todo se nos vino abajo el día en que teníamos que encontrar el camino de vuelta al campamento. Jocelyn tenía la fantasía paranoica de que, mientras estábamos de excursión y comprobábamos el funcionamiento de la brújula, los demás hacían el equipaje y se marchaban. Entonces, cuando llegáramos, la cabaña, el comedor y las letrinas estarían en su sitio, pero todo el mundo se habría ido, y lo que era peor, sólo encontraríamos polvo, telarañas y tablones que se hacían astillas. Sería como si hiciera cien años que el campamento había sido abandonado. A lo mejor le habíamos contado también demasiados relatos de *La dimensión desconocida.*

»Pero lo más raro fue lo siguiente. El último día, sus padres acudieron a recogerla y, en el trayecto de vuelta, le contaron que se habían divorciado durante el verano. En realidad, la habían mandado fuera únicamente por ese motivo. Tantos domingos viajando juntos para llevarle las chucherías, y en realidad no se soportaban el uno al otro. Su padre estaba viviendo en un hotel de San Francisco, había pasado allí todo el mes que ella había estado en el campamento. "Como siempre en el restaurante del hotel —le dijo—. Sólo tengo que bajar a desayunar y pedir lo que más me apetezca". Jocelyn comentaba que su padre lo decía como si fuera el único motivo por el que se había ido, porque comer en restaurantes era genial. Tenía la impresión de que la habían cambiado por unos huevos al plato.

Un día, años más tarde, la llamó para decirle que tenía un poquito de gripe. Nada que tuviera que preocupar a su linda cabecita. Tenía entradas para ir los dos a un partido de béisbol, pero no creía que pudiera ir, tendrían que dejarlo para otro momento. ¡Arriba los Giants! La gripe resultó ser un ataque cardíaco. Su padre ingresó cadáver en el hospital.

—No me extraña que se convirtiera en una fanática del control —añadió Sylvia. Con amor. Hacía más de cuarenta años que Jocelyn y Sylvia eran amigas íntimas.

[image]

—No hay vehemencia en el señor Knightley —dijo Allegra. Tenía una cara muy expresiva, como Lillian Gish en las películas mudas. Fruncía el ceño cada vez que planteaba una cosa, lo hacía desde pequeña—. Frank Churchill y Jane Fairfax se encuentran en secreto y discuten, inventan y mienten a todos sus conocidos. Su mal comportamiento hace creer que están enamorados. Uno se imagina sexo. Con el señor Knightley no hay forma de imaginárselo. —Allegra tenía voz de nana, grave pero penetrante. Se impacientaba con nosotras frecuentemente, pero mantenía un tono tan tranquilizador que, en general, no nos dábamos cuenta hasta después.

—Eso es cierto —convino Bernadette. A través de los cristales de sus gafas diminutas, se le veían los ojos redondos como guijarros—. Emma insiste en lo reservada que es Jane, incluso el señor Knightley dice lo mismo, es muy receptivo respecto a todos. Pero ella es la única en todo el libro —se encendieron las luces y Bernadette se sobresaltó, pero no se perdió una palabra por ello— que siempre parece desesperadamente enamorada. Austen dice que Emma y el señor Knightley son un matrimonio corriente. —Hizo una pausa de reflexión —. Está claro que cuentan con su aprobación. Supongo que la palabra «corriente» tenía otro significado en tiempos de Austen. Nada de lo que avergonzarse, por ejemplo. Nada que diera pábulo a las lenguas. Sin excederse ni por elevado ni por bajo.

La luz se derramaba como leche sobre el porche. Varios insectos grandes y alados se lanzaban contra las mamparas en su delirio por encontrarla, siguiéndola hasta la fuente. Como consecuencia, se oían golpecillos secos constantemente, algunos tan fuertes que hacían gruñir a Sahara.

—No hay pasión animal —dijo Allegra.

Sahara se volvió. Pasión animal. Había visto cosas en las jaulas, cosas que le pondrían los pelos de punta a cualquiera.

—No hay pasión en absoluto —repitió Prudie, pero pronunciando «pasión» en francés, con un final muy nasal. Como era profesora de francés, no resultó tan absolutamente repelente como hubiera podido.

Aunque tampoco nos gustaba. El mes anterior, Prudie se había depilado las cejas casi por completo en la esteticista, lo que le daba un aire de sorpresa continua. No íbamos a dejar pasar la ocasión.

—*Sans passion, amour n'est rien* —añadió Prudie.

—*Après moi, le deluge* —respondió Bernadette, sólo por que las palabras de Prudie no cayeran en un vacío que pudiera interpretarse como frialdad. Verdaderamente, Bernadette pecaba de amabilidad, a veces.

Fuera no había nada que oliera mal. Sahara se alejó de la puerta de la mampara y se arrimó a Jocelyn con un suspiro. Después dio tres vueltas, se sentó y apoyó la barbilla en la fornida puntera del zapato de su ama. Estaba relajada pero atenta. A Jocelyn no le alcanzaría nada que no pasara primero por Sahara.

—Con permiso —Grigg se aclaró la garganta y levantó la mano—. He observado que en *Emma* existe una especie de sensación de peligro. —Empezó a contar con los dedos. No llevaba alianza de matrimonio —. Los gitanos violentos, los hurtos inexplicables, el accidente de Jane Fairfax en la barca, la preocupación continua del señor Woodhouse. Una sensación amenazadora se cierne sobre las cosas, las cubre con su sombra.

Prudie intervino con rapidez y resolución.

—Pero lo que Austen quiere decir es que nada de eso es real. No hay verdadera amenaza.

—Me temo que ha errado totalmente —dijo Allegra.

Grigg no añadió nada más. Sus pestañas se abatieron sobre las mejillas e impidieron la lectura de su expresión. Le tocaba a Jocelyn, como anfitriona, cambiar de tema.

—En una ocasión leí que la trama de *Emma*, la lección de humildad de una muchacha bonita y pagada de sí misma, es la más popular de todos los tiempos. Creo que lo dijo Robertson Davies. Que era la única clase de relato que podía gustar a todo el mundo.

[image]

Cuando Jocelyn tenía quince años, conoció a dos chicos jugando al tenis en el club de campo. Uno se llamaba Mike; el otro, Steven. A primera vista, eran muchachos normales. Mike era más alto y delgado, con una nuez prominente y unas gafas que parecían faros cuando les daba el sol. Steven tenía mejores hombros y una bonita sonrisa, pero el culo gordo.

Pauline, una prima de Mike, estaba de visita, había venido de Nueva York, y se presentaron espontáneamente a Jocelyn porque necesitaban una cuarta persona para jugar dobles. Jocelyn había estado perfeccionando el saque con los profesionales del club. Aquel

verano, se peinaba con una alta cola de caballo y flequillo, como Sandra Dee en *Regalo para soltero.* Le habían crecido los pechos, puntiagudos al principio, pero ya se le estaban redondeando. Su madre le había comprado un traje de baño de dos piezas con cazuelas, con el que Jocelyn se sentía exquisitamente tímida. Pero su mejor característica, siempre lo creyó así, era el saque. Aquel día, el lanzamiento fue perfecto, con un estiramiento completo, y lanzó la pelota dando vueltas al área de servicio. Parecía que no pudiera fallar. Y por eso los ánimos se le habían subido hasta la exaltación.

Ni Mike ni Steven estropearon las cosas poniéndose demasiado competitivos. A veces se repartían el juego y a veces no. En realidad, nadie llevaba la cuenta de los tantos sino Jocelyn, y sólo para sí. Intercambiaban parejas. Pauline era una mocosa tan tonta —capaz de acusar a la gente de cometer faltas de pie en un juego amistoso— que Jocelyn parecía cada vez mejor, en comparación. Mike le decía que tenía espíritu deportivo, y Steven, que no era nada engreída, como la mayoría de las chicas.

Siguieron quedando y jugando después de que Pauline volviera a su casa, a pesar de ser un número tan difícil. A veces, cuando se reunían, Mike o Steven corrían de un lado a otro de la red intentando jugar en los dos equipos al mismo tiempo. Nunca funcionó y nunca dejaron de intentarlo. Alguna vez, algún adulto les reñía porque no se lo tomaban en serio y los expulsaba de la cancha.

Después del tenis, se ponían el traje de baño y se encontraban en la piscina. Jocelyn se transformaba totalmente cuando se cambiaba de ropa. Salía de los vestuarios de las mujeres con movimientos rígidos y cortados. Se ponía la toalla alrededor de la cintura y sólo se la quitaba para entrar discretamente en el agua.

De todos modos, le gustaba que la mirasen; el placer le recorría toda la piel. Entraban después de ella, la tocaban por debajo del agua, donde nadie los veía. Uno de los dos buceaba bajo el agua, le colocaba la cabeza entre las piernas y emergía con ella a hombros, y el agua le chorreaba por la cola de caballo hasta las cazuelas del bañador. Un día, uno de ellos, nunca supo cuál, le desató el nudo de la parte superior. Ella lo sujetó a tiempo para evitar que se le cayera. Podría haberlo parado todo con una palabra, pero no lo hizo. Se sentía peligrosa, atrevida. Se sentía completamente encendida.

No deseaba llevar las cosas más allá. En realidad, ni Mike ni Steven le gustaban tanto, y desde luego, no en ese aspecto. Cuando se tumbaba en la cama o en la bañera y se tocaba más íntimamente y con más acierto que ellos, el chico que se imaginaba era Bryan, el hermano mayor de Mike. Bryan iba a la universidad y trabajaba en

verano de socorrista en la piscina. Tenía el aspecto que tienen los socorristas. Mike y Steven le llamaban jefe, y él los llamaba mequetrefes. Nunca había hablado con Jocelyn; seguramente, ni siquiera sabía cómo se llamaba. Tenía una novia que casi nunca se mojaba, pero se pasaba el tiempo en una hamaca leyendo novelas rusas y tomando Coca-Cola. Se sabía cuántas había tomado por la cantidad de cerezas al marrasquino alineadas en la servilleta.

A finales de julio hubo un baile, y era de los de «chica invita chico». Jocelyn invitó a los dos, a Mike y a Steven. Pensaba que lo sabían, que lo hablarían entre ellos. Eran amigos íntimos. Le parecía que si invitaba a uno pero no a otro, el otro se sentiría herido, y no quería hacer daño a ninguno. Tenía un vestido de verano sin tirantes para ponerse. Su madre y ella salieron a comprarle un sujetador sin tirantes.

Mike fue el primero que se presentó en su casa, con camisa blanca y americana deportiva. Estaba nervioso; los dos estaban nerviosos, necesitaban que llegase Steven. Pero cuando llegó, Mike se quedó de una pieza. Estaba dolido, furioso.

—Que os divirtáis los dos —dijo—. Tengo mejores cosas que hacer.

La madre de Jocelyn llevó a la muchacha y a Steven al club, y no volvería a recogerlos hasta las once. Tenían que pasar tres horas enteras de alguna manera. El sendero hasta el salón del club estaba alumbrado con farolas de cristal y el paisaje titilaba. Había coronas de rosas y macetas de hiedra en forma de animales. El aire era fresco y suave y la luna se deslizaba por el cielo. Jocelyn no quería estar con Steven.

Ahora, aquello parecía una cita, y no quería tener citas con él. Fue grosera, se sentía deprimida, no quería bailar, apenas hablaba, no quería quitarse la chaqueta. Temía que él la malinterpretara, así que pretendía dejar las cosas claras. Al cabo de un rato, él solicitó un baile a otra chica.

Jocelyn salió a la piscina y se sentó en una hamaca. Sabía que había sido imperdonablemente mezquina con Steven, deseó no haberlo conocido jamás. No llevaba medias y tenía frío en las piernas. Olía el perfume de Wind Song que se había puesto mezclado con el cloro.

La música flotaba por encima de la pileta. «Duke of Eark», «I Want to Hold Your Hand», «There is a House in New Orleans». Bryan se sentó en el otro lado de la hamaca y ella se quedó sin sangre en las venas. Seguramente estaba enamorada de él.

—¡Conque eres tú el caso! —dijo. La única luz que los iluminaba provenía de debajo del agua, y era azul. Él estaba de espalda, de modo que ella no le veía la cara, pero percibió la carga de desprecio que había en su voz—. A las chicas como tú se les llama de una manera.

Eso, Jocelyn no lo sabía; no sabía siquiera que hubiera chicas como ella. Él no dijo cómo las llamaban, fuera lo que fuese.

—Has revolucionado a esos dos chicos. ¿Te parece bonito? Apuesto a que sí. ¿Sabías que eran amigos íntimos? Ahora se odian el uno al otro.

Estaba completamente avergonzada. Desde el principio del verano, sabía que había algo malo en la forma en que se comportaba con ellos, pero no sabía qué era. Y sí, le había parecido bonito. Pero ahora comprendía que lo malo era precisamente que le pareciera bonito.

Bryan la agarró por los tobillos con tanta fuerza que, a la mañana siguiente, tenía un moratón donde le había apretado con el pulgar. Le deslizó la otra mano por la pierna.

—Tú te lo has buscado —dijo—. Y lo sabes. —Los dedos hicieron presa en las bragas; las apartó. Ella notó la superficie resbaladiza de las uñas, pero no le dijo que no lo hiciera. Estaba tan avergonzada que no se atrevía a moverse. El dedo de él encontró la forma de entrar en ella, al tiempo que cambiaba de postura hasta colocarse encima de ella. Usaba la misma loción de laurel que su padre.

—¡Bryan! —Su novia lo llamaba desde el salón—. ¡«True Love Ways» en el tocadiscos! —A Jocelyn no volvería a gustarle Buddy Holly nunca más, incluso a pesar de haber muerto, pobre chico... La novia seguía llamándolo—: ¡Bryan! ¡Bryan!

Bryan sacó el dedo y la soltó. Se puso de pie colocándose la chaqueta en su sitio y se repasó el pelo. Se metió el dedo a la boca delante de ella, y luego se lo sacó.

—Después seguimos —le dijo.

Jocelyn recorrió el sendero titilante entre las farolas y salió a la carretera. El club de campo estaba apartado, en lo alto de un cerro. Se tardaba veinte minutos en llegar en coche. Los caminos zigzagueaban, no había aceras y estaban rodeados de árboles. Jocelyn emprendió el camino de casa.

Llevaba sandalias con tacones de dos centímetros y medio. Se había pintado las uñas de los pies y, a la luz de la luna, parecía que tuviera los pies manchados de sangre. Ya le había salido una rozadura en el talón. Tenía mucho miedo porque, desde el campamento, había

vivido en un mundo de comunistas, violadores y asesinos en serie. Cada vez que oía acercarse un coche, se apartaba del camino y se agachaba hasta que había pasado. Los faros eran como reflectores. Se imaginó que era un ser inocente, un ser que no había ido a buscar nada. Se imaginó que era un ciervo. Se imaginó que era una *chippewa*. Se imaginó que estaba en el Camino de las Lágrimas, acontecimiento histórico que Sylvia le había contado vívidamente, si bien con errores.

Creía que llegaría a casa antes de que su madre saliera a buscarlos. Lo único que tenía que hacer era seguir cuesta abajo. Pero a la luz de un coche que pasó, se dio cuenta de pronto de que no reconocía nada. Al final de la cuesta había un cruce por donde no había pasado nunca; estaba subiendo otra vez cuesta arriba, y no tendría que ser así, ni siquiera un ratito solamente. No había señales de tráfico ni casas. Siguió adelante sólo porque le daba mucha vergüenza volver. Pasaron varias horas. Por fin llegó a una gasolinera pequeña, que estaba cerrada, donde había un teléfono público que funcionaba. Mientras marcaba el número, estaba segura de que su madre no contestaría. Su madre podía haber salido, podía estar buscándola frenéticamente. Podía haber metido toda su ropa en el coche mientras ella estaba en el baile y haberse marchado.

Era medianoche. Su madre armó un jaleo tremendo, pero Jocelyn la convenció de que lo había hecho sólo porque necesitaba un poco de aire fresco, de ejercicio, ver las estrellas.

—Pero supongo que lo que tenemos que ver —dijo Prudie— no es la falta de pasión, sino el control de la pasión. Es uno de los temas predilectos de Jane. —Sonrió y los labios le desaparecieron.

Nos miramos a escondidas. «Jane». Qué fácil. Más íntimo, desde luego, de lo que la señorita Austen habría deseado. Ninguna de las demás la llamaba Jane, aunque todas éramos mayores que Prudie y llevábamos más tiempo leyéndola.

Únicamente Bernadette tuvo el detalle de no darse cuenta.

—Eso es muy cierto —dijo. Había entrecruzado los dedos y no acababa de decidir qué pulgar debía quedar encima—. Es de lo que trata *Sentido y sensibilidad*, que es el primer libro de Austen, y vuelve al mismo tema en *Persuasión*, que es el último. Un tema duradero. Buena observación, Prudie. Knightley está violentamente enamorado (creo que esas son las palabras que se utilizan: violentamente enamorado) pero es tan caballeroso que ni siquiera así pierde la compostura. Siempre es un caballero en primer lugar. Jocelyn, el té es excelente. ¡Qué aroma! Juraría que estoy tomando una taza de sol

directamente.

—Es un gruñón —dijo Allegra—. Eso no me parece tan caballeroso.

—Sólo con Emma. —Grigg estaba sentado con un pie encima de la otra rodilla. Tenía la pierna doblada en dos como un ala de pollo. Sólo un hombre era capaz de sentarse así—. Sólo con la mujer que ama.

—¡Y eso lo justifica totalmente, claro! —dijo Prudie alzando la voz—. Un hombre puede hacer lo que quiera a la mujer que ama.

Esta vez fue Sylvia quien cambió de tema, pero actuaba en nombre de Jocelyn; vimos que Jocelyn la miraba justo antes de que interviniera.

—Olvidad a Knightley —dijo—. La que es difícil de defender es Emma. Es adorable, pero también es una esnob impenitente.

—Pero es la única heroína de Austen que da título a un libro —dijo Jocelyn—, así que creo que tiene que ser su preferida.

Un perro ladraba con regularidad en el criadero. Entre serie y serie de ladridos hacía pausas suficientemente largas como para inducirnos a creer que cada una era la última. Eran ladridos deshilachados... engañosos, ladinamente cansinos. Qué tontos éramos, colocados allí con nuestros libros aguardando un silencio que jamás llegaría.

—Creo que empieza a levantarse niebla. —El tono de Allegra expresaba satisfacción; su cara adorable, alegría. La luna brillaba sin trabas, pero se acercaba su hora. En los campos de alrededor, el aire empezaba a calar. Entre ladridos, oímos el sonido de un tren a lo lejos—. ¿No te lo dije, madre? ¿No te dije que era preferible reunirse en la ciudad, y no venir aquí? Podremos darnos por afortunadas si llegamos a casa ahora. No hay nada tan peligroso como estas carreteras de campo con niebla.

Grigg se puso en pie al instante.

—En ese caso, creo que es hora de marcharse. Mi coche no es muy de fiar. No estoy acostumbrado a conducir con niebla.

También Bernadette se levantó.

—No, por favor —dijo Jocelyn—. Todavía no. Esto está en una hondonada. En la carretera no habrá nada de niebla. La luna brilla mucho. He preparado un tentempié; por favor, quédense a tomarlo, al menos. Voy a buscarlo ahora mismo. Ni siquiera hemos hablado de Harriet.

En su tercer año de estudios, Sylvia se trasladó al instituto de Jocelyn. No se habían vuelto a ver desde el campamento, se habían escrito dos cartas largas cada una, la primera muy larga, la segunda mucho menos, y después habían dejado de escribirse. Pero de eso no tenía la una más culpa que la otra y se alegraron mucho de reencontrarse, sentadas en la clase de inglés del señor Parker, a sólo dos filas de distancia e igualmente desconcertadas con el descubrimiento de Ibsen. Para Sylvia, fue un alivio tremendo saber que tenía algún conocido en el instituto nuevo.

Ahora, era Jocelyn la experta, la que sabía dónde se podía fumar, con quién se podía salir y quién te destrozaría la reputación aunque te gustara en secreto. Su novio tenía coche y enseguida encontró un compañero para Sylvia, de modo que podían ir los cuatro al cine, al centro comercial o a la playa los fines de semana si hacía buen tiempo. Cuando salían en cuarteto, Sylvia y Jocelyn hablaban entre ellas y Daniel y Tony conducían, y cuando iban al cine, Daniel y Tony pagaban.

Tony era el novio de Sylvia. Era nadador y, durante la temporada de competiciones, se afeitaba todo el cuerpo, de modo que estaba terso como el plástico. Sylvia lo conoció en esa época, un poco como de rebajas. Estuvieron saliendo varias semanas y, después, él se dejó crecer el vello otra vez. Era un vello agradable, suave y castaño. Era un chico guapo.

Jocelyn salía con un chico llamado Daniel. Además de estudiar, Daniel trabajaba por las tardes en una tienda de bicicletas que se llamaba Free Wheeling, y tenía responsabilidades de adulto. Su hermano menor era retrasado, un niño mongólico de orejas grandes y afecto pegajoso, y con una fuerza de atracción tan grande que toda la familia gravitaba en su órbita.

Inmediatamente después del baile, Jocelyn se había dado de baja en el club de campo. A pesar de ello, entró en el equipo de tenis en su tercer curso en cuarto lugar. Las chicas que ocupaban los dos primeros lugares eran la sexta y la undécima del estado; formaban un equipo fuerte. Sin embargo, en el instituto, a nadie le importaba nada el deporte femenino. Iba más gente a ver jugar al equipo masculino, que no era tan bueno ni mucho menos, y a nadie le parecía que no tuviera que ser así, ni siquiera a las chicas.

Un día, en un partido fuera de casa, Jocelyn vio a Tony sentado en la tribuna. Había empezado a nublarse; el juego se interrumpió y volvió a empezar, y después se suspendió definitivamente.

—He venido porque hace mal tiempo —le dijo Tony—. Daniel me pidió que te llevara a casa en coche si empezaba a llover.

Era mentira. Diez minutos después de salir de la cancha, llovía tanto que Tony no veía nada. Estacionó el coche y esperó a que amainase un poco. Jocelyn todavía estaba sudorosa del partido, y Tony dejó la calefacción encendida para que no se resfriase. El coche humeaba como un hervidor de agua, las ventanillas se empañaron de modo que no se veía nada desde fuera. Tony empezó a escribir con el dedo en el vaho del cristal. «Te quiero», escribió. Muchas veces, por toda la ventanilla de su lado y en el parabrisas, en la parte del volante. No había dicho una palabra. La lluvia martilleaba en la capota, rebotaba en el capó. Estaba pálido, los ojos se le habían agrandado más de lo normal. Dentro del coche, silencio; fuera, el estrépito.

—¿Sylvia no podía venir contigo? —preguntó Jocelyn. Seguía deseando que las palabras escritas no fueran por ella.

—Sylvia no me importa —dijo Tony—. Y creo que a ti no te importa Daniel.

—Sí que me importa —respondió Jocelyn rápidamente—. Y Sylvia es mi mejor amiga.

—Creo que te gusto yo —dijo Tony.

Jocelyn se quedó muda de asombro. No se le ocurría ni una sola cosa que hubiera podido hacer que diera esa impresión.

—No.

El tiempo no amainaba y las ventanillas seguían veladas de vaho. Tony empezó a conducir otra vez, avanzando centímetro a centímetro, atisbando entre los «te quiero» escritos en el parabrisas, a la altura del tablero de mandos, que ya empezaban a empañarse otra vez. Aceleró.

—Si no ves, no conduzcas —le dijo Jocelyn. Ella no veía nada, fuera, sólo la lluvia que caía en cortinas. Se oyó un trueno justo encima de ellos.

—No puedo estar sentado aquí contigo y no besarte —dijo Tony —. Si no me dejas besarte, tengo que conducir. —Aceleró otra vez. El coche se ladeó al alejarse del arcén y se recuperó cuando Tony enderezó—. Por los pelos —comentó—. Había un árbol ahí mismo. —Aceleró.

Jocelyn iba empotrada contra la portezuela de su lado, agarrándose con ambas manos. Una vez más, llevaba puesta poca ropa: falda de tenis cortísima, camiseta sin mangas, con los hombros completamente al descubierto. ¿Por qué, en esas situaciones, iría

siempre tan desventajosamente vestida? Tony empezó a cantar «In the chilly frozen minutes oven certain tea, I long to be…». Estaba completamente desquiciado, tan nervioso que ni siquiera era capaz de mantener la melodía. La velocidad del coche, el estallido de los truenos… nada asustaba más a Jocelyn que esa forma de cantar.

Encendió la radio bruscamente y apareció la voz perlada del locutor: «…Para una persona especial, una señora especial de South Bay». Tony cantando, la calefacción resoplando, lluvia y más lluvia. Truenos.

—Ti ti, ti tarata, ti ta ti ti. —Tony aceleró otra vez—. Ti… taran.

—Basta —dijo Jocelyn—. Para ahora mismo. —Se lo dijo en el mismo tono que empleaba con el hermano de Daniel cuando era muy importante que la obedeciera.

—Ya sabes el precio —dijo Tony sin mirarla siquiera.

Estaba claro que había urdido el plan minuciosamente. Tony sabía a pastillas mentoladas para el aliento.

Jocelyn preparó un tazón de avena para cada uno. «Un rico cuenco de gachas», dijo. Todos reímos la broma en cuanto comprendimos que era una broma y que también había bizcocho de Kentucky al whisky, galletas de limón y de crema de menta y medias lunas de almendra esperándonos en la cocina. Le dijimos que eran las mejores gachas que habíamos probado en la vida, ni espesas ni ralas, ni calientes ni frías. Todos le dijimos que nos sentarían muy bien, aunque sólo le sentaron bien a Grigg.

A esas alturas, ya habíamos perdonado a Grigg lo que fuera que nos hubiera puesto en el disparador; la verdad es que ya no nos acordábamos de qué había sido.

—Ha hablado muy poco —le dijimos en tono animoso—. ¡Hable! ¡Hable!

Pero ya estaba buscando su chaqueta con el ceño fruncido.

—Me temo que la niebla va a más. Creo que debo marcharme, de verdad. —Se llevó dos medias lunas de almendra para el camino.

Bernadette nos miró a todas con severidad. Hasta su pelo, siempre mal cuidado, pareció de repente mal cuidado sin remedio.

—Espero que vuelva a la próxima reunión. Espero que no lo hayamos espantado. Podíamos haber sido un poco más amables, creo. Debía de sentirse raro, siendo el único hombre.

Prudie tomó una cucharadita de avena con afectación.

—Te aseguro que a mí me han gustado sus interesantes opiniones. Sin embargo, siempre me ha gustado provocar un poco. ¡Eso lo sabe cualquiera que me conozca!

Jocelyn sabía que tenía que contar a Daniel y a Sylvia lo que había sucedido, pero tenía miedo. En aquellos momentos, le parecía que sólo tenía dos posibilidades: besar a Daniel varias veces o morir trágicamente en un accidente de coche bajo la lluvia, como la chica de «Last Kiss». Pero no sabía cómo contarlo de forma que la circunstancia quedara clara. No se lo creía ni ella misma, y eso que había estado presente.

Dos días después, todavía no había dicho nada. Estaba vistiéndose para ir a clase cuando sonó el timbre. Su madre la llamó en tono de reprimenda. Alguien, su madre se imaginaba quién, había dejado un cachorrito en la puerta, en una jaula de color naranja, con un gran lazo que sujetaba una tarjeta que decía: «Soy propiedad de Jocelyn». La letra era inconfundible, cuando se habían visto tantos ejemplos de ella en las ventanillas empañadas de un coche.

—¿A quién se le ocurre regalar un cachorro por su cuenta y riesgo? —preguntaba su madre—. Creía que Daniel era un muchacho sensato. Tengo que admitir que me ha sorprendido, y no favorablemente. —A Jocelyn nunca le habían dejado tener un perrito. Los perros, en opinión de su madre, no eran más que una historia con un final triste a la vuelta de la esquina.

El cachorro era un cruce, tenía el pelo blanco y rizado y se alegró tanto al verlas que se puso de pie sobre las patas traseras manoteando en el aire con las delanteras. Cuando Jocelyn lo tomó en brazos, se le acercó directamente a la cara y empezó a lamerle los orificios de la nariz. No se habló de devolverlo. En dos segundos, Jocelyn cayó en picado.

Aquel día, Sylvia, Tony, Jocelyn y Daniel se reunieron, como de costumbre, en el césped del sur del instituto a comer.

—¿Quién te regalaría un cachorro? —insistió Tony mucho después de que los demás hubieran dejado el tema.

—Tiene que haber sido tu madre —dijo Daniel—. Diga lo que diga. ¿Quién más podría atreverse? Un perro es una gran responsabilidad.

Tony miró a Jocelyn con una sonrisa de complicidad y dejó caer la rodilla sobre la pierna de ella como al descuido. Ella se acordó del

roce y del sabor de sus besos. Cuando no le sonreía con picardía, la miraba con ojos suplicantes. ¿Cómo era posible que los demás no se dieran cuenta? Tenía que decir algo. Cuanto más tiempo pasaba, peor se ponían las cosas.

Sylvia abrió su paquete de comida y descubrió que su madre le había preparado dos rebanadas de pan sin nada en medio. Era difícil pensar en cosas nuevas que ponerle para comer día tras día. La presión había podido con ella. Jocelyn tenía una magdalena glaseada Hostess y un huevo duro. Quiso dárselo a Sylvia, pero Sylvia no lo aceptó.

Aquella noche, cuando volvía a casa del trabajo, Daniel fue a conocer al perro.

—¡Hola, chiquitín! —dijo, y le ofreció los dedos para que le lamiera un poco, pero no parecía encantado, sino distraído—. Éste es el caso —le dijo a Jocelyn, y no dijo nada más en un buen rato. Se sentaron cada uno en un extremo del sofá, de modo que el cachorro podía correr por la tapicería de flores entre ambos. Esa distancia evitaba también que Daniel la besara, cosa que Jocelyn había pensado que no podría permitir hasta haberle contado todo.

—Supongo que el perro no se sube a los muebles —dijo la madre de Jocelyn desde el piso de arriba. Respetaba tanto la intimidad de su hija que no bajaba al salón, pero solía escuchar.

—El caso es... —dijo Daniel.

Parecía que quería decirle algo. Jocelyn no estaba preparada para el intercambio de secretos. Le contó que el señor Parker había intentado explicar en clase los temas de *Un enemigo del pueblo*, de Ibsen, pero que la clase se las había arreglado para que terminara hablando de los Smothers Brothers. Alargó la historia, y el remate fue «¡Gallinas idiotas!». Cuando ya no se le ocurrió nada más que añadir al tema, pasó a la clase de matemáticas. Sólo tenía que seguir hablando sin parar unos veinte minutos o así. Daniel no pondría a su madre, que bastante trabajo tenía para sí, en la situación de tener que preocuparse porque llegara tarde a cenar.

[image]

Por fin llegó la hora de acostarse en el criadero de perros. Todavía se oía algún que otro ladrido, pero sin consecuencias, nadie respondía. Los perros soñaban en sus casetas. Las mujeres se encontraban envueltas en la niebla densa que flotaba en el porche iluminado, como encerradas en una burbuja. Sahara se arrastró hasta

uno de los calefactores y se tumbó con la cabeza entre las patas. Se le notaban las vértebras de la columna, que subían y bajaban con la respiración. En la paz algodonosa de fuera, se oía correr y chisporrotear el agua del arroyo. Jocelyn nos dio café en tazas decoradas con pequeñas violetas.

—Me da la impresión —dijo pasando entre nosotras con la crema de leche, pero sin detenerse en Sylvia porque sabía cómo le gustaba el café a Sylvia, y ya se lo había servido a su gusto—, me da la impresión de que Austen intenta por todos los medios convencernos de que el proceder de Frank Churchill es menos repulsivo de lo que parece. Son muchos los personajes del libro que saldrían malparados si nos diera la impresión de que es tan malo como el típico y atractivo malo de la autora. Los Weston saldrían malparados, y Jane Fairfax.

—No es ni bueno como Knightley ni malo como Elton —dijo Bernadette. Asintió con un movimiento de cabeza y las gafas se le resbalaron casi imperceptiblemente por la nariz. No lo vimos, pero lo supimos porque se las recolocó en su lugar—. Es un hombre complicado. Me gusta ese aspecto suyo. Tendría que ir a ver a la señora Weston inmediatamente pero no lo hace y, cuando lo hace, se muestra atento y considerado. No debería favorecer las especulaciones de Emma respecto a Jane que después la ponen en un aprieto, pero tampoco las utiliza contra ella. No tendría que coquetear así con Emma, pero en cierto modo, sabe que ella está a salvo de él. Necesita recurrir a ese subterfugio y comprende que Emma no va a interpretarlo erróneamente.

—¡Eso es justo lo que él no puede saber! —el tono angustiado de Jocelyn hizo que Sahara se levantase y se acercase a ella meneando la cola tímidamente—. Es ahí exactamente donde la gente siempre se confunde —añadió en tono más suave, como pidiendo disculpas.

Ofreció el azúcar a Allegra, la cual hizo un gesto negativo con la cabeza, frunciendo el ceño y moviendo la cucharilla.

—Harriet cree que a Knightley le gusta ella. Emma no cree que a Elton le guste ella. Todos los personajes del libro se equivocan en ese aspecto.

—Es que a Elton no le gusta Emma —dijo Prudie—. A él sólo le interesan el dinero y la posición.

—Aunque así sea —Jocelyn volvió a ocupar su lugar en el sofá—. Aunque así sea.

Pensamos que el mundo de los perros debía de ser un gran consuelo para Jocelyn, una mujer que se tomaba a pecho los mejores intereses del prójimo, con una marcada tendencia a formar parejas y

un desarrollado instinto para la limpieza. En el criadero, sólo había que escoger al galán y a la dama que parecieran más aptos para mejorar la raza con su progenie. No era necesario pedirles permiso. Se programaba el encuentro de los dos con todo detalle y se los dejaba juntos hasta que hubieran terminado la tarea.

El fin de semana después del partido de tenis suspendido, hizo tan buen tiempo que la madre de Jocelyn propuso una merienda en el campo. Podían llevar al parque al cachorro, que ahora se llamaba Pride [1] y lo llamaban Pridey; allí podría hacer pis y caca donde quisiera sin que nadie que nunca hubiera deseado tener un cachorro tuviera que limpiarlo después. Dijo que invitara a Sylvia, porque Sylvia todavía no había ido por casa a jugar con Pridey.

Al final, fueron todos: Pridey, Sylvia, Tony, Daniel, Jocelyn y la madre de Jocelyn. Se sentaron en la hierba, en una rasposa manta de viaje, y comieron muslos de pollo fritos, envueltos en tiras de panceta, y de postre, bayas frescas mojadas en crema agria y azúcar moreno. La comida estaba buena, pero la compañía dejaba algo que desear. Cada palabra que Jocelyn pronunciaba era una palabra culpable. Tony hizo un papel brillante y quebradizo. Sylvia y Daniel apenas hablaron. ¿Y qué demonios pintaba su madre en medio de todo?

Pridey estaba tan contento que se convirtió en un manchón borroso. Se encaramó corriendo al balancín y no logró vencerlo hasta llegar a la misma punta. La caída brusca lo asustó y saltó directamente al regazo de Jocelyn, pero al cabo de dos segundos, completamente recuperado ya, empezó a retorcerse hasta liberarse, atrapó una hoja entre los dientes y echó a correr a toda velocidad; no soltó la hoja hasta que encontró un tordo muerto entre la hierba. Pridey vivía el momento, y un momento en el que había un tordo muerto era un gran momento. Jocelyn tuvo que recoger el pajarito con una servilleta de papel y depositarlo en la basura, donde cayó encima de un sándwich de jamón mordisqueado y una manzana podrida. No llegó a tocarlo, pero el peso del ave en la mano era tan... bueno, tan muerto, estaba tan tieso y gomoso a la vez, con los ojos negros entelados como una ventana empañada de vaho. Se fue a los servicios y se lavó. En la pared habían escrito «Cabalga en tren» con bolígrafo azul, y habían dibujado una locomotora y le habían puesto de nombre Erica, y después, un número de teléfono. Podía tratarse de un tren, naturalmente, pero Jocelyn sabía lo que diría Sylvia al respecto.

Cuando volvió, Pridey se puso tan contento al verla que se orinó encima. Ni eso siquiera logró levantar los ánimos a Jocelyn. Su madre había encendido un cigarrillo y estaba echando el humo por la nariz

como si tuviera intenciones de quedarse hasta el amargo final. A veces la volvía loca. En casa se ponía unas zapatillas que… no podía soportar el ruido que hacía arrastrándolas por el vestíbulo.

—Estaba pensando —dijo Jocelyn— que es raro que me sienta tan sucia ahora, sólo porque he recogido el cadáver de un ave, cuando precisamente eso es lo que hemos comido hoy, cadáver de ave.

Su madre dio un golpecito al cigarrillo para quitarle la ceniza.

—¡Qué cosas dices, hija mía! Hemos comido muslos.

—Y estaban deliciosos —dijo Tony—. Me gusta esa forma de prepararlos.

Jocelyn pensó que era un idiota. Todos eran idiotas.

—¿No tienes que ir a ningún sitio? —preguntó Jocelyn a su madre—. ¿Hacer algún recado? ¿Vivir una vida?

Vio la cara que se le ponía a su madre. Nunca se le había ocurrido una frase semejante hasta ese día, pero era exactamente lo que quería decir. Todo se desmoronó.

Su madre apagó el cigarrillo.

—Pues sí, mira por dónde. Gracias por haberme permitido acompañaros, muchachos —dijo dirigiéndose más o menos a Daniel y Sylvia—. Daniel, me harás el favor de llevar a Jocelyn a casa, ¿verdad? —Recogió los enseres de la merienda y se marchó.

—Eso ha sido muy feo, Jocelyn —dijo Daniel—. Encima de que había preparado toda la comida…

—Trocitos de cadáver de ave. Patas de cadáver de ave. Me saca de quicio que no lo admita. Ya sabes cómo es, Sylvia. —Jocelyn se volvió hacia ella, pero Sylvia no la miró siquiera—. Siempre tiene que adornarlo todo. Se cree que todavía tengo cuatro años.

Pridey le había perdonado lo del tordo. Empezó a mordisquearle el cordón de los zapatos en señal de perdón y olvido; lo hizo tan deprisa que Jocelyn no se dio cuenta de lo que ocurría. Después tuvo que ir a la pata coja hasta el coche de Daniel para no perder el zapato.

No somos tan santos como los perros, pero se supone que las madres nos siguen de cerca.

—Estuvo bien —fue lo único que la madre de Jocelyn le dijo sobre la tarde en el campo—. Tienes unos amigos encantadores.

Daniel la llevó a casa; Pridey iba sentado en el regazo de Jocelyn, con las patitas que apenas le llegaban a la ventanilla y echándole una

pegajosa nubecilla de aliento en el dorso de la mano. Lamentaba haber sido tan grosera con su madre. La quería mucho y le gustaban mucho esos muslos de pollo fritos con panceta. La culpabilidad que sentía por lo de Tony estaba alcanzando su punto culminante y, en ese momento, lo más fácil del mundo habría sido ponerse a llorar. Y lo más difícil, dejar de llorar.

—El caso es —dijo Daniel— que en realidad me gusta Sylvia. Lo lamento, Jocelyn. —Las palabras sonaron como lejanas, como si hubieran sido pronunciadas muchos días antes y ahora empezaran a cuajar—. Ella está fatal. —Daniel detuvo el coche en un cruce vacío. Conducía con mucha prudencia y sentido de la responsabilidad—. No se atreve ni a mirarte. Los dos estamos fatal por eso. No sabemos qué hacer.

Al día siguiente en el instituto, Daniel era el novio de Sylvia y Tony, el de Jocelyn. En los pasillos se hablaba mucho de ello. Jocelyn no puso objeciones porque, si se avenía, sería la primera vez en la historia del mundo que un arreglo así favoreciera a todas las partes por igual, y también porque no estaba enamorada de Daniel. Ahora que lo pensaba mejor, en realidad, Daniel era perfecto para Sylvia. Sylvia necesitaba un novio más serio que Tony, un novio que la tranquilizara en esos momentos en que el mundo le parecía un lugar horrible para vivir. Un novio que no se pasara una tarde besando a su mejor amiga.

Por otra parte, Tony le había regalado a Pridey. Y besarle no había sido tan asqueroso. Aunque, seguramente sería peor sin la lluvia, el vaho y la culpa. Ya se había imaginado suficiente sobre cómo funcionaban las cosas como para saber eso.

—Lo que menos me gusta de *Emma* —dijo Allegra— son las cuestiones de clase respecto a su amiga Harriet. Al final, Emma, la nueva y mejorada Emma, Emma la escarmentada, comprende que Harriet no era digna de casarse con el odioso Elton, después de todo. Cuando había cierta esperanza de que su padre natural fuera un caballero, aún podía serlo, pero desde que se descubre que era comerciante, Harriet puede dar gracias por encontrar a un granjero.

Era tan tarde ya que el termostato de los calefactores dejó de funcionar. Zumbaban y resoplaban sin parar, las que estábamos sentadas más cerca de ellos teníamos mucho calor, y las demás estaban heladas. Del café sólo quedaba el desagradable poso del fondo de las tazas, y las galletas de crema de menta se habían terminado... señales claras de que la velada se acercaba a su fin. Algunas teníamos dolor de cabeza.

—El tema de la clase social en *Emma* es complicado. —Bernadette estaba recostada en el respaldo, con la curva prominente del vientre bajo el vestido y los pies recogidos en el asiento, como una niña. Hacía años que practicaba yoga y podía colocar las piernas en posturas increíbles—. En primer lugar, el hecho de que Harriet sea ilegítima, cuestión sobre la que Austen parece bastante liberal.

No había terminado de hablar, ni mucho menos, pero Allegra la interrumpió.

—Dice que es una mancha si no la blanquean la nobleza o la riqueza. —Acabábamos de empezar a sospechar que a Allegra podría no gustarle Austen tanto como a las demás. Hasta el momento sólo había sido una sospecha; no había dicho nada injusto. Nos manteníamos alerta, pero *honni soit qui mal y pense.* [2]

—Creo que en ese momento, Jane es irónica —terció Prudie. Estaba al lado de uno de los calefactores. Tenía las blancas y lustrosas mejillas delicadamente sonrojadas—. Emplea una ironía aguda que creo que algunos lectores no captan. Yo también suelo ser irónica, sobre todo en el correo electrónico. A veces, mis amigos me preguntan si estoy de broma.

—¿Estás de broma? —preguntó Allegra.

Bernadette continuó sin detenerse.

—Después, tenemos el caso de Robert Martin. Sin duda, se pretende que tomemos partido por el señor Knightley en la cuestión de Robert Martin. No es más que un granjero, y al final, Emma dice que sería un gran placer conocerlo.

—Todos tenemos una idea de los niveles —dijo Jocelyn—. Aunque no se base ya exactamente en la idea de clase, intuimos de alguna manera aquello a lo que tenemos derecho. Cada cual escoge una pareja que es prácticamente su igual en apariencia. Los guapos se casan con las guapas, los feos con las feas. —Hizo una pausa—. En detrimento de la raza.

—¿Estás de broma? —preguntó Prudie.

Sylvia había hablado muy poco durante la velada, y Jocelyn estaba preocupada.

—¿Quévamos a leer a continuación? —preguntó Jocelyn—. Escoge tú.

—Me apetece *Sentido y sensibilidad.*

—Me encanta ese libro —dijo Bernadette—. Creo que es mi preferido, exceptuando *Orgullo y prejuicio.* Aunque *Emma* me encanta.

Siempre se me olvida lo mucho que me gusta hasta que la leo de nuevo. El fragmento que más me gusta de todos es el de las fresas. La señora Elton con su sombrero, y su cesta. —Pasó las hojas rápidamente. Había doblado la esquina de la página correspondiente, pero también doblado algunas más, de modo que de poco le sirvió—. Aquí está —dijo—. «La señora Elton, con todos sus pertrechos de felicidad, su gran sombrero y su cesta, se disponía… Sólo se podía pensar en fresas y hablar de fresas… fruta deliciosa… pero excesivamente fuerte para comerla en abundancia… inferior a las cerezas…».

Bernadette leyó todo el párrafo en voz alta. Era un párrafo precioso, aunque un poco largo, leído en voz alta.

La relación de Jocelyn con Tony duró hasta el último curso, y el final estuvo tan mal medido que se perdió el Baile de Invierno. Ya se había comprado un vestido, un modelo plateado de hombros descubiertos, con volantes y encaje que le gustaba tanto que habría alargado el noviazgo un par de semanas más si hubiera podido. Pero en esos momentos, cualquier cosa que él dijera la irritaba, y él insistía en seguir hablando.

Tres años más tarde, Sylvia y Daniel se casaron, con ceremonia formal que no correspondía del todo a su estilo. Jocelyn siempre sospechó que lo habían hecho aposta para que ella tuviera ocasión de lucir el vestido por fin. Acudió con un acompañante, uno de tantos entre una larga serie de novios, que no duró más que los demás pero quedó inmortalizado en las fotos de la boda: de pie, con la copa en alto, rodeando a Jocelyn con el brazo, sentado a la mesa con la madre de Jocelyn, los dos inmersos en profunda conversación…

Sylvia y Jocelyn estaban ya en la universidad y se unieron a un grupo de concienciación que se reunía en el campus, International House, segundo piso. En el tercer encuentro, Jocelyn habló del verano de Mike y Steven. No tenía intención de dedicarle mucho tiempo, pero nunca había contado a nadie gran cosa sobre la noche del baile, ni siquiera a Sylvia. No dejó de llorar mientras relataba el incidente. Se le había olvidado, hasta que llegó al meollo de la cuestión: cómo la había mirado Bryan para asegurarse de que ella lo estaba mirando y luego se había metido el dedo en la boca y se lo había sacado.

Las otras mujeres se indignaron en su nombre. Algunas afirmaron que la había violado. Era una vergüenza que no lo hubiera denunciado.

Una vergüenza. Tras el alivio inicial, ahora que el episodio había

salido a la luz y podía contemplarlo, lo primero que Jocelyn percibió fue la poca resistencia que había opuesto. Se veía como desde arriba, veía su propio cuerpo inerte reclinado en la tumbona, con el vestido sin mangas y una chaqueta fina. La idea de que Bryan tendría que haber afrontado las consecuencias se le presentó como una acusación. Tenía que haber emprendido alguna acción. ¿Por qué no había peleado? Mientras Bryan estaba metiéndole el dedo, ¡ella seguía con la esperanza de granjearse su buena opinión!

Pero nadie se lo echó en cara. Lo llamaron pasividad culturalmente programada. El imperativo de la princesa de cuento de hadas. Pero Jocelyn se sentía cada vez más humillada. Había dos mujeres en el grupo que habían sido violadas de verdad; una de ellas, por su propio marido, y varias veces. Jocelyn sentía que había hecho una montaña de un grano de arena. Con su silencio, había otorgado a Bryan un poder que no se merecía. No estaba dispuesta a permitir que un gilipollas tuviera nada que decir sobre quién era ella.

¿Quién era ella?

—¿Qué me pasa? —preguntó a Sylvia más tarde. No era una pregunta para hacer en el grupo—. Lo más sencillo del mundo. Enamorarse. «Caer en el amor». ¿Por qué no me enamoro?

—Estás enamorada de los perros.

Jocelyn agitó la mano con furia, como solía hacer.

—Eso no cuenta. Es muy fácil. A Hitler también le gustaban.

Al cuarto encuentro no acudió. La concienciación resultó ser otra cosa que la hacía sentirse avergonzada, y no quería volver a sentirse avergonzada nunca más.

Daniel se integró en un grupo de presión de Sacramento, a favor de una tribu india, un grupo libre del río, y del gobierno japonés. De vez en cuando, le insistían en que se presentase a las elecciones, pero lo desechaba con facilidad. Decía que la política era una ocupación de pan para hoy y hambre para mañana. Sylvia trabajaba en la biblioteca estatal, en la sala de Historia de California. Jocelyn llevaba la contabilidad de una viña pequeña; el criadero de perros estaba todavía a unos años de distancia en el futuro, y nunca llegaría a producir lo suficiente para mantenerse por completo. Pridey vivió hasta los dieciséis años, y el último día que pasó en la tierra, fueron Sylvia y Daniel quienes salieron del trabajo para llevarlo al veterinario con Jocelyn. Se sentaron con ella en una pequeña zona de césped, fuera del consultorio, donde expiró en brazos de Jocelyn. Después, se sentaron los tres juntos en el coche. Ninguno era capaz de dejar de llorar el tiempo suficiente para ver la carretera de vuelta.

[image]

—¿Qué tal estás? —preguntó Jocelyn a Sylvia. Disponían de un minuto juntas y a solas en la cocina, con cien cosas que decirse que Allegra no podía oír. Allegra era la niña bonita de Daniel, su única hija y, aunque la niña se había puesto del lado de su madre inmediatamente y se había quedado allí, era antinatural y a todas nos daba pena.

La cocina, cómo no, era una preciosidad, con encimeras de azulejos blancos y azules, grifería y complementos de bronce y fogones antiguos. Sahara se sentó al lado del fregadero y se giró mostrando su hermoso perfil africano. Cuando todas se hubieran ido y nadie pudiera verlo, le dejarían lamer los platos, pero eso era un secreto y Sahara sabía guardarlos bien.

Jocelyn estaba fregando los vasos. El agua de la ciudad era tan dura que se rayaban si se ponían en el lavavajillas, y por eso había que lavarlos a mano.

—Soy una muerta viviente —dijo Sylvia. Tú sabes que yo quería a Daniel con locura. Resulta que estuve felizmente casada treinta y dos años. Y lo echo de menos como si me hubieran arrancado el corazón del pecho. ¿Qué posibilidades tengo?

Jocelyn posó un vaso y tomó las frías manos de Sylvia entre las suyas, resbaladizas y jabonosas.

—Yo he estado felizmente soltera esos mismos años. Todo se arreglará. —Acababa de darse cuenta por primera vez de que también ella perdería a Daniel. Se lo había cedido a Sylvia, pero nunca había renunciado a él. Y ahora, mientras daba de comer a los perros, limpiaba el polvo de las bombillas y leía sus libros, él había hecho las maletas y se había ido—. Te quiero mucho —le dijo a Sylvia.

—¿Cómo se me pudo olvidar que la mayoría de matrimonios terminan en divorcio? —preguntó Sylvia—. Eso no te lo enseña Austen. Siempre pone una o dos bodas al final.

Allegra, Prudie y Bernadette aparecieron mientras ella hablaba, con las tazas de café, las servilletas y los platos. Parecían un cortejo nupcial, sensación propiciada quizá por las palabras de Sylvia. La forma en que la luz se reflejaba en las ventanas, el silencio de la niebla fuera, las mujeres desfilando una tras otra hacia la cocina llevando los platos sucios, hasta que se reunieron todas.

—*Le monde est le livre des femmes* —dijo Prudie.

Fuera lo que fuese lo que quería decir, todavía se le veían los labios, de modo que podía haberlo dicho completamente en serio, a menos que fuese otro ejemplo de su aguda ironía. Fuera como fuese, no se nos ocurrió nada amable que replicar.

—Mi queridísima, amadísima Sylvia —dijo Jocelyn. Una gotita diminuta y refinada cayó de la boca de Sahara al suelo con un leve sonido. Los tenedores y las cucharas se hundieron bajo la espuma del detergente del fregadero. Allegra rodeó a su madre con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro.

—Todavía no hemos llegado al final.

Jocelyn explica la exhibición canina:

Normalmente, el juez empieza pidiendo a todos los adiestradores que paseen a los perros alrededor de la pista y después los planten en fila, uno al lado de otro. Mientras los perros dan la vuelta al ruedo, el juez se sitúa en el centro evaluando la gracia, el equilibrio y el buen estado.

Cuando los perros se colocan en fila —pose designada para mostrar la mejor estampa de los ejemplares— el juez efectúa un examen directo del mordisco, la profundidad del pecho, la elasticidad de las costillas, la caída de los hombros, el manto y la condición física. En los machos, confirma manualmente la presencia de los dos testículos.

Después, los adiestradores hacen pasear a los perros de nuevo, ahora de uno en uno, primero alejándose para que el juez observe el estilo desde atrás y luego acercándose para que lo aprecie de frente. El juez busca defectos en el movimiento. ¿Camina centrado o cruza las patas? ¿El paso es suelto o tenso, ágil o rígido? En la última fase, el juez puede pedir a los adiestradores

finalistas que paseen por parejas para hacer una comparación directa, antes de seleccionar al ganador.

En las exhibiciones caninas puntúan la línea de sangre, la estampa y el comportamiento, pero nadie se olvida del dinero y la cuna.

Abril

[image]

Dos

en el que leemos **Sentido y Sensibilidad** [3] *con Allegra*

L

ista parcial de cosas que no se encuentran en los libros de Jane Austen:

asesinatos perfectos,

besos de castigo,

chicas vestidas de chico (y rara vez a la inversa),

espías,

asesinos en serie,

capas de invisibilidad,

arquetipos junguianos, lástima sobre todo por la ausencia de dobles,

gatos.

Pero no nos ceguemos con lo negativo.

—Creo que no hay nada mejor en toda la obra de Austen que las páginas en las que Fanny Dashwood convence a su marido, pasito a paso, de que no asigne dinero a su madrastra y a sus hermanas —dijo Bernadette. Repitió lo mismo de diversas formas, a cual menos esclarecedora, mientras Allegra escuchaba el suave repiqueteo de la lluvia en el tejado, las ventanas y el suelo. Hoy, Bernadette iba vestida con ropajes del desierto, o algo parecido, sólo que de un azul vincapervinca. Se había cortado el pelo, cosa que reducía las posibilidades de la improvisación, y estaba muy mona, cosa tanto más excepcional por cuanto era magia sin trucos.

Hacía frío en el exterior, como suele hacer en abril cuando uno se acaba de convencer de que ha llegado la primavera. El último coletazo del invierno. El club de lectura estaba reunido en torno a la chimenea de leña, en el enorme salón de Sylvia, con la puerta de la chimenea abierta y las llamas abrazando los troncos estrechamente. Cientos de nudos como ojos observaban la pequeña reunión desde el techo recubierto de madera de arce.

A Allegra solía dolerle el codo cuando llovía, y se lo frotaba sin darse cuenta de lo que hacía, hasta que vio que su madre la miraba y dejó de hacerlo pensando en algo que decir para distraerla.

—Me gusta la progresión —concedió—. La repetición es aburrida —el comentario iba dirigido a Bernadette, pero Allegra no lo habría dicho si hubiera sido posible que Bernadette lo captara— porque carece de dirección. Me gusta la progresión sobre todo cuando da la vuelta completamente a las cosas. Es como ir de un polo al otro.

Allegra era extremada en todo: o se atiborraba o se moría de hambre, o se congelaba o se asaba, o estaba agotada o reventaba de energía. Había vuelto a instalarse en casa hacía un mes, coincidiendo con la marcha de su padre. Jocelyn la miró con aprobación. Era muy buena hija. Se habría encontrado muy sola sin ella.

No era posible sentirse sola estando Allegra en casa. Con su presencia vivaz, tenerla por compañera debía de ser un gran consuelo. Salvo que —en realidad, Jocelyn no quería pensarlo siquiera—, en fin, su hija sentía las cosas muy profundamente. Era una de sus cualidades maravillosas; lloraba con quienes lloraban.

Sus hijos también podían ser un gran consuelo, sobre todo Diego. Sin embargo, Andy no lograba mantener la comprensión, aunque para una hora o dos, servía. Era una lástima que Diego no pudiera ir. Pero no podía, naturalmente, tenía su trabajo y su familia. Aun así, Diego la habría animado. Como Allegra sentía las cosas tan profundamente a veces, terminaba necesitando el consuelo de su madre, incluso cuando la tragedia era enteramente de Sylvia.

Jocelyn se imaginaba que Sylvia se vería obligada a poner buena cara por su hija. Pero ¿a quién le gusta tener que aparentar alegría cuando se está tan mal? Se la imaginaba haciendo sopitas a Allegra y preparándole el baño, Allegra derrumbada en el sofá, arropada entre chales y atiborrada de té. La verdad, parecía exagerado que Sylvia tuviera que cargar con Allegra en semejantes circunstancias. Una mirada furtiva a las fundas de discos compactos esparcidas alrededor del reproductor le reveló que alguna persona había estado regalándose a base de bien, y esa persona no era Sylvia, a menos que le hubiera

dado una fiebre repentina por Fiona Apple. ¿Cómo podía ser Allegra tan egoísta?

Claro que siempre había sido una niña difícil. Guapa, sin lugar a dudas. Tenía los ojos oscuros de Sylvia y el cabello brillante de Daniel; la cara, la mejor combinación posible de ambos; el tipo, como Sylvia, pero más sensual. Pero no había heredado la constancia ni la placidez de ninguno de los dos. En la alegría era incontrolable; en la tristeza, inconsolable, hasta que cambiaba —en un visto y no visto—, mucho después de que uno ya la hubiera dejado por imposible. Sylvia contaba con un repertorio de trucos que le había funcionado bien con los chicos, de pequeños. «Si fueras un perro, te animaría rascándote detrás de las orejas —decía, y rascaba al que fuese al decirlo—. Si fueras un gato, te rascaría la barbilla. —Y le rascaba—. Si fueras un caballo, te acariciaría el hocico. Si fueras un pájaro, te acariciaría el buche. —Y lo hacía—. Pero como —levantándole la camisa rápidamente— eres un chico...», y empezaba a soltarle fuertes y húmedos soplidos en el estómago hasta que el chico se ahogaba de risa. Cuando hacía ese mismo número con Allegra, la niña se ponía hecha una furia.

Un día, cuando Allegra tenía cuatro años, hojeando las revistas de belleza de su madre, se ofendió al ver la gran cantidad de espacio en blanco que había.

—No me gusta el blanco —dijo—. Es feo. —Y rompió a llorar—. ¡Es muy feo, y hay mucho!

Estuvo llorando más de una hora, pasando páginas entre sollozos y pintando de color lo blanco de los ojos de la gente, los dientes, los espacios entre párrafos y los marcos de los anuncios. Lloraba porque veía que no terminaría jamás; toda la vida se le iría en la imposible e inacabable tarea de enmendar ese solo fallo en el gusto. Se haría vieja y seguiría habiendo hojas en blanco, paredes blancas, y hasta el pelo se le volvería blanco.

Nieve blanca.

—Toda la secuencia inicial tiene un aire de cuento de hadas —dijo Grigg—, pero con una variación encantadora: érase una vez una madrastra buena que, tras la muerte de su marido, se vio obligada a vivir en una casa gobernada por su malvada hijastra.

Allegra era más o menos nuestra anfitriona, ese mes, pero en casa de Sylvia y con su comida, de modo que en realidad la anfitriona era su madre. Pero fuera cual fuese su papel, Sylvia había tomado la determinación de tratar bien a Grigg ese día. Había sido el último en

llegar y Sylvia había llegado a sospechar que no acudiría, por eso se alegró tanto al verlo por fin. Bernadette jamás les perdonaría que volvieran a marcharse temprano. Grigg acababa de hacer una observación interesante.

—Interesante observación —dijo Sylvia—. Lo cierto es que, en una sociedad en la que la herencia es para el primogénito, no creo que el caso fuera excepcional. Pero ¿con qué frecuencia aparece en los libros? Los problemas de las mujeres mayores interesan poco a la mayoría de los escritores. ¡La señorita Austen tenía que ser!

—Pero en realidad, el libro no es tanto sobre la señora Dashwood como sobre sus jóvenes y bellas hijas —puntualizó Prudie. Había llegado directamente de una reunión del sindicato de maestros, por eso iba más maquillada y estaba de un humor más politizado de lo normal. Las cejas se le habían repoblado un poquito, o bien se las había realzado con lápiz, lo cual era un consuelo, pero usaba el tono de voz de hablar en público, y eso era un fastidio. Sylvia lo achacaba a una deformación profesional digna de lástima, más que otra cosa. Seguro que recobraría la normalidad en la vocalización a medida que transcurriera la velada—. Desde el primer momento. El coronel Brandon no es mucho más joven que la señora Dashwood; sin embargo, no es de ella de quien se enamora ni mucho menos, sino de la menor de sus hijas. Los hombres mayores todavía pueden enamorarse. Las mujeres, más vale que no.

Prudie habló sin pensar, pero el pensamiento se presentó sin tardanza, después de las palabras. A pesar del paso en falso que acababa de dar, le parecía que, en justicia, no era de las que solían tropezar así. Claro que sólo por eso resultaba más evidente, cuando tropezaba. Corría el rumor de que Daniel había encontrado a otra persona, que en realidad no había dejado a Sylvia porque el matrimonio hubiera fracasado, sino porque le había tocado el rayo. Prudie buscaba algún comentario para aclarar que no se refería a Sylvia, en realidad, no quería decir que careciese de atractivo suficiente para su edad; sin embargo, ¿qué perspectivas podía tener a los cincuenta?

—No —dijo entonces, pero Bernadette empezó a hablar al mismo tiempo, y fue Bernadette quien salvó la situación. Fue ella quien siguió hablando. La lluvia cronometraba el tiempo de su intervención. El fuego cambió de azul a naranja, de un polo al otro. El tronco de la chimenea se cayó.

Bernadette era capaz de hablar y disfrutar de la quietud del momento al mismo tiempo. Nada interrumpía su paz menos que el sonido de su propia voz. La casa de Sylvia era mucho más silenciosa

que la de Jocelyn. Sylvia vivía en el centro de la ciudad, cerca del campus pero retirada de la calle, justo detrás de la hermandad femenina Phi Beta Pi, o quizá fuera Pi Beta Phi. Era un rincón escondido, tranquilo, excepto en las temporadas de desbandada, cuando las jóvenes de la hermandad se pasaban una semana en el césped cantando «Quiero ser una Phi Beta Pi [o al contrario], bum, bum», como sirenas llamando a los marineros. Naturalmente, el club de lectura no se habría reunido allí si hubiera sido semana de desbandada. Si la marcha de Daniel hubiera coincidido con una semana de desbandada, Bernadette lo habría entendido perfectamente. Jocelyn le había contado que Daniel salía con una mujer tan joven que podría ser su hermana.

Jocelyn sabía lo que sentía una niña cuando su padre desaparecía. Pero sin duda, sería diferente cuando la niña ya era mayor y tenía lugar propio. Allegra tenía todo el derecho a echar de menos a su padre, claro que no de la misma forma que Sylvia, porque Sylvia sufría el abandono a diario. A Allegra sólo se le había echado a perder la Navidad. A partir de ese momento, ya no tendría ningún lugar donde sentirse plenamente en casa. Las vacaciones se le partirían por la mitad, como un pomelo.

Todavía faltaban meses para diciembre, pero Jocelyn conocía a Allegra lo suficiente como para saber que ya se lo había planteado. La Navidad siempre había sido muy importante para ella. De pequeña, se pasaba los días anteriores enferma de aprensión, temiendo que los regalos no fuesen de su agrado, que sus deseos más íntimos no se vieran colmados. Por las noches se dormía llorando, pensando en la decepción que sufriría. Cuando llegaba la mañana de Navidad, había conseguido que toda la familia estuviese agotada y malhumorada.

En realidad, sus deseos nunca eran difíciles ni caros, y no había motivo para no concedérselos. Desde el momento en que comenzaba el reparto, Allegra se volvía loca de alegría. Le entusiasmaban las sorpresas y desgarraba el envoltorio de los regalos entre gritos de júbilo, hubiera dentro lo que hubiese. «¿Es para mí? —preguntaba, como si fuera excesivo para creerlo—. ¿Más para mí?».

Todos los años le daban un dinero para que también ella comprase regalos, y lo gastaba con toda clase de consideraciones, pero nunca le parecía suficiente, y añadía cosas que hacía ella, dibujos para sus hermanos y libros con fotos grapadas para sus padres y para Jocelyn. Ceniceros y adornos, piedras y piñas pintadas con purpurina, sujetalibros y calendarios. A medida que se hacía mayor, los regalos hechos por ella aventajaban a los comprados. Puntualizaba con

insistencia que ella no era artista. Pero era espabilada. Su padre la enseñó a utilizar herramientas eléctricas y, en el instituto, prefirió la optativa de comercio a la de cocina. A esa edad, ya diseñaba muebles y joyas. La mesita de café con sobre de cristal en la que Jocelyn acababa de posar el bolso la había hecho Allegra en aquella época, y era tan bonita como cualquiera que pudiera verse en cualquier parte.

Ahora, vendía sus productos en locales comerciales, en Internet y en ferias de artesanía. Tenía en marcha un proyecto de coleccionar joyas estropeadas en rastros y mercadillos, cuentas descoloridas y camafeos malos, los molía y con los fragmentos hacía mosaicos de escamas. Sylvia llevaba puesto un brazalete nuevo de pendientes desparejados, engarzados en una delicada cadena. Era mucho más bonito de lo que pudiera sonar, y demostraba que Allegra tenía el corazón en su sitio, como siempre. El año anterior había entrado en un coro de villancicos de San Francisco y se había pasado la Nochebuena cantando de segunda soprano en varios hospitales y hogares de ancianos. Sylvia tenía una foto suya en la repisa de la chimenea, en la que llevaba una túnica morada y una vela encendida, con marco de plata hecho por la propia Allegra. Parecía una virgen de mejillas brillantes y ojos como espejos.

—Los personajes secundarios de Austen son verdaderamente maravillosos —dijo Grigg.

—Tanto como los de Dickens. —Sylvia se alegró mucho de que Grigg se expresara en esos términos. No habría discrepado por nada del mundo, y además, no había nada absolutamente de qué discrepar. No le gustaba mezclar el nombre de Austen en la misma frase con el de determinados autores, pero Dickens había escrito algunos libros muy buenos en su día. Sobre todo *David Copperfield*.

—Y, hablando de Dickens —prosiguió Grigg... ¡Cuándo dejarían de hablar de Dickens...!—, estaba pensando en autores contemporáneos que tratan con el mismo esmero a los personajes secundarios, y se me ocurrió que es un recurso bastante frecuente en la llamada comedia situacional. No es difícil imaginarse a Austen hoy día escribiendo «El show de Elinor», con Elinor como sólido centro moral, y los demás entrando y saliendo a trompicones de su piso de Nueva York, cada cual con sus extravagancias.

Sylvia no podía imaginárselo. Bien estaba destacar los temas de cuento de hadas en Austen, ella misma lo había hecho. *Orgullo y prejuicio* como *La Bella y la bestia, Persuasión* como *La Cenicienta*, etcétera, etcétera. Bien estaba incluso comentar que Dickens también había hecho bien lo que Austen había hecho soberbiamente. ¡Pero de

ahí al «Show de Elinor»! ¡No estaba de acuerdo! ¡Qué desperdicio de pestañas en un hombre que veía las comedias de la televisión!

Incluso Bernadette guardó un silencio reprobador. La lluvia aporreaba el tejado, el fuego chisporroteaba. Las mujeres se miraban las manos o el fuego, pero no se cruzaron miradas entre ellas. Fue Allegra quien por fin rompió el silencio.

—A pesar de lo buenos que son los personajes secundarios, creo que Austen los maneja mejor en las obras posteriores. Las mujeres, como la señora Jennings, la señora Palmer y la otra, forman una especie de batiburrillo. Difícil de mantener. Y me encantó la lengua ácida del señor Palmer, pero después, es decepcionante cómo se reforma y desaparece.

En realidad, Allegra se había identificado inmediatamente con el amargo señor Palmer. También a ella solían ocurrírsele comentarios agudos que decir, y los decía en voz alta más veces de lo que deseaba. El señor Palmer no soportaba las tonterías, y ella tampoco, aunque no era una cosa de la que se sintiera orgullosa, porque, como apuntaba Austen, no surgía del deseo de parecer superior, a menos que la falta de paciencia fuera una cualidad superior.

—Además —Allegra se permitió un momento más de irritación a propósito del silenciamiento del señor Palmer— creo positivamente que el final de *Sentido y sensibilidad* fuerza la credulidad del lector. Me refiero a la boda repentina de Robert Ferrars y Lucy Steele. La trama fluye con más naturalidad en los libros posteriores.

—Hay que despedirse precipitadamente —corroboró Grigg. (¡No había captado el solemne momento de silencio! ¿Qué le habría costado?)—. Se nota, claro, el efecto que Austen busca, ese momento en que las cosas se tuercen, pero sería preferible que no tuviera que darle tantas largas.

El ataque a Austen se les estaba yendo de las manos. Sylvia miró a Jocelyn, que habló con expresión estoica y voz serena pero firme.

—Creo que Austen lo explica muy bien. A mí no me fuerza nada.

—Yo no tengo ningún problema en ese sentido —dijo Sylvia.

—No se sale de su estilo —dijo Prudie.

Allegra frunció el ceño de forma encantadora, como solía, al tiempo que se mordía una uña. Se notaba que trabajaba con las manos. Tenía las uñas muy cortas, y la piel de alrededor, áspera y seca. Se notaba que se tomaba las cosas en serio. Primero se había despegado los padrastros y después se los había arrancado dejándose trocitos molestos y pelados en los pulgares. A Prudie le habría gustado

llevarla a la manicura. A unas manos así, de dedos largos y afilados, se les podía sacar mucho provecho.

—Supongo —concedió Allegra— que si el autor no pudiera sacarse un conejo de la chistera de vez en cuando, escribir no tendría ninguna gracia.

Bien, pensó Prudie, Allegra era la que mejor podía saber dónde encontraban la gracia los escritores. A ella, por su parte, no le importaba lo de chica con chica. Abrió la boca para hacer una broma a Allegra sobre su novia, que escribía libros, cosa que zanjaría el tema y, al mismo tiempo, pondría a Grigg sobre la pista del terreno que pisaba.

Pero Grigg ya se había puesto de acuerdo. ¡En realidad, se mostraba muy complaciente con respecto a Allegra! Estaba sentado a su lado, en el sofá, y Prudie intentó recordar cómo había llegado allí. ¿Era el único sitio libre o se las había ingeniado para ocuparlo?

Generalmente, Allegra lograba hablar de su sexualidad en cualquier conversación. Era un punto de fricción con su madre, que opinaba que era una grosería obligar a los conocidos recientes a escuchar los pormenores de su sexualidad.

—El chico del periódico no tiene por qué saberlo —le decía—. Al mecánico le importa un rábano. —Allegra no dejaría de creer que en el fondo, era pura cuestión de homofobia.

—No quiero encerrarme en el armario —decía—. Yo no me escondo.

Pero ahora, justo en el momento en que la información podía compartirse y servir para algo, guardaba de pronto un silencio irritante al respecto.

—Hablando de escritores —dijo Prudie con picardía—, ¿qué tal está Corinne?

—Corinne y yo nos hemos separado —contestó Allegra, y entonces Prudie se acordó de que ya se lo habían contado.

Allegra tenía una expresión pétrea. Pero el asunto de Corinne había sucedido hacía meses, seguro. Prudie pensó que ojalá no fuera un tema excesivamente delicado para tocarlo en ese momento. Nadie le había dicho que no tuviera que nombrar a Corinne para nada nunca más; ¡sabía morderse la lengua perfectamente en caso necesario!

Grigg hojeaba su enorme volumen de obras completas. ¿Por qué siempre eran los hombres quienes tenían los libros más gordos? No daba la impresión de haber oído, siquiera.

Aunque a Allegra le gustaba decir de sí misma que era una lesbiana de la variedad de jardín, sabía que la realidad era bastante más complicada. Rara vez la sexualidad es tan sencilla como natural. Los hombres no le eran completamente indiferentes, sólo el cuerpo masculino. Muchas veces sentía atracción por los héroes de los libros; por lo general, parecían más apasionados que las mujeres, aunque en la realidad, las mujeres lo parecían más que los hombres. Por lo general.

A Allegra la excitaba sobre todo la pasión misma, los poemas de confesiones íntimas, los paisajes de todas clases, incluso los cenagosos, la música in crescendo, el peligro. Necesitaba sentir para sentirse viva.

Su droga preferida era la adrenalina, pero no solía hablar mucho de ello, menos aún con conocidos de su madre. Sylvia creía que había que proceder con cautela, aunque también creía que la cautela no era suficiente en muchas ocasiones. El mundo le parecía una carrera de obstáculos. Cada cual lo cruzaba escogiendo una senda en medio del terreno resbaladizo, entre derrumbamientos o explosiones o ambas cosas. Los desastres se producían en forma de accidentes, asesinatos, terremotos, enfermedades y divorcios. Ella había intentado educar a sus hijos en la sensibilidad y la precaución. En los años de instituto, cuando Allegra supo que su madre se felicitaba por el buen apetito, las buenas notas, las amistades encantadoras y los hábitos sobrios de su hija, ella había empezado a autolesionarse.

Allegra y Corinne se conocieron en un avión pequeño, el día del vigésimo octavo aniversario de Allegra. Había pasado la víspera con sus padres, y su padre le había hecho gofres por la mañana. Después, se marchó con la excusa de que había quedado con unos amigos en la ciudad. Sin embargo, se dirigió a un pequeño aeropuerto de Vacaville a cumplir con una cita que tenía desde hacía meses. Sería su primer salto en solitario. En el último momento, dudó, cuando el cielo ya pasaba raudo a su lado —no estaba loca— y se preguntó si de verdad iba a llegar hasta el final. Estaba más asustada que cuando saltó por primera vez, en pareja. Ya se lo habían advertido, pero aun así, la sorprendió. Si hubiera podido dar marcha atrás sin que nadie se hubiera enterado, lo habría hecho. Sin embargo, por puro amor propio, se lanzó al vacío. Tiró de la argolla antes de tiempo. En el instante en que lo hizo, se arrepintió de no haber alargado la caída libre; era la mejor parte, y se dijo que lo repetiría, y que la próxima vez lo haría mejor. El paracaídas se abrió y tiró de ella con violencia hacia arriba cortándole la respiración, clavándole el correaje en el pecho. Se agarró a las cuerdas y se colocó en mejor posición. Qué

curioso, preocuparse por la molestia del correaje en el preciso momento en que caía hacia la tierra desde un avión. «Un paso pequeño para el hombre, y este traje espacial es un poco asfixiante».

La caída se hizo silenciosa, contemplativa. Le sorprendió lo larga que se le hacía, la intensidad con que vivía cada segundo con absoluta claridad. Aterrizó bruscamente, sobre las nalgas, y después se decantó y se magulló la punta del codo; el trasero empezó a dolerle inmediatamente, pero el codo no lo notó, al principio. Se quedó tumbada mirando al cielo, con el paracaídas desparramado detrás. Las nubes flotaban, los pájaros volaban. Notaba en la sangre la sensación de caer viva todavía, deliciosa. Corinne y el monitor del salto en pareja se acercaron. Allegra veía las suelas de las botas de Corinne, lo cual quería decir que Corinne estaba en mala posición. Como Mary Poppins.

Allegra intentó ponerse en pie y, al erguirse de lado, una daga ardiente se le clavó en el brazo. Unos sonidos marinos le llenaron los oídos y la luz le cegó los ojos. Percibió un olor como de alquitrán. Dio un paso y se cayó de bruces al vacío.

Volvió en sí con la voz de Corinne.

—¿Te encuentras bien? ¿Puedes contestar?

Las palabras pasaban de largo como sombras de pájaros, y después, la oscuridad se extendió silenciosamente desde esas mismas sombras. Cuando volvió a despertar, estaba en brazos de Corinne.

Fue una forma irresistible de conocerse. Cuando llegaron al hospital, eran cómplices del delito. A Sylvia no había que decirle nada del salto, pero Allegra estaba muy débil todavía, perdía el sentido y lo recuperaba con mucha frecuencia todavía, como para hablar con su madre por teléfono.

—No le cuentes nada —dijo Allegra.

Se acordó de cuando se había roto el pie, años atrás, cuando iba a la guardería, al caerse de la estructura de barras donde jugaba. Había pasado la noche en el hospital, y Sylvia había estado allí todo el tiempo, sentada junto a la cama en una horrible silla de plástico, sin cerrar nunca los ojos. Allegra había dicho que estaba más unida a Daniel que a Sylvia —incluso en el seno de la familia, había cierta reserva en torno a Sylvia—, pero ahora, con el dolor horrible del brazo, quería a su madre.

—Dile que venga.

Se quedó tumbada en la camilla, dejando vagar el pensamiento por los borrosos contornos blancos del techo, blanco como la nieve.

Corinne marcó el número en el teléfono móvil y después tomó la mano sana de Allegra y, mientras hablaba, se la acariciaba con el pulgar.

—¿Señora Hunter? —dijo Corinne—. Usted no me conoce, soy amiga de Allegra. Su hija se encuentra bien. Creemos que se ha fracturado el brazo, pero estoy con ella aquí, en el Kaiser de Vacaville, y se recuperará.

Corinne le describió con todo lujo de detalles una serie de acontecimientos encadenados. Un perro juguetón, un niño con una pelota, un tramo de la calzada con gravilla, Allegra en bicicleta. Sylvia se lo tragó íntegramente. Esas cosas solían suceder, sobre todo con perros juguetones y cascos de bicicleta viejos de por medio. Allegra siempre había tomado la precaución de ponerse el casco. Sin embargo, a pesar de todo, a veces, por más precauciones que se tomaran... Daniel y ella llegarían allí lo antes posible. Esperaban poder expresar personalmente a Corinne su agradecimiento por cuanto había hecho.

Allegra se quedó impresionada. Más valía tener a favor a una persona capaz de mentir con tanta facilidad como Corinne. Era preferible que mintiera por una, y no a una.

Pero después resultó que a Corinne no le gustaban las emociones fuertes, como Allegra había supuesto. Más adelante, cuando Allegra insinuaba alguna idea para dar un toque de adrenalina a sus relaciones sexuales, Corinne no respondía. Había empezado a practicar paracaidismo como antídoto del bloqueo de escritor, con la esperanza de que se abriera un resquicio. Veía el vacío como una página en blanco, y allí se lanzaba. El paracaidismo era una metáfora.

Pero no le había servido de nada y sería una insensatez repetir el experimento.

—¡Te has roto el brazo! —le decía, como si Allegra no lo supiera.

Corinne se quedaba en tierra, a velocidad de seguridad, dentro de casa, tomando té con inquietud. Era higienista dental, pero la profesión no la apasionaba... lo había escogido porque era un trabajo que le dejaría tiempo para escribir. La verdad era que llevaba una vida aburrida, aunque Allegra se enamoró de ella completamente antes de descubrirlo. La única faceta de Corinne que Allegra vio con claridad en aquellas primeras horas en el hospital, cuando flotaba entre analgésicos e iba cayendo, cayendo, cayendo en las redes del amor, fue la del mentir.

Sylvia había descorchado un buen Petit Syrah, que acompañaba muy bien al queso con galletas de agua, la lluvia y el fuego. Jocelyn

había tomado lo justo para ponerse alegre, pero no lo suficiente para soltar el ingenio. Tenía la copa levantada de modo que la luz del fuego la atravesaba. Era un grueso cristal tallado, un regalo de bodas de antaño, desgraciadamente velado ahora por treinta y dos años de agua dura y lavavajillas. Si Sylvia lo hubiera tratado con un poco más de cuidado...

—En *Sentido y sensibilidad* encontramos a uno de los personajes predilectos de Austen: el libertino atractivo —dijo Jocelyn—. Creo que nuestra autora desconfía mucho de los hombres guapos. Sus héroes suelen ser enérgicamente anodinos. —Movía la copa de forma que el vino subía en finas películas y volvía a caer. Daniel era un hombre anodino, aunque Jocelyn no lo expresara y Sylvia jamás lo admitiera. Pero, naturalmente, en el mundo de Austen, eso contaba a su favor.

—Excepto Darcy —dijo Prudie.

—Todavía no hemos llegado a Darcy —dijo Jocelyn con cierto tono de admonición en la voz. Prudie no insistió.

—Sus héroes tienen mejor corazón con sus villanos. Son hombres de mérito. Edward es una buena persona —dijo Bernadette.

—Sí, claro, naturalmente —dijo Allegra en el tono más suave y melodioso. Probablemente, sólo Jocelyn y su madre reconocerían la impaciencia que le producía un comentario tan baladí. Allegra tomó un sorbo de vino tan grande que Jocelyn oyó cómo le pasaba por la garganta.

—En la vida real, las mujeres valoran la cuenta corriente, no el espíritu —dijo Grigg con amargura, pestañeando.

Jocelyn conocía a muchos hombres que compartían esa opinión. A las mujeres no les gustan los hombres amables; con unas cuantas cervezas encima, lloriquean en el hombro de cualquier mujer que tenga la amabilidad de escucharlos. Se condenan solos a voces, lamentan su incontrolable y maldita amabilidad. La verdad es que, cuando se llega a conocer mejor a esos hombres, muchos no resultan tan amables como creían ser. No valía la pena señalar ese hecho.

—Pero Austen no es del todo indiferente a Willoughby, al final —dijo Bernadette—. Me encanta el pasaje de la confesión con Elinor. Se percibe que Austen se ablanda igual que Elinor, aunque no quisiera. No admite que sea una buena persona, porque no lo es, pero permite que lo comprendamos, aunque sólo sea un momento. Tiene que lograr el equilibrio en el filo de un cuchillo... si se excede, desearemos que, a pesar de todo, se quede con Marianne.

—Estructuralmente, la confesión remata y da soporte a la larga

historia que le cuenta Brandon. —Otra observación de escritora por parte de Allegra. Aunque Corinne ya no estuviera, su espíritu seguía presente, sin duda, leía los libros de Allegra y hacía las puntualizaciones de Allegra. Se le había pasado por alto el factor Corinne cuando calculaba la pérdida de Daniel. ¡Pobre hija!

—¡Pobre Elinor! Willoughby por un lado y Brandon por otro. La verdad es que se encuentra *entre deux feux*.

Prudie tenía los dientes ligeramente manchados de carmín, a menos que fuera vino. Jocelyn quería acercarse a ella y limpiárselos con una servilleta, como le hacía a Sahara cuando era necesario. Pero se contuvo; Prudie no era cosa suya. El fuego esculpía la cara de Prudie, le hundía más las hundidas mejillas y le encendía el brillo de la mirada. No era bonita como Allegra, pero poseía un atractivo propio. Llamaba la atención. Seguramente envejecería bien, como Anjelica Huston. Si dejara de hablar francés..., o se fuera a Francia, donde se notaría menos.

—Y Lucy también —dijo Bernadette—. Un comentario sobre Elinor. Todo el mundo quiere contarle sus secretos. Invita a la intimidad sin pretenderlo.

—Me pregunto por qué Brandon no se enamora de ella —dijo Jocelyn. Jamás se anticiparía a Austen, ni en un millón de años, pero ésa era la pareja que a ella le habría gustado formar—. Son perfectos el uno para el otro.

—No, él necesita la vivacidad de Marianne —dijo Allegra—, porque él no tiene ni pizca.

Corinne necesitaba confesiones. Por una parte, Allegra deseaba un coqueteo intimidatorio antes de hacer el amor, y por otra, Corinne deseaba el mimo de los secretos después.

—Quiero saberlo todo de ti —decía, exactamente lo que tenían que decir los amantes sin levantar sospechas—. Sobre todo las cosas que nunca has contado a nadie.

—En cuanto las cuente, cambiarán —protestaba Allegra—, dejarán de ser secretos.

—No —decía Corinne—, se convierten en nuestros secretos. Confía en mí.

Y Allegra le contó:

1. En mi instituto había una clase especial para niños retrasados.

A veces los veíamos, pero casi siempre los mantenían aparte. Tenían el recreo a otra hora y comían a otra hora. Es posible que sólo fueran a clase medio día.

Uno de esos chicos se llamaba Billy. Siempre llevaba en la mano un balón de baloncesto, y a veces hablaba con el balón. Palabras sin sentido, galimatías. A mí me parecía que no hacía más que imitar la conversación humana como un mono, que no comprendía que conversar consistía en decir palabras de verdad y que otra persona te contestara. Llevaba un gorro muy encasquetado en la cabeza, con las orejas saliéndole por los lados como a Mudito el de Blancanieves. Moqueaba mucho. Me ponía triste pensar en él y en cualquiera de ellos, así que procuraba no pensar.

Un día, lo vi en un rincón del patio donde no tenía que estar. Pensé que lo regañarían, si lo veían allí. Tenía la impresión de que el tutor de la clase especial gritaba mucho a los alumnos. Así que me acerqué a él sintiéndome muy satisfecha de lo buena persona que era, porque era capaz de hablar con Billy como si fuera un chico normal. Pero, al acercarme, vi que tenía el pene entre las manos. Me lo enseñó, plano en la mano para que lo viera bien. Y el pene vibraba como si lo pincharan con alfileres. Volví con mis amigas.

Unas semanas después, un día, mi padre vino a buscarme a la salida de clase. Estaba distraído con algo y yo tenía la sensación de que no me hacía caso, así que le conté lo del chico de la escuela que me había enseñado el pene. Un chico mayor que yo. A mi padre le preocupó más de lo que yo había supuesto e inmediatamente me arrepentí de habérselo contado. Me preguntó el nombre del chico, se paró a buscar la dirección de la familia en la guía telefónica del supermercado, nos presentamos allí y mi padre aporreó la puerta. Salió una mujer. Llevaba trenzas de niña, pero tenía canas; me pareció raro. Usaba gafas de ésas, de mariposa. Mi padre empezó a hablar y ella empezó a llorar. Pero enfadada, al principio.

—¡A nadie le importamos un rábano! —decía. Yo no estaba acostumbrada a esa clase de lenguaje, así que me impresionó mucho. Pero después, se le pasó el enfado y siguió como desesperada—. ¿Qué quiere que haga yo?

—Hable con su hijo... —estaba diciendo mi padre, cuando el chico apareció detrás de su madre con su estúpido balón, mascullando no sé qué. Dejó la frase a medias.

Mi padre tenía un hermano menor retrasado. Murió a los quince años, atropellado por un coche. Siempre me ha parecido que yo sólo podré querer a un hijo si es precioso, y por eso siempre me ha dado

miedo tener uno. Pero mi padre dice que su madre quería a su hijo retrasado más que a nadie. Según ella, el amor de la madre va a donde más falta hace.

Cuando murió su hermano, mi padre animaba a mi abuela a salir de casa con más asiduidad. Él y mi madre la invitaban al cine, a conciertos y al teatro, pero ella casi siempre se negaba. Entonces, mi padre iba a verla, a ver qué tal estaba, y la encontraba sentada en la cocina mirando por la ventana.

—Ya no hay nada en el mundo que me apetezca —le decía.

El caso es que Billy apareció detrás de su madre, hablando con su balón en un tono cada vez más inquieto. Mi padre empezó a disculparse, pero la madre de Billy no le prestaba atención.

—¿Qué sabrá usted? —decía—. Usted tiene una niña muy bonita que un día irá a la universidad, se casará y también tendrá hijos guapos que le darán alegría.

Volvimos al coche y nos fuimos a casa. Mi padre dijo:

—Por nada del mundo habría ido a agravar la situación de esa mujer. Seguro que sabías perfectamente que me estabas ocultando un detalle importante. ¿Por qué no me lo dijiste? Habría enfocado las cosas de otra manera. ¡Vete a tu habitación!

No tenía ni idea de que mi padre pudiera enfadarse tanto conmigo. Me entró el temor de que dejara de quererme. No me daba la mano, ni me miraba.

No sabía defenderme sola ni ante mí misma. Lo intenté. No se me había ocurrido siquiera que mi padre pudiera enfadarse tanto, ni la madre de Billy. No sabía que habría lágrimas. No habría dicho una palabra, si lo hubiera sospechado. Pero ¿por qué le había contado aquella tontería? Sólo por llamar la atención. Y no le dije que Billy era retrasado porque sabía que así me haría más caso. No me había afectado nada que Billy me enseñara el pene. Incluso me pareció un apéndice simpático.

2. En una ocasión, fuimos a un museo a ver unas pinturas de Van Gogh. Me gustaban por lo espesas que eran. Mi padre me dijo que los pintores pintaban lo que veían en realidad, o a lo mejor dijo otra cosa, pero lo que yo entendí fue eso. Me imaginé a Van Gogh mirando con sus ojos un mundo así de espeso. Jamás me había planteado si yo veía el mundo como todos los demás o si veía algo mejor, o peor o de otra manera. ¿Cómo podía saberse? ¿Acaso Van Gogh iba por ahí preguntando «ve usted las cosas espesas, como si dijéramos»? Seguro

que ni se le ocurría hacer semejante pregunta.

Al día siguiente, me tumbé en el césped del patio de atrás mirando al sol directamente, como mi madre me había dicho que no hiciera nunca porque dañaba los ojos. Pensé que, de mayor, sería una artista famosa y que toda la gente y todas las cosas que viera, todo lo que pintase, sería enceguecedor.

3. Mis padres creían que los niños tenían que disponer de muchísimo tiempo libre. Creían que la ensoñación era beneficiosa. Recibí algunas clases de piano, pero no cuajó, y no hice deporte ni ninguna otra actividad extraescolar hasta el instituto. Leía mucho y hacía manualidades. Buscaba tréboles de cuatro hojas, observaba hormigueros. Las hormigas tienen muy poco tiempo libre, pocos lugares adonde ir, pocas visitas que hacer. Adopté un hormiguero en concreto, en el jardín, junto a una piedra pasadera de la parcela de los desvelos de mi madre. Al principio trataba muy bien a mis hormigas, les llevaba trochos de galleta espolvoreada, les construía paisajes con conchas y pensaba en lo mucho que a mí me gustaría encontrar una concha tan grande que pudiera meterme dentro a explorarla.

Escribía periódicos en miniatura, al principio del tamaño de sellos de correos, con noticias de hormigas, después los hacía un poco más grandes, demasiado grandes para las hormigas; me preocupaba, pero, si no, no podía encajar las noticias, y quería noticias de verdad, no simples rayas que parecieran escritura. De todos modos, imagínate lo pequeño que tendría que ser en realidad un periódico para hormigas. Incluso un sello habría sido como una cancha de baloncesto.

Me inventaba agitaciones políticas, conspiraciones y golpes de estado, y escribía reportajes de todo. Creo que, en esa época, estaba leyendo una biografía de María Estuardo, reina de Escocia. ¿Leías aquellas biografías de color naranja, de pequeña? Aquéllas sobre la infancia de personajes famosos, que en el último capítulo explicaban cómo habían alcanzado la fama... ¡Dios, me encantaban aquellos libros! Me acuerdo de Ben Franklin y Clara Barton, Will Rogers y Jim Thorpe, Amelia Earhart y Madame Curie, y otra sobre el primer niño blanco nacido en la colonia Roanoke —¿Virginia Dare?—, aunque supongo que ésa se la inventaron.

En fin, el caso es que un día había pocas noticias para las hormigas. Me había quedado sin conspiraciones políticas o empezaba a aburrirme, así que fui a por un vaso de agua y provoqué una inundación. Las hormigas salían como podían buscando la salvación, nadando por no ahogarse. Me daba un poco de vergüenza, pero el periódico valió la pena. Me dije que sólo había puesto un poco de

emoción en la aburrida rutina de las hormigas. Al día siguiente, les eché una piedra encima. Era un meteorito del espacio sideral. Rodearon la piedra y la recorrieron por todas partes; evidentemente, no sabían qué hacer con ella. El acontecimiento fue motivo de tres cartas al director, y las quemé; las cerillas me interesaban mucho. Pero las cosas se me fueron un poco de las manos y el fuego se extendió del hormiguero al jardín. Sólo un poco, no tan grave como pueda sonar. Diego salió y lo apagó a pisotones, y yo me puse a llorar, quería que parase porque estaba pisoteando a mis hormigas.

Pero como fui una reina tan horrible y cruel, jamás me presentaré a presidente.

4. A los veintidós, foliaba con un chico sólo porque él lo deseaba mucho. Estudiaba en Galway, nos conocimos en Roma y viajamos juntos tres semanas. La última noche que pasamos, la víspera del día en que tenía que volver a casa, estábamos en Praga. Fuimos a cenar y después, a dar una vuelta por los bares, y bebí hasta ponerme lacrimógena y sentimental, y le pedí un intercambio de prendas. Me dio una fotografía suya con un gato en brazos. Yo le puse mi anillo de plata en el dedo a lo bruto; no le pasaba del nudillo, pero empujándolo logré que pasara.

Me dijo que estaba emocionado. Me juró que no se lo quitaría nunca y después intentó quitárselo pero no pudo. Empezó a hinchársele el dedo y a ponérsele de colores raros. Fuimos a los servicios del bar y probamos con jabón, pero ya era tarde. El dedo se le había hinchado una barbaridad. Pedimos mantequilla y nos la dieron, pero eso tampoco funcionó. Entonces, la cara empezó a ponérsele de un color raro, también, de un blancuzco como de pescado. Ya sabes lo blancos que son los irlandeses, allí nunca salen a pasear. Volvimos al hostal e intenté que lo olvidara follándomelo, pero sólo sirvió un rato. Tenía el dedo gordo como una salchicha y ya no podía doblarlo.

Entonces fuimos a buscar un taxi para ir a un hospital. Ya eran las tres de la madrugada y las calles estaban oscuras, frías y silenciosas. Anduvimos muchas manzanas, y el chico empezaba a gemir como un perrito. Cuando por fin encontramos un taxi, el taxista no hablaba inglés. Imité el sonido de una sirena al tiempo que señalaba el dedo hinchado una y otra vez. Con gestos, le di a entender un estetoscopio. Para imaginártelo bien, tienes que verme muy borracha. No sé lo que pensaría el taxista al principio, pero por fin lo entendió, y entonces, resultó que el hospital estaba a menos de media manzana de allí. Nos acercó hasta la puerta y nos dejó allí. Se marchó farfullando no sé qué.

No lo entendimos, aunque nos imaginamos lo que querría decir.

El hospital estaba cerrado, pero había un interfono y, por medio del aparato, nos pusimos en contacto con otra persona que tampoco sabía inglés. Nos rogó que habláramos con claridad, pero después se rindió y nos abrió. Todos los pasillos estaban a oscuras; recorrimos unos cuantos hasta que divisamos las luces de una sala de espera. Yo soñaba a veces con cosas parecidas, pasillos oscuros y ecos de pasos, laberintos que se retorcían y daban vueltas, con indicadores en las paredes escritos en un alfabeto desconocido. Quiero decir que lo había soñado antes de que ocurriera, y todavía lo sueño a veces: me pierdo en una ciudad extranjera, la gente habla pero no entiendo nada.

Entonces, siguiendo la luz, encontramos a un médico, y hablaba inglés, lo cual fue toda una suerte, la verdad. Le contamos lo del anillo y se nos quedó mirando fijamente.

—Están ustedes en medicina interna —dijo—, yo soy cirujano de cardiología.

Me disponía a volver al hostal antes de tener que enfrentarme a semejante bochorno, pero claro, no se trataba de mi dedo (aunque sí de mi anillo). Pero Conor, así se llamaba, no estaba dispuesto a marcharse.

—No tengo palabras para decirle cuánto me duele —le contó. Lo cual, bien pensado, es una especie de *kung-an.*[4] Bien, el caso es que yo me quedé pensando en ello.

—Están borrachos, ¿verdad? —dijo el médico. Se llevó a Conor y le quitó el anillo desatornillándoselo por la fuerza. Por lo visto, le hizo un daño espantoso, pero entre tanto yo dormía en la sala de espera.

Después le pregunté dónde estaba el anillo. Se le había olvidado en la consulta del médico. Me lo imaginé reposando en una de esas bandejitas azules con forma de riñón. Conor me dijo que se había mellado mucho en la operación, pero como lo había hecho yo, me ofendió un poquito que se le olvidara. Habría vuelto a buscarlo si el médico no hubiera estado tan enfadado.

—Quería que te lo quedaras de recuerdo —le dije a Conor.

—Aun así, no creo que me olvide de ti —dijo él.

El teléfono de la cocina sonó y Allegra fue a contestar. En el otro extremo de la línea estaba Daniel.

—¿Cómo está tu madre, cielo? —preguntó.

—Bueno —dijo en español—, está monísima. Estamos celebrando

una fiesta. Pregúntaselo tú. —Posó el auricular y volvió al salón—. Es papá —dijo a Sylvia—. Una llamada de culpabilidad.

Sylvia se fue al teléfono y se llevó el vaso de vino.

—Hola, Daniel —dijo; apagó la luz de la cocina y se sentó a oscuras, con el vaso en una mano y el teléfono en la otra. Llovía estruendosamente; un canalón del tejado desaguaba directamente ante la puerta de la cocina.

—Apenas me habla —dijo él.

Sylvia esperaba que aquello no fuera una petición de intercesión. Sería excesivo. Pero sabía lo mucho que Daniel quería a Allegra y no podía evitar sentir lástima por él, por más que se ordenara a sí misma no compadecerlo. La nevera soltó uno de sus típicos traqueteos; el sonido, tan familiar y hogareño, casi la hizo desmoronarse. Se apretó el vaso contra la cara y dejó pasar un momento hasta que recuperó la confianza en el dominio de la voz.

—Dale tiempo.

—Va a ir un fontanero el sábado a ver la ducha de arriba. No hace falta que estéis en casa, me encargo yo. Sólo quería avisaros con tiempo, por si no queréis verme.

—Esta casa ya no es tuya.

—Sí que lo es. He dejado el matrimonio, pero a ti no. Mientras sigas viviendo ahí, me ocuparé del mantenimiento de la casa.

—Vete a la mierda —dijo Sylvia.

Se oyó una carcajada en el salón.

—En fin, vuelve con tus invitados —dijo Daniel—. Estaré allí el sábado entre las diez y las doce. Vete a la plaza del mercado, cómprate esos pistachos que te gustan tanto. Ni siquiera te darás cuenta de que he estado allí, pero la ducha estará arreglada.

Corinne comenzó a asistir a las reuniones semanales de un grupo de creación literaria. Esperaba que le sirviera para fijarse un plazo, para obligarse a escribir. Y parecía que pasaba más tiempo al ordenador últimamente; Allegra la oía teclear de vez en cuando. El humor le había mejorado y hablaba mucho durante la comida sobre el punto de vista, el ritmo y la estructura profunda. Todo muy abstracto.

Las reuniones se celebraban en un local cuáquero y, al principio, el grupo se había planteado la cuestión de si debían hacer honor a los principios cuáqueros con el trabajo que realizaran allí, puesto que les

habían cedido el uso de su espacio sin aceptar remuneración a cambio. ¿Era correcto aceptar el favor y después compartir un trabajo sobre temas violentos o perniciosos? Tras mucha discusión, decidieron que podría ser necesario que el trabajo fuera violento con el fin de defender la no violencia de modo efectivo. Eran escritores. Ellos, más que nadie, tenían que oponerse a la censura aunque se disfrazase de cualquier otra cosa. Los cuáqueros no esperarían menos de ellos.

Los escritores del grupo cobraron importancia para Corinne, hasta el punto de que Allegra empezó a preocuparse de no llegar a conocerlos nunca. Oía hablar de ellos, pero sólo en versiones abreviadas. La crítica se basaba en la confianza, se esperaba confidencialidad, decía Corinne.

Corinne no sabía guardar secretos. Allegra supo que una mujer había llevado un poema sobre el aborto, escrito en rojo como símbolo de sangre. Un hombre estaba escribiendo una especie de farsa de cama a la francesa, sólo que sin verdadero sentido del humor y con el texto lleno de flechas y tachaduras desordenadas, de modo que no era un placer leerlo; sin embargo, todas las semanas sin falta presentaba un nuevo y farragoso capítulo de pollas y cuernos. Otra mujer estaba escribiendo una novela fantástica con una buena trama y una buena dosificación, pero todos los personajes tenían los ojos ambarinos, como esmeraldas, de amatista o de zafiro. Ningún argumento de los que le daban sus compañeros la convencía de que escribiera castaños o azules, o que se ahorrase la referencia a los dichosos ojos.

Una noche, durante la cena, Corinne dijo con naturalidad que iba a asistir a una lectura poética. Lynne, del grupo de creación, leía unos poemas eróticos en Good Vibrations, la tienda de juguetes sexuales.

—Voy contigo —dijo Allegra. Corinne no esperaría que se quedara en casa mientras se celebraba una lectura en voz alta de poesía picante entre látigos y consoladores.

—No quiero que te burles de nadie. —A Corinne le incomodaba mucho, evidentemente—. Puedes ser muy cruel, cuando te parece que alguien no tiene buen gusto. No somos más que principiantes, todo el grupo. Si te oigo burlarte de Lynne, sabré que seguramente yo también soy ridícula. No puedo escribir si pienso que estoy haciendo el ridículo.

—Jamás pensaría que tú haces el ridículo —replicó Allegra—, es imposible. Y la poesía me encanta, lo sabes.

—Te gusta cierta clase de poesía —dijo Corinne—, poemas sobre árboles, y no es eso lo que va a leer Lynne.

No llegó a decirle que podía ir, pero Allegra fue, porque entonces

deseaba demostrarle que era capaz de comportarse, y de paso, echaría un vistazo a la otra vida de su amiga, la verdadera vida de Corinne, como le parecía a veces. La vida de la que no iba a formar parte.

En el Good Vibrations habían dispuesto cincuenta sillas, de las que siete estaban reservadas. Detrás del podio, había entrepiernas inflables colgadas en la pared en diversos grados de apertura, como mariposas. Había también vitrinas con corsés y correajes esparcidos y mezclados. Lynne se encontraba en un encantador estado de nerviosismo. Leyó, pero también habló de cuestiones personales y artísticas que la poesía le planteaba. Acababa de terminar un poema en el que el pecho de una mujer hablaba, en varias estrofas, de sus admiradores pasados. El poema tenía estructura formal, y Lynne confesó que no estaba segura de si en realidad tenía que ser así. Rogó al público que lo considerase un trabajo en proceso de construcción.

Incluso el pecho hablaba con voz de lectura poética, con una cadencia peculiar al final de cada verso, como Pound o Eliot o quienquiera que fuese el iniciador de tan desafortunada costumbre. El público aplaudía los versos más explosivos y Allegra procuraba aplaudir también, aunque, por lo visto, no tenía el mismo concepto de explosivo que los demás. Después fue con Corinne a felicitar a Lynne. Le dijo que había pasado una velada estupenda, la frase más inocente que pudiera decirse, pero Corinne le clavó la mirada. Comprobó que su presencia la molestaba. Le había impuesto su compañía sabiendo que su amiga no quería que fuese. Así pues, se excusó y se fue al lavabo. Se tomó su tiempo, se lavó la cara, se peinó, todo concienzudamente, para que Corinne pudiera hablar con Lynne a solas.

Aquel fin de semana, Sylvia y Jocelyn fueron a una exhibición canina en el Cow Palace, y Allegra se unió a ellas a la hora de comer. Había invitado a Corinne, pero dijo que las palabras le estaban fluyendo en ese momento y que no quería arriesgarse a dejar de escribir. Jocelyn estaba de muy buen humor. Thembe había ganado el primer premio de raza, el juez había tomado buena nota de la alzada y el comportamiento del ejemplar, así como de su hermosa cresta. Competiría en «sabuesos» por la tarde. Además, Jocelyn llevaba en los bolsillos las tarjetas de varios sementales prometedores. El futuro se presentaba brillante. En el Cow Palace todo era ruido y olores. Se fueron con el almuerzo a las mesas de la pradera por no comer delante de los perros.

Para Allegra, fue un alivio poder hablar por fin con alguien de la lectura poética. Se acordaba de versos particularmente selectos; Sylvia se rió con tanta fuerza que le escupió el bocadillo en el regazo.

Después, Allegra se arrepintió.

—Ojalá Corinne me hiciera un huequecito ahí —dijo—. Tiene miedo de que se rían de ella. Como si yo fuera a reírme de ella...

—Una vez, rompí con un chico porque me escribió un poema horrible —dijo Jocelyn—. «Tus ojos gemelos». ¿No tiene casi todo el mundo los ojos gemelos? ¿Menos unos pocos desafortunados? Bueno, aunque no tuviera mucha importancia, y aunque el sentimiento fuera bonito y le hubiera costado un esfuerzo, la siguiente vez que fue a besarme, sólo podía pensar en «Tus ojos gemelos».

—Estoy segura de que Corinne escribe maravillosamente —dijo Sylvia—, ¿verdad?

Y Allegra dijo que sí, que escribía maravillosamente. Aunque, en realidad, todavía no le había enseñado una palabra. No obstante, los libros que le gustaban eran muy buenos.

—El caso es —dijo Allegra, y según la experiencia de Jocelyn, rara era la vez que a esas palabras seguía algo bueno— que si tuviera que escoger entre escribir y yo, sé que escogería escribir. ¿Tendría que importarme? No, no tendría que importarme. Soy una especie de persona total.

—El caso es —replicó Sylvia— que no tiene que escoger, o sea que no tienes por qué llegar a saberlo nunca, en realidad.

Cuando Allegra llegó a casa, para su gran sorpresa, se encontró con Lynne, que salía del piso en ese momento. Se pararon un momento en la entrada e intercambiaron saludos amables. Allegra había venido andando varias manzanas cuesta arriba, desde el único aparcamiento que había encontrado —para los efectos, habría podido dejar el coche en Dale City— y estaba acalorada, enfadada y sin resuello. Pero consiguió repetir que se lo había pasado muy bien en la lectura poética de Lynne. No era mentira. Se había divertido mucho.

—Os he traído unas pastas, en agradecimiento por haber asistido —dijo Lynne—. Me he alegrado mucho de encontrar a Corinne trabajando. Tiene muchísimo talento.

Allegra sintió un pinchazo de celos porque Lynne había visto el trabajo de Corinne. Hasta la mujer que escribía poemas sobre el aborto en tinta roja lo había visto.

—Unas historias tan, tan fascinantes —añadió Lynne con un énfasis en los «tan» que parecía una campana—. La del niño retrasado, ¿sabes? «El balón de Billy». ¡Como la de Tom Hanks en aquella de náufragos, sólo que conmovedora de verdad!

—¿Corinne ha escrito una historia sobre un niño retrasado? —preguntó Allegra. ¡Y ni siquiera le había cambiado el nombre! ¡No sería capaz de una cosa así! «Nuestros secretos. Confía en mí».

Lynne se tapó la boca con la mano sonriendo entre los dedos.

—¡Ay! Todo lo que suceda en crítica es absoluto secreto. Es decir, que no tenía que habértelo dicho. Claro que, pensaba que a ti te lo habría enseñado. Prométeme que no se lo dirás. Por favor, no le digas que te lo he dicho. —Insistió con tanta y tan desagradable coquetería infantil que Allegra se lo prometió sólo para que callara.

Entró en casa, fue al estudio, donde Corinne seguía trabajando al ordenador; vio que tocaba la tecla «Suspender» y las palabras desaparecieron de la pantalla en menos de lo que tardó en cruzar la habitación.

—¿Se acabó el bloqueo de escritor? —le preguntó. Con sólo pulsar cualquier tecla, las palabras volverían a aparecer.

—Sí —dijo Corinne—. La musa ha vuelto conmigo.

Esa noche, Corinne le pidió que le contara una historia, aunque no habían hecho el amor. Allegra se incorporó en la almohada a mirarla. Había cerrado los ojos y una oreja le asomaba entre el pelo del lado de la cabeza. Tenía la barbilla levantada, el cuello parecía una pendiente nevada. Los pezones apuntaban debajo de la camiseta sin mangas. Inocencia seductora.

Allegra dijo:

5. Conocía a una chica en el instituto que se quedó embarazada. Me cayó bien cuando la conocí y me dio lástima cuando se quedó embarazada... tenías que haber oído lo que decían los chicos de ella. Pero después ya no me caía tan bien. Hay toda una historia en el medio, pero estoy muy cansada para contarla.

[image]

Allegra se emborrachó. Le parecía que no era la única. Vio a Prudie con las mejillas encendidas y los ojos vidriosos. El Petit Syrah había desaparecido como por arte de magia, Jocelyn la había mandado a la cocina en busca de una botella de Graffigna Malbec y a ver qué tal estaba Sylvia, que no había vuelto desde la llamada de Daniel. Al levantarse supo que estaba borracha.

Sylvia estaba sentada a oscuras en la cocina, con el teléfono

colgado en su sitio.

—¡Hola, hija! —dijo, y la voz sonaba bien.

No había necesidad de farsas, y menos ante Allegra.

—¿Cómo te lo tomas con tanta calma? —le preguntó—. Parece que no te importe. —Sabía que estaba fuera de onda. Se oía la voz beoda, destemplada, que le salía por la boca.

—Me importa.

—No tienes por qué ocultarlo. Ninguno de los que están ahí fuera va a pensar mal de ti si rompes una copa o gritas o te vas a la cama o les dices a todos que se larguen de una maldita vez.

—Tendrás que aceptarme como soy, hija mía —dijo Sylvia—. ¿Sabes dónde estábamos cuando Daniel me dijo que quería divorciarse? Me había invitado a cenar a Biba's. Siempre había querido ir a Biba's, pero nunca habíamos encontrado mesa. Y en eso precisamente estaba pensando, que tuvo que haber hecho la reserva con mucha antelación y después fingir no sé cuántas semanas que todo seguía normal. ¡Qué forma tan concienzuda de tirar a tu mujer a la basura!

—¡Estoy segura de que no planeó la noche así! Estoy segura de que no sabía lo que iba a decir ni cuándo lo diría. Algunas personas hacen las cosas sin pensarlas primero de cabo a rabo, como tú.

—Seguramente tendrás razón. Uno está tan loco cuando se enamora como cuando se desenamora, supongo. Gracias a Dios que está lloviendo. Este año no había llovido suficiente.

La cara de Sylvia se reflejaba débilmente en la ventana de la cocina. Allegra se dio cuenta de que le estaba viendo sus dos perfiles al mismo tiempo. Su madre había sido una mujer muy guapa, pero después de haber mantenido el tipo muy bien hasta hacía unos pocos años, había envejecido de repente. Ahora se veía el camino que llevaba al envejecimiento, dónde iba a asestarle el próximo golpe.

Se arrodilló con gesto inseguro y puso la cabeza en el regazo de su madre. Notó las manos que le peinaban el pelo.

—¿Qué sabemos de todo eso tú y yo? —preguntó Allegra—. No somos de las que se desenamoran, ¿verdad?

Allegra se levantó cuando tuvo la certeza de que Corinne estaba dormida y fue al estudio. Vació la papelera en el suelo. No había gran cosa, y lo poco que había estaba reducido a pedacitos diminutos y desesperantes y no parecía proceder de la impresora de Corinne.

Encontró, no obstante, la palabra «Zyzzyva» en relieve, de un membrete. Perseveró en la búsqueda clasificando por colores hasta que formó tres montones. No llevaba puesto nada más que la camiseta hasta la rodilla que usaba para dormir, así que sacó una manta del armario de la ropa de cama y se sentó en el suelo, envuelta en la manta, a reconstruir las hojas de papel. Por fin leyó:

> Lamentamos devolverle el relato que nos envió. «El balón de Billy» reúne buenas cualidades y, aunque no se ajusta exactamente a nuestra línea editorial, con gusto recibiríamos otros trabajos suyos en adelante. Buena suerte en la tarea, la Editorial.

Quince minutos después:

> Le devolvemos el relato «Adiós, Praga» puesto que nuestro interés se centra en material sobre lesbianismo. Le recomendamos encarecidamente que se familiarice con nuestra revista. Adjuntamos formulario de suscripción. Muchas gracias, la Editorial.

Diez minutos después, un rechazo formal: «No se adapta a nuestra línea en este momento», pero además habían escrito una frase aislada al pie de la página en bolígrafo: «¿Quién no ha torturado hormigas?».

Allegra deshizo lo hecho, mezcló otra vez los fragmentos y los devolvió a la papelera. Tenía la sensación de que la habían desnudado y después la habían abierto en canal. De modo que el empeño de Corinne de mantenerla lejos de sus amigos escritores no tenía nada que ver con su sarcasmo. Qué falta de consideración por parte de Corinne haberle hecho creer que la culpa era suya.

Claro que esa pequeña falta de consideración no era nada, comparada con la traición a la confianza. Había empezado a llover, pero Allegra no lo supo hasta que salió al exterior. Aunque en la calle tampoco lo notó apenas, a pesar de llevar sólo la camiseta. Recorrió tres manzanas hasta el coche, viajó dos horas hasta la casa de sus padres... más de lo normal, porque se le había olvidado llevar dinero para el peaje del puente (e incluso el carné de conducir) y tuvo que detenerse a un lado de la barrera y salir del coche tal como estaba, en camiseta, para hablar con el encargado. Por fin le franquearon el paso, tal es la capacidad de persuasión de un llanto incontrolado cuando se está prácticamente desnuda.

Eran más de las tres de la madrugada cuando llegó, completamente empapada. Su padre le preparó una taza de leche caliente y su madre la metió directamente en la cama. Estuvo tres días sin levantarse más que para ir al cuarto de baño. Corinne la llamó por teléfono varias veces, pero Allegra se negó a hablar con ella.

¿Cómo se atrevía a escribir los episodios secretos de su vida y a mandarlos a las revistas para que los publicaran?

¿Cómo se atrevía a escribirlos con tan poca gracia que nadie los había aceptado?

[image]

Jane Austen no tenía la culpa de que el amor no funcionara. Tampoco se podía decir que la autora no avisara al respecto. Las heroínas solían terminar bien, pero siempre había otros personajes en los libros para los que el final era amargo: la Eliza de Brandon en *Sentido y sensibilidad*, Charlotte Lucas y Lydia Bennet en *Orgullo y prejuicio*, María Bertram en *Mansfield Park*. Ésas eran las mujeres que necesitaban más atención, y nadie se la concedía.

Allegra intentaba por todos los medios no expresar nunca las opiniones de Corinne, pero cada vez que hablaba le salían las palabras calcadas. Corinne no estaba de humor para alabar a una escritora como Austen, que tanto escribía sobre el amor cuando en el mundo había tantísimas cosas más.

—Austen lo lleva todo a la superficie —dijo Allegra—. No es una escritora que recurra a las imágenes. Las imágenes son la forma de llevar lo no expresado al texto. Austen, sin embargo, lo dice todo.

Prudie sacudió la cabeza enérgicamente, con el pelo volándole por delante de las mejillas.

—La mitad de lo que dice Jane es irónico. La ironía es la forma de decir dos cosas al mismo tiempo. —Prudie intentaba explicar una idea que no había madurado lo suficiente, todavía. Abrió las manos como un libro por la mitad y las volvió a cerrar. A Allegra le despistó el gesto, pero comprendió que lo que Prudie quería decir, fuera lo que fuese, lo creía profundamente—. ¡Lo que se dice y lo opuesto a lo que se dice al mismo tiempo! —exclamó. Tenía la dignidad meticulosamente construida de algunos borrachos. La dignidad de Prudie siempre daba la sensación de ser fabricada, de modo que la diferencia era muy sutil, un leve arrastrar de palabras, una chispita de saliva.

—Claro, naturalmente. —Naturalmente, Bernadette tenía tan poca idea como Allegra de lo que quería decir Prudie. Sencillamente, se decantaba por darle la razón porque le parecía más correcto que oponerse, aunque no tuviera ni idea de lo que se estaba dilucidando—. Y creo que es el sentido del humor lo que nos hace seguir leyéndola dos siglos más tarde. Al menos es lo que a mí me engancha más. Y no creo que sea la única. Decidme si estoy sola en este caso.

—Lo que gusta son las historias de amor —dijo Grigg—, al menos a las mujeres, vaya. Bueno, a mí también, claro. No quiero decir que a mí no me gusten.

Sylvia volvió al salón. Removió el fuego y saltaron chispas que revolotearon como molinillos por el tiro arriba. Puso un tronco más y aplastó la vida de las pocas llamas vivas que quedaban.

—Brandon y Marianne —dijo—. ¿No os da la sensación de que al final es como si a Marianne la hubieran vendido? Elinor y su madre ponen mucho empeño. Se diría que se enamora de Brandon sólo después de casarse con él. Brandon ha sido tan buen hombre que Elinor y la madre están decididas a recompensarlo como se merece.

—Eso es lo que yo digo —terció Prudie—. Jane se propone transmitirnos esa inquietud. El libro termina con ese matrimonio y lo que Austen no dice al respecto.

Sylvia se sentó al lado de Allegra, lo que obligó a Grigg a hacerse a un lado.

—Pero me da pena. Por muy egocéntrica que sea Marianne y todo eso, ¿quién prefiere verla de verdad sobria y aposentada? Nadie. Nadie querría que fuera otra cosa distinta a lo que es exactamente.

—Entonces, ¿te habría gustado que se quedara con Willoughby? —preguntó Allegra.

—¿A ti no? —replicó Sylvia. Se echó hacia delante para dirigirse a Prudie—. Creo que esta noche te conviene que vayas a casa con Jocelyn. No te preocupes por el coche. Por la mañana te lo lleva Daniel. —Hubo un silencio. Sylvia se tapó la boca con la mano.

—Se lo llevo yo —dijo Allegra—. Yo te llevo el coche mañana por la mañana.

Cuando Allegra se levantó por fin de la cama, sólo tres días después de huir del piso en camiseta, fue en coche a la escuela de paracaidismo de Vacaville. Al principio le dijeron que no podía volar con nadie. No tenía hora, ya sabía cómo funcionaba. Y si volvía por lo del brazo roto, ellos no eran los responsables; seguro que se acordaba

de los formularios que había firmado. Era mejor que regresara a casa y lo pensara a fondo, le dijeron. Era mejor que volviera al aeródromo con una hora concertada, después de habérselo pensado mejor.

Allegra discutió. Se rió mucho para que nadie malinterpretara su estado de ánimo ni sus intenciones. Coqueteó y dejó que los hombres coquetearan con ella. Les dijo que era un caso de paracaidismo de urgencia, y por fin, Marco, que había sido uno de sus instructores y al parecer todavía no se aclaraba con la sexualidad de Allegra —no porque ella no se lo hubiera repetido lo suficiente, sino porque su comportamiento, ese día, volvía a plantear la cuestión—, accedió a ser su pareja masculina. Pero ella no quería saltar en pareja, estaba decidida a hacerlo en solitario; pero no iba a ser en solitario.

Se puso el ridículo traje naranja y levantaron el vuelo. Marco se sujetó a ella por los hombros y las caderas.

—¿Estás lista? —le preguntó y, sin darle tiempo a contestar, la empujó al vacío. Dentro del avión había un adhesivo de una cara sonriente, justo en el sitio donde se ponía la mano antes de saltar. Al pie del adhesivo, escrito en rotulador grueso, se leía: «Crece».

Se deslizaban por el aire. Soplaba un viento áspero, Marco estaba a su lado. Pero consiguió lo que quería. Cielo azul por arriba, montañas marrones abajo. Detrás, se extendían los campos agrícolas de la universidad con sus tomates antinaturales, sus búhos cavadores, sus vacas lecheras. Hacia el este, en algún lugar, sus padres se sentaban a comer. Sus padres, que tanto la querían. Marco tiró de la anilla, se oyó el despliegue del paracaídas, se notó el tirón. Sus padres, que la querían, y a sus hermanos y a sus sobrinos y el uno al otro, y siempre sería así.

Querida señorita Austen:

Lamentamos informarla de que su trabajo no se adapta a nuestra línea actual.

En 1797, el padre de Jane Austen mandó *Primeras impresiones* a un editor de Londres que se llamaba Thomas Cadell. «Me dirijo a usted porque comprendo la importancia de que un trabajo como el presente vea la

luz pública bajo los auspicios de un nombre respetable», escribió. Preguntaba cuánto costaría publicarlo «con cargo al autor» y qué anticipo sería adecuado si se aceptaba el manuscrito. Estaba dispuesto a financiarlo de su bolsillo, llegado el caso.

El envío regresó inmediatamente con un «Rechazado a vuelta de correo» escrito encima.

El libro se publicó dieciséis años después. El título había cambiado: *Orgullo y prejuicio*.

En 1803, un editor de Londres llamado Richard Crosby compró una novela (que después se titularía *La abadía de Northanger)* a Jane Austen por diez libras. La anunció en un folleto pero no llegó a publicarla. Pasaron seis años. Entonces, Austen escribió a Crosby ofreciéndole otro manuscrito, si es que había perdido el anterior y tenía intención de publicarlo próximamente. De no ser así, le dijo, acudiría a otra editorial.

Crosby le contestó que él no se había comprometido a publicar el libro. Se lo devolvería, dijo, sólo si ella le devolvía las diez libras. *La abadía de Northanger* no se publicó hasta cinco meses después de la muerte de Austen.

En esta biblioteca también faltan los libros de Austen. Por esa sola omisión, una biblioteca que no tuviera un solo libro sería una buena biblioteca.

Mark Twain

No comprendo por qué la gente tiene en tan alta consideración las novelas de Austen, que a mí me parecen tan vulgares de tono, tan estériles en

creación artística, tan prisioneras de las horribles convenciones de la sociedad inglesa, tan desprovistas de chispa, ingenio y conocimiento del mundo. Nunca fue la vida tan escatimada y mezquina… Lo único interesante de cualquiera de los personajes [es]: ¿tiene (él o ella) dinero suficiente para casarse con…? El suicidio es más digno de respeto.

Ralph Waldo Emerson

Mayo

[image]

Tres

en que leemos Mansfield Park *con Prudie*

La seguridad absoluta de ella en un *tête—à—tête* como aquél… fue un alivio inexpresable para una mentalidad cuyas preocupaciones y bochornos apenas le concedían reposo.

Mansfield Park

P

rudie y Jocelyn se habían conocido hacía dos años en una sesión dominical matutina de *Mansfield Park*. Jocelyn estaba sentada una fila por detrás de Prudie cuando la mujer que se encontraba a la izquierda de ésta empezó a monologar en susurros con una amiga, contándole los enredos de una escuela de equitación local. Una mujer se acostaba con un herrador, un auténtico *cowboy*, con sus botas, sus pantalones vaqueros y un encanto que parecía natural, pero quien sabía domar caballos sabía perfectamente cómo llevarse a una mujer a la cama. Naturalmente, los caballos pagaban las consecuencias. Rajah no comía nada. «El pobre, hasta se cree que es de ella —dijo la mujer—, sólo porque le permito montarlo de vez en cuando».

Prudie estaba segura de que se refería al caballo. No había abierto la boca. Seguía sentada hirviendo de indignación, soportando el momento a fuerza de pastillas de regaliz Red Vines y pensando en cambiarse de sitio, pero sólo si podía hacerlo sin que nadie se sintiera implícitamente acusado; era educada en extremo, lo sabía todo el mundo. Empezaba a interesarse inevitable y distraídamente por el apetito de Rajah cuando Jocelyn se inclinó hacia delante. «Vayan a chismorrear al vestíbulo», dijo. Saltaba a la vista que era una mujer

con la que no se podía jugar. Se la podía mandar a que se las entendiera con los *cowboys*, o a que diera de comer a los sensibilísimos caballos.

—Discúlpeme —replicó la mujer, resentida—, pero no creerá que la película es mucho más importante que mi vida real.

Pero se calló, y a Prudie no le importó que se ofendiera, un silencio por ofensa era tan silencioso como un silencio por halago. Y el silencio duró toda la película, que era lo único que importaba. Las cotillas se marcharon cuando empezaron a pasar los créditos, pero la auténtica *janeísta* era cortés de verdad y se quedaba hasta la última nota, la pantalla en blanco. Prudie sabía, sin necesidad de mirar atrás, que Jocelyn estaría todavía en su sitio, cuando se volvió para darle las gracias.

Siguieron hablando mientras salían entre las filas. Descubrió que a Jocelyn le gustaba tan poco como a ella que se manipulara la novela original. Lo mejor de los libros era la solidez de la palabra escrita. Uno puede cambiar, y entonces la lectura puede cambiar con uno, pero el libro seguiría siendo siempre el mismo. Un buen libro sorprendía la primera vez, la segunda no tanto.

Las películas, como sabía todo el mundo, no respetaban los originales. Habían cambiado todos los personajes de la novela: la horrible tía de Fanny, la señora Norris, quedaba minimizada por simple falta de presencia en pantalla; el tío, el señor Bertram, que en el libro es un héroe, es acusado de negrero esclavista y depredador sexual, y todos los demás quedan retratados a grandes rasgos o enteramente reinventados. Lo más provocativo fue la amalgama de Fanny y la propia Austen, que chirriaba de una forma extraña a veces, puesto que no se parecían en nada; Fanny era sorprendente y Austen, traviesa. El resultado consistía en un personaje que pensaba y hablaba como Jane pero actuaba y reaccionaba como Fanny. Era absurdo.

No era que las razones del guionista no se entendieran, desde luego. Nadie amaba a Austen como Prudie, eso lo sabía todo el mundo. Pero hasta a ella le parecía difícil el personaje de Fanny Price. Fanny era la santita de la clase de primero que nunca jamás se portaba mal y que siempre avisaba al profesor si alguien lo hacía. ¿Cómo evitar que el público la odiara? Mientras que Austen, según algunas versiones, había sido una coqueta de consideración, llena de vida y encanto. Se parecía más a la mala de *Mansfield Park*, Mary Crawford.

Austen reflejó en Mary todo su ingenio y su chispa, pero no en Fanny. Prudie siempre se había preguntado por qué, en ese caso, Mary desagradaba tanto no sólo a Fanny, sino también a Austen.

Decir todas esas cosas llevó su tiempo. Prudie y Jocelyn se detuvieron en el café Roma a tomar un café juntas y a repasar sus reacciones con mayor detenimiento. Dean, el marido de Prudie, las dejó allí y se marchó a casa a evaluar la película a solas, y de paso llegaría al segundo tiempo del partido de los 49-ers contra los Vikings.

Mansfield Park fue la novela que menos gustó a Prudie, la primera vez que la leyó, de las seis de Austen. Pero esa primera impresión había ido cambiando con los años. Tanto es así que, cuando Jocelyn la escogió para mayo, Prudie se ofreció voluntariamente como anfitriona de la velada, aunque no hay nadie tan ocupado en la vida como una profesora de instituto en el mes de mayo.

Esperaba una tertulia animada, y ella tenía mucho que decir; se había pasado unos días escribiendo fichas para que nada se le olvidase. Creía firmemente en la organización, era una *scout girl* por naturaleza. Hizo listas de lo que había que limpiar, cocinar y decir. Se tomaba el papel de anfitriona muy en serio. Con dominio… responsabilidad.

Pero el día empezó torcido debido a un acontecimiento inesperado. Al parecer, tenía un virus en el correo electrónico. Encontró una nota de su madre: «Echo de menos a mi niña. Posible visita», y luego, dos más con el remite de su madre y unos documentos adjuntos, cuando su madre todavía no sabía adjuntar documentos. El cuerpo de los mensajes decía: «Te mando una herramienta ponderosa. Espero que te guste» y «Te mando una cosa que es posible que disfrutes». El mensaje de la «herramienta ponderosa» llegó por duplicado, pero con un remitente que parecía ser de Susan, de la oficina de atención al público.

Había pensado enviar un recordatorio de que, debido al calor, el club de lectura se reuniría esa tarde a las ocho, en vez de a las siete y media, pero no quería arriesgarse a contagiar el virus. Lo cerró todo sin responder siquiera a la nota de su madre.

El pronóstico de la temperatura para ese día era de 41 grados, otra mala noticia. Había pensado servir compota, pero seguro que nadie tocaría un bocado caliente. Más valía pararse un momento en el supermercado después del trabajo y comprar fruta para hacer un sorbete, un batido de raíces, quizá. ¡Fácil y divertido!

Dean saltó de la cama con el tiempo justo para darle un beso de despedida. Sólo llevaba puesta una camiseta, modelo que le favorecía bastante, y ¿de cuántos hombres podía decirse lo mismo? Se había quedado hasta tarde viendo el fútbol. Se estaba entrenando para la Copa del Mundo, para el torneo que pronto sería retransmitido en

directo desde cualquiera que fuese el huso horario que ocuparan Japón y Corea.

—Esta noche llegaré tarde —le dijo. Trabajaba en una oficina de seguros.

—Yo tengo club de lectura.

—¿De qué libro?

—*Mansfield Park*.

—Creo que me lo voy a saltar —dijo Dean—. A lo mejor alquilo la película.

—La película ya la has visto —contestó Prudie. Se alteró levemente. Habían ido a verla juntos. ¿Cómo podía habérsele olvidado? Justo en ese momento se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo. Ahí tenía la medida de lo distraída que estaba, porque normalmente cazaba las bromas al vuelo. Eso lo sabía todo el mundo.

—¡Cuánto tiempo ha pasado, tía, desde que recitábamos por orden cronológico la lista de los reyes de Inglaterra, con la fecha de la entronización y de los acontecimientos principales de sus reinados!

»… y de emperadores romanos tan insignificantes como Severo; y además, gran parte de la mitología pagana y todos los metales, semimetales, planetas y filósofos distinguidos.

Mansfield Park

Prudie dio a sus alumnos de tercera hora un capítulo de *Le Petit Prince* para traducir —*La seconde planète était habitée par un vaniteux*— y se sentó al fondo del aula a terminar las notas para el club de lectura (el secreto de la enseñanza estaba en situarse donde una pudiera ver a los alumnos sin ser vista por ellos).

Ya hacía un calor tremendo. El aire no se movía y empezaba a imponerse un leve olor a vestuario. Prudie sudaba por el cuello. El vestido se le pegaba a la espalda, pero el bolígrafo se le resbalaba entre los dedos. No había aire acondicionado en los llamados edificios provisionales (no iban a durar más que las obras de Shakespeare)

donde impartía las clases. Era difícil mantener la atención de los alumnos en mayo. Siempre era difícil mantener la atención de los alumnos, pero la temperatura lo hacía imposible. Miró al aula en general y vio a varios alumnos languideciendo sobre el pupitre, mustios como hojas de lechuga vieja.

Percibió pocas señales de trabajo en marcha. Los alumnos dormitaban, hablaban en susurros entre ellos o miraban distraídamente hacia las ventanas. En el aparcamiento, un aire tórrido mareaba el capó de los coches. Lisa Streit, con el pelo en la cara y el trabajo en el regazo, parecía hoy particularmente frágil, tenía el aura de quien acaba de ser plantada por su novio. Salía con un chico del último curso y a Prudie no le cabía la menor duda de que había sido objeto de presiones diarias para que se le entregara; deseó que la hubiera dejado por haberse negado, en vez de por lo contrario. Lisa era una muchacha dulce que quería caer bien a todo el mundo. Con suerte, sobreviviría hasta llegar a la universidad, cuando la dulzura pasaba a ser una forma posible de conseguirlo. Trey Norton dijo algo feo en voz baja y todos los que lo oyeron se rieron. Prudie estaba segura de que si se levantaba a mirar, sorprendería a Elijah Wallace y a Katy Singh jugando al ahorcado. Elijah debía de ser gay, pero ni Katy ni él lo sabían todavía. Sería mucho pedir que la palabra en juego fuera en francés.

Y en realidad, ¿por qué tomarse la molestia? ¿Por qué tomarse la molestia de mandar a los adolescentes al instituto? Con el cerebro tan atascado de hormonas, les era imposible aprender sistemas complicados, como el cálculo o la química, menos aún aclararse en la farragosa selva de una lengua extranjera. ¿Por qué someterlos a todos a la tortura de intentarlo por la fuerza? Prudie se dijo que se veía capaz de encargarse de todo lo demás —estar atenta a cualquier indicio de suicidio, armas, embarazo, drogadicción o abuso sexual—, pero pedirle que al mismo tiempo les enseñara francés era excesivo, verdaderamente.

Algunos días, el menor atisbo de acné reluciente, rímel mal aplicado o zona infectada y en carne viva alrededor de un nuevo *piercing* le llegaba a lo más hondo. La mayoría de los estudiantes eran mucho más guapos de lo que jamás llegarían a saber. (Aunque también había días en que los adolescentes parecían una plaga en su vida, tan cómoda por lo demás. Casi siempre eran los mismos días.)

Trey Norton, por otra parte, era guapísimo y lo sabía: ojos dolientes, ropa muy suelta, andares arrastrados y con ritmo. *Beautédu diable.* «¿Modelo nuevo?», le había preguntado a Prudie al sentarse en su sitio esa mañana. La había mirado de arriba abajo, y la abierta

evaluación le resultó perturbadora y exasperante al mismo tiempo. Sin duda, Prudie sabía vestirse profesionalmente. Si enseñaba más piel de lo habitual era porque el termómetro iba a pasar de los malditos cuarenta grados. ¿Acaso tenía que ir con traje? «Tórrido», añadió.

Ese muchacho aspiraba a una nota mejor de la que merecía, y Prudie era sólo un pelo mayor en edad para dejarse engañar. Deseó ser tan mayor como para ser completamente inmune. En los últimos años de la veintena había sentido de repente unos anhelos desconcertantes de acostarse con casi todos los hombres que veía.

Aquello sólo podía deberse a la química, porque ella no era esa clase de mujer. Ahí, en el instituto, cada bocanada de aire que aspiraba era una sopa de feromonas adolescentes. Tres años de contacto intensivo... ¿cómo no iba a afectarla?

Intentó reconducir las ideas volcándose terapéuticamente, según necesidad, en Austen, encajes y gorritos, sendas y bailes campestres y tierras umbrías con perspectivas amenas. Pero el tiro estratégico le salió por la culata. Actualmente, la mitad de las veces, cuando pensaba en jugar a las cartas, pensaba también en el sexo. De vez en cuando se imaginaba planteando toda esa problemática en la sala de profesores. «¿No os pasa a vosotros que...?»: empezaría con esas palabras (¡y qué más!).

La verdad es que, sexualmente, había sido más formal al principio, durante el instituto, hecho que ahora sólo aumentaba su consternación. No había nada en aquellos años que recordara con satisfacción. Había crecido rápidamente, y en sexto curso ya era mucho más alta de lo que le correspondía. «Ya te alcanzarán», le decía su madre (sin que nadie le preguntara, tan evidente era el problema). Y acertó de lleno. Cuando Prudie se graduó, la mayor parte de los chicos la sobrepasaban en cinco centímetros por lo menos.

Lo que su madre no sabía, o no decía, era lo poco que importaría cuando llegara a suceder. En el feudo feudal del instituto, las categorías quedaban establecidas desde el principio. Aunque el pelo y la ropa cambiaran, aunque uno se aprendiera la lección y después no escribiera un trabajo completo sobre *Julio César* en yámbicos, o, en caso de escribirlo, no se lo contara a nadie, aunque uno se cambiara las gafas por lentillas y compensara el desarrollo cerebral dejando de hacer los deberes, aunque todos los chicos del instituto crecieran treinta centímetros, aunque el sol reventara y se convirtiera en nova, cada cual seguiría siendo el mismo personaje grotesco de siempre.

Entre tanto, en los restaurantes, en la playa o en la pantalla, los hombres que tendrían que mirar a su madre empezaron a mirarla a

ella. En la tienda de comestibles, pasaban a su lado rozándola, mirándole el pecho descaradamente. Se le acercaban demasiado en el asiento del autobús; en el cine, dejaban caer una pierna sobre la suya. Los viejos de treinta silbaban al verla pasar. A Prudie la mortificaba, y por lo visto, eso era lo que pretendían; cuanto más la mortificaban, más satisfechos parecían los hombres. La primera vez que un chico quiso besarla (en la universidad), creyó que se estaba burlando de ella.

Es decir, Prudie no era guapa ni tenía mucho éxito. Nada le habría impedido ser agradable, sin embargo, para reforzar su posición de grupo de referencia en el colegio, a veces se sumaba a la hora de dar a los verdaderos marginados la dosis diaria de tormento. En aquella época, lo consideraba una táctica de despiste, vergonzosa pero necesaria. Ahora, el recuerdo le resultaba insoportable. ¿De verdad había podido ser tan cruel? ¿No habría sido otra persona quien había puesto la zancadilla a Megan Stahl en el asfalto y luego dio una patada a sus libros? Ahora sabía que Megan Stahl debía de sufrir un ligero retraso, además de vivir en la más absoluta miseria.

Como profesora, Prudie se preocupaba por esos niños, hacía por ellos cuanto podía. (¿Pero qué podía hacer una profesora? Sin duda, empeoraba las cosas en la misma medida en que las mejoraba.) El deseo de desagraviar debía de ser la verdadera razón que la había empujado a escoger esa carrera, aunque en su día le pareciera que lo hacía por amor a Francia, sin sentir vocación por la enseñanza. Seguramente todos los profesores de secundaria llegaban con conflictos que resolver y balanzas que equilibrar.

Escasas eran las perlas que en *Mansfield Park* apoyaban la posibilidad de una reforma fundamental. «El carácter se forma pronto». Prudie lo anotó en una libreta con unos ejemplos a continuación: Henry Crawford, el calavera, mejora provisionalmente, pero no puede mantenerlo. El tío Crawford y la prima María son tan perseverantes en su mezquindad y en su pecado a lo largo de todo el libro como Fanny y el primo Edmund en su decoro. Sólo el primo Tom, después de rozarse con la muerte y al final de todo el libro, consigue enmendarse.

Era suficiente para dar esperanzas a Prudie. Quizá no fuese tan horrible como pensaba. Quizá hubiera perdón para ella todavía, incluso por parte de Jane.

Pero en el mismo momento en que lo pensaba, los dedos, que recorrían el bolígrafo de arriba abajo y viceversa, le recordaron a otra cosa que, sin la menor duda, era imperdonablemente antiausteniana. Levantó la mirada y vio que Trey Norton, vuelto hacia ella, la estaba

mirando. No la sorprendió. Trey era tan sensible a todo pensamiento lascivo como un zahorí al agua. Trey le sonrió, y fue una sonrisa como ningún muchacho debía dedicar a una profesora de instituto. (O ninguna profesora de instituto debía atribuir semejantes características a un mero enseñar los dientes. Culpa mía, Jane. *Pardonnez-moi.)*

—¿Necesitas algo, Trey? —le preguntó. Soltó el bolígrafo y se limpió la mano en la falda.

—Ya sabe lo que necesito —le contestó. Hizo una pausa deliberadamente. Le enseñó el ejercicio.

Prudie se levantó para acercarse a ver, pero sonó el timbre.

—*Allez-vous en!* —les dijo alegremente, y Trey fue el primero en abandonar su sitio y llegar a la puerta. Los demás alumnos recogieron sus papeles, carpetas y libros y se fueron a dormitar a otra clase.

—Esta capilla se construyó en tiempos de Jaime II tal como la ven ahora.

Mansfield Park

Prudie tenía una hora libre y cruzó el patio hasta la biblioteca, donde había aire acondicionado además de dos ordenadores con acceso a Internet. Se enjugó el sudor de la cara y el cuello con la mano, se limpió la mano al bajo de la falda y abrió su buzón de correo. Fuera las ofertas de consolidación de deudas, de alargarse el pene, de dejarse hechizar por sexo en acción en el corral, de trucos para manualidades, de recetas, de chistes, de personas desaparecidas, de fármacos baratos. Fuera todo mensaje con adjuntos sospechosos; de ésos, había seis. La operación de limpieza sólo le llevó un minuto, pero era un minuto que le daba rabia perder, porque ¿quién había pedido todo eso? ¿Quién tenía tiempo para eso? Y mañana volvería a encontrarse con lo mismo sin que faltara nada. Tenía *la mer àboire.*

Cameron Watson ocupaba el terminal de al lado. Cameron era un muchacho de espalda cargada y nariz de pico de ave que aparentaba once años, pero en realidad tenía diecisiete. Había sido alumno de Prudie hacía dos años, y además eran vecinos, separados sólo por tres casas. Su madre y Prudie eran socias del mismo grupo inversor. En algún tiempo, las inversiones habían rendido algún beneficio embriagador. En algún tiempo, las acciones de compañías de fibra óptica y de alta tecnología con grandes capitales colgaban como uvas de una parra. Ahora, todo era un caos de desesperación y recriminaciones. Últimamente, Prudie veía poco a la madre de

Cameron.

Cameron le había contado que tenía amistades en Francia. Se comunicaban por correo electrónico, así que quería aprender francés, pero no tenía aptitudes, aunque sus excelentes deberes hacían sospechar que esas amistades francesas se los hacían. Cameron, un chico brillante como una abeja, sin lugar a dudas, estaba dotado de la curiosa mezcla de capacidad e incapacidad que caracteriza a los suburbanitas adictos al ordenador. Prudie recurría a él para solucionar todos sus problemas informáticos y, a cambio, hacía todo lo posible por profesarle aprecio.

—Ahora me da miedo mandar cualquier cosa desde casa —le dijo — porque me han llegado unos mensajes con remites de mi libreta de direcciones, pero en realidad no lo son. Tienen adjuntos, pero no los he descargado ni leído.

—No importa, ya está infectado. —No la miraba, la pantalla lo absorbía y pulsaba el ratón constantemente—. Se copia a sí mismo. Chungo. Es obra de un chico de trece años, de Hong Kong. Puedo limpiárselo en menos que tardo en decírselo.

—Sería fantástico —dijo Prudie.

—Si tuviera ADSL podría hacerlo desde casa. ¿No le revienta ser tan... tan geográfica? Tiene que ponerse ADSL.

—Vivimos a tres casas de distancia —dijo Prudie—, y la última vez me gasté tanto dinero... —El propio Cameron le había aconsejado en la compra. El chico conocía el equipo mejor que ella—. Sólo hace dos años. A Dean no le parecerá necesario. ¿Crees que podríamos actualizarlo a fondo y evitarnos comprar uno nuevo?

—No vayas ahí —dijo Cameron, no dirigiéndose a Prudie, al parecer, sino a la pantalla. Aunque igual podía haberse dirigido a Prudie. Cameron apreciaba mucho a Dean y no admitía críticas contra él.

Aparecieron tres alumnos más, dispuestos a hacer un trabajo de investigación, sin duda. Abrieron el catálogo, escribieron en sus cuadernos y conferenciaron con el bibliotecario. Uno de ellos era Trey Norton. Prudie no conocía al otro chico, pero sí a la chica, Sallie Wong. Sallie tenía el pelo largo y brillante, y gafas diminutas, buen oído para los idiomas y un acento delicioso. Llevaba una camiseta de color azul, de tirantes cruzados a la espalda —los hombros le brillaban de sudor y porque se había aplicado una loción con purpurina que hacía furor entre las chicas—, sin sujetador.

Cuando se dirigieron a las estanterías, se repartieron en tres

direcciones. Trey y Sallie volvieron a encontrarse inmediatamente en un rincón de la sección de poesía. Por la ventanilla de cristal del reservado de los ordenadores, Prudie dominaba perfectamente los cuatro pasillos. Vio que Trey acariciaba el pelo a Sallie. Le susurró unas palabras. Se escondieron en el pasillo siguiente justo antes de que apareciese el otro chico, un joven fuertote de expresión seria y desconcertada. Estaba buscándolos, sin duda. Y ellos, sin duda también, querían deshacerse de él. El chico miró en el pasillo siguiente pero ellos volvieron al anterior.

Cameron no había dejado de hablar en todo el tiempo, con pasión, aunque seguía recorriendo la página abierta. Multitarea. —Necesita más amplitud de banda —le decía—. La actualización que necesita ahora ya no es de procesadores y memoria. Tiene que situarse en la red. El paradigma escritorio... está desfasado. Estancado. Deje de pensar con esa mentalidad. Instalaremos unos antivirus gratuitos.

Trey y Sallie reaparecieron en la sección de revistas. Ella se reía. Él le pasó la mano por debajo de los tirantes de la camiseta y le cubrió el hombro separando los dedos. Oyeron llegar al otro chico, Sallie se reía cada vez con más fuerza y Trey se la llevó a otro pasillo, fuera de la vista de Prudie.

—Como una pista gratuita de larga distancia —seguía diciendo Cameron— por la que fluyen imágenes en directo en tiempo real, IRC. Podrá doblar el ordenador como si fuera un pañuelo. Vivirá dentro de él. Será usted global. —Estaban dentro de *Matrix*. Prudie se había distraído y quizá no supiera cuándo había ocurrido, ni siquiera qué había ocurrido. El aire acondicionado empezaba a congelarla. Pero eso se curaba con un rápido paseo hasta el aula.

Trey y Sallie aparecieron de nuevo en las revistas. Él la acorraló contra el *National Geographic* y se besaron.

—Su ordenador ya no es un sustantivo —dijo Cameron—, es un verbo de m... maravilla.

El joven fuertote entró en el reservado de los ordenadores. Si se hubiera dado la vuelta habría visto los labios de Sallie Wong cerrándose en torno a la lengua de Trey Norton. Pero no se dio la vuelta.

—Tú no tenías que estar aquí —le dijo a Cameron en tono acusador—. Se supone que tenemos que trabajar en equipo.

—Ahora mismo voy —dijo Cameron, sin disculparse ni preocuparse—. Busca a los demás.

—No puedo —el chico se sentó—. No pienso hacer nada solo.

Sallie se agarraba al cuello de Trey por la parte posterior, arqueándose levemente. El aire acondicionado dejó de molestar a Prudie. Se obligó a apartar la mirada y a centrarse en Cameron.

—No pienso hacer el trabajo entero yo solo y poner después los nombres de todos —dijo el chico—; por si estabas pensando en eso.

Cameron siguió tecleando. Detectaba las bromas en segundos, pero no tenía sentido del humor. Opinaba que los gráficos de Doom eran absolutamente formidables —los dedos se le movían espasmódicamente cuando hablaba de ellos— pero le dio un patatús cuando presentaron *Blood on the Highway* en edición *drivers.* Aunque fue un paso fatídico para su tutora del instituto, Prudie se consoló cuando lo supo. Ese muchacho no era de los que abrirían fuego en los pasillos en cualquier momento, en breve. Ese muchacho conocía la diferencia entre la realidad y la ficción.

Por un momento, a Prudie se le representó mentalmente la imagen de una emboscada, una imagen en la que ella era acorralada contra el *National Geographic* y besaba a Cameron Watson. La borró al instante (¡Dios mío!) y, con expresión profesional, se concentró en las palabras de Cameron:

—¿Y si cambiaran el paradigma y no viniera nadie? —Hizo un gesto extraño con las manos, con las puntas de los pulgares tocándose y el resto de los dedos, retorcidos por encima.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Una cara sonriente. Un emoticón. Así sabe que hablo en broma.

No la miraba, pero si hubiera sido así, ella habría sido incapaz de sostenerle la mirada. Qué afortunada era esa generación, que hacía tantas amistades que nunca conocería en realidad. A nadie le bajaban los pantalones en el ciberespacio.

Si alguna facultad de nuestra naturaleza pudiera ser calificada de superior a las demás, creo que sería la memoria… Unas veces, la memoria tiene tal capacidad retentiva, es tan duradera, tan obediente…, otras veces se desconcierta tanto y es tan débil… y aun otras ¡es tan tirana, tan incontrolable!

Mansfield Park

A Prudie le gustaba, sobre todo y con diferencia, el comienzo de

Mansfield Park. Los párrafos sobre la madre y las tías de Fanny Price, las tres bellas hermanas y sus matrimonios respectivos. Guardaba cierto paralelismo con el cuento de *Los tres cerditos.* Una hermana se había casado con un hombre rico; otra, con un hombre respetable de posición modesta. La tercera, la madre de Fanny, se había casado con un hombre de paja. Su pobreza llegó a ser tan acusada que Fanny Price tuvo que ser enviada, sola, a vivir con la tía y el tío ricos. A partir de ahí empezaba *La cenicienta*, la verdadera historia. Alguien había hablado de los cuentos fantásticos en la última tertulia. ¿Grigg, tal vez? Prudie había leído y releído un millón de cuentos fantásticos, de pequeña. Su predilecto era *Los doce cisnes.*

Enseguida comprendió una cosa: los padres y las aventuras no se mezclaban. Ella no tenía padre, sólo una fotografía en el pasillo de un hombre joven vestido de uniforme. Había muerto, según decían, en una misión secreta en Camboya, cuando ella tenía nueve meses de edad.

Prudie carecía de motivos para creérselo y, a pesar del atractivo evidente de la circunstancia, no se lo creía. El problema era su madre; por más que la hija hiciera o dejara de hacer, la madre no daba muestras de querer revelarle nada.

La madre de Prudie era encantadora, cariñosa, tolerante y alegre. Manifestaba, no obstante, un extraño cansancio crónico. Siempre estaba agotada. Decía que trabajaba en una oficina y que era esa ocupación lo que la agotaba hasta el punto de que tumbarse en el sofá a ver la televisión le suponía un esfuerzo excesivo. Se pasaba los fines de semana sesteando.

El cansancio le parecía sospechoso a Prudie. Era cierto que su madre salía de casa después de desayunar y no volvía hasta la hora de la cena; era cierto también que Prudie había ido a verla (sin previo aviso) al edificio donde se encontraba la oficina, y allí la encontraba siempre, pero nunca trabajando de verdad, en ninguna ocasión. Solía estar hablando por teléfono. ¡Su madre tendría que probar un centro de atención a la tercera edad! El «estoy muy cansada» no le serviría de nada, entonces.

En el cuarto aniversario de Prudie, su madre fue incapaz de mantenerse a la altura de las exigencias de una fiesta en la que, seguramente, muchos de los invitados serían niños de cuatro años. Estuvo varios días diciendo a Prudie que se acercaba su cumpleaños —pasado mañana, o a lo mejor dentro de tres días— hasta que por fin le hizo un regalo (sin envolver), un disco de «Barrio Sésamo», y se disculpó por habérselo entregado tarde. Aunque ahora reconocía que el cumpleaños había quedado vagamente relegado al olvido, entre

ellas.

Prudie tiró el disco al suelo y detrás se tiró ella también. Tenía de su parte todas las ventajas de la justicia, además de la tenacidad de los cuatro años. Su madre, sólo la malicia de los veintitrés. El asunto tenía que haberse resuelto felizmente en menos de una hora.

De modo que Prudie se tumbó en la alfombra segura de lo que hacía, pataleando y dando puñetazos en el suelo, y, con los gritos, apenas oiría lo que decía su madre. Pero lo poco que oyó cuando se detuvo a respirar fue tan indignante que le tapó la boca por completo. Sí, el cumpleaños de Prudie ya se había terminado, argüía su madre. Pero, desde luego, habían celebrado una fiesta. La madre de Prudie describió la fiesta. Globos, magdalenas glaseadas de rosa y espolvoreadas, una piñata con forma de fresa... Prudie se había puesto la camiseta del unicornio y había apagado todas las velas de una vez. Había sido una anfitriona estupenda, maravillosa, era una niña tan extraordinaria que había abierto todos los regalos y había convencido a sus invitados de que se los quedaran ellos, incluso una ardilla de peluche que se chupaba el dedo, la que habían visto en la sección de juguetes de Discoveries y que, desde entonces, tanto deseaba. Ningún padre ni ninguna madre podía creer lo poco egoísta que era Prudie. Y su madre nunca había estado tan orgullosa de ella.

Prudie la miró con la cara llena de lágrimas y el pelo enmarañado.

—¿Quiénes eran los invitados? —preguntó.

—No conocías a ninguno —dijo la madre sin olvidar ni un detalle.

Y no dio marcha atrás. Al contrario, todavía estuvo unos cuantos días embelleciéndolo todo. No pasaba una comida (uno de los platos estrella era rosquillas con mantequilla, porque después sólo había que fregar un tenedor) sin una vivida descripción de una búsqueda del tesoro, gorros de pirata como capricho de cumpleaños, pizza de la que gusta a los niños de cuatro años, sólo con poquito queso... Incluso sacó del fondo del armario un paquete empezado de servilletas de papel decoradas con mariquitas. «Las que sobraron», le dijo la madre.

Los demás niños no se habían portado tan bien como Prudie. A uno lo habían empujado por el tobogán y tuvieron que ponerle una tirita. A otro lo llamaron bobo de baba y se puso a llorar. Y su madre le contaba todos los detalles con un guiño de complicidad. «¿No te acuerdas?», le preguntaba de vez en cuando, invitándola a entrar con ella en el generoso y gratificante mundo de la imaginación.

Prudie resistió menos de una semana. Estaba tomando un zumo de naranja en una pequeña naranja de plástico que, decía su madre,

después enjuagarían y podría quedársela. La perspectiva la hechizó casi hasta el punto de sedarla.

—Me acuerdo de un payaso —dijo Prudie con tiento—. En mi cumpleaños.

Empezaba a recordar la fiesta de verdad, o fragmentos, al menos. Si cerraba los ojos, veía papel de envolver con estrellas, una lámina de queso que se le resbalaba de la pizza, una niña gordita con gafas brillantes que había ganado un concurso de lanzamiento de aros, una vez, el parque... Incluso le había contado lo de la piñata a Roberta, del centro de atención. Pero el payaso era un reto, el último bastión de resistencia. No había nada que Prudie odiase tanto como los payasos.

Su madre evitó la trampa una vez más. Abrazó a Prudie presionándole la coronilla con la barbilla y soltándola, como un bolígrafo.

—Jamás traería a un payaso a esta casa —le dijo.

La estratagema tuvo tanto éxito que volvió a utilizarla en Halloween, y después, siempre que le convenía. «Compré leche en la tienda esta mañana —podía decirle—. Ya te la tomaste». O «Ya hemos visto esa película. No te gustó». Siempre con una sonrisa, como si fuera un juego que jugaban las dos. (Cuando jugaban de verdad, la madre siempre dejaba a Prudie tirar el dado y mover sus fichas. Y siempre la dejaba ganar.)

A veces, a Prudie le parecía que en su infancia había tenido muchas fiestas maravillosas, viajes a Marine World, cenas en Chuck E. Cheese, donde unos ratones de gran tamaño tocaban la guitarra y le cantaban canciones de Elvis.

Sin duda, alguna de todas esas cosas tenía que haber sucedido de verdad. Pero pocas veces estaba segura de cuáles. Empezó a escribir un diario, se convirtió en confeccionadora de listas, pero escribir las cosas con precisión le resultó sorprendentemente arduo.

La mayor dificultad era ser sincera con respecto a su propio comportamiento, y empezó a intuir, mucho antes de saber ponerlo en palabras, que había algo artificial respecto a sí misma, no sólo en los diarios, sino en la vida real (aunque no supiera qué demonios era la vida real). Los años iban quedando atrás como un mapa sin referencias, un puñado de aire, otro de agua. De todas las cosas que tuvo que inventar, la más difícil fue inventarse a sí misma.

Una noche, a los ocho o nueve años, durante los anuncios de la media parte de «El gran héroe americano» (la madre de Prudie tenía debilidad por los superhéroes, marcados por la culpabilidad y la

tristeza. En «El gran héroe americano», un profesor de instituto recibía un traje mágico de color rojo y unos superpoderes, que utilizaba para combatir a espías y delincuentes; como si las aulas no fueran el lugar donde los superpoderes hacen falta de verdad), su madre le recordó la Navidad en que habían ido a ver a Papá Noel a Macy's.

—Desayunamos allí —le dijo—. Tomaste tortitas de chocolate. Vino Papá Noel y se sentó a nuestra mesa, con nosotras, y tú le pediste cochecitos en miniatura.

Prudie se quedó inmóvil con la boca llena; la cena (mantequilla de cacahuete a cucharadas y leche) se le iba deshaciendo en la boca. Una cosa desconocida brotó en su pecho y se expandió hasta ocupar todo el espacio vacío alrededor del corazón. Esa cosa era una convicción. Jamás en toda su vida había querido cochecitos en miniatura. Tragó y la mantequilla de cacahuete le pasó por la garganta hecha un grumo que atentaba contra la vida.

—No fui yo —dijo.

—Los menús tenían forma de copos de nieve.

Prudie clavó a su madre una especie de mirada de hierro.

—Soy una pobre huérfana. Nadie me lleva a ver a Papá Noel.

—Papá Noel acababa de comerse una galleta de Navidad. Tenía toda la barba llena de granitos de azúcar rojos y verdes. Soy tu madre —dijo su madre. Parpadeó una vez, dos, tres veces. Optó por jugar a la baja—. ¿Qué haría yo sin mi dulce chiquitina?

Pero a los ocho o nueve años, no se tiene corazón, excepto quizá con respecto a las crías de animales. Prudie no se conmovió.

—Mi madre se ha muerto.

—¿De qué?

—De cólera. —Prudie tenía muy presente *El jardín secreto.* Si hubiera leído *El setter irlandés*, habría dicho de rabia. (Aunque en *El setter irlandés* nadie contrae la rabia. Están a punto de morir de hambre durante una ventisca en la montaña, cuando van a la caza de martas. Ni siquiera se habla de la rabia. Pero cualquier libro de perros remitía a *Old Yeller.)*

Su madre no estaba de humor para pequeños favores.

—Ya —dijo muy despacio. La cara se le derretía de tristeza en torno a los ojos y la boca—, de cólera. Qué muerte tan horrenda, vómitos, diarrea y unos dolores espantosos de verdad. Como si te estuvieran sacando las entrañas, como si vomitaras hasta los

intestinos.

Prudie no se había imaginado una agonía tan brutal.

—Yo la quería muchísimo —dijo, a modo de paliativo, pero ya era tarde. Su madre se levantaba.

—No sabía que te gustaba fingir que eras huerfanita —dijo, y ¡diana! ¿Cuántas veces se había imaginado Prudie que su madre había muerto? ¿De cuántas maneras? Arrastrada por la resaca, en un accidente de tráfico, raptada por unos bandidos o en un desgraciado accidente en el zoo. Empezó a llorar de oprobio, por lo mala hija que era.

Su madre se fue al dormitorio y cerró la puerta, aunque el programa había vuelto a empezar: William Kat, que, según su madre, siempre estaba para volverse loca, y quien dijera que prefería a Tom Selleck es que no utilizaba los ojos que Dios le había dado. Si aquello había sido una partida, Prudie no sabía si acababa de ganarla o de perderla. Pero si era una partida, así sería el juego en adelante, el juego de no saber si era un juego.

En su décimo cumpleaños, Prudie había ahorrado todas las propinas de cuatro meses para poder comprar las invitaciones que después entregó en persona, y una tarta helada, que sirvió en platos de Ewok con servilletas a juego. Invitó a siete niñas que conocía del colegio, y el día que les entregó las invitaciones, disfrutó de una hora de comer en que fue el foco de atención. Pero le resultó más alarmante que halagador.

El día de la fiesta, aunque su madre le había tomado medidas para un vestido que había visto en el catálogo de Sears, pero después no había llegado a cursar el pedido, le dio permiso para ponerse su colgante de lágrima de nácar hawaiana. La cadena era muy larga para ella, de modo que pusieron el colgante en un cordón negro de longitud regulable.

Prudie recibió tres libros, todos demasiado infantiles para ella, una cometa, un Trivial Pursuit infantil, un timbre para la bicicleta y un pez de colores de plástico en una pecera de plástico, y no devolvió ningún regalo. Le sorprendió la cojera de los regalos y de la fiesta en general. Las niñas se comportaron muy bien. Fue una triste humillación, en comparación con lo que estaba acostumbrada.

La boda fue muy correcta. La novia vestía con elegancia —las dos damas de honor, menos, como correspondía… su madre sostenía las sales en la mano a

la espera de la emoción—, su tía intentaba llorar…

Mansfield Park

Prudie se llevó una revista para leer en la sala de profesores durante el almuerzo. Estaba dispuesta a socializar, si había conversación interesante, pero a dos o tres profesores les habían salido juanetes y la conversación se les iba en lamentaciones. Prudie era muy joven como para tener que oír que comprar calzado podía llegar a convertirse en un suplicio. El calzado de enfermera era muy recomendable. La ortopedia era horrible. Prudie abrió la revista. Vio que Dean ya había hecho el test, una serie de preguntas para determinar a cuál de las chicas de «Sexo en Nueva York» se parecía más cada lector. Miró las respuestas de Dean.

Para causar buena impresión un sábado por la noche, Dean se pondría *«a)* una camiseta coquetona y una falda estrecha». Si un tipo estupendo se le acercaba en el bar, Dean le diría *«d)* que tenía unos bíceps soberbios… y que le enseñara cómo los movía».

Prudie y Dean se habían conocido en un bar. Ella iba a la universidad, había salido con sus amigas Laurie y Kerstin a celebrar algo la semana de exámenes finales, o la anterior o la anterior de la anterior. «Queremos estar solas», le advirtió Kerstin, pero las palabras no hicieron mella en él. Dean pasó de largo sin dedicarle ni una mirada y sacó a Prudie a bailar.

Todo el mundo bailaba a toda velocidad. Dean la rodeó con el brazo y se le acercó. Su boca quedó justo a la altura de la oreja de ella, al lado, y con la barbilla le rozaba el cuello. Sonaba «Don't Look Back», de Al Green. «Voy a casarme contigo», le dijo. A Laurie le pareció raro, y a Kerstin le pareció temible. Pero no se lo había dicho a ellas al oído, rozándoles el cuello.

Dean poseía esa seguridad específica que sólo da la popularidad en el instituto. Había sido deportista en el instituto, había entrado de novato en el equipo de fútbol en la universidad y destacaba como ala izquierdo, con sección de animadoras. Era la clase de chico que, unos años antes, no se habría fijado en Prudie aunque la hubiera tenido delante. Pero ahora la había escogido entre la multitud que poblaba el local. Se sintió halagada, aunque supuso que no sería la primera vez que juraba a una mujer casarse con ella de esa manera (más tarde descubrió que sí).

No importaba. El lento parpadeo, los pómulos, las piernas atléticas, los dientes de ortodoncia… nada importaba. Por no hablar de

lo estupendo que quedaría entrando con ella en las reuniones del instituto. Algunas personas se sorprenderían mucho.

No, lo único fundamental de verdad fue que la primera vez que la miró pensó que era guapa. El amor a primera vista era tan ridículo como irresistible. En realidad, Prudie no era guapa, sólo lo fingía.

Esa forma de empezar le hizo suponer que Dean era un chico romántico. Su madre lo vio con más claridad. «Es un joven con los pies en la tierra», le dijo. A la madre de Prudie no le interesaban mucho los jóvenes con los pies en la tierra. (Aunque terminó por tomarle verdadero aprecio. Ambos veían «Buffy cazavampiros» todos los martes por la noche y después se llamaban por teléfono para hablar del episodio semanal. Dean también tenía debilidad por los superhéroes, marcados por la culpabilidad y tristeza. Ahora, la madre de Prudie alentaba con efusión a un equipo estadounidense de fútbol completamente desprovisto de superpoderes y hablaba con Dean de tácticas de fuera de juego como si supiera lo que eran y cuándo había que aplicarlas.)

Prudie entendió la crítica implícita en la valoración de su madre y se las arregló para convertirla en un punto positivo a favor de Dean. ¿Qué tenía de malo ser un tipo responsable? ¿Preferías un matrimonio lleno de sorpresas o un hombre del que poder fiarte, un hombre que, al mirarlo, supieras cómo iba a ser al cabo de cincuenta años?

Preguntó a Laurie, porque Laurie tenía teorías para todo.

—A mí me parece —le dijo Laurie— que o te casas con quien hayas tenido la suerte de atrapar o con quien haya tenido la suerte de atraparte a ti. Antes opinaba que lo mejor era lo primero, pero ahora no lo sé. ¿No sería mejor pasar la vida con una persona que cree que es afortunada por estar donde está?

—¿Por qué no pueden ser afortunados los dos? —preguntó Prudie.

—Siéntate y espera a que sea así, si te parece. —Sin embargo, era Laurie la que no se había casado todavía.

Naturalmente, Prudie tuvo que encargarse sola de los preparativos de la boda. Fue una celebración modesta en el patio de atrás de la casa de su madre. Más tarde la felicitaron por el banquete: fresas, naranjas y guindas con chocolate, y salsa de chocolate blanco para remojar. Estuvo tan atareada que le faltó tiempo para probar bocado. Muy aturdida. Cuando miraba las fotografías —con el vestido plisado, las flores y los amigos de Dean, cívicamente ebrios— casi no recordaba haber estado allí. Había sido una boda muy bonita, comentaba después la gente, y en el momento en que lo decían, Prudie

se daba cuenta de que no era una boda muy bonita lo que había querido. Le habría gustado una boda memorable. Tenían que haberse fugado y no habérselo dicho jamás a nadie.

Pero lo importante era el matrimonio; Jane Austen ni siquiera se molestaba en describir la boda. Prudie se había casado con Dean, el cual, por alguna razón desconocida, se creía afortunado por haberla pescado.

Ella seguía descubriendo su buena suerte. Dean era mucho más que responsable. Era generoso, cordial, de trato fácil, trabajador, guapo. Participaba en las tareas domésticas, jamás se quejaba y jamás había que pedirle nada. El día del primer aniversario de la boda, se presentó en casa con dos billetes a París. Ese mismo verano, Prudie y Dean irían a Francia.

Y ahí estaba el problema. Prudie adoraba Francia; su vida giraba en torno al amor por Francia. Nunca había estado allí, pero se la imaginaba perfectamente. Y, claro está, en realidad no quería ir. ¿Y si el viaje la decepcionaba? ¿Y si, una vez allí, no le gustaba nada? ¿Entonces, qué? Le parecía que su marido, el amor de su vida, tenía que entenderla lo suficiente para saberlo.

El marido de Kerstin era imitador. Sabía imitar a personas, pero también objetos, como segadoras de césped, sacacorchos o batidoras. Imitaba a todos los personajes del reparto de *La guerra de las galaxias*, sobre todo hacía un Chewbacca excelente. Dean era un amante considerado que no ponía objeciones al sexo oral, ni siquiera cuando se trataba de su boca. Con todo, si una noche a Prudie le picaba un poco el gusanillo de Chewbacca, Dean no era capaz de hacer nada por remediarlo. Él siempre era él.

Estaba convencida de que era eso lo que quería, una persona en la que se pudiera confiar, una persona que no disimulara. La mayor parte del tiempo se sentía profundamente enamorada de Dean.

Pero alguna que otra vez se creía más afortunada que satisfecha con su matrimonio. Se le ocurrían mejores posibilidades. Sabía quién tenía la culpa de eso, y no era Dean. La actriz de «Sexo en Nueva York» a la que más se parecía Dean era Miranda.

[image]

Sería la última… la última escena en ese escenario, con todas las probabilidades; pero estaba seguro de que nada podría mejorarlo. La casa se cerraría con el mayor

esplendor.

Mansfield Park

Prudie tenía un dolor de cabeza terrible. El aire estaba muy caliente y como si le hubieran extraído todo el oxígeno. Se tomó dos aspirinas y bebió agua tibia de la única fuente que no tenía el pitorro tapado con un chicle. Se mojó la cara sin acordarse del maquillaje. Cuando llegó la quinta hora del día, el dolor de cabeza era soportable, aunque todavía lo notaba en las sienes como un tambor lejano.

Karin Bhave la esperaba con una nota: La señora Fry, la profesora de teatro, le pedía que diera permiso a Karin para faltar a su clase. Iban a hacer el primer ensayo general con vestuario de la producción escolar de *Brigadoon* esa tarde, y el segundo, por la noche; el movimiento de algunas escenas todavía no estaba claro.

Karin había hecho de María en *Sonrisas y lágrimas* en segundo curso, y de Marian la bibliotecaria en tercero. El día en que se hizo el reparto para *Brigadoon*, Prudie se la había encontrado llorando sola en los lavabos, con el colorete corrido, convertido en pintura de guerra. Supuso, era de suponer, que el papel principal se lo habría llevado otra persona. Le dijo unas palabras bien intencionadas, que para qué quería nadie hacer lo mismo una y otra vez, aunque fuera algo bueno. Se lo dijo en francés, porque todo sonaba mejor en francés. Prudie era mejor persona en francés, más sabia, más sensual, más sofisticada. «Toujours perdrix», concluyó, estimulada por el modismo. (Cuando pensó en ello después, se dio cuenta de que había pocas posibilidades de que Karin la hubiera entendido. El camino directo, la versión en inglés, habría sido más adecuado. El ego se le había interpuesto en el camino de la intención. *Tout le monde est sage après le coup.)*

De todos modos, la suerte quiso que se equivocara al juzgar el problema. A Karin habían vuelto a darle el primer papel femenino, por descontado. Nadie más tenía un chorro de voz como el suyo, un tipo tan esbelto ni una cara tan inocente. Karin lloraba porque el primer papel masculino se lo habían dado a Danny Fargo, y no, como ella deseaba en secreto, a Jimmy Johns, quien haría, en cambio, el papel de Charlie Dalrymple. Así que Karin tendría que enamorarse de Danny Fargo ante toda la escuela. Se besarían delante de todo el mundo y, para poder hacerlo, tendrían que practicar. Eso era lo que el futuro le deparaba: muchos besos de Danny Fargo con la señora Fry a su lado exigiendo siempre más pasión. «Mírale a los ojos primero. Más despacio. Deseo puro». Karin se había besado muchas veces ya, siguiendo las indicaciones de la señora Fry.

Además, no se podía imaginar ninguna otra circunstancia en la que una chica como Karin pudiera aspirar a besar a un chico como Jimmy. Jimmy había sorprendido a todo el mundo al presentarse para el reparto, cuando los ensayos serían un problema evidente en conflicto con la temporada de béisbol. El entrenador de Jimmy había dicho al equipo que nadie podía dedicarse a ningún deporte más. Ni con la imaginación más desorbitada se le habría ocurrido prohibir también el musical.

Jimmy era el único taponero en el que podía confiar. Llegaron a un acuerdo, aunque el haber escogido el musical en vez del béisbol dejó al entrenador Blumberg atónito al principio, y después, desanimado. «No me quedan tantas temporadas en esto», dijo a un grupo de mujeres en la sala de profesores.

Todo el asunto había alimentado cruelmente las esperanzas de Karin. Si hubieran dado a Jimmy el papel de Tommy, habrían pasado mucho tiempo juntos. Incluso habría llegado a mirarla, quizá. Tal vez se hubiera dado cuenta de que, maquillada y peinada, podía parecer exactamente una estrella de un musical de Bollywood. Quizá lo descubriera Danny Fargo pero ¿quién lo quería a él?

—¿Va a venir a vernos? —preguntó Karin a Prudie, y Prudie dijo que no se lo perdería. (Pero, ¿qué temperatura haría en la sala de actos? ¿Cómo reaccionaría al espectáculo de Jimmy Johns, con sus brazos de lanzador taponero cantando «acércate, entrégate»?)

Dio a la clase de sexta hora los mismos párrafos de *El principito* para traducir, pero como eran alumnos de tercer curso, tenían que hacerlo en traducción inversa, al francés. «En el segundo planeta vivía un vanidoso».

Prudie volvió a las fichas. Durante el almuerzo, se le había ocurrido que no había heroína de Jane más piadosa que Fanny, y con diferencia. En el club de lectura todavía no se había hablado de religión.

En otros libros de Austen se hablaba mucho de los ingresos del clero —promesas, ofertas o anhelos de un puesto de trabajo—, pero eran cuestiones más económicas que espirituales. Ninguna protagonista, excepto Fanny, demostraba tanta afición por el culto ni admiraba tanto al clero. Seis libros, con tantas escenas de la vida en el campo, con tantos bailes y cenas descritos con gran detalle, y ni un solo sermón. Y el propio padre de Jane era clérigo. ¡Ahí había mucho de que hablar! Sin duda, Bernadette tendría cosas que decir. Prudie rellenó cinco fichas más antes de que el calor la avasallara.

El dolor de cabeza volvió. Se presionó las sienes y miró el reloj.

Sallie Wong había escrito una nota, la dobló en forma de pajarita y la empujó fuera del pupitre con el codo. Trey Cheyney la recogió, la desdobló y la leyó. «¡Ay, Dios!», pronunció sin emitir sonido alguno (pero no «Mon Dieu»). Probablemente, el nombre de Trey formaba parte de la nota. Prudie pensó que podía confiscársela, pero significaría levantarse. Tenía tantísimo calor que creyó que se desmayaría si lo intentaba. ¿Y qué no harían los alumnos, si se desmayase? ¿Qué revolcones y juergas? Veía puntitos negros como renacuajos flotando en el aire. Apoyó la cabeza en el pupitre y cerró los ojos.

Gracias a Dios, ya casi era hora de irse a casa. Haría algo de limpieza superficial antes de que llegara el club de lectura. Un rápido golpe de aspiradora y limpiar el polvo por encima. Quizá a las ocho hubiera refrescado lo suficiente para salir a la terraza. Sería muy agradable, si soplaba la brisa del delta. El ruido aumentaba sutilmente en el aula. Tendría que levantarse antes de que pasara a mayores, abrió los ojos, se aclaró la garganta con fuerza. Estaba dispuesta a hacerlo... y sonó el timbre.

Después, en vez de irse directamente a casa, se encontró a la puerta de la sala polivalente. Los chicos que hacían teatro formaban un grupo interesante. Iban de hierba, cosa que los distinguía de los representantes estudiantiles (alcohol), de los deportistas (esferoides) y de los del anuario (cola). ¡Cuántos grupos y subgrupos diferentes! Tanta complejidad estructural no dejaba de tener su jerarquía. A veces pensaba que ojalá hubiera estudiado antropología. Habría tenido que escribir muchos trabajos. Claro que eso era lo bueno y lo malo del asunto. Escribir trabajos le habría supuesto un esfuerzo. No en vano era hija de su madre.

Oía música, amortiguada por la puerta de la sala polivalente. Del otro lado de la puerta se encontraban las Tierras Altas escocesas. Bruma, montañas y brezo. Sonaba fresco y maravilloso, mientras que ir a casa, aunque fuera deseable en todos los demás aspectos, significaba meterse en un coche que había estado en el aparcamiento con las ventanas cerradas desde las ocho de la mañana. Tendría que envolverse la mano en la falda para abrir la portezuela. El asiento abrasaría y no podría sentarse. Pasaría unos cuantos minutos asándose de verdad, técnicamente, al volante.

Retrasarse no mejoraría nada, pero la perspectiva era tan poco tentadora que se decidió por la puerta B. La compensación fue un chorro de aire acondicionado en la cara. Un chico que nunca había escogido francés estaba tocando la gaita. En el escenario, los actores ensayaban la persecución de Harry Beaton. La señora Fry los hacía

correr mientras pasaban la escena, primero a cámara lenta y después a toda velocidad. Prudie veía el escenario desde su asiento, y también a los actores que esperaban la entrada en los laterales. Entre tanto, en el fondo, el gaitero practicaba la música del funeral de Harry. Aunque el instrumento no le gustaba exactamente, Prudie admiró la interpretación. ¿Dónde habría aprendido a soplar y estrujar así un muchacho californiano?

Los chicos saltaron desde el escenario con las faldas escocesas volando. Jimmy Johns pasó el brazo a una rubia de segundo curso que hacía el papel de su prometida. En *Brigadoon*, el amor de esa pareja rompe el corazón a Harry; en Valley High, a quien le había destrozado el corazón era a Karin. Estaba sentada unas filas más atrás, sola, a una distancia prudencial de Danny.

Prudie descubrió de repente que compadecía al entrenador Blumberg. Al fin y al cabo, ¿hasta qué punto era adecuado animar a esos niños a interpretar un gran amor? ¿Decirles que merecía la pena morir por amor, que la simple perseverancia era más fuerte que cualquier otro poder del mundo? Lo que creía el entrenador Blumberg —que era importante que nueve chicos lanzaran mejor, golpearan mejor y corrieran más que otros nueve— parecía un fraude, en comparación. Jane Austen escribió seis grandes relatos románticos y nadie moría de amor en ninguno de ellos. Guardó un minuto de silencio en honor a Austen y su contención implacable. Después se quedó callada sin habérselo propuesto.

Trey Norton se sentó en el asiento de al lado.

—¿Es aquí donde tendrías que estar? ¿No tienes clase? —le preguntó.

—En el prefabricado hacía una temperatura de 45 grados y medio, resulta que un pirado llevaba un termómetro auténtico y nos dejaron salir. Vengo a recoger a Jimmy. —Trey sonreía a Prudie de una forma desconcertante que no era la forma desconcertante de costumbre—. La vi en la biblioteca. Me estaba mirando.

Prudie notó que se sonrojaba.

—Las demostraciones públicas de afecto son públicas.

—Públicas, de acuerdo; pero, de afecto, no diría.

Hacía ya un buen rato que tenían que haber cambiado de tema.

—El chico que toca la gaita lo hace muy bien —dijo Prudie.

¡Ojalá lo hubiera dicho en francés! Trey hizo un ruido de placer.

—Nessa Trussler. Es chica, o algo parecido.

Prudie miró a Nessa otra vez. En efecto, ahora percibía cierta ambigüedad curvilínea. Quizá Trey no contara a nadie lo que había dicho. Quizá Nessa estuviera plenamente conforme con ser como era. Quizá toda la escuela la admirase por sus dotes musicales. Quizá los cerdos bailaran la jiga.

Lo mejor que se podía decir en favor de Nessa era que sólo llevaba tres años allí. Después se marcharía tan lejos como quisiera. Podría no regresar nunca más, si así lo prefería. Prudie era la que se quedaba. De pronto tuvo la revelación de que vivía en Brigadoon, donde nada cambiaba jamás. Las únicas personas que envejecerían serían los profesores. ¡Qué miedo daba pensarlo!

Tuvo una idea más práctica.

—Es que no llevo puestas las lentillas —dijo, tarde y sin convicción.

—Sí que las lleva. —Trey la miraba fijamente a los ojos; Prudie le olió el aliento. Tenía cierto toque de pescado, pero no en el mal sentido. Como el de un gatito—. Las estoy viendo. Veo el circulito alrededor del iris, son como platillos diminutos.

A Prudie le latía el corazón deprisa, superficialmente. Trey levantó la barbilla.

—Ahí está. Departamento de policía de A a estribor.

Prudie volvió la cabeza. Allí mismo, en los laterales, con el escenario vacío pero con un buen montón de críos todavía esparcidos por la sala de actos, el señor Chou, el profesor de música (soltero) acariciaba los pechos a la señora Fry (casada), se los apretaba como si estuviera sopesando melones. Y, evidentemente, no era la primera vez; esas manos conocían esos pechos. ¡Pero qué pasaba en ese instituto! El dolor de cabeza aumentó el ritmo. La gaita exhaló un suspiro tristón.

La segunda reacción de Prudie fue calmarse. A lo mejor no era tan malo el suceso. Así, Trey se distraería del desafortunado paso en falso con respecto a Nessa. La gaitera era inocente allí; Prudie no lamentó el cambio de tercio.

En cuanto a la señora Fry y al señor Chou, no podía fingir que aquello la sorprendiera, siquiera. La señora Fry tenía los pechos grandes. Si a las feromonas unimos la música, los ensayos día y noche, la gente muriendo de amor… ¿qué otra cosa podría esperarse?

Una cuestión que la preocupaba de *Mansfield Park* era el desenlace de la historia entre Mary Crawford y Edmund. Edmund deseaba casarse con ella. A Prudie le parecía como si, a pesar de todas las excusas que adujera, al final decidiera abandonarla porque ella

deseaba perdonar el adulterio a su hermano y a su hermana. Edmund acusaba a Mary de tomarse el pecado a la ligera. Pero él prefería perder a su hermana para siempre en vez de perdonarla.

Prudie siempre había echado de menos a un hermano. Habría sido estupendo tener con quién cotejar recuerdos. ¿Habían estado alguna vez en el bosque de Muir? ¿En la playa de Dillon? ¿Por qué no había fotografías? Se había imaginado que lo querría muchísimo. Se había imaginado que él también la querría muchísimo, conocería sus puntos débiles —¿quién podía conocer a uno mejor que un hermano? —, pero con cariño y comprensión. Al final, a Prudie le desagradaba Edmund mucho más que su escandalosa, egoísta y enamorada hermana.

Claro que las actitudes cambian de un siglo a otro, eso había que tenerlo en cuenta. Pero un gilipollas implacable era un gilipollas implacable.

—*Oh-la-la!* —exclamó Trey.

La actitud de Prudie frente al adulterio era aprendida del francés.

—¡Las plantas de hoja perenne! ¡Qué hermosas, qué bien recibidas, que maravillosas son!

Mansfield Park

El clima de Valley se clasificaba como mediterráneo, que quería decir que todo se agostaba en verano. La hierba autóctona se tornaba tiesa y seca. Los arroyos desaparecían. Los robles se cubrían de gris.

Prudie entró en el coche. Bajó las ventanillas, puso en marcha el aire acondicionado. El asiento le quemaba la parte trasera de las piernas desnudas.

Un pájaro se había cagado en el parabrisas; la cagada había estado cociéndose todo el día y sería preciso restregar para quitarla. Fue incapaz de ponerse a hacerlo a pleno sol. De modo que se puso en camino admirando un gran continente... Grecia quizá, o Groenlandia. El agua y el limpiaparabrisas sólo empeorarían la visibilidad. Ninguna parte del trayecto era por autopista, y además tenía retrovisores, de modo que en realidad la imprudencia no era tan grave como pudiera parecer.

Aunque no sentía un afecto particular por el mayor

de sus primos, su tierno corazón le dictaba que no podía herirle los sentimientos; y su pureza de principios añadía una solicitud más intensa aún cuando consideraba la vida tan poco útil y egoísta que el primo había llevado (aparentemente).

Mansfield Park

Las cortinas estaban cerradas y el aire acondicionado en marcha, de modo que Prudie entró en una casa oscura y tolerablemente fresca. Tomó dos aspirinas más. Ahora que había llegado el momento, no tenía fuerzas para hacer un poco de limpieza. Las listas que escribía eran un consuelo para ella, una ilusión de control en un mundo patas arriba, pero no era esclava de ellas. Surgían cosas, los planes cambiaban. Holly, la asistenta, había ido la semana pasada. La casa estaba suficientemente limpia para cualquiera, excepto para Jocelyn. Pero tendría que salir otra vez, a comprar, eso no tenía remedio, a menos que prefiriese servir una ensalada de lechuga romana amarillenta por los bordes.

Se dio una ducha fría con la esperanza de reanimarse y se puso una camiseta sin mangas y unos pantalones de pijama de algodón con estampado de sushis. Llamaron a la puerta cuando se estaba secando el pelo con la toalla.

Cameron Watson estaba en el umbral, el sudor le corría por el fino filo de la nariz.

—Cameron —dijo Prudie—, ¿qué ocurre?

—Le dije que le limpiaría la máquina.

—No pensé que te refirieras a hoy.

—Querrá usar el correo, ¿no? —dijo, sorprendido. ¿Cómo se podía sobrevivir veinticuatro horas sin correo?

En otra época, a Prudie le inquietaba la idea de que Cameron estuviera un poco colgado de ella. Pero ahora lo entendía. Cameron estaba colgado del ordenador, porque lo había escogido él mismo, naturalmente. Y también un poco de los juegos de vídeo de Dean. Ni siquiera se fijó en que ella no llevaba puesto nada más que un pijama. Si hubiera sido en un libro de Jane Austen, Prudie sería la muchacha a la que cortejaban por sus posesiones.

Se hizo a un lado para darle paso. El muchacho llevaba cables y periféricos colgados por el cuerpo como un bandolero, y una caja de

plástico con discos. Fue directo a la habitación del ordenador, puso en marcha los diagnósticos y empezó a hacer su magia. Prudie había pensado en echarse una siestecita, pero ahora ya no podría, con Cameron en casa. Se puso a limpiar el polvo con indiferencia, con resentimiento incluso. El cambio era claramente desfavorable, la limpieza en lugar de la siesta.

Como no sentía la gratitud que Cameron merecía —la verdad es que era todo un detalle por su parte—, exageró. Le llevó un vaso de limonada.

—Estoy descargándole unos programas antiguos —dijo Cameron —, de emulación. —Tomó el vaso de limonada, y lo posó a un lado y el cristal empezó a sudar y a mojar la mesa—. También tendríamos que instalar Linux. Nadie usa Windows ya. —Y los cerdos bailan la jiga.

Le miró la línea blanca del cuero cabelludo que le asomaba por la raya del pelo. Tenía grandes copos de caspa muerta. Tuvo el impulso de quitársela.

—¿Para qué sirven los programas de emulación?

—Para jugar a juegos antiguos.

—Creía que lo bueno eran los juegos nuevos —dijo Prudie—. Creía que iban mejorando con el tiempo.

—¡Se puede jugar a los clásicos! —le explicó Cameron.

Quizá fuera un poco como releer. Prudie volvió al salón. Estaba dándole vueltas a una idea sobre la relectura, sobre la memoria, sobre la infancia. Tenía cierta relación con el hecho de que a Fanny Mansfield Park le resultase tan frío e incómodo, hasta que la castigaron a volver con sus padres. La finca Bertram no llegó a ser el hogar de Fanny hasta que dejó de vivir allí. Hasta entonces no comprendió que el afecto de su tía y su tío podía ser, a fin de cuentas, más verdadero que el de sus propios padres. ¿A quién, si no a Jane, se le ocurriría dar una vuelta al cuento de hadas de esa manera? Tuvo la intención de sacar las fichas del bolso y escribir algo al respecto. Sin embargo, y a pesar de la presencia de Cameron, se quedó dormida en el sofá.

Se despertó cuando Dean le acarició el brazo.

—He tenido un sueño rarísimo —le dijo, pero ya se le había olvidado. Se sentó—. Creía que habías dicho que llegarías tarde. —Lo miró a la cara—. ¿Qué pasa? —Dean le tomó las dos manos.

—Tienes que irte inmediatamente a casa de tu madre, querida —

dijo—. Ha sufrido un accidente.

—No puedo ir a casa de mi madre. —Prudie tenía la boca seca y la cabeza brumosa. Dean no conocía a su madre como ella, de lo contrario sabría que no había de qué preocuparse—. Vienen los del club de lectura.

—Ya lo sé. Sé que te apetecía mucho. Llamaré a Jocelyn. Tienes reserva en un avión dentro de una hora y media. Lo siento mucho, querida. Lo siento. Tienes que darte prisa, de verdad.

La rodeó con los brazos, pero hacía demasiado calor para abrazos. Los apartó.

—Estoy segura de que se encuentra bien. Iré mañana, o este fin de semana.

—No ha recuperado el conocimiento desde el accidente. Me llamaron los Bailey a la oficina. Nadie ha podido localizarte. Lo he estado intentando todo el camino, pero daba señal de comunicando.

—Cameron está conectado.

—Ya lo despediré yo.

Dean recogió el bolso de Prudie. Le dijo que cuando llegara a San Diego tendría un coche esperándola, que buscara a un conductor que llevara un cartel con su nombre en la recogida de equipajes. Dijo que llamaría al instituto para que nombraran a una sustituía y que anularía sus propios compromisos. Y buscaría a una persona más responsable que Cameron para que fuera a dar de comer al gato. Había pensado en todo. Ella sólo tendría que pensar en su madre. Y en sí misma.

Él acudiría tan pronto como pudiera. Como máximo, estaría con ella en el hospital al día siguiente por la mañana. Esta misma noche a última hora, si pudiera. Y no paraba de decir «lo siento, lo siento», hasta que por fin, Prudie captó el mensaje: pensaba que su madre se estaba muriendo. ¡Y qué más!

Un año antes, Dean la habría acompañado a la puerta de embarque y le habría tomado la mano mientras esperaba. Ahora, ni siquiera había motivo para entrar en el vestíbulo. La dejó en el bordillo de la acera y volvió a casa a terminar los preparativos. Un hombre pasó por el control de seguridad delante de ella. Llevaba una bolsa deportiva y un teléfono móvil, y andaba de talones, como Trey Norton. Le pidieron que se pusiera a un lado y se descalzase. A Prudie le confiscaron el cortaúñas y también la navaja del ejército suizo. Lamentó no habérselos dado a Dean; la navaja le gustaba.

Tenía reserva con la Southwest. La tarjeta de embarque pertenecía al grupo C. Todavía había esperanzas de que le dieran un asiento de pasillo, pero sólo si le tocaba en los asientos de cabeza, y a lo mejor ni siquiera así.

Cuando buscaba los documentos de identificación en el bolso otra vez para embarcar, se le cayeron las fichas al suelo. «¿Quieres jugar a reunir las cincuenta y dos cartas?», le preguntó una vez a su madre. Era un truco que había aprendido en el centro de atención. «Claro», le dijo su madre, y entonces, cuando Prudie esparció todo el mazo por el suelo, le dijo si quería ser su duende bueno que la ayudaba a reunirlas todas.

Se puso de rodillas y empezó a recoger las fichas. La gente le pasaba por encima. Algunos se impacientaron y lo demostraron desagradablemente. Ahora ya no tenía esperanzas de que le dieran un asiento de pasillo. Entró en el avión dando un traspiés, con lágrimas en los ojos. Después, mientras tomaba el refresco gratuito, contó las fichas como ejercicio zen para recuperar la calma. Hacía tanto tiempo que preparaba la tertulia que había escrito cuarenta y dos. Las contó dos veces para asegurarse.

Pasó un rato haciendo el crucigrama de la revista de la compañía. Luego miró por la ventanilla hacia el cielo vacío. Todo estaba bien. Su madre estaba perfectamente *sain et sauf*, y ella se negaba en redondo a dejarse engañar y fingir otra cosa.

El sueño de Prudie:

En el sueño de Prudie, Jane Austen le enseña las habitaciones de una gran finca. Jane no se parece en absoluto a su retrato. Se parece más a Jocelyn, y a veces es Jocelyn, pero sobre todo es Jane. Es rubia, va arreglada, moderna. Lleva pantalones de seda de amplias perneras.

Están en una cocina decorada en azul, blanco y cobre, como la de Jocelyn. Jane y Prudie están de acuerdo en que la buena cocina sólo se consigue con fuego de gas. Jane le cuenta que se ha ganado fama de

chef francés aceptable. Promete prepararle algún plato más tarde, pero en el mismo momento en que se lo está diciendo, Prudie sabe que se le olvidará.

Bajan a una bodega. En el sistema de botelleros que cubre una pared oscura hay algunas botellas, pero en casi todos los huecos hay un gato. Los ojos de los gatos brillan en la oscuridad como monedas. Prudie casi lo comenta, pero piensa que a lo mejor es una grosería.

Sin llegar a subir las escaleras, se encuentra sola arriba, en un pasillo con muchas puertas. Intenta abrir algunas pero todas están cerradas con llave. Entre puerta y puerta se intercalan retratos a escala natural y espejos. Los espejos están situados de tal modo que cada retrato se refleja en el espejo de enfrente. Prudie puede pararse ante cualquier espejo de tal modo que su imagen aparezca en el retrato junto al personaje retratado.

Vuelve Jane, pero ahora tiene prisa y se la lleva sin detenerse en ninguna puerta, hasta que de pronto se para.

—Aquí es donde hemos instalado a su madre —le dice—. Como verá, creo, hemos hecho algunas mejoras.

Prudie vacila.

—Abra la puerta —le dice Jane, y Prudie la abre. En vez de un dormitorio, hay una playa, un velero y una isla a lo lejos; el océano se extiende hasta donde alcanza la vista.

Junio

[image]

Cuatro

En el que leemos **La abadía de Northanger** *y nos reunimos en casa de Grigg*

P

rudie faltó a la siguiente reunión. Jocelyn llevó una postal para que la firmáramos todos. Dijo que era una postal de condolencia, y tuvimos que fiarnos de su palabra porque estaba escrita en francés. El anverso era bastante sobrio: un paisaje marino, dunas, gaviotas y arena en suspensión. El tiempo y la marea, o un frío consuelo de calibre semejante.

—Me dio tanta pena que tuviera que renunciar al viaje a Francia —dijo Sylvia, y después desvió la mirada, avergonzada, porque eso no era lo más triste.

Jocelyn intervino rápidamente.

—Ya sabes que no ha ido nunca.

Casi todas éramos ya huérfanas de madre. Dejamos pasar unos momentos, cada cual recordando a la suya. El sol se sonrosaba como una flor por el oeste. Los árboles habían alcanzado su pleno esplendor. En el aire suave y ligero flotaba el aroma de la hierba, el café y el *brie* fundido. ¡Cuánto les habría gustado a nuestras madres!

Allegra se inclinó y tomó la mano a Sylvia, le acarició los dedos y la soltó. Sylvia estaba extraordinariamente elegante esa noche. Se había cortado el pelo tanto como Allegra y llevaba una falda larga con una blusa china entallada de color rojo. Se había dado forma a las cejas y se había pintado los labios de color ciruela. Nos alegrábamos de que hubiera llegado a la etapa de mandar a paseo el duelo por el proceso de divorcio. Se había puesto en pie y se había vestido para matar.

Allegra estaba llena de vitalidad, como siempre; Jocelyn, clásica, y Grigg, informal: pantalones de pana y camisa verde de rugby.

Bernadette ya se había manchado de hummus los pantalones de yoga.

Los pantalones tenían un estampado de flores azules y verde aceituna, y ahora también una mancha de color hummus a la altura del estómago. De todos modos, se podía tardar mucho en ver la mancha. Se podía tardar mucho en mirarle los pantalones, porque se le habían roto las gafas poco después de la tertulia anterior y se las había «arreglado» con un asombroso pegote de grapas y cinta adhesiva protectora.

Era posible que ni siquiera se le hubieran roto. Era posible que simplemente hubiera perdido el tornillito de la patilla.

La tertulia se celebró en casa de Grigg. Algunas ya nos habíamos preguntado si Grigg estaría dispuesto a ser el anfitrión alguna vez; algunas habíamos pensado que no y ya estábamos enfadadas por la costumbre de los hombres de dar por sentadas ciertas cosas, como no encargarse nunca de los grandes ágapes ni de las comidas en vacaciones o que fueran sus mujeres quienes escribieran las tarjetas de agradecimiento y las felicitaciones que tendrían que escribir ellos. Estábamos empezando a ponernos de mal humor con la cuestión, cuando Grigg dijo que la tertulia sobre *La abadía de Northanger* deberíamos hacerla en su casa, porque seguramente sólo a él le parecía la mejor de todas las obras, hasta el momento.

Ninguna de nosotras se había imaginado que pudiera tomar esa postura. Esperábamos que no lo dijera sólo por provocar. Austen no era motivo para exhibiciones del ego.

Nos picaba la curiosidad respecto al cuidado de casa. Prácticamente ninguna habíamos estado en una casa de soltero desde los setenta. Nos imaginábamos bolas de espejos y Andy Warhol.

Nos encontramos guirnaldas de lucecitas y Beatrix Potter. Grigg había alquilado una acogedora cabaña de ladrillo en una parte más bien cara de la ciudad. Tenía el tejado de zinc y un porche cubierto de parras. En el interior había un único espacio-dormitorio y la chimenea más diminuta que habíamos visto en nuestra vida. Grigg dijo que en febrero calentaba la casa entera con la chimenea, pero que cuando terminaba de partir la leña en astillas tan pequeñas que cupieran allí, ya no necesitaba encenderla porque estaba sudando como un cerdo.

Al pie del sofá había una alfombra que casi todas habíamos visto y deseado en el catálogo de Sundance, una que tenía el borde de amapolas. El sol destellaba en unas macetas de cobre dispuestas en hilera en la ventana de la cocina. Todas tenían violetas africanas, unas blancas y otras moradas; el hombre capaz de mantener vivas las

plantas de interior es admirable, sobre todo si han sido trasplantadas a macetas sin orificios de drenaje. Eso compensó un poco por lo de la alfombra. Claro que las violetas podían ser nuevas, recién adquiridas sólo para impresionarnos. Pero vaya, ¿quiénes éramos nosotras para tener que impresionarnos?

La pared de las escaleras estaba forrada de estanterías empotradas atiborradas de libros, y no sólo puestos de pie, sino también tumbados sobre los otros. La mayoría eran ediciones de bolsillo, y bien manoseados. Allegra procedió a comprobar el contenido.

—Abundan las naves espaciales en esta colección —comentó.

—¿Le gusta la ciencia ficción? —le preguntó Sylvia. Por el tono de voz, se habría dicho que a ella le interesaban la ciencia ficción y sus lectores.

Pero Grigg no se dejó engañar.

—De siempre —fue lo único que dijo. Y siguió disponiendo cuñas de queso en una fuente. Cuando terminó, formaban una especie de dibujo de una cara, con una cuña de queso por sonrisa y ojos de galleta de agua a la pimienta. Aunque es posible que nos lo imagináramos. Es posible que hubiera ido colocando el queso sin intención artística.

Grigg se había criado en tierra de naranjos, único varón, y el menor, de una familia de cuatro hijos. Amelia, su hermana mayor, tenía ocho años cuando él nació, Bianca tenía siete, y Caty, a la que llamaban Catydid [5] de pequeña y Cat de mayor, tenía cinco.

Siempre fue muy fácil tomarle el pelo. A veces le decían que no fuera tan chico y, otras, que no fuera tan infantil. Puestas las cosas así, poco margen le quedaba para ser algo.

Si Grigg hubiera sido niña, se habría llamado Delia. Pero al final le pusieron el nombre del padre de su padre, que murió más o menos cuando él nació y ya parecía que nadie se acordaba muy bien de él. «Era todo un hombre —decía el padre de Grigg—, un hombre tranquilo», que era el título de una película que Grigg había visto en televisión, y por eso siempre se imaginaba a su abuelo como John Wayne.

A pesar de todo, el nombre era difícil de olvidar. Todos los años en el colegio, la primera vez que la maestra nueva pasaba lista, le llamaba Harris Grigg, en vez de Grigg Harris. Grigg se pasaba el curso pensando en la humillación del siguiente. Y después descubrió que el verdadero nombre de su abuelo era Gregory, y que sus padres lo

sabían de siempre. Grigg era sólo un apodo, y no un nombre, hasta que los padres de Grigg le dieron esa categoría. Les preguntó por qué muchas veces, pero nunca le dieron una respuesta satisfactoria. Les dijo que, a partir de ese momento, también él sería Gregory, pero nadie se acordaba de llamarlo así, aunque todos se acordaban sin problemas de llamar Cat a Caty.

El abuelo Harris había sido empleado de la compañía eléctrica, era técnico de cables. Hacía un trabajo peligroso, le había dicho su padre. Grigg tenía puestas las esperanzas en realizar también algún trabajo peligroso en el futuro, aunque más en la línea de agente secreto que de técnico de instalaciones. Su padre era lector de contadores y había ingresado en el hospital cuatro veces por mordedura de perro. Tenía dos cicatrices brillantes en una pantorrilla, y otra en alguna parte que nadie había visto. Los Harris nunca habían tenido perro, ni lo tendrían mientras su padre estuviera vivo. Grigg tenía cinco años cuando se lo contaron por primera vez, y todavía recordaba la reacción que había tenido; pensaba para sí que su padre no viviría eternamente.

Grigg era el único que tenía una habitación para él solo, lo cual era motivo incesante de resentimiento. La habitación era tan pequeña que apenas cabía la cama, y el mueble de cajones sólo cabía en el pasillo. Pero aun así, era suya exclusivamente. Tenía el techo abuhardillado, una ventana y un papel pintado de capullos amarillos de rosa que había escogido Amelia, porque esa habitación había sido suya hasta que nació Grigg. Si hubiera nacido chica, Amelia habría conservado la habitación.

Cuando hacía viento, una rama golpeaba contra el cristal como una mano, pero eso a Amelia no la asustaría. Grigg se quedaba tumbado en la oscuridad, solo, y el árbol crujía y daba golpes. Oía a sus hermanas riéndose al fondo del pasillo. Sabía cuándo era Amelia quien se reía y cuándo Bianca o Cat aunque no oyera lo que decían. Estaba seguro de que hablaban de chicos, tema del que no tenían nada agradable que decir.

«Niñas, hora de dormir», gritaba su madre desde abajo. Muchas veces, su madre tocaba el piano cuando los niños estaban en la cama, y si todavía los oía hablar a pesar de su querido Scott Joplin, es que estaban hablando muy alto. A veces, las niñas respondían con un silencio provisional, o no hacían el menor caso. Una a una, se podía con ellas. Pero todas a la vez, no era tan fácil.

El padre de Grigg no podía hacerles frente en absoluto. Las niñas no soportaban el olor de la pipa, de modo que sólo fumaba en el cobertizo. No soportaban los deportes, así que tenía que irse a dar una

vuelta en coche para oír los partidos en la radio. Cuando querían dinero, le hacían la pelota, le arreglaban la corbata y lo besaban hasta que, indefenso como un gatito, sacaba la cartera del bolsillo de atrás. En una ocasión, Grigg hizo exactamente lo mismo, puso en movimiento sus espesas pestañas y frunció el morrito. Cat soltó una carcajada tan sonora que se atragantó con un cacahuete, con lo que podía haberse asfixiado. A Amelia le habían contado el caso de una persona que se había asfixiado así, ¿y cómo se habría sentido Grigg, entonces?, ¿eh?

Se pasaban el tiempo riéndose de él. Había sido el único chico de la clase de primer curso capaz de pasearse por el mundo en calzoncillos, pero eso también resultó ser una metedura de pata, socialmente.

Un día, cuando estaba en quinto curso, su padre lo llamó después del desayuno.

—Ven atrás conmigo —le dijo en voz baja—, y no se lo digas a las niñas.

«Atrás» significaba la pequeña habitación que su padre se había montado para su uso en el viejo cobertizo. A «atrás» sólo se entraba por invitación, estrictamente. La puerta tenía pestillo y había un sillón La-Z-Boy [6] de cuadros escoceses que la madre de Grigg no soportaba y no quería ver en casa. Había también un recipiente viejo de la Tupperware con reservas inacabables de grageas Red Hot. A Grigg no le gustaban mucho, pero se las comía si se las ofrecían; al fin y al cabo, eran de caramelo. Grigg se alegró de que las chicas no estuvieran invitadas, ni hubiera que decírselo, siquiera. No era fácil guardar secretos con las tres hermanas y procurar al mismo tiempo que todo el mundo supiera que tenía un secreto, pero sus propias hermanas habían sido excelentes maestras en ese arte.

Fue al cobertizo. Su padre lo esperaba fumando un cigarrillo. El cobertizo no tenía ventana, de modo que siempre estaba oscuro aunque encendieran la luz, y el humo se espesaba en el aire; como entonces no se sabía nada sobre fumadores pasivos, nadie ponía objeciones. La lámpara tenía un brazo articulado y una bombilla deslumbrante, como para someter a alguien a un interrogatorio. Su padre estaba sentado en el La-Z-Boy con un montón de revistas en el regazo.

—Esto es cosa de chicos exclusivamente —dijo su padre—. Alto secreto. ¿Entendido?

Grigg se sentó en una caja de manzanas puesta de lado y su padre le pasó una revista con la foto de una mujer en ropa interior en

portada. El cabello negro le caía por los lados de la cara en rizos grandes. Tenía los ojos grandes y unos pechos enormes que el sujetador dorado apenas lograba contener.

Pero lo mejor de todo, lo mejor e increíble, era el broche que cerraba el sujetador: ocho tentáculos y un tronco en forma de lata de Coca-Cola, de color azul, y la cara —¡qué artista el que logró expresar tanta emoción en un bicho con tan pocos rasgos!— con expresión hambrienta.

Fue esa tarde lo que hizo de Grigg un lector. No tardó en aprender:

De Arthur C. Clarke, que «el arte no se disfruta si no se aborda con amor».

De Theodore Sturgeon, que «a veces, el mundo es excesivo de vivir, y uno necesita alejarse de él para descansar».

De Philip K. Dick, que «al menos la mitad de los personajes famosos de la historia no existieron jamás», y que «se puede falsificar cualquier cosa».

Lo que más le gustaba de la ciencia ficción era que le parecía un lugar en el que no estaba solo ni rodeado de chicas. Sin embargo, con la edad habría dejado de gustarle si hubiera sido un mundo tan desprovisto de chicas como le pareció al principio. El primer autor predilecto que tuvo fue Andrew North. Más tarde supo que era el seudónimo de Andre Norton. Y más tarde supo que Andre Norton era una mujer.

Grigg no nos contó nada de todo eso porque pensaba que no nos interesaría.

—Esos libros con una nave espacial en el lomo son los primeros de los que me enamoré —fue lo que dijo—. El primer amor nunca se olvida, ¿verdad?

—No —dijo Sylvia—, nunca se olvida.

—Excepto algunas veces —dijo Bernadette.

—Conocí a Jocelyn en un congreso de ciencia ficción —nos dijo Grigg.

Nos volvimos todas hacia Jocelyn. Es posible que una o dos

abriéramos la boca. Jamás habríamos adivinado que leía ciencia ficción. La verdad es que nunca lo había dicho.

No había visto ninguna de las películas nuevas de *La guerra de las galaxias* ni había hecho cola para ver las antiguas.

—¡Ah, por favor! —Jocelyn agitó la mano con impaciencia—. ¡Y qué más! Fue en una feria canina. Coincidimos en el mismo hotel.

Apenas había empezado la velada y habíamos descubierto dos historias que no nos habían contado.

Hacía casi un año, Jocelyn había ido a Stockton al encuentro anual del club Inland Empire Hound. Para celebrar todo un fin de semana sin pelos de perro (aunque los ridgebacks no soltaban gran cantidad; lo conservaban mucho mejor que la mayoría de sus congéneres, precisamente era una de las características más atractivas de la especie), Jocelyn metió en el equipaje mucha ropa negra. Llevaba un chaleco negro bordado con cuentas debajo de una chaqueta negra. Pantalones negros y calcetines negros. Asistió a los debates titulados «Sabuesos avistadores: ¿Por qué son diferentes?» y «Amaestramiento del perro salvaje: Nuevas técnicas de modificación del comportamiento agresivo». (Lo cual era una pena, porque en verdad decía «pecho salvaje». ¡Eso sí que habría sido un debate!)

El mismo fin de semana y en el mismo hotel había también una convención de ciencia ficción llamada Westernesscon. En las salas de congresos del piso inferior, los aficionados a la ciencia ficción se reunían para hablar de libros y lamentar la muerte o la agonía de programas de televisión. Se anunciaban debates como «Por qué nos gustaba tanto "Buffy"», «La última frontera: El destino manifiesto en el espacio intergaláctico» y «Papá Noel: ¿Dios o amigo?».

Jocelyn iba a tomar el ascensor en el vestíbulo hasta su habitación, en el piso 17, cuando entró un hombre. No era joven, pero sí mucho más joven que ella; una categoría en rápida expansión. No tenía nada de particular y no le prestó mayor atención.

Detrás de él entraron tres mujeres jóvenes. Llevaban cadenas en la nariz y pinchos en las muñecas, y se adornaban también con unos aros en las orejas que recordaban a los ejemplares que los de Fish and Wildlife soltaban en la naturaleza después de ponerles un chip de identificación. Tenían la cara empolvada de color tiza y cruzaban los brazos sobre el pecho con los pinchos de las pulseras en primer plano. El hombre apretó el botón del piso 12 y una de las mujeres, el del 8.

El ascensor se detuvo otra vez y entró más gente. En el momento en que la puerta se cerraba, la detuvieron desde fuera y entraron otras

cuantas personas. Jocelyn se quedó estrujada contra el fondo del ascensor. La pulsera de pinchos de una de las jóvenes se le clavó en el jersey y le hizo un enganchón. También le pisaron un pie, pero nadie se dio por aludido; tuvo que sacar el pie de debajo del otro como pudo, pero ni aun así se disculpó nadie. El ascensor se detuvo otra vez. «¡Completo!», dijo una voz desde la entrada, y las puertas se cerraron.

La mujer de la cara empolvada que estaba a la derecha de Jocelyn llevaba un collar rojo igual que el que le ponía a Sahara en las grandes ocasiones.

—Tengo un collar idéntico al suyo —dijo Jocelyn como gesto de cordialidad, como quien acaricia las aguas. Intentaba no alarmarse por la situación de encerrona al fondo del ascensor. Normalmente no sufría claustrofobia, pero pocas veces se encontraba tan atosigada y respirando tan deprisa y tan superficialmente.

La mujer no respondió. Jocelyn esperaba una reacción y, al no producirse, sintió una humillación breve e intrascendente. ¿Qué delito había cometido? ¿La edad? ¿La ropa? ¿El «Mi copiloto es Perro» de la tarjeta de identificación? Todo el mundo, excepto Jocelyn y el no joven pero más joven que ella, salió del ascensor en el octavo piso. Jocelyn avanzó un poco tocándose el enganchón, quería meterlo hacia el revés del jersey, para que no se viera. El ascensor siguió subiendo.

—Era invisible —dijo el hombre.

—¿Cómo dice? —preguntó Jocelyn volviéndose hacia él.

Parecía un hombre normal, agradable, con unas preciosas pestañas espesas, pero normal por lo demás.

—Es un juego. Son vampiras, y cuando se ve a una con los brazos cruzados como ellas —hizo el gesto—, hay que fingir que no se las ve. Esa mujer era invisible, por eso no contestó. No es nada personal.

Después de la explicación, Jocelyn tenía la sensación de que la culpa era suya.

—Ser vampiro no es excusa para ser grosero —replicó Jocelyn—, según la señora Manners. —Desde luego, la señora Manners no había dicho semejante cosa, pero ¿acaso no es lo que diría, si se lo preguntasen?

Llegaron al piso decimosegundo. El ascensor suspiró e hizo un ruido metálico. El hombre salió y se volvió a mirarla.

—Me llamo Grigg.

Como si cualquiera pudiera saber si Grigg era nombre o apellido sin que se lo dijeran. La puerta se cerró sin dar tiempo a Jocelyn a

contestar. Mejor.

—¡Qué pandilla de bichos raros! —dijo. Lo dijo en voz alta, por si había alguien más en el ascensor con ella. Los sentimientos de la gente invisible le eran indiferentes, aunque seguramente, la señora Manners tampoco aplaudiría esa actitud; la señora Manners era severa.

Jocelyn abandonó la exposición poco imaginativa de un psicólogo de animales de compañía —«Quiere demostrarle su agradecimiento por lo bien que le cuida»; «Dice que la quiere mucho»— y se fue a su habitación. Se duchó sólo por usar el jabón y la loción del hotel, se secó el pelo y se puso el vestido negro de lino; dejó la tarjeta de identificación en la chaqueta, encima de la cama, y subió al último piso en el ascensor. Se quedó en el umbral del bar del hotel buscando alguna cara conocida.

—El año pasado estuve en Holanda, en Italia y en Australia —decía una mujer atractiva que había en la mesa de al lado de la puerta—, y cada vez que encendía el televisor, había una u otra versión de «Star Trek». Lo que os decía, está por todas partes.

En la barra había un taburete vacío. Lo ocupó y pidió un martini seco. No había ningún conocido a la vista. Normalmente no le importaba estar sola; había vivido sola tanto tiempo que le daba igual. Pero allí se encontraba incómoda. Tenía la sensación de haberse equivocado de vestido, era demasiado elegante, demasiado caro. Se sentía rara. Le sirvieron el martini. Tomó un trago. Luego otro. Y otro. Se lo terminaría lo más rápidamente posible y se marcharía a buscar gente de perros en el vestíbulo o en el restaurante. En el bar, el ruido era insoportable. Se oían más de doce conversaciones, risas agudas, una retransmisión de hockey en el televisor, mangueras regando y máquinas de hielo aplastando.

—Lo único que digo es que se tardaría mil años en despertar la plena conciencia en una especie animal —dijo un hombre, cerca de ella—. Tú pareces inclinarte a otra cosa y no te sigo.

Hablaba tan alto que Jocelyn juzgó innecesario fingir que no lo había oído. Se inclinó ligeramente hacia ellos.

—La verdad es que yo habría preferido un cerebro más parecido al de una lagartija —dijo—. Gramática perfecta, acento británico, ¡por Dios! Más la interminable y aburrida lista de agradecimientos. ¡Si de lo único que están todos pendientes es del momento oportuno para tirársete a la pierna!

Bien, eso sí que había sido poco elegante. Quizá ya estuviera un poquito borracha. El salón dio una vueltecita, sin prisas. «Bebe

deprisa, arrepiéntete sin prisas», le había dicho siempre su madre. En la pantalla del televisor se veía el anuncio de un poético calzado de carrera.

El hombre se volvió hacia ella. Era corpulento, con barba poblada y un vaso pequeño de whisky escocés. Parecía un oso, pero de buen humor, cosa que nunca sucede con los osos de verdad. Jocelyn estaba pensando que sería criador de bassets; no había en el mundo grupo más agradable que el contingente de los bassets. Hacía poco tiempo que había aprendido a apreciar a los bassets y le avergonzaba un poco haber tardado tanto. El resto del mundo parecía enamorarse de ellos sin ningún esfuerzo.

—Lo que más me ofendió fue lo de los invertebrados —dijo el hombre oso—. No somos crustáceos. No nos regimos por las mismas reglas.

Jocelyn lamentó haber salido del debate tan temprano. ¿Cuánta gratitud sería capaz de demostrar un crustáceo? Si alguno fuera capaz, en fin, le gustaría, sin duda, estar presente para verlo.

—¿Trató de los crustáceos? —preguntó Jocelyn. Con nostalgia.

—¿Qué libro suyo ha leído?

—Ninguno; no he leído ningún libro suyo.

—¡No puede ser! Tiene que leerlos —le dijo el hombre—. Lo critico, desde luego, pero me tengo por uno de sus más grandes aficionados. No puede dejar de leer sus libros.

—Es que es usted grande. En eso estoy de acuerdo.

La voz sonó diminuta, como un mosquito en la oreja de Jocelyn. Se dio media vuelta y se encontró con la cara de Roberta Reinicker flotando en el aire, y su hermano Tad detrás de ella. Los Reinicker tenían un criadero en Fresno y una ridgeback muy coqueta llamada Beauty, por la que Jocelyn se interesaba periódicamente. Beauty tenía buena documentación, buena confirmación y una disposición dulce, aunque inestable. Se entregaba por completo a quien más cerca estuviera. En un perro, era una característica muy halagüeña.

—Córrete un poco —dijo Roberta al tiempo que se apoderaba de medio taburete de Jocelyn empujándola contra la barra. Roberta, rubia platino, no tardaría en cumplir los cuarenta. Tad era mayor, y no tan guapo. Se asomó a la barra por encima de Jocelyn para pedir.

—Tengo coche nuevo —le dijo. Enarcó las cejas significativamente y se quedó esperando una respuesta chistosa. Pero falló—. Un Lexus. Gran kilometraje, asientos preciosos. El motor…

suave como la seda.

—Qué bonito —dijo Jocelyn. Él seguía cerniéndose sobre ella. Si miraba directamente hacia arriba, le veía la piel de rana, blanda y blanca, de la parte inferior de la barbilla. No era una vista habitual, por suerte.

—¿Bonito? —Tad sacudió la cabeza; la barbilla se movía de izquierda a derecha sin parar—. Supongo que tendrás algo mejor que decir, que «bonito». ¡Es un Lexus!

—Muy bonito —dijo Jocelyn por complacerlo. Un Lexus era un coche muy bonito en todos los aspectos. Nunca había oído decir lo contrario.

—De segunda mano, claro. Fue una ganga. Si quieres, después te llevo a dar una vuelta. En tu vida habrás hecho un viaje tan suave.

Mientras hablaba, la voz de mosquito de Roberta volvió a sonar en el oído de Jocelyn.

—¡Qué montón de bichos raros! —dijo.

A Jocelyn no le parecía bien llamar bichos raros a la gente. Tampoco le parecía que la gente que había en el bar fuera particularmente rara. Abajo, en el vestíbulo, quizá hubiera un guerrero klingon o un par de elfos, pero al parecer, los alienígenas no bebían. Lástima. Una noche que empezara leyendo la mente de un crustáceo agradecido y terminara con elfos borrachos sería memorable.

—No sé a quién te refieres.

—Ya, claro —dijo Roberta con complicidad.

—Entonces, ¿qué autores le gustan a usted? —preguntó el hombre oso a Roberta.

—¡Ah! —exclamó Roberta— ¡No! No leo ciencia ficción. Jamás. —Y luego dijo a Jocelyn al oído— : ¡Dios Mío! ¡Cree que soy de los suyos!

Dios mío, el hombre oso era aficionado a la ciencia ficción, no criador de bassets. Entonces, ¿de qué había estado hablando con él?, se preguntó Jocelyn. ¿Cómo se habían colado los crustáceos en la conversación?

Y seguro que a Roberta no la oía, con el ruido que había en el bar, pero la veía susurrar. Su error la mortificó, y también los malos modales de Roberta.

—¿De verdad? —preguntó a Roberta, en voz suficientemente alta

para que el hombre oso la oyera—. ¿Jamás? Eso suena un poco estrecho de mentalidad. A mí me encantan las novelas buenas de ciencia ficción.

—¿A quién lee usted? —preguntó el hombre oso.

Jocelyn tomó otro trago, posó la copa y cruzó los brazos. No sirvió de nada. Roberta, Tad y el hombre oso la miraban atentamente. Cerró los ojos, y así desaparecieron los tres, pero no de forma práctica.

«Piensa», se dijo. Tenía que saber el nombre de algún escritor de ciencia ficción. ¿Cómo se llamaba el de los dinosaurios? Michael no sé qué.

—¿Ursula Le Guin, Connie Willis, Nancy Kress? —Grigg se había acercado mientras ella tenía los ojos cerrados, y se encontraba justo detrás de Roberta—. ¿He acertado? —preguntó—. Parece una mujer de gustos impecables.

—Creo que usted es adivino —dijo ella.

[image]

Tad contó a todos lo que era un buen libro de verdad (de no ficción y con barcos: *La tormenta perfecta)* y también lo que no era un buen libro (cualquier cosa donde salieran una mierda de árboles parlantes, como *El señor de los anillos).* Pero resultó que Tad en realidad no había leído ninguno de los dos. Había visto las películas. El hombre oso se puso tan nervioso que se derramó el whisky por la barba.

Jocelyn se fue a los lavabos, y cuando volvió, Grigg y el hombre oso habían desaparecido. Roberta guardaba el asiento del hombre oso y Tad le había pedido otro martini seco, lo cual era de agradecer, pero no lo quería y podía habérselo preguntado primero. Roberta, naturalmente, se había quedado con su asiento, aunque a ella le daba igual uno que otro. Pero es que no le habría hecho falta que nadie le guardara el sitio si no le hubieran quitado el suyo, para empezar.

—He conseguido que se largaran —dijo Tad. Gritaba para que lo oyeran—. Les dije que íbamos a dar una vuelta en mi Lexus nuevo.

—Pero yo no —dijo Roberta—. Estoy exhausta. En serio, estoy tan cansada que no sé si podré llegar a la cama siquiera. —Ilustró lo que decía derrumbándose graciosamente encima de la barra.

—¿Y qué te hizo pensar que quería deshacerme de ellos? —preguntó Jocelyn a Tad. ¡Qué hombre tan irritante, de verdad! No le

gustaba nada su Lexus. Empezaba a tomar ojeriza a Beauty. La perra más bonita que uno pudiera imaginarse, pero ¿quería el gen «píllame, píllame» en la herencia común de los Serengeti?

—Sé cuándo te limitas a ser bien educada —replicó él tanteando el terreno; ¡si al menos supiera lo mal que lo hacía! Guiñó un ojo.

Jocelyn le dijo, limitándose a ser bien educada, que tenía que asistir a un debate a primera hora de la mañana, y que la noche ya se le había terminado. («A mí también», dijo Roberta.) Dio las gracias a Tad por el trago, que no había tocado, insistió en pagarlo y se marchó.

Estuvo un rato buscando a Grigg y al hombre oso. Temía que todo les hubiera parecido una conspiración: ella se va al lavabo y Tad se deshace de los indeseables. Por mucho que Tad se hubiera esforzado, la despedida no habría sido delicada. Quería decirles que ella no sabía nada. Quería decirles que su compañía había sido grata. Sería un poco raro, sin duda, y poco convincente, pero era cierto; eso jugaba a su favor.

Vio un aviso en el ascensor sobre la fiesta de presentación de un libro en el sexto piso, de modo que bajó y pasó por allí disimulando, como si su habitación se encontrara en esa planta y ella estuviera a sus cosas, inocentemente. La sala de la fiesta estaba tan llena que la gente salía al pasillo. Las vampiras estaban sentadas entre la gente del pasillo. Veía a dos de ellas perfectamente, tomaban vino tinto y se tiraban ganchitos al queso una a otra. La tercera tenía los brazos cruzados alrededor del cuello de un joven, y la lengua, en la boca de él. Las manos de él reposaban en las nalgas de ella, así que era a él a quien veía mejor, y no estaba segura respecto a la chica. Tendría que preguntar a Grigg: «¿Se es invisible cuando se cruzan los brazos pero se tiene a un muchacho flaco envuelto en ellos que te chupa la cara?».

Jocelyn se abrió paso y entró en el salón. Había iluminación estroboscópica en el interior, música y baile. La fiesta vibraba. Le sorprendió ver a Roberta sacudiendo la melena y el trasero, moviéndose a la luz intermitente de pose en pose. Ahora ponía las manos en las caderas, luego se retorcía a un lado, después se agachaba. Jocelyn no veía a su pareja, la sala estaba a rebosar.

Se rindió. Se fue a su habitación, llamó a Sylvia y le contó la fastidiosa velada que había pasado.

—¿Quién es Tad? —preguntó Sylvia—. ¿Ése que siempre dice «buena chica» a todo el mundo? —Pero no, no era ése.

Sylvia estaba pensando en Burtie Chambers. De todos modos, a Sylvia le gustó la idea de desaparecer cruzando los brazos—. ¡Dios! ¡Sería genial! —exclamó—. A Daniel le encantará. Siempre está

deseando tener el poder de desaparecer.

[image]

Jocelyn no volvió a coincidir con Grigg hasta la noche siguiente.

—Temía que se hubiese marchado —le dijo—, y quería disculparme por lo de anoche.

Tuvo la amabilidad de no permitir que continuara.

—Tengo una cosa para usted de la sala de representantes —le dijo. Rebuscó en la bolsa de la convención y sacó dos ediciones de bolsillo: *La mano siniestra de la oscuridad* y *El torno del cielo*—. Écheles una mirada.

Jocelyn tomó los libros. El regalo la enterneció, aunque también pensó que el hombre le estaba tomando el pelo, porque vio el nombre de Le Guin, la autora que, guiada por él, había dicho que leía y adoraba. Además, veía a Grigg un poco más entusiasmado de lo normal, encantado, sin lugar a dudas, de haber encontrado a una lectora tan absolutamente ignorante.

—Son clásicos de su estilo —dijo—. Y unas obras asombrosas.

Le dio las gracias, aunque en realidad no había pensado en ponerse a leer ciencia ficción, ni lo pensó en ese momento. Quizá se le notó el pensamiento.

—Creo que le encantarán, de verdad —insistió Grigg. Y añadió—: Yo también estoy dispuestísimo a dejarme orientar. Dígame qué tendría que leer y le prometo que lo leeré.

No había cosa que más gustara a Jocelyn que decir a los demás lo que tenían que hacer.

—Le haré una lista —le dijo.

La verdad es que no volvió a acordarse de Grigg hasta el día en que recibió un correo electrónico suyo a finales de enero.

¿Se acuerda de mí? —le preguntaba en el mensaje—. Nos conocimos en el congreso de Stockton. Ahora no tengo trabajo y me quiero trasladar a sus pagos. Como es usted la única persona que conozco en esa zona, me gustaría saber su opinión de residente. A qué peluquería ir, a qué dentista. ¿Podemos tomar un café y me hace una de sus famosas listas?

Si no hubiera sido por el nombre tan raro que tenía, a Jocelyn le habría costado lo suyo ubicar a Grigg. Pero enseguida recordó que le

había parecido muy amable. ¿No le había dado un par de libros? Tendría que rescatarlos y leerlos.

Dejó su mensaje en el primer lugar de la lista unos días. Pero un hombre encantador e independiente (suponía) era demasiado valioso para tirarlo a la basura sólo por no tener en qué emplearlo en ese momento. Le contestó y quedaron para tomar café.

Cuando Jocelyn empezó a organizar el club de lectura, volvió a mandarle un mensaje: «Recuerdo que es usted un gran lector —escribió—. Vamos a leer las obras completas de Jane Austen. ¿Le interesa?».

«Cuente conmigo —le contestó Gigg—. Hace ya muchos años que quería leer a Austen».

«Será usted el único hombre, seguramente —le advirtió Jocelyn —, entre algunas mujeres fieras y mayores que usted. No puedo prometerle que no se las harán pasar canutas de vez en cuando».

«Mejor que mejor —respondió Grigg—. La verdad es que no me sentiría cómodo de ninguna otra manera».

[image]

Jocelyn no nos contó nada porque no era cosa nuestra y, además, estábamos allí para hablar de Jane Austen. Sólo lo dijo a Sylvia.

—¿Te acuerdas de Stockton? ¿Te acuerdas de que me encontré a los Reinickers y me fastidiaron a conciencia? ¿Y que había quedado en cruzar a Thembe con Beauty y que después me desdije?

—¿El señor Reinicker es ése que siempre dice «buena chica» a todo el mundo? —preguntó Sylvia otra vez.

Grigg había sacado las sillas del comedor al porche de atrás porque hacía una tarde perfecta. Había una silla *papasan* con cojines de rayas finas, que Jocelyn hizo ocupar a Bernadette. Los demás nos sentamos en círculo a su alrededor, como la reina y su corte.

Oíamos el ronroneo del tráfico en la avenida University. Un gran gato negro de cabeza pequeña, muy parecido a una esfinge, se paseó entre las piernas de todos y por fin se dirigió al regazo de Jocelyn. Todos los gatos hacen lo mismo, y ella es alérgica.

—Max —nos dijo Grigg—, diminutivo de Máxima «Gategoría».

Tomó al gato con ambas manos y lo llevó dentro, donde se paseó por el alféizar entre las violetas africanas observándonos con ojos

dorados, deseándonos lo peor sin lugar a dudas. De todos los gatos que llegan a las perreras, los machos negros son los más difíciles de colocar, y Jocelyn apreciaba vivamente a quien tuviera uno. ¿Jocelyn sabía lo del gato? Podría ser el motivo por el que lo había invitado al grupo, cosa que había dejado de importarnos porque Grigg era un encanto, pero era un punto oscuro.

Grigg nos contó que había perdido su trabajo de informático en San José a raíz de la crisis de las puntocom. Le habían dado una indemnización por cese y se había trasladado a Valley, donde la vivienda era más barata y el dinero le cundiría un poco más. Tenía un trabajo temporal en la universidad, en Administración, en el departamento de Lingüística.

Le habían comunicado recientemente que podía quedarse en el puesto tanto tiempo como deseara. Su dominio de los ordenadores tenía emocionada a la plantilla en pleno. Se pasaba los días recuperando datos perdidos, matando virus, creando presentaciones en Power Point de esto y de lo otro... Pocas veces cumplía con su cometido oficial, pero nadie se quejaba; todo el mundo agradecía mucho no tener que recurrir a los técnicos de mantenimiento del campus. Por lo visto, el equipo oficial del campus era una especie de organización paramilitar de elite donde toda la información se consideraba alto secreto y se daba a regañadientes, y sólo tras mucho insistir. La gente volvía del laboratorio de informática como si hubiera ido a ver al Padrino. Grigg ganaba menos que antes, pero siempre había quien le llevaba galletas.

Además, estaba pensando en escribir un *roman àclef*. Los lingüistas eran una pandilla bastante curiosa.

Hicimos un breve silencio; todas echamos de menos a Prudie en ese momento, para que hubiera oído a Grigg decir «roman à clef».

Grigg había preparado una ensalada verde con arándanos secos y nueces caramelizadas. Había también quesos y galletas de agua a la pimienta, varias salsas, incluida una de alcachofa, y un vino blanco delicioso de los viñedos Bonny Doon; un despliegue considerable, aunque el decorado de la fuente de quesos era una escena nevada y, evidentemente, estaba destinada al uso navideño en exclusiva, para servir pastas dulces, seguramente. Y las copas de vino no eran todas iguales.

—¿Por qué dice que *La abadía de Northanger* es su obra predilecta entre las de Jane Austen? —preguntó Jocelyn a Grigg, en tono de llamarnos a todas al orden, y también de persona con mentalidad

abierta. Sólo Jocelyn era capaz de reunir ambas cosas en un mismo tono de voz.

—Me gusta por el mero hecho de que hable de la lectura de novelas. Austen propone dos cuestiones muy directamente: quién es heroína y qué es una aventura. Esta obra tiene un ingrediente muy posmo.

Las demás no estábamos tan familiarizadas con el posmodernismo como para llamarlo por el diminutivo. Habíamos oído la palabra en algunas frases, pero parecía que la definición variaba según el contexto. No nos importó. En la universidad se pagaba a la gente para que se preocupara por esa clase de cosas, no tardarían en tenerla bajo control.

—Es lógico que Austen se hiciera esas preguntas —dijo Jocelyn—, puesto que *La abadía de Northanger* es su primera novela.

—Creía que había sido una de las últimas —dijo Grigg. Estaba columpiándose en la silla sobre las dos patas de atrás, pero la silla era suya, a fin de cuentas, y no era asunto nuestro—. Creía que la primera había sido *Sentido y sensibilidad.*

—Fue la primera que se publicó, pero *La abadía de Northanger* fue la primera que vendió a un editor.

Nuestra opinión de la edición Gramercy de las novelas empeoró aún más. ¿Era posible que no dejara claro ese detalle? ¿O sería que Grigg, simplemente, había pasado el prólogo por alto? Porque prólogo tendría que tener.

—No parece que Austen admire siempre la lectura —dijo Sylvia —. En *La abadía de Northanger* acusa a otros novelistas de denigrar la novela en sus novelas, pero ¿no está ella haciendo lo mismo?

—No, ella defiende la novela. Pero, desde luego, se enfrenta al lector —dijo Allegra—. Ridiculiza a Catherine, que no para de hablar de *Los misterios de Udolfo* y cree que la vida es así realmente. Pero no es ésa la mejor parte de la novela; me parece un poco pobre, en realidad.

Allegra siempre destacaba lo que no era lo mejor de la novela. Estábamos ya un poco hartas, la verdad sea dicha.

Grigg se meció hacia delante y las patas delanteras de la silla tocaron el suelo del porche con un ruido seco.

—Pero tampoco le importa nada la gente que no lo ha leído. O al menos, los que fingen no haberlo leído. Y, al mismo tiempo que se burla de Catherine por dejarse influir tanto por *Udolfo*, hay que

reconocer que en *La abadía de Northanger* también se aprecia una influencia absoluta de esa novela. Austen imita la estructura, toma todas las decisiones por oposición a esa obra original, da por supuesto que todo el mundo la ha leído.

—¿Ha leído *Los misterios de Udolfo?* —preguntó Allegra.

—¿Velos negros y el esqueleto de Laurenxma? Adivine. ¿No le pareció que sonaba estupendo?

Nosotras no la habíamos leído. Nos sonaba recalentada, recocida, de una morbosidad pasada de moda. Nos sonaba ridícula.

La verdad es que a ninguna se nos había ocurrido leer la novela. Algunas no nos habíamos dado cuenta siquiera de que la novela existía de verdad.

El sol se puso por fin y no quedaba luz en el aire. Salió una luna delgadísima, como un recorte de uña. Unas nubes ligeras la taparon. Un arrendajo se posó en el alféizar de la ventana de la cocina y Máxima Gategoría maulló lastimeramente para que lo dejaran salir otra vez. Durante el jaleo, Grigg fue a buscar el postre.

Había hecho tarta de queso. Se la llevó a Bernadette, que la cortó y repartió porciones. Era evidente que la masa de la base la había comprado en el supermercado. Pero era buena. Todas habíamos usado masa de base del supermercado en momentos de necesidad. No tenía nada de malo comprarla en el supermercado.

Bernadette empezó a opinar sobre si Austen admiraba o no a la gente que leía libros. Al cabo de un rato, entendimos que en realidad no se había formado una opinión al respecto. Le parecía que había muchos datos contradictorios sobre la cuestión.

Nos quedamos sentadas un ratito fingiendo que rumiábamos lo que había dicho. No parecía cortés cambiar de tema, cuando le había costado tanto rato exponerlo. Dejó las gafas con el gran pegote de grapas y cinta adhesiva protectora junto al plato y se quedó con un aire desnudo, de ojos hinchados, como suele ocurrirle a la gente que siempre lleva gafas cuando se las quita.

Hablamos un momento sobre ir adentro a tomar el café. Las sillas sin cojín no eran muy cómodas, pero no parecía que Grigg tuviera más; simplemente, tendríamos que llevárnoslas. No hacía frío. El programa ciudadano de reducción de mosquitos había dado buenos resultados y nada nos comía vivos. Nos quedamos donde estábamos. Una moto pasó rugiendo y resoplando por la avenida University.

—Creo que Catherine es un personaje encantador —dijo

Bernadette—. ¿Dónde está el mal de un buen corazón y una imaginación activa? Y Tilney demuestra auténtico ingenio. Tiene más chispa que Edward en *Sentido y sensibilidad, o* que Edmund en *Mansfield Park.* Catherine no es mi heroína preferida entre todas las de Austen, pero Tilney es el personaje masculino que más me gusta. —Habló dirigiéndose a Allegra, que todavía no había dicho nada sobre el tema, pero Bernadette creía que le adivinaba el pensamiento. ¡Y acertó!

—Es muy, muy tonta. Increíblemente crédula —dijo Allegra—. Y Tilney es un tanto insufrible.

—A mí me gustan los dos —dijo Sylvia.

—Y a mí —dijo Jocelyn.

—Ahí está la gracia. —La uña de luna rajó las nubes. Allegra tenía los ojos muy grandes y oscuros. Su rostro poseía la expresividad de una estrella de cine mudo, y un lustre lunar, además. Era tan guapísima...—. Austen insinúa que *Udolfo* es un libro peligroso porque induce a la gente a pensar que la vida es una aventura —dijo—. Catherine cae completamente en su embrujo. Pero no es ésa la clase de libro verdaderamente peligroso para la gente. Podríamos pensar que Grigg, aquí, cree que todas somos extraterrestres, sólo porque él lee ciencia ficción.

Bernadette soltó una tos sorprendente. Todos la miramos y ella logró componer una sonrisa poco convincente. Tenía puestas las gafas con el pegote enorme de grapas, y las piernas, cruzadas sobre el regazo en una postura inconcebible de yoga. De pronto nos asaltaron toda clase de sospechas. No engañaba a nadie. Era excesivamente flexible para ser humana Pero ¿por qué preocuparse? No había nadie más benigno que Bernadette.

—Siempre es Austen quien escribe libros realmente peligrosos —prosiguió Allegra—, libros que la gente se cree a pie juntillas incluso cientos de años después. Que la virtud siempre es reconocida y premiada, que el amor prevalece, que la vida es una historia de amor.

Pensamos que ya era hora de que Allegra superase lo de Corinne. Pensamos el gran esfuerzo que estaba haciendo Sylvia por superar lo de Daniel, y que Allegra bien podía aprender algo de ella. Una cagada de pájaro aterrizó en el borde del porche con un «plaf».

—¿Qué deberíamos leer a continuación? —preguntó Bernadette—. *Orgullo y prejuicio* es la que más me gusta.

—Pues que sea ésa —dijo Sylvia.

—¿Estás segura, querida? —preguntó Jocelyn.

—Sí. Ya es hora. De todos modos, en *Persuasión* muere una madre. No me gustaría someter a Prudie a esa novela ahora. Por otra parte, la madre de *Orgullo y prejuicio*...

—No me den pistas —dijo Grigg—, todavía no la he leído.

Grigg no había leído *Orgullo y prejuicio.*

Grigg no había leído *Orgullo y prejuicio.*

Grigg había leído *Los misterios de Udolfo* y Dios sabría cuánta ciencia ficción —había libros por toda la cabaña—, pero nunca había encontrado el momento, o la inclinación, para leer *Orgullo y prejuicio.* Realmente, nos quedamos sin palabras.

Sonó el teléfono y Grigg fue a contestar.

—Bianca —le oímos decir, con un tono de auténtico placer, pero no de esa clase de placer. Una amiga, nada más—. ¿Puedo llamarte yo después? Tengo aquí a mi club de lectura de Jane Austen.

Pero le dijimos que atendiera la llamada. La tertulia ya se había terminado y sabíamos salir solas. Llevamos los platos y las copas a la cocina, dijimos adiós al gato y salimos de puntillas. Grigg estaba hablando de su madre cuando salimos; por lo visto, se acercaba su cumpleaños. No era una amiga, pues, pensamos, sino una hermana.

Cuando se quedó solo, Grigg habló de nosotras con Bianca.

—Creo que les caigo bien. Aunque me las hacen pasar canutas. Esta misma noche han descubierto que leo ciencia ficción. Esa prueba no la he superado bien.

—Si quieres me acerco —dijo Bianca—. A mí no me asustan las lectoras de Jane Austen. Y con mi hermano pequeño no se mete nadie.

—Menos tú. Y Amelia y Cat.

—¿Tan malas éramos? —preguntó Bianca.

—No —dijo Grigg—, no erais malas.

[image]

Mientras terminaba de recoger, Grigg se acordó de una cosa. Se acordó de un día en que estaba jugando a los agentes secretos y oyó una conversación de sus padres sobre él. Estaba en el comedor, detrás de una cortina, y sus padres estaban en la cocina. Oyó a su padre tirar de la anilla de una lata de cerveza.

—Es más niña que cualquiera de las niñas —decía su padre.

—Es perfecto. Todavía es pequeño.

—Está a punto de empezar el instituto. ¿Tienes la menor noción de lo que es la vida de un chico aniñado en el instituto?

—Pues enséñale a ser hombre —dijo su madre—. Bien sabe Dios que eres el único que puede hacerlo.

Al día siguiente, durante el desayuno, a Grigg le comunicaron que su padre y él se iban a marchar juntos de acampada, sin chicas. Harían caminatas y pescarían. Se sentarían al amor de la hoguera y se contarían cosas el uno al otro, y en el cielo habría más estrellas de las que Grigg había visto en su vida.

La principal idea que Grigg tenía de una acampada eran bocadillos pequeños que uno se hacía con galletas integrales Granola, chocolatinas Hershey y nubes quemadas en un palo que se afilaba con un cuchillo de caza cortante y peligroso. Naturalmente, estaba emocionado. Bianca y Cat dijeron que se alegraban mucho de no tener que ir. Sin embargo, eran dos mujeres de exterior, duras y curtidas, que no tenían ningún reparo en clavar un gancho a un gusano y ver cómo se le salían las tripas, y Bianca, en una ocasión, había tirado una lata de Coca-Cola de una valla de un disparo, con una escopeta de perdigones. De todos modos, seguramente Grigg tendría pesadillas como un niño pequeño y tendría que volver a casa. Amelia había empezado un programa de técnico de rayos equis y era muy mayor para preocuparse de quién se iba a acampar y quién no.

Corrían los años setenta. El padre de Grigg tenía una especie de obsesión con el libro de Heinlein *Forastero en tierra extraña.* Lo sacó de la biblioteca y después dijo al bibliotecario que lo había perdido. Hacía un par de meses que sólo leía ese libro. Cuando no lo estaba leyendo, lo escondía en alguna parte. A Grigg le habría encantado echarle un vistazo, pero no lo encontraba. En la biblioteca no le permitirían ojearlo aunque hubieran tenido un ejemplar, condición que en ese momento no se daba.

Los hombres Harris cargaron en el coche los sacos de dormir y los víveres y se dirigieron hacia el norte por la 99 en dirección a Yosemite. Tres horas después recogían a dos muchachas en una gasolinera.

—¿Adónde vais? —preguntó el padre de Grigg. Iban hacia Bel Air, pero, claro, se habían equivocado; se habían equivocado mucho más que si, simplemente, se hubieran puesto en el sentido opuesto. De modo que Grigg se quedó atónito al oír que su padre les decía que las llevaría. ¿Y lo de «sin chicas»?

El padre de Grigg era muy parlanchín; cambió el registro y de pronto empezó a decir cosas como «un montón» y «un pasote».

—Tu viejo mola —dijo una de las chicas a Grigg.

Llevaba un pañuelo de colores en la cabeza y tenía la nariz quemada del sol. La otra chica llevaba el pelo aplastado contra la cabeza con horquillas... se le notaba la forma del cráneo, y también se le notaba la forma de los pechos debajo de la fina blusa de algodón. Era de piel negra, pero clara, y tenía pecas. Iban a un sitio muy tranqui, dijeron, que a Grigg y a su padre seguramente les petaría.

—Nosotros vamos de acampada —les dijo Grigg.

Su padre frunció el ceño y bajó la voz de modo que sólo Grigg lo oyera. No molaba dejar a dos chicas monas haciendo dedo, le dijo. A lo mejor las recogía quien no debía. ¡A Grigg no le gustaría leerlo en la prensa al día siguiente! ¿Y si fuesen Bianca y Cat? ¿Acaso no preferiría que alguien se hiciese cargo de ellas? Un hombre de verdad tenía consideración con las mujeres. Por otra parte, si llegaban a Yosemite con un día de retraso, ¿qué importancia tendría?

Cuando su padre terminó, Grigg se sentía pequeño y egoísta. En la parada siguiente compró comida para todos. Después, Grigg se encontró sentado atrás, con la chica del pañuelo de colores. Se llamaba Hillary. La chica de los pechos iba delante. Se llamaba Roxanne.

Hillary le dijo que unas fuerzas cósmicas se estaban uniendo. Con las ventanillas del coche abiertas, tenía que hablar muy alto.

Grigg contemplaba el paisaje. Veía filas rectas de almendros que parecían curvarse a medida que pasaban y los tenderetes a pie de carretera donde vendían limones y aguacates. Hacía mucho tiempo que no llovía y el polvo se levantaba en nubecillas por encima de los campos. «El Advenimiento se acerca —anunciaba un cartel—. ¿Estás preparado?».

Grigg se imaginó que iba corriendo a la par que el coche, saltando por encima de zanjas de riego y pasos elevados. Era tan veloz como el coche, y tan incansable. Movía un brazo tras otro por debajo de los cables del tendido telefónico.

Hillary le dijo que si sabía algo de textos antiguos, Nostradamus y todos esos, seguro que sabía que estaba a punto de llegar un karma importante. Iba a ser muy intenso, pero sería maravilloso.

El padre de Grigg dijo que lo sospechaba.

Roxanne cambió la emisora de radio que llevaban sintonizada.

Se detenían con frecuencia en las gasolineras para que las chicas fueran al lavabo. Las hermanas de Grigg nunca pedían a su padre que parase para ir al lavabo.

Cuando llegaron a Grapevine ya había oscurecido. La carretera estaba atestada. Un río de luces rojas transitaba en un sentido, y otro de luces blancas en el opuesto. Una vez, Cat se inventó un juego que se llamaba espíritus y demonios, basado en las luces de los coches, pero no se podía jugar cuando había tanto tráfico. De todos modos, sólo con Cat era divertido; sin ella, el juego era un aburrimiento.

Hacia las nueve de la noche cruzaron las puertas de Bel Air. Hillary los dirigió a una casa enorme con verja de hierro en forma de hojas y enredaderas, sobre las que crecían hojas y enredaderas de verdad. El padre de Grigg dijo que necesitaba descansar un poco, de modo que entraron todos.

La casa era enorme. El vestíbulo, de espejos y mármol, daba a un comedor con una mesa de cristal rodeada de diez sillas. Hillary les enseñó un botón que había en el suelo, debajo de la mesa, que servía para llamar al servicio sin tener que moverse del asiento. A Grigg le pareció innecesario, porque la habitación en la que sonaba el timbre, la cocina, estaba a tan sólo unos pasos de distancia. La casa era de unos amigos suyos, dijo Hillary, pero se encontraban fuera de la ciudad.

El comedor se comunicaba con la cocina, y al fondo de ambas estancias había un atrio con una palmera y tres repisas de orquídeas. Más allá de la cristalera del atrio, Grigg vio agua de color azul neón, de una piscina iluminada y llena de gente. Más tarde, cuando lo recordaba, se preguntaba qué edad tenía aquella gente. Como Amelia, quizá, o como Bianca, pero no como su padre, seguro.

En la cocina, había tres niños sentados junto a la encimera. Hillary sacó una cerveza de la nevera y se la dio al padre de Grigg. El aire olía a hierba. Grigg conocía el olor de la hierba. Había visto 2001, *odisea en el espacio* seis veces, dos de ellas en el campus de la universidad.

Su padre empezó a hablar con un joven de pelo largo y cara mesiánica. Le preguntó si había leído a Heinlein (no, no lo había leído), y el joven preguntó a Grigg si había leído a Hesse (no, no lo había leído). Las cosas estaban cambiando, se dijeron el uno al otro. El mundo estaba en plena revolución.

—Son grandes momentos para los jóvenes —dijo el padre de Grigg, y Grigg esperaba que su padre fuera consciente de que no cumplía esa condición, evidentemente.

Había algo en la forma de hablar de su padre que lo avergonzaba. Se disculpó para ir al lavabo (¡como si fuera a necesitarlo nunca más, con la cantidad de veces que se habían parado por el camino!) y se fue a explorar la casa. Tenía una sensación mágica, de cristal, y recorrió habitaciones, dormitorios, estudios, bibliotecas y salas de televisión como en un sueño. Había habitaciones con espejos del suelo al techo, una mesa de billar y una barra de bar. En un dormitorio de chica había una cama con dosel y un teléfono Princesa. Cat daría la vida por un teléfono igual. Llamó a casa a cobro revertido.

Contestó Amelia.

—¿Qué tal la acampada? —le preguntó—. No sabía que hubiera teléfonos en el campo profundo.

—No hemos acampado. Estamos en Bel Air.

—Esto costará una fortuna. Dime el número y te llamo yo ahora mismo —dijo Amelia.

Grigg leyó el número del dial. Se tumbó en la cama, bajo el dosel, y se imaginó que estaba en la selva, rodeado de mosquiteras y tambores, hasta que sonó el teléfono.

—¡Hola! ¿Qué tal? —Era su madre—. ¿Cómo va la acampada?

—Estamos en Bel Air, en una casa —dijo Grigg—. No vamos a acampar hasta mañana.

—De acuerdo —dijo su madre—. ¿Te lo estás pasando bien? ¿Te gusta estar con tu padre?

—Claro.

—Gracias por llamarnos —dijo su madre. Y colgó. Iba a ir al cine con las niñas, a ver una película que a él no le gustaría, le dijo. Cosas de chicas.

Grigg fue a abrir el armario ropero. En casa no le dejaban tocar el armario de las chicas. Allí guardaban álbumes de recortes y cajas de zapatos llenas de tonterías secretas. Un día abrió la caja de tonterías secretas de Cat y su hermana se pasó media hora gritándole, aunque lo único que llegó a ver fue unas inexplicables castañas de Indias en un platito de plástico que había forrado de terciopelo rojo.

Las únicas cajas de zapatos que había en ese armario de chica contenían zapatos. También había una horma de zapatos. La verdad era que esa chica tenía más zapatos que sus tres hermanas juntas.

Otro sitio de guardar secretos era en la cómoda, debajo de la ropa doblada. Grigg miró pero tampoco encontró nada. Había un tocador

con un cajón cerrado con llave, que estuvo un rato intentando forzar, pero hacía falta tener uñas largas o una tarjeta de crédito. O una llave. Encontró unas llaves en una cadena colgada en un pilar de la cama. Ninguna servía.

Un chico y una chica entraron en el dormitorio. Ya se habían quitado prácticamente toda la ropa cuando vieron a Grigg. Al chico le asomaba el pene por el corte de los calzoncillos como una seta después de un chaparrón. Grigg dejó las llaves en el tocador. La chica gritó cuando él se movió, y después se rió.

—¿Te importa, tío? —le preguntó el chico—. Sólo será un minuto. —La chica volvió a reírse y le dio un golpe en el brazo.

Grigg volvió a la cocina. Su padre seguía hablando con el joven mesiánico. Grigg se plantó en el dintel en el punto exacto en que las voces de la piscina sonaban tan fuertes con la de su padre.

—Vas a los mismos sitios, ves a la misma gente, tienes las mismas conversaciones. Te ocupa la mitad de cerebro. Menos aún —decía el padre de Grigg.

—Ya —contestó el chico.

—Media vida.

—Ya.

—Es como una jaula, y ni siquiera sabes cuándo se cerró la puerta.

El chico se animó un poco más.

—¡Toca alrededor! —Y lo hizo—. ¡No hay barrotes, tío! No hay jaula. Eres tan libre como creas que eres. Nadie te obliga a hacerlo, tío. Nadie te obliga a poner el despertador, a levantarte por la mañana. Sólo tú mismo.

Grigg salió a la piscina. Le arrojaron una toalla. Era Hillary, que no llevaba puesto nada más que las gomas de las trenzas. Se rió cuando vio que Grigg se quedaba mirándola.

—Al fin y al cabo, no eres tan pequeño —dijo—. Pero aquí, la ropa está prohibida. Si quieres mirar, tienes que dejarte mirar también. Son las reglas. Si no —se inclinó y los pechos bailaron hacia él— pensaremos que eres un enano pervertido.

Grigg volvió adentro. Le ardía la cara, y el sentimiento más conocido de la extraña mezcla que le hervía por dentro era el de humillación. Se centró en esa parte sólo porque la reconocía. No esperaba que nadie contestara —creía que se habían ido todas al cine

—, pero contestó Amelia. Le dijo a la telefonista que no aceptaba la llamada, y luego, menos de un minuto después de haber colgado, el teléfono sonó y era otra vez su madre.

—Estábamos ya con un pie en la calle —dijo. Parecía enfadada—. ¿Qué pasa?

—Quiero volver a casa —dijo Grigg.

—Siempre quieres volver antes de tiempo. En el campamento de *scouts* alevines, y siempre que te quedabas a dormir fuera desde los tres años. Siempre tengo que obligarte a quedarte, y siempre terminas por pasártelo fenomenal. Tienes que curtirte —subió la voz—. ¡Ya voy! —dijo, y luego se dirigió a Grigg otra vez—. Pórtate bien con tu padre. Tenía muchas ganas de verdad de pasar unos días contigo.

Grigg colgó y fue a la cocina.

—Qué desgraciado soy —decía su padre. Se pasó la mano por los ojos como si hubiera llorado.

Habría preferido quitarse la ropa y quedarse en la piscina para que se rieran de él antes que oír a su padre decir esas palabras. ¿Cómo podría hacerlo feliz? ¿Cómo lo hacía desgraciado?

Tomó la decisión de marcharse. Si su padre no lo llevaba, se marcharía solo. Iría a pie. Tardaría días, comería naranjas de los árboles. Quizá encontrara un perro que quisiera andar con él, que lo acompañara. Nadie podría obligarlo a abandonar a un perro que lo había devuelto a casa. Quizá hiciera autostop, y quizá lo recogiera quien no debía, y ahí terminaría todo. Oyó cristales que se rompían y risas en la piscina, portazos, el teléfono sonando en las profundidades de la casa. «Qué desgraciado soy», pensaba. Se fue a la habitación de la cama con dosel y se durmió.

Se despertó con el sonido de la lluvia. Tardó un poco en recordar dónde estaba. Los Ángeles. Entonces no era lluvia... lo que oía era el sonido de los aspersores del césped. Las cortinas blancas se hinchaban y se deshinchaban en la ventana abierta. Había babeado la colcha. Intentó secarlo con la mano.

Volvió a buscar a su padre para preguntarle cuándo se irían a acampar. No había nadie en la cocina. La puerta de la piscina estaba abierta y se acercó a cerrarla. Tuvo mucho cuidado de no mirar afuera. Olía a cloro, a cerveza y, quizá, a vómito.

Se sentó en el taburete de su padre, junto a la encimera de la cocina, de espaldas a la puerta. Se tapó los oídos fuertemente con las manos y escuchó los latidos del corazón. Se apretó los párpados hasta que aparecieron colores como fuegos artificiales.

Sonó el timbre de la entrada. Y volvió a sonar una y otra vez como si se hubieran quedado con el codo apoyado en el timbre, y de pronto dejó de sonar. Se oyó ruido en el vestíbulo, estaban armando jaleo. Notó un golpecito en el hombro. Amelia estaba detrás de él; Bianca estaba detrás de ella, y detrás de Bianca, Cat.

Todas tenían una expresión que Grigg conocía de sobra, como si alguien hubiera pretendido meterse con ellas y nadie fuera a cometer el mismo error otra vez.

—Hemos venido para llevarte a casa —dijo Amelia.

Empezó a sollozar convulsivamente y a moquear, y ella lo abrazó.

—No pasa nada —dijo—. Voy a buscar a papá. ¿Dónde está?

Señaló hacia la piscina.

Amelia salió. Bianca ocupó su lugar al lado de Grigg.

—Mamá dijo que tenía que quedarme —le contó Grigg. Decir eso no era malo. Estaba claro que no habían hecho caso a su madre.

Bianca sacudió la cabeza.

—Amelia volvió a llamar aquí y preguntó por Grigg; pero nadie sabía quién era Grigg ni estaban dispuestos a averiguarlo, les parecía que Grigg era un nombre muy raro. Pero le dieron la dirección y después dijo a mamá que pensábamos venir, tanto si le gustaba como si no. Le había parecido que estabas muy raro, por teléfono.

Amelia entró de nuevo. Tenía mala cara.

—Papá no quiere marcharse todavía.

Rodeó a Grigg con un brazo y el pelo le rozó el cuello.

Sus hermanas usaban el champú White Rain porque era barato, pero a él le parecía que tenía un nombre muy romántico. En la ducha, abría el tapón y olía el pelo de Amelia, el de Bianca y el de Cat. Estuvo una época dibujando un cómic con una supermujer que se llamaba White Rain. La heroína controlaba los sistemas meteorológicos, cosa que se había inventado él solo enteramente, pero más tarde descubrió que otra persona había tenido la misma idea antes que él.

Allí, en la cocina de la mansión de Bel Air, rodeado de sus hermanas, supo que toda su vida, siempre que necesitara que lo rescataran, podría llamarlas y ellas acudirían. El instituto dejó de asustarle. En realidad, compadeció a todos los chicos y chicas que pensaran meterse con él en cuanto llegara.

—Pues vámonos —dijo Amelia.

—Como si no estuvieras raro siempre —dijo Cat.

[image]

Lo más triste de todo fue que, cuando leyó por fin *Forastero en tierra extraña*, le pareció una tontería. No le faltaba mucho para cumplir los treinta, porque le había prometido a su madre que jamás lo leería, y mantuvo la promesa cuanto pudo. Había mucho sexo en el libro, eso sí. Pero era una especie de sexo lascivo que dolía asociar con su padre. A continuación leyó *El manantial*, aunque había prometido a Amelia que no lo leería, y también le pareció una tontería.

[image]

Ésa fue la tercera historia que no supimos. Grigg no nos la contó porque ya nos habíamos ido a casa, cuando la recordó, y de todos modos, ninguna habíamos leído *Forastero en tierra extraña* y éramos tan altaneras sobre lo de la ciencia ficción que él no se habría atrevido a criticar a Heinlein en nuestra gélida presencia. Y tampoco quería describirnos el sexo.

Pero era una historia que nos habría gustado, sobre todo el rescate del final. Nos habría dado pena el padre de Grigg, pero las chicas del White Rain nos habrían encantado. Tal como sonaba todo, nadie que hubiera conocido a Grigg desde la infancia habría dudado de que había nacido para ser una heroína.

De Los misterios de Udolfo, *de Ann Radcliff*

—Acerca la luz aquí —dijo Emily—, es posible que encontremos la forma de salir de estas estancias.

Annette se quedó en la puerta en actitud vacilante, iluminando la cámara con la luz en alto, pero los débiles rayos no alcanzaban más allá de la mitad del espacio.

—¿Por qué vacilas? —dijo Emily—. Veamos a dónde

conduce esta habitación.

Annette avanzó a su pesar. La habitación se comunicaba con unos aposentos espaciosos y antiguos, unos cubiertos de tapices y otros forrados de cedro y alerce negro. Los pocos muebles que había parecían casi tan antiguos como las habitaciones, y conservaban la grandeza, a pesar de las capas de polvo y del destrozo causado por la humedad y el paso del tiempo.

—¡Qué frías son estas habitaciones, mademoiselle! —dijo Annette—. Dicen que nadie ha vivido aquí desde hace muchos, muchísimos años. Vámonos.

—Quizá estén comunicadas con la gran escalinata —dijo Emily, y siguió hasta una cámara llena de cuadros; tomó la luz para ver el retrato de un soldado a caballo en el campo de batalla.

Estaba arrojando la lanza a un hombre, caído bajo los cascos del caballo, que alzaba una mano en actitud suplicante. El soldado, con la babera levantada, lo miraba vengativamente; el semblante, junto con la ardiente expresión, impactó a Emily por el parecido que guardaba con Montoni. Se estremeció y, dándose media vuelta, dejó de mirarlo. Siguió pasando la luz con premura por encima de los retratos, hasta que llegó a uno tapado con un velo negro de seda. Semejante singularidad le llamó la atención y se detuvo ante el cuadro con un gran deseo de retirar el velo y comprobar así qué era lo que debía ocultarse de tal forma, pero, no sabía por qué, necesitaba reunir valor.

—¡Virgen santa! ¿Qué significará esto? —exclamó Annette—. Es sin duda el cuadro del que me hablaron en Venecia.

—¿Qué cuadro? —preguntó Emily.

—¿Por qué un cuadro? —replicó Annette, insegura—. Aunque no llegué a saber qué clase de cuadro era.

—Retira el velo, Annette.

—¿Cómo? ¿Yo, mademoiselle? ¡No, por nada del mundo!

Emily se volvió a Annette, que había empalidecido.

—Dime, querida niña, te ruego, ¿qué te han contado de este cuadro, que tanto terror te inspira?

—Nada, mademoiselle, no me han contado nada, pero vámonos de aquí.

—Por supuesto, pero antes quiero verlo; sujeta la luz, Annette, mientras yo retiro el velo.

Annette tomó la luz e, inmediatamente, se alejó con ella desoyendo los requerimientos de que se quedara; Emily, que prefería no quedarse sola en la oscura estancia, la siguió sin demora.

—¿Por qué, Annette? —le preguntó cuando la hubo alcanzado—. ¿Qué sabes en relación con ese cuadro que te impida quedarte cuando te lo pido?

—No sé por qué, mademoiselle —contestó Annette—, no es nada relacionado con el cuadro, sólo que me han contado que ejerce un efecto temible... y que desde entonces está tapado con un velo... y que nadie ha vuelto a mirarlo, desde hace muchos años... y que tiene algo que ver con el dueño de este castillo, el que había antes de que el signore Montoni tomara posesión de él... y...

—Bien, Annette —dijo Emily con una sonrisa—. Compruebo que es tal como dices... que no sabes nada sobre el cuadro.

—No, nada, de verdad, mademoiselle, porque me obligaron a prometer que jamás diría nada… pero…

—Bien —replicó Emily, observando que Annette se debatía entre la inclinación a revelar el secreto y el temor a las consecuencias—. No preguntaré nada más.

—No, se lo ruego, mademoiselle, no pregunte.

—A menos que me lo cuentes todo —la interrumpió Emily.

Julio

[image]

Cinco

en el que leemos **Orgullo y prejuicio** *y escuchamos a Bernadette*

La primera impresión que Sylvia tuvo de Allegra fue que jamás había existido un bebé tan hermoso.

La primera impresión que Jocelyn tuvo de Grigg fue que tenía unas bonitas pestañas y un nombre curioso, y que no le interesaba en absoluto.

La primera impresión que Prudie tuvo de Bernadette fue que era asombrosa de mirar y aburrida de escuchar, aunque de eso había poca ocasión.

La primera impresión que Bernadette tuvo de Prudie fue que, en toda su larga vida, no había visto mujer joven más atemorizada.

La primera impresión que Grigg tuvo de Jocelyn fue que pensaba que compartir un ascensor con él unos pocos pisos era una especie de castigo.

La primera impresión que Allegra tuvo de Sylvia se mezcló con su primera impresión de un mundo más ancho. «¿Para mí?», se preguntó entonces, cuando no tenía palabras ni forma de saber siquiera qué se estaba preguntando. Y después, cuando Sylvia, y luego cuando Daniel, la miraron por primera vez a los ojos: «¿Más para mí?».

En tiempos de Austen, los bailes tradicionales todavía se abrían con el minué. En origen, el minué lo bailaban las parejas de una en una, salía a la pista una sola pareja cada vez.

—Todo el mundo sabe —dijo Prudie— que el hombre rico, con el tiempo, busca una nueva esposa.

Estaba sentada con Bernadette a una gran mesa redonda, en la

fiesta de recaudación anual de fondos para la biblioteca pública de Sacramento. Había hombres ricos por todas partes, se apelotonaban alrededor de ellas como la sal a los pretzels.

Al fondo de la sala, delante de la enorme ventana arqueada, una banda de jazz tocaba las primeras notas de «Love Walked In». Hacia arriba, se veían hasta cinco pisos más, que ascendían entre macizas columnas de piedra y desplegaban cuatro filas de balcones, todos con barandilla de hierro forjado, hasta la cúpula de la Tsakopoulos Library Galleria. De lo más alto colgaban grandes aros de cristal.

Era la primera vez que Prudie entraba en la Library Galleria, aunque una compañera suya del instituto había celebrado allí su boda. En alguna parte de los balcones había pequeñas caras de zorro en bronce. Prudie no las veía desde la silla, pero le agradaba saber que existían.

Era un lugar romántico. Era fácil imaginarse a un enamorado dando una serenata a su enamorada en uno de esos balcones, o el asesinato de un presidente, si la imaginación tomaba el sesgo macabro.

Así pues, a Prudie le decepcionaba tener que pasar el resto de la noche sentada con Bernadette y hablando con ella, sólo porque las dos habían llegado antes que todos los demás. Dean estaba enfrente, claro, pero ¿cuándo podría hablar con él?

En honor a la verdad, Prudie no iba a hablar tanto con Bernadette como Bernadette con ella. Bernadette hablaba mucho más de lo necesario. Daba vueltas al asunto que fuera y, cuando por fin llegaba al meollo, casi nunca valía la pena el viaje. Un ama de casa en la cincuentena, y, se recordó, pobre Bernadette, porque la verdad, a esa edad, se suponía que ya se sabía mantener la casa limpia. El movimiento feminista había llegado por fin, pero tarde para salvarla del tedio doméstico. Y ahora, era una anciana sin interés para nadie. *Peu de gens savent être vieux.*

Tanto Prudie como Bernadette habían pagado por estar allí —ciento veinte dólares por cabeza— y apoyar a Sylvia moralmente. Era una cena con baile; habían prometido la presencia de escritores locales, uno por mesa, a modo de atracción —era lo que Prudie esperaba con ganas— pero el motivo de su asistencia era Sylvia. Sylvia tenía obligación de ir, de cualquier forma, en representación de la biblioteca. Y Allegra había dicho que Daniel también acudiría, y que llevaría a una invitada... Pam, esa abogada familiar en prácticas de la que tan enamorado estaba.

Mientras que Sylvia sólo contaba con el club de lectura de Jane

Austen. No eran gran cosa, ni siquiera podían igualar la partida, pero al menos harían acto de presencia.

Mirara donde mirase, lo único que veía eran signos de riqueza. Sólo por divertirse, se propuso jugar a verlo todo con los ojos de un personaje de Jane Austen. Una joven sin fortuna y sin perspectivas, allí, en medio de tantos hombres ricos. ¿Sentiría resolución? ¿Sentiría desesperación? ¿Serviría de algo echar un vistazo general, escoger en secreto, cuando lo único que podía hacer era esperar sentada a que alguien se le acercara? Decidió que prefería ser profesora de francés en el instituto que casarse por dinero. Tomó la decisión con rapidez, pero siempre podía replanteárselo.

Dean había salido a llevarse el abrigo de Prudie y a buscar una copa, de lo contrario, quizá hubiera discutido el comentario sobre los ricos y sus esposas nuevas. Dean no era rico, pero era fiel. Podría haber dicho que a él, el dinero no le haría cambiar. Podría haber dicho que la mujer que quería era Prudie, fuera más rico o más pobre. Podría haber dicho que jamás se haría rico, en cuyo caso, ¿no era ella una esposa con suerte?

No habría hecho el comentario en presencia de Sylvia, tampoco, pero ni ella ni Allegra habían llegado aún. Hasta el momento, sólo estaban Bernadette y ella, y a Bernadette no la conocía tanto como para permitírselo, de modo que el divorcio de Sylvia era uno de los pocos temas de conversación que tenían en común. Jane Austen también, por descontado, pero todavía faltaba una semana para la tertulia de *Orgullo y prejuicio*, y no quería echarla a perder con comentarios prematuros.

Bernadette había renunciado excepcionalmente a su política de no molestarse por su aspecto exterior, en honor a la fiesta de tiros largos; estaba *très magnifique*, con una camisa y pantalones plateados y la frente despejada, con el pelo, también plateado, echado hacia atrás con espuma. Se había arreglado las gafas y había limpiado los cristales. Llevaba unos pendientes de pinza que eran piedras de ámbar. Parecían creación de Allegra. Bernadette tenía el lóbulo muy grande, como los budas; los pendientes se los agrandaban más aún. Se notaba un leve aroma de perfume de espliego, y quizá de champú a la manzana verde, más las zinnias del centro de mesa y el trabajador aire acondicionado. Tenía un olfato muy fino.

Bernadette llevaba un rato respondiendo al comentario de Prudie y todavía no había terminado. Prudie no había oído gran parte de la respuesta, pero Bernadette solía terminar con un resumen, de modo que esperó hasta que le pareció que empezaba a prepararse para escuchar.

—Ser rico tiene más relación con las posesiones —decía Bernadette— que con los deseos. No se conocen todos los defectos del marido hasta un tiempo después de casarse. La felicidad en el matrimonio es sobre todo cuestión de suerte.

Era evidente que Bernadette no se daba cuenta de que estaban hablando de Sylvia. Sus opiniones, aunque fueran razonables en otro contexto, eran inapropiadas en el que se encontraban, y se alegró de que Jocelyn no estuviera allí para oírlas.

Le dio una pista.

—Daniel es todo un cliché.

—Alguien tiene que serlo —dijo Bernadette—, si no, ¿qué significado tendría la palabra?

La sutileza no llevaría a Prudie a ninguna parte, de modo que cambió de táctica.

—De todos modos, lo de Sylvia y Daniel es una lástima.

—¡Ah, sí! Merece la pena capital. —Bernadette sonrió de tal manera que dio pie a Prudie a pensar que quizá sabía de lo que hablaban desde el principio.

La banda inició el tema «Someone to Watch over Me». A Prudie se le atragantó la melodía. Su madre había sido admiradora incondicional de Gershwin.

Una elegante mujer negra con estola de visón (¡con el calor que hacía!) se sentó a su lado, y Prudie tuvo que decirle que la mesa estaba reservada al completo.

—Comprendo —respondió ella con frialdad. La mujer se levantó para irse y rozó el pelo a Prudie con el visón. Prudie se quedó preocupada por si la mujer había pensado que era racista o algo así, cosa que no era desde luego, eso lo sabía todo el mundo perfectamente. Nada le habría gustado tanto como compartir la mesa con una mujer tan elegante. ¿Dónde diablos estaría Jocelyn?

—Es difícil escoger a una persona con quien pasar la vida —dijo Bernadette—. Mucha gente se equivoca la primera vez. Desde luego, yo me equivoqué la primera vez.

A Prudie no le sorprendió enterarse de que Bernadette se había casado más de una vez. Por algo se quejaba Allegra de que Bernadette siempre se repetía (¿y no se había repetido Allegra también con el comentario, más de una vez?).

[image]

Allegra estaba tumbada en la cama de la habitación donde Sylvia dormía sola ahora. Sylvia se estaba probando vestidos y Allegra le aconsejaba. No había ningún espejo de cuerpo entero en la casa donde mirarse hasta los zapatos, de modo que era aconsejable contar con una consejera. Y Allegra tenía vista de artista. Ya desde pequeña confiaba en sus opiniones. «¿Vas a salir así?», le preguntaba su hija, y Sylvia le contestaba que no, desde luego, que no iba a salir así; y volvía a la habitación a cambiarse de modelo.

Se les estaba haciendo un poco tarde, pero como Sylvia temía no soportar la velada entera, llegar un poco tarde le resultaba apetecible. Le habría gustado tomarse una copa de vino, o más de una, quizá, pero tenía que conducir. Allegra estaba tomando un Chardonnay helado y ni siquiera había empezado a vestirse. Se pondría cualquier cosa encima en dos minutos y estaría deslumbrante. Nunca se cansaría de mirarla.

Hacía tanto calor que no se podía levantar las persianas, pero Allegra le había dicho que no la veía bien con las persianas bajadas. El sol, cortado en cintas por los orificios de la persiana, pintaba rayas en la pared del dormitorio. La mitad del retrato familiar quedaba iluminado: Allegra y Daniel, brillantes y dorados, Sylvia y los chicos en la sombra. En un libro, sería todo un símbolo. En un libro, tendríamos la sensación de que algo desagradable esperaba a Sylvia y a los chicos.

—No habrá nadie de mi edad esta noche —dijo Allegra. Sylvia lo interpretó como una pregunta, aunque el tono no había sido interrogativo. Allegra solía preguntar así cuando creía que ya sabía la respuesta.

—Estará Prudie —le recordó su madre.

Allegra la miró de la forma que la miraba desde los diez años. No dijo nada en voz alta porque hacía poco que la madre de Prudie se había muerto y se merecía un poco de consideración. Pero Allegra no soportaba el francés de Prudie. Ella ni siquiera se permitía decir palabras en español a gente que no lo entendía. Cuando se tiene la misma lengua materna, ¿por qué no utilizarla?

—¿De todos modos, por qué tiene que haber baile en esa clase de ceremonia? —preguntó Allegra—. Y no estoy hablando sólo en nombre de las lesbianas en este momento. Hablo en nombre de todos. La razón de un baile es con quién se baila. ¿Quién te va a sacar a bailar a ti? ¿Quién va a decirte que sí, si lo pides tú? ¿A quién tendrás

que decir que sí aunque no quieras? Un baile es un potencial enorme de alegría o desastre.

»Si quitamos todo eso y lo dejamos en una celebración en la que los maridos sólo bailan con su mujer, lo único que queda del baile es el baile.

—¿No te gusta bailar? —preguntó Sylvia.

—Sólo como deporte de riesgo —contestó Allegra—. Si se le quita el miedo, no tanto.

Grigg se había ofrecido a llevar a Jocelyn a Sacramento porque todavía era nuevo en la zona, mientras que ella ya había ido a la Library Galleria en otras ocasiones. Mientras Jocelyn se vestía para la fiesta, se dio cuenta de que le tenía un gran afecto. Lo cierto era que Grigg apenas conocía a Sylvia, y además sus ingresos no eran lo que habían sido. Sin embargo, lo había hecho, había pagado una entrada cara, se vestiría de traje gris en pleno verano y pasaría toda una velada con un puñado de viejas, casadas además, y de lesbianas, por pura bondad. ¡Qué buen corazón tenía!

Terminó de maquillarse y ya no le quedaba nada más que hacer, salvo quitarse los pelos de perro, pero eso sería completamente inútil, hasta que hubiera cerrado la puerta. Estaba lista para salir en el momento exacto en que tendrían que estar saliendo.

Pero Grigg no había dado señales de vida, y en los veinte minutos que estuvo esperando, el afecto que había sentido antes empezó a debilitarse. Jocelyn era una persona puntual. En su opinión, la puntualidad era cosa de simple buena educación. Llegar tarde era una forma de decir que se daba más valor al tiempo propio que al de la persona que esperaba.

La espera le dio demasiado tiempo para pensar en la noche que tenía por delante. Apenas había vuelto a ver a Daniel desde que se mudó. Con sólo mirar alrededor, ahí estaban el equipo de música que él le había ayudado a comprar y la secadora que le ayudó a instalar. Cuántas veces a lo largo de tantos años, Daniel se dejaba caer por su casa con una película que Sylvia y él habían alquilado y que pensaba que a ella le gustaría, o con comida china cuando sabía que volvía muy cansada para comer, a menos que hubiera algo preparado. En una ocasión en que había tenido una gripe muy fuerte, Daniel fue a verla y limpió el cuarto de baño, porque sospechaba que el dentífrico del espejo se le colaba en la mente y le impedía recuperarse.

Odiar a Daniel era un esfuerzo tan terriblemente difícil que, en su ausencia, Jocelyn se había permitido no hacerlo. Aunque no se lo

habría confesado a nadie, esa noche iba a ser tan difícil para ella como para Sylvia. No tenía el menor deseo de ver a la nueva novia de Daniel, ni comprobar de cerca por qué tenía que ser así. Le molestaba que se retrasara el momento de superarlo por culpa de Grigg.

Y, cuando Grigg llegó por fin, ni se disculpó ni pidió perdón. Por lo visto, no tenía la menor idea de que se había retrasado. Sahara lo recibió con alegría desbordante. Agarró una pelota con la boca y se lanzó a la carrera entre las sillas y por encima del sofá, sin pensar en el disgusto que se le avecinaba. La reacción hizo pasar desapercibida la fría acogida de Jocelyn.

—¡Qué vestido tan bonito! —dijo Grigg; el comentario no la aplacó en absoluto pero le dificultó una respuesta cortante.

—Vámonos —le dijo.

Procuró no dar a la palabra intención de orden ni de reproche. Y añadió un ruego, por si se había salido de tono a pesar del esfuerzo. Pero, tratándose de Jocelyn, el ruego podía sonar muy parecido a una orden, a oídos no iniciados.

—Tiene que bailar con Sylvia esta noche —lo cual quería decir: «Esta noche, Daniel tiene que verlo bailando con Sylvia».

Jocelyn se paró a mirar a Grigg de arriba abajo, con más atención que nunca hasta entonces. Era un hombre bastante guapo en su estilo discreto. Serviría.

A menos que bailase como una marioneta.

—¿Sabe bailar? —le preguntó.

—Sí —dijo, pero eso no significaba nada, puesto que mucha gente que no sabía bailar creía que sí.

—No parece un buen bailarín. —A Jocelyn no le gustaba forzar las cosas, pero se trataba de un asunto importante.

—¿Qué parezco?

¿Quién lo sabía? Parecía un cantante de country, un profesor de universidad, un fontanero, un espía. No parecía nada en concreto.

—Parece un lector de ciencia ficción —se aventuró a decir, pero por lo visto, falló en la respuesta, aunque él asegurase que le encantaban esos libros.

—Tengo tres hermanas mayores. Sé bailar —dijo Grigg, en un tono verdaderamente ofendido.

Del baile campestre:

Existen ciertos Defectos que eclipsan y destruyen en gran medida la Belleza de este agradable Ejercicio (es decir, cuando se ejecuta en Estilo Refinado)… Una o dos Parejas, sea por Descuido sea por Falta de mejor Instrucción, pueden desordenar todo el conjunto.

Kellom Tomlinson, *Maestro de Baile*

—Prudie y yo fuimos al recinto ferial de los juegos escoceses del condado de Yolo la semana pasada —dijo Dean a Bernadette—. Tiene una necesidad repentina de Tierras Altas. ¿Ha estado allí alguna vez?

—No, a los juegos no he ido nunca —dijo Bernadette—, pero al recinto de la feria sí, vaya si he ido. Cuando era joven, bailaba por todo el estado todos los veranos sin falta. Claro que entonces, las ferias del condado eran mucho más pequeñas. Eran tan pequeñas que cabían en el bolsillo.

Hizo una pausa, a ver si alguien quería saber algo más. Nadie le pidió que continuara, pero nadie cambió de tema, tampoco. Dean le sonreía, Prudie removía su bebida con una rama de apio. El dato no estaba claro.

Pero Dean y Prudie eran jóvenes los dos. Bernadette comprendió que si esa noche se iba a decir algo interesante, le tocaba decirlo a ella.

—Bailaba con un grupo que se llamaba Cinco Pimientucos —prosiguió—. Mi madre creía que bailar claqué era la clave para entrar en Hollywood. Tenía muchas ambiciones con respecto a mí, y anticuadas de verdad. Ya entonces, finales de los cuarenta, principios de los cincuenta, el claqué estaba… ¿cómo dicen ahora los niños? ¿Superado?

—Justo —dijo Prudie. Se le había quedado la expresión congelada en su pálido rostro, al oír la palabra «madre». A Bernadette le dio lástima—. ¿Os llevabais bien, tu madre y tú? —preguntó Prudie.

—Prefería a mi padre —contestó Bernadette—. Mi madre era un plomazo.

Por entonces, vivíamos en Torrance, que está cerca de Hollywood, aunque no tanto como actualmente, con carreteras y coches tan modernos. Iba a clases de claqué y clásica con la señorita Olive. Era la

mejor bailarina de la escuela, lo cual no significaba nada, pero a mi madre le daba ínfulas. Mi padre era dentista, tenía el consultorio en la parte de atrás de la casa y resulta que un día, llegó un cliente que conocía a una persona que conocía a otra relacionada con el cine. Mi madre insistió, mareó y se enfurruñó hasta que mi padre nos presentó a una persona de esa cadena de personas.

También pagó a la señorita Olive para que me montara una coreografía en exclusiva: «La niña holandesa». Me pusieron un delantal de puntilla con el que tenía que taparme la cara y asomarme por el borde, y tuve que aprender a bailar claqué con unos enormes zuecos de madera. Y allá que fuimos. Pero ni siquiera tuve ocasión de bailar. Aquel cerdo de Hollywood me echó una mirada y... «No es bastante bonita», dijo, y ahí se acabó todo, salvo que mi padre dejó bien claro que se había humillado por nada y que no pensaba volverlo a hacer nunca más.

A mí no me importó en realidad. Siempre estuve muy segura de mí misma, y el hombre del estudio no me pareció más que un señor horrible. A la única que le dolió fue a mi madre. Dijo que jamás volveríamos a ver una sola película que produjese él, así que no pude ir a ver *Desfile de Pascua* hasta que la pasaron por televisión, aunque todo el mundo decía que Judy Garland y Fred Astaire formaban una pareja maravillosa.

De todos modos, la señorita Olive habló a mi madre de un grupo llamado Cinco Pimientucos y le dijo que estaban buscando una sustituta para una de las bailarinas. Hice la audición con los zuecos de madera, porque mi madre había pagado la coreografía y quería amortizar un poco la inversión. Pero con ese calzado no se podía dar el giro de talones ni aunque te fuera la vida en ello. Sin embargo las Pimientucos me aceptaron porque daba la talla justa.

Era un grupo de baile en escalera. Yo entré como primer escalón, lo cual quería decir que era la más alta. Tenía once años, entonces; el quinto escalón sólo tenía cinco.

La gracia del grupo en escalera es que el escalón más pequeño llama la atención por el simple hecho de ser una niña pequeñita. La más pequeña suele ser una caprichosa malcriada y consentida. El primer escalón llama mucho la atención si es guapa y, por más que dijeran algunos, yo no estaba mal.

La verdad es que ser el primer escalón me hizo mejorar como persona. Aprendí a ser más amable, más tolerante. La atención que recibía me volvió buena. Pero no duró. Yo no crecía, pero el segundo escalón sí, y al verano siguiente, nos cambiamos los papeles. Entonces

descubrí que, a fin de cuentas, las niñas de los escalones intermedios no eran más que las niñas del montón.

Y la que más, la más alta de las intermedias. Yo era la más guapa del grupo cuando ocupaba el primer escalón, pero al dejar de serlo, la más guapa fue la que ocupó mi lugar. Es curioso cómo funcionaba eso.

Nuestra representante era una vieja tirana a la que teníamos que llamar madame Dubois, con el acento en la última sílaba, así: «madám». Cuando nos quedábamos solas, la llamábamos de otra manera. Madame Dubois era la representante, nuestra microrepresentante. Nos decía cómo teníamos que maquillarnos y hacer las maletas, qué libros leer, qué alimentos comer y qué amigos tener. Nada era excesivo por exceso ni por defecto para dejarlo en nuestras manos incapaces. Nos escribía comentarios después de cada actuación, a pesar de que ella no era bailarina ni lo había sido nunca. A mí siempre me decía que tenía que practicar más. «Nunca serás buena de verdad si no practicas», decía. Y así fue. Nunca practiqué de verdad y nunca fui buena de verdad.

Los contratos los llevaba un tipo empalagoso llamado Lloyd Hucksley. Había sido sargento de intendencia en la guerra, y en aquel entonces merodeaba a nuestro alrededor haciendo todo lo que a madame Dubois se le antojaba encargarle.

Estuve ocho años bailando con las Pimientucos. Entre tanto, entraron y salieron varias niñas. Mi mejor amiga durante un par de temporadas fue el tercer escalón. Mattie Murphy. Pero después empezó a crecer, y yo no; hasta que ella también dejó de crecer y nos quedamos iguales. Sabíamos que una de las dos tendría que marcharse. Era horrible saber lo que iba a pasar y no poder hacer absolutamente nada por remediarlo. Mattie bailaba mejor, pero yo era más guapa. Sabía cómo terminaría todo. Pedí a mi madre que me dejara marchar a mí, para que Mattie pudiera quedarse. Y además, tenía la impresión de que Lloyd Hucksley empezaba a ponerse tierno conmigo, ahora que era mayor.

Claro, yo tenía motivos para dejarlo, pero mi madre no quería oír hablar de ello. ¿Qué pasaría con mi carrera cinematográfica, si dejaba a las Pimientucos? Pero de pronto, Mattie y Lloyd se casaron y yo me quedé petrificada.

Cuando Mattie se marchó, descendí al tercer escalón. Cualquiera podría pensar que conocía a mucha gente, porque viajábamos mucho. Cualquiera podría pensar que era una vida muy emocionante. Cualquiera se sorprendería de lo fiel que es el público de las ferias. Allá donde fuéramos, siempre veíamos las mismas caras, oíamos las

mismas conversaciones. Yo echaba de menos un poco de variedad. Y por eso me refugié tanto en los libros.

Mi madre empezaba a desesperarse. Me hacía actuar en todas partes, en reuniones familiares, en fiestas y cócteles, e incluso me hacía bailar ante los clientes de mi padre, porque, según ella, nunca se sabe quién podía ser alguien. ¡Lo que hay que ver! Va uno a sacarse una muela y se encuentra con que le dedican un número de claqué. Mi padre no tardó en poner fin a esa iniciativa, gracias a Dios. Aunque, por otra parte, algunos pacientes lo agradecían mucho. La gente es capaz de soportar lo que le echen con tal de olvidarse de que le van a sacar una muela.

Sylvia estaba dentro del armario empotrado, mirando el riel vacío donde antes colgaba Daniel sus trajes y camisas. Quizá había llegado el momento de dar más espacio a su vestuario, de disfrutar de aquel vacío.

—He estado pensando en Charlotte —dijo Allegra. Todavía estaba en el dormitorio, tirada en la cama—. La de *Orgullo y prejuicio*, la amiga de Lizzie que se casa con el aburrido señor Collins. Pensaba en los motivos que tiene para casarse con él.

—Sí, claro —contestó Sylvia—. El problemático caso de Charlotte Lucas.

El único rastro de Daniel que quedaba en ese armario era el papeleo de años y años: los impuestos archivados por una parte, las garantías de electrodomésticos todas juntas, las revisiones aprobadas de la compañía de gas, los pagos de amortización de la hipoteca. Y en la balda más alta, las cartas escritas en el verano de 1970, cuando Daniel se fue a la Costa Este y volvió con un compañero de la universidad. Un día, en breve, Sylvia bajaría todas esas cartas y volvería a leerlas. En treinta y dos años de matrimonio, Daniel y ella se habían separado en muy pocas ocasiones. No se acordaba de lo que se habían escrito entonces, durante la primera separación. Quizá encontrara algo en las cartas que le sirviera ahora, una clave que le aclarase lo que había sucedido y por qué. Una guía para vivir sola.

Una guía para vivir sola siempre y cuando Daniel volviera. Hasta esa noche, Sylvia había actuado como si Daniel se hubiera ausentado, se hubiera ido de viaje. Ni siquiera había tenido que fingir, le había salido así espontáneamente. Esa noche, cuando viera a Daniel con Pam por primera vez —Allegra ya la conocía, Sylvia no—, esa noche se habría ido de verdad.

Volvió a poner cara de estar jugando y entró en el dormitorio.

—Me gusta Charlotte un montón —dijo—. La admiro. Jocelyn no. Jocelyn es muy exigente, y desprecia a quien se conforma. Ya sabes que no está casada ni lo ha estado nunca. Pero Charlotte no tiene dónde escoger. Ve una posibilidad aprovechable y la hace realidad. A mí me conmueve.

—Sexy —dijo Allegra. Se refería al vestido de Sylvia, un modelo fino, pegado al cuerpo, con el escote bajo.

—Hace calor para ponerse ropa de punto —le contestó. No estaba segura de querer ponerse sexy. No quería que Daniel pensase que lo intentaba con todas sus fuerzas, que le importaba mucho. Se lo quitó y volvió al armario.

—¿De verdad Charlotte tiene menos donde escoger que Lizzie? —preguntó Allegra—. Lizzie ya está en plena veintena. Nadie le ha hecho proposiciones todavía. No tiene dinero y vive en una sociedad restringida, y cerrada. Pero no está dispuesta a conformarse con Collins. ¿Por qué Charlotte sí?

—Lizzie es bonita. Eso lo cambia todo. —Sylvia se subió la cremallera del vestido de algodón de tubo y volvió a salir—. ¿Qué te parece? ¿Demasiado informal?

—Un modelo así siempre se puede realzar —dijo Allegra—. Zapatos adecuados, adornos. Habría que plancharlo.

Hacía mucho calor para ponerse a planchar. Sylvia se quitó el vestido.

—Me preocupa que Austen no se inventara a un buen hombre que encontrara a Charlotte digna de enamorarlo. Las Brontë habrían contado la historia de una forma completamente distinta.

—Charlotte por Charlotte —dijo Allegra—, las Brontë siempre me gustarán mucho más. Pero es que soy así... me gustan los libros tormentosos. Lo que estaba pensando es que a lo mejor Charlotte Lucas es gay. ¿Te acuerdas cuando dice que ella no es romántica como Lizzie? A lo mejor es eso lo que quiere decir. A lo mejor, por eso mismo no le merece la pena esperar a que surja una oferta mejor. —Allegra se puso boca arriba y se llevó la copa a la boca para apurar las últimas gotas. Sylvia le veía la nariz a través del cristal curvado. Incluso así la encontraba favorecida.

—¿Quieres decir que Austen quería que fuese gay? —preguntó Sylvia—. ¿O que lo es pero Austen no lo sabe?

Sylvia se decantaba por la segunda opción. Era atractiva la idea de que un personaje tuviera una vida secreta que el autor desconocía, que se escapara cuando el autor se daba la vuelta y descubriera el

amor a su manera, y que reapareciera en el momento justo de decir el siguiente diálogo con cara de inocencia. Si Sylvia fuera un personaje de novela, ése era el personaje que le gustaría ser.

Pero no.

Grigg y Jocelyn se encontraron con un tractor cuando se dirigían a la autopista. Grigg intentó adelantarlo un par de veces, pero tuvo que dar marcha atrás, cuando en realidad, seguramente habría tenido el tiempo justo si hubiera acelerado a fondo. Eso es lo que habría hecho ella. El aire acondicionado del coche era insuficiente para el calor que hacía en Valley en verano. Notaba que el maquillaje se le iba deshaciendo en el cuello mandarín.

Había polvo en el salpicadero y, a sus pies, un variado muestrario de envoltorios de tapas y comida. Jocelyn no se había ofrecido a llevar su coche porque hacía cinco días enteros que no le pasaba la aspiradora. La ventanilla del copiloto estaba sucia de saliva de perro y de huellas de hocico. No quería obligar a Grigg, que acudiría perfectamente vestido, a convivir con los pelos y la suciedad de perro. Era patente que él no había tenido los mismos escrúpulos.

—Bueno —dijo Grigg. Entraron por fin en la autopista; el tractor quedó atrás y desapareció envuelto en una nube de humo. El aire más contaminado del país era el de Sacramento.

Grigg conducía en el límite exacto de la velocidad permitida; Jocelyn veía el velocímetro. Daniel era el único conductor que conocía, aparte de Grigg, que lo hiciera. En el mundo entero.

—Bueno —repitió Grigg—. ¿Llegó a leer los libros que le regalé? ¿Los de Le Guin?

—Todavía no —dijo Jocelyn con un leve remordimiento de conciencia. Sentirse culpable no le ayudaría a mejorar el humor. Regalar libros se convertía en un acto coercitivo y de intrusismo cuando después te preguntaban «Entonces, ¿le han gustado los libros?». Jocelyn regalaba muchísimos libros, pero jamás preguntaba a nadie si le habían gustado.

¿Por qué tenía que disculparse por no haber leído unos libros que no había pedido? No necesitaba leer ciencia ficción de verdad para saber lo que pensaba del género. Había visto *La guerra de las galaxias.* ¿Cuándo renunciaría Grigg a su caso con los malditos libros?

En absoluto rigor, se recordó, era la primera vez que se lo preguntaba. Pero ella había percibido en otras ocasiones la omisión de la pregunta. Así que no había necesidad; lo tenía clarísimo, y sin

embargo, se sentía impulsada a defenderse. Intentó hacerlo sin que pareciera que reaccionaba a la defensiva. Se giró a mirar a Grigg y se encontró con que él la estaba mirando a su vez directamente. No se lo esperaba, no esperaba ver directamente en el fondo de la mirada… lo que fuera. Y tuvo una repentina sensación de opresión en el pecho; un calor súbito le enrojeció el cuello hasta la cara. Hacía mucho tiempo que no sentía esa opresión ni ese calor. Y no tenía la menor intención de sentirlo ahora. ¿De qué estaban hablando?

—Me gustan los libros sobre gente de verdad —dijo Jocelyn.

—No entiendo la diferencia. —Grigg había vuelto a mirar a la carretera—. ¿Elizabeth Bennet es una persona de verdad pero los personajes de un libro de ciencia ficción no?

—En los libros de ciencia ficción hay personajes, pero no tratan de personas. Las personas son muy complicadas.

—Hay ciencia ficción de muchas clases —dijo Grigg—. Cuando haya leído algo, tendré mucho interés en conocer su opinión.

En el tiempo que tardó Grigg en terminar la frase, Jocelyn recuperó la compostura. Se lo había dicho en un tono neutro, pero, qué grosería, la verdad. Si no hubiera sido tan desagradable, le habría avisado de la salida por donde a veces llevaba a los perros a correr. En el sentido opuesto había una reserva de aves que, con tiempo más fresco, también era un paseo agradable. Le habría contado que, en invierno, todos esos campos secos y marrones se inundaban. Se formaba una gran extensión de agua y las ramas más altas de los árboles sobresalían. Podría haberle contado que sólo a los nacidos allí podía agradarles el paisaje estival de Valley, con toda la vegetación agostada y los robles resecos y grises. Quizá hubiera llegado a decir algo poético, y bien sabe Dios que esas cosas nunca llevan a nada bueno. Pero, tal como estaba el ambiente, ya no había peligro.

Un camión cargado de tomates los adelantó por la derecha. Jocelyn lo olió al pasar. Unos cuantos tomates rebotaron y cayeron a la carretera cuando el camión volvió a situarse en el carril. ¿Cómo era posible que corrieran menos que un camión de tomates?

Grigg encendió la radio y salió un grupo que a Jocelyn no le gustaría, o no conocería siquiera, por su edad. Grigg no le preguntó si la música le molestaba, ni el volumen ni nada de nada. Entonces, cuando menos se lo esperaba, Grigg ya había tomado la salida del paseo Jefferson / centro ciudad.

—La I-5 es más rápida —dijo Jocelyn, pero ya era tarde.

—Me gusta el puente de la Torre —dijo Grigg—, me gusta ver el

río —que, en honor a la verdad, se veía desde el puente, sí, aunque no ofrecía una gran vista. Para el caso, habría podido decir que le gustaba sentarse en medio del tráfico «beisbolero». O: «Me gusta estar en las calles todo el tiempo posible, esperando en los semáforos. Me gusta llegar tan tarde como sea posible». ¿Pero el motivo de que hubiera ido a recogerla no era que ella le enseñara por dónde ir, y que él fuera por donde Jocelyn le dijera? Esta noche no le gustaba nada de lo que hacía Grigg.

Y no era, ni había sido nunca, la típica tonta que de pronto aprecia a un hombre sólo porque no lo aprecia. Gracias a Dios.

El coche vibraba al pasar por el puente y, como consecuencia, a Grigg le temblaba un poco la voz. Una voz de dibujos animados, el joven Elmer Fudd.

—Me intriga qué escritor nos acompañará en la mesa. Espero que no tenga usted que soportar nada muy… bueno, de género.

La cúpula del Capitol apareció en la lejanía, alzándose hacia la oscuridad dorada justo ante ellos. Grigg se detuvo en otro semáforo en rojo cuando podía haberse colado en amarillo.

—Cuando lleguemos, todo habrá terminado —dijo Jocelyn.

El semáforo se puso verde. Grigg era lento en el cambio de marchas; el coche hizo un ruido desagradable. Dejaron atrás la fuente del diente de león, una estampa triste cuando estaba vacía y el calor trenzaba el aire por encima de los pinchos de metal. Al dar la vuelta al centro comercial de la calle K, el coche emitió una especie de tos rara: tres veces muy seguidas. Y después dejó de funcionar.

Pues si no comienzan a Tiempo, una entre mil veces lo recuperan a lo largo del Baile. Pero por otra Parte, si aguardan a un momento en que entre la Melodía, y toman el Tiempo desde el Principio, pueden llegar al final con Reconocimiento y Aplauso.

Kellom Tomlinson, *Maestro de Baile*

Grigg se quedó sin gasolina. Lo único que pudo hacer fue acercarse al bordillo y dejar el coche casi aparcado. Jocelyn tenía la Triple A, pero se la había dejado en el coche, en el bolso de todos los días. Llevaba un bolso diminuto de mano prácticamente vacío.

No llevaba el teléfono móvil, de lo contrario, habría llamado a

Sylvia media hora antes para decirle que llegarían tarde. La pobre Sylvia estaría preguntándose dónde estaban, por qué Jocelyn la había dejado sola frente a Daniel y Pam. Sylvia jamás habría salido de casa tan mal preparada para el desastre.

Grigg no tenía la tarjeta de la Triple A.

—¿Hay alguna gasolinera por aquí cerca? —preguntó.

—Ni una en kilómetros a la redonda.

—¡Dios! Cuánto lo siento —dijo. Se desabrochó el cinturón de seguridad—. ¿Por qué no me espera aquí? Voy a buscar un teléfono.

—Voy a ir hasta allí andando —dijo Jocelyn—, mientras usted va a buscar gasolina. —No le parecía una decisión poco razonable, pero si lo era, no le importaba. Estaba orgullosa de mantener la calma. Había tenido que esperar, soportar insultos y ser abandonada. Y lo había sobrellevado todo con una impecable serenidad de hielo. ¿Quién no se sentiría orgullosa?

—¿A qué distancia está?

—A unas diez o doce manzanas.

En la acera de enfrente había un vagabundo. Llevaba una camiseta del maratón benéfico Bay to Breakers, la clásica de verdad, con el pez que parece un zapato. Jocelyn tenía una idéntica, pero la del vagabundo lucía lamparones por toda la pechera, y se había atado un pañuelo en una manga a la altura del bíceps, parecía un brazalete de luto, pero de cachemir en vez de negro, o algo así. Los estaba mirando con gran interés. Les dijo algo a voces, pero Jocelyn no lo descifró. «Pan de verdad» fue lo máximo que pudo aproximarse.

—Hace mucho calor para caminar tanto —dijo Grigg—, y no es necesario. Voy a buscar un teléfono y a pedir un taxi. Lo siento muchísimo, de verdad. Llevé el coche al taller la semana pasada porque el indicador de la gasolina estaba como loco. Supongo que no lo arreglaron.

—No tiene importancia. Lo único que quiero es estar al lado de Sylvia. No me importa andar.

—Pan de verdad —decía el hombre desde la acera de enfrente, con más insistencia que antes.

—Yo aquí no me quedo —dijo Jocelyn.

¿Qué eran diez o doce manzanas para un hombre con zapatos planos? Grigg dijo que, si insistía, él iba también. Se pusieron en marcha. La zona en la que se encontraban no era la mejor de la

ciudad. Cruzaron calles, una tras otra, a paso vivo, pisando latas, folletos e incluso un vómito. Jocelyn se limpió la cara y le entró rímel en los ojos. No se imaginaba el aspecto que tendría. El sudor le aplastaba el cabello a las sienes y la falda se le pegaba a las piernas.

Sin embargo, Grigg mantenía el tipo. Iba sin chaqueta —la había dejado en el coche—, pero no parecía deteriorado de verdad. Ese detalle la irritó más que todo lo que le había hecho en toda la tarde. Era impresionante.

—¿Qué opina de Sylvia? —le preguntó.

—Me parece encantadora —dijo Grigg—, ¿por qué?

—Es más que encantadora. Es lista y divertida. Y no hay persona más amable.

—Sylvia está enamorada de Daniel —dijo Grigg, como si supiera tras de lo que ella andaba, y es que andaba tras de algo, y él lo sabía.

—Nada gana con eso.

—No debería hablar así. No debe ser usted quien diga de quién está enamorada. Debería dejar de interferir, ya encontrará ella su propia felicidad.

Jocelyn se puso muy tiesa a su lado.

—¿Lo llama interferir? —dijo en tono incrédulo y mortífero a la vez, con toda la furia de tener que recorrer a pie quince, dieciséis, diecisiete manzanas, con el calor que hacía en Valley (porque a un tipo se le había olvidado llenar el depósito de gasolina), y de intentar tomárselo con calma, sólo para que ese tipo, encima, la insultara—. ¿Interfiero por desear la felicidad de mi amiga? En lo que a Sylvia se refiere, espero no dejar de interferir nunca —dijo—. Ni siquiera pediré disculpas por eso, nunca.

—¿Te molestaría que no fuera esta noche? —preguntó Allegra.

Sylvia se quedó sin una gota de aire en los pulmones. «Pues claro que me molestaría —contestó, pero no en voz alta, seguía siendo Sylvia—, ¿cómo puedes ser tan egoísta? ¿Cómo se te puede ocurrir siquiera dejarme sola frente a tu padre? ¿Es que no entiendes lo que me cuesta esta noche? (¿Para qué te hemos comprado una entrada de ciento veinte dólares?) Ven, por favor ¡por favor!».

El teléfono sonó antes de que Sylvia lograra articular una palabra. Supuso que sería Jocelyn, buscándola, pero Allegra levantó el auricular, comprobó la procedencia de la llamada y volvió a colgar. Se dio media vuelta para que Sylvia no le viera la cara.

—Ha llamado a casa de los Hunter —dijo Daniel. Sylvia no había cambiado el mensaje con el pretexto de que era mejor que hablara un hombre, si llamaba algún desconocido. No había tenido en cuenta el impacto que le causaría oír su voz porque, normalmente, si el mensaje saltaba, era porque ella no estaba allí para oírlo—. No estamos en casa. Ya sabe lo que tiene que hacer.

—¿Allegra? —Sylvia reconoció la voz de Corinne. Parecía triste y, seguramente, borracha—. Tenemos que hablar. ¿Cuándo piensas hablar conmigo?

»Hoy estuve con Paco. Me dijo que había hecho dos cosas imperdonables. Pero eres tú quien tenía que habérmelo dicho. Tenías que haberme dado ocasión de defenderme. Creo que hasta tú comprenderás que es lo mínimo.

Corinne no había hecho más que empezar, estaba claro. Sylvia había limpiado la cinta hacía poco, de modo que tenía todo el tiempo que quisiera para sí. Le cohibía escuchar un mensaje privado; Allegra, tan comunicativa respecto a las generalidades de su vida sexual, era reservada en los pormenores.

A lo mejor había hablado con Daniel. Ojalá pudiera preguntarle si sabía lo que había hecho Corinne. Necesitaba el apoyo de Daniel para entenderse con Allegra, y el apoyo de Allegra para entenderse con Daniel. Pero nadie le echaba una mano.

Recogió la copa de Allegra y se la llevó a la cocina. Se acercó al fregadero en combinación, como estaba, esperando a que Corinne terminara. Seguía oyendo la voz como un chorro de agua a lo lejos, no las palabras, sólo las subidas y bajadas de volumen. Fregó y secó la copa a mano, como Jocelyn decía siempre que había que hacerlo.

El enfado con Allegra iba en aumento. No importaba lo que hubiera pasado, no importaba lo que Corinne hubiera hecho, era Allegra la que se había marchado. A la persona amada no se la dejaba plantada. No podía quedarse sentada oyéndola volcar sus sentimientos, borracha, por teléfono, fingiendo que no oía nada. Los enamorados encontraban la forma de seguir juntos.

Pensó en su hija demacrada, con los ojos enrojecidos. Pensó en lo difícil que se le hacía dormir por las noches; a veces, Sylvia se despertaba a las doce, a la una, a las dos, y oía el reproductor de DVD en marcha. Allegra había llegado a hablar de hacerse una copia pirata de *La compañía del anillo*, a pesar de que estaba radicalmente en contra de la piratería y de que, cuando la vio en el cine, no le había gustado nada el tratamiento de bufón barato que habían dado a Gimli.

Sylvia pensó en que todos los padres desean para sus hijos una

vida imposible, con principio feliz, desarrollo feliz y final feliz, sin argumento de ninguna clase. Qué personas tan poco interesantes serían si los padres se salieran con la suya. Allegra siempre había sido muy interesante. Ya era hora de que fuera feliz.

«¡Cómo te atreves! —pensaba en voz alta, de pie en la cocina mientras Allegra continuaba en el dormitorio—. ¡Cómo te atreves a hacer tanto daño a mi hija! Contesta esa llamada ahora mismo, jovencita… deja que Corinne se disculpe. Que expíe lo que sea, esas dos cosas imperdonables que te ha hecho.

»Y que Allegra sea feliz ya. Que Allegra sea amada».

La banda estaba haciendo un descanso. Bernadette, Dean y Prudie recibieron en la mesa a un escritor llamado Mo Bellington. El señor Bellington tenía mucho pelo y cuello corto pero una bonita dentadura, sin embargo. Bernadette se fijaba en la dentadura de la gente. Todo el mundo se fija, pero no todo el mundo sabe que se fija. A Bernadette le había cuidado la boca su padre, y el resultado era que, a pesar de sus sesenta años bien cumplidos, nunca se le había caído un empaste.

Según el folleto de promoción que había en la mesa, Mo Bellington escribía novelas de misterio que se desarrollaban en la pequeña ciudad de Landing. Su detective era un cínico productor de remolacha azucarera que desenterraba fémures y tibias prácticamente cada vez que roturaba la tierra. En la mesa había una tarjeta que reproducía la cubierta de su último libro. Se titulaba *Última cosecha*, y el acento de la «u» era un puñal que goteaba sangre sobre el campo del fondo. Bernadette estaba segura de que había visto portadas muy parecidas. Tampoco el título le pareció original. Pero, aunque la creación artística no fuera totalmente novedosa, concluyó que estaba conseguida.

—Supongo que ustedes son mi grupo —dijo el señor Bellington mirando con decepción las sillas vacías. En la mesa de al lado se reían estrepitosamente. En otra, alguien golpeaba una copa con un tenedor para iniciar un brindis. Era evidente que había más alegría en cualquier otra parte.

—Todavía nos faltan algunos —le dijo Bernadette—. No sé dónde estarán. Jocelyn es la persona más puntual del mundo. Jamás ha llegado tarde, que yo sepa. Sylvia, no tanto. Y Allegra, ¡más vale no preguntar!

—El señor Bellington no respondió ni pareció satisfecho o conforme. Era muy joven para estar ya escribiendo libros. Bernadette veía claramente que no había vivido lo suficiente como para tener

gran cosa que decir. Su productor de remolacha azucarera sería un personaje sin profundidad.

Dio la vuelta a la mesa y fue a sentarse al lado de Dean.

De esa forma, quedó de espaldas al comedor. Según Bernadette un escritor preferiría ver lo que ocurría.

Si se hubiera sentado en la silla vacía que había a su lado, habría dado la espalda a una de las enormes columnas y habría tenido una buena vista de la pista de baile, del estrado y de la banda. Ella veía tres mesas completas más. Pero se había hecho invisible, sobre todo para los hombres más jóvenes que ella, efecto que había empezado a notar a partir de los cincuenta años, de modo que ya estaba acostumbrada. Para compensar, ahora se la oía más.

—Toda esta celebración me recuerda a mi primer marido —dijo —. John era político, ¡así es que sé cómo son los que recaudan fondos! «Péinate, querida, lávate la cara, y aquí tienes la lista de lo que puedes decir si alguien intenta hablar contigo:

»Uno: qué fiesta tan agradable.

»Dos: la comida es deliciosa, ¿verdad?

»Tres: estas flores son magníficas, ¿no es así?

»Cuatro: ¿no le parece que mi marido es la persona más adecuada para ese trabajo?». ¡Vamos a guardar silencio ahora, a ver qué dice! Yo voy a estar sonriendo como una idiota mientras hable él.

Sin la música, se notaba mucho el ruido ambiental, y la mesa era tan grande que no resultaba fácil establecer conversación con los compañeros de enfrente. Supo que el señor Bellington tampoco pensaba intentarlo, estaba hablando con Dean.

—Si desea preguntar cualquier cosa sobre mis libros —decía—, estoy aquí para complacerle. ¿Sobre el contenido? ¿Sobre el proceso? ¿De dónde saco las ideas? El vocablo «última» del título *Última cosecha* es una especie de juego de palabras. Última, de «final», y también última de «más reciente». Pregúnteme lo que desee.

Tenía una forma de hablar un tanto suficiente y pomposa. Bernadette lo acababa de conocer y ya empezaba a gustarle menos. Sirvieron el primer plato, una deliciosa sopa de champiñones con un chorrito de jerez, quizá.

—Está deliciosa —dijo el señor Bellington—, muy bien hecha.

Habló en dirección a Bernadette. ¿Y por qué? ¿Acaso pensaba que la había hecho ella?

—¿Le gusta Jane Austen? —le preguntó. A esa pregunta sólo podía responderse de una manera. Le gustaría pensar que todo hombre que escribiera la respondería correctamente. Hizo la pregunta levantando la voz, para evitar que no la oyera, y la repitió por si acaso —: ¿Qué opina usted de Jane Austen, señor Bellington?

—Una promoción comercial impresionante. La envidio por los contratos con el cine. Llámeme Mo.

—¿Cuál de sus libros le gusta más? —Prudie sonrió de esa forma tan desafortunada que le hacía desaparecer los labios.

—Me gustó la película protagonizada por Elizabeth Taylor.

A Prudie le tembló la mano. Bernadette lo vio reflejado en el Bloody Mary.

—¿La obra de Jane Austen que más le gusta es *Fuego de juventud?*

Prudie había preguntado con mala intención. Bernadette decidió pararle los pies, enseguida. Por otra parte, era sano verla en pie de guerra. No hacía ni cinco minutos, la muerte de su madre se pintaba en su rostro como en esas mujeres destrozadas que tanto le gustaban a Picasso. Ahora tenía una expresión peligrosa. Ahora, Picasso se excusaría diciendo que tenía un compromiso anterior, retrocedería y saldría del edificio.

Dean tosió oportunamente. En la tos sonó, de alguna manera, la palabra «persuasión». Estaba echando un cable a Mo.

Mo optó por prescindir de él.

—La verdad es que no he leído a Austen. Soy aficionado a los misterios, al crimen de ficción, a los asuntos judiciales. —Decepcionante, pero no condenatorio. Por una parte, era un defecto, pero por la otra, lo reconocía con hombría. Si al menos lo hubiera dejado ahí…—. No leo cosas de mujeres. Me gustan las tramas buenas —añadió.

Prudie terminó su combinado y posó la copa con tanta fuerza que se oyó el golpe.

—Austen monta tramas como una hija de puta —dijo—. Bernadette, ¿no estabas contándonos algo sobre tu primer marido?

—Puedo empezar con el segundo. O con el que le siguió —dijo Bernadette. ¡Fuera la trama! ¡Fuera Mo!

Wilson, maestro de baile, lamentaba determinados pasos, como «llegar al centro y volver» o «llegar a la pared y volver» porque eran

marciales y sin gracia. «Las filas rectas —decía— son útiles, pero no elegantes; y, aplicadas a la figura humana, producen un efecto extremadamente falto de gracilidad».

—Empieza por el político —dijo Prudie—. Ya llegaremos a los demás. Tenemos toda la noche por delante.

A Bernadette le encantaba que le pidieran que contara algo. Se preparó para hablar un buen rato. Por Prudie, lo que fuera necesario.

—Se llamaba John Andretti, y era de Atherton.

John causaba muy buena impresión. Tenía un encanto instantáneo y te hacía sentir que eras la persona más fascinante de toda la sala, hasta que otra le llamaba la atención.

Lo conocí en Clear Lake, habíamos ido a bailar el Cuatro de Julio. Era el último año que bailaba con las Cinco Pimientucos, habíamos dejado de ser Pimientucos, ya estábamos muy creciditas. En realidad, éramos las Cinco Guindillas. Y yo era la más baja, es decir, el último escalón, con diecinueve años.

Aquel verano, habíamos pensado ir toda la familia a Hawái tres semanas completas. Yo tenía muchas ganas. Pero mi padre creía que no podía dejar a sus pacientes tanto tiempo, así que sería una caravana, en vez de un bungaló, y un lago, en vez del océano. Y sin dejar de bailar un día y el siguiente. Aquel año, la señora Dubois nos había vestido a todas de lunares. Una fiebre de flamenco le había atacado los sesos.

Había venido mi padre, porque le encantaba la pesca. El agua del lago tenía mercurio de las minas viejas, pero en aquellos tiempos esas cosas carecían de importancia. Ahora nos dicen que sólo se pueden comer peces de esas aguas una vez al mes, incluso después de años de limpieza. A mí no me gustaba el pescado, así es que mareaba el plato, aunque mi madre siempre insistía en que nos lo comiéramos todo. Decía que el pescado era el «alimento del cerebro», como creía todo el mundo en aquella época. Ahora vemos las etiquetas de sanidad que colocan en el atún. Pero los huevos vuelven a ser de confianza. Hoy sabemos que hay grasas buenas y grasas malas.

En una ocasión, mordí el depósito de un termómetro sólo por ver si se podía. Y resultó que era facilísimo. Escupí el mercurio inmediatamente, pero mi madre se alarmó tanto que me hizo tomar ipecacuana de todos modos. Después, se pasó todos aquellos años intentando que me comiese el dichoso pescado del lago.

Iba mucho a nadar, cosa que tampoco debía de favorecerme mucho. Acababa de aprender a esquiar en el agua, y un día, estaba en el lago y John pasó tan cerca con su barca que la estela me tumbó. Dio media vuelta, se disculpó y me recogió diciendo a gritos a mi familia por qué me llevaba a la orilla. Solía decir que me había sacado a tierra como un pez. «Eres lo más pequeño que he pescado en el agua en mi vida —me decía—, tendrían que haberme obligado a devolverte».

Era un buen político, al menos en lo que se refiere a elecciones. Se acordaba del nombre de la gente, y no sólo del nombre, sino también del de la esposa, el marido y los niños. Seguía una línea narrativa coherente.

Bernadette asintió amablemente en dirección a Mo.

—No nos damos cuenta de lo importante que es eso a la hora de presentarse a las elecciones, pero al público votante le gusta que le cuenten una buena trama. Algo sencillo.

La de John era clásica. O un cliché. Era de una familia verdaderamente pobre, y siempre procuraba hacerlo saber desde el principio. Sus discursos trataban indefectiblemente de sus difíciles orígenes, de los obstáculos y decepciones que había tenido que superar, de las promesas que se hacía cuando se desanimaba. «Pongo a Dios por testigo de que jamás volveré a pasar hambre». Ejemplos de fortaleza.

Sólo dejaba entrever la sombra de una traición antigua. Ahí estaba la genialidad. Sin entrar en detalles específicos, pero dando a entender claramente que la bondad le impedía hablar más. Él no era de los que iban con cuentos *y* todo eso. No era rencoroso. Se hacía admirar por la generosidad tanto como por la fuerza de voluntad.

Pero en realidad, era el hombre más rencoroso que he visto en mi vida. Tenía una lista de oprobios, y quiero decir una lista de verdad, con hechos que se remontaban veinte años en el tiempo. Había un chico llamado Ben Weinberg; eran compañeros de colegio y el padre de John era empleado del padre de Ben. Era un muchacho inteligente, tenía amigos, aptitudes atléticas y muchísimo dinero. Tenía lo mejor de todas las cosas. John había de hacer lo imposible por conseguir una décima parte de lo que el otro tenía con sólo alargar la mano. En la historia de John, vista por él mismo, él era Oliver Twist, y Ben, el pequeño lord Fauntleroy.

Un día, cuando John tenía dieciséis años, Ben le dijo que era un escalador pésimo, y allí estaba, veinte años después, en el tercer lugar

de la lista de John. Su madre ocupaba los lugares uno y dos.

«Es muy fácil no ser escalador cuando se nace en la cima», decía John. En aquel entonces ya estábamos casados y yo empezaba a comprender cosas. Hasta entonces me lo había creído todo. No vi la lista hasta que entré en ella por primera vez. Es evidente que en aquel tiempo no sabía juzgar bien el carácter de las personas.

Espero haber aprendido un par de cosas, desde entonces. Nadie que sea íntegro de verdad pretende venderte su integridad. Las personas íntegras de verdad apenas son conscientes de que lo son. Cuando vemos una campaña que se centra en el carácter, en la rectitud, en la honradez, es cuando, precisamente, tenemos que empezar a preguntarnos qué es lo que esconde el candidato.

Pero, así son las cosas, la experiencia es la madre de la ciencia, como se suele decir.

—*Tout le monde est sage après le coup* —dijo Prudie.

—Efectivamente, querida —contestó Bernadette.

Cuando Lloyd y Mattie se marcharon para casarse, madame Dubois dijo que ninguna de nosotras podía salir con chicos nunca más, porque si nos ganábamos mala fama, el espectáculo saldría perjudicado. Debíamos pensar que éramos auténticas damas. Así que John y yo nos veíamos a escondidas hasta que por fin, colgué los zapatos de claqué, huimos y nos casamos en Las Vegas, en la Wee Kirk o' the Heather. Allí trabajaba la mujer más bonita que he visto en mi vida, Cynthia no sé cuántos. Me acuerdo que nos dijo que había trabajado de oficinista en Woolworth, antes de encontrar ese trabajo, y echaba de menos los retales que le regalaban allí. Recordamos las cosas más curiosas, desde luego. En la capilla tenían algunos trajes, y me los probé todos, pero todos me quedaban grandes. La verdad es que era muy pequeñita entonces, y ningún modelo me servía.

Entonces, Cynthia me arregló una falda allí mismo, y me peinó y me maquilló. Había algunas parejas delante de nosotros y tuvimos que esperar un poco. Ella me invitó a un cigarrillo. No he fumado en mi vida, sólo aquel cigarrillo... me pareció que la ocasión lo requería. Cynthia me dijo que iba a convertirme en Nettie Andretti; a mí ni se me había pasado por la imaginación. Y es que entonces, me llamaban Netti. Pero a partir de ese momento empecé a usar mi nombre completo, Bernadette.

Mientras me peinaba, Cynthia me contó que en su familia había una maldición porque su abuelo había matado a un gato blanco puro

con el coche. Él dijo que había sido un accidente, pero probablemente no lo fuera, porque desde entonces, cuando algún miembro de la familia estaba a punto de morir, veía un gato blanco, según decían. Su tío vio un gato blanco desde la ventana del dormitorio cuando tenía sólo veintiséis años. El gato cruzó el patio como una centella, se apoderó de un calcetín suyo que había en el tendal y saltó por encima de la valla llevándoselo en la boca. Mi tío salió aquella misma noche con unos amigos y lo mataron en una pelea en un bar porque lo confundieron con otro. El calcetín no volvió a aparecer nunca.

Un año antes de conocer a John, Mattie me había rogado que fuera a verlos a Lloyd y a ella. Él se había hecho religioso y se habían ido a vivir a una comuna en un rancho de Colorado. Mi madre se enfadó mucho al pensar que con sólo un pequeño esfuerzo habría podido casarme con Lloyd, porque había sido muy amable conmigo, antes que con Mattie. Y, además, se había vuelto tan espiritual... La verdad es que mi madre tenía una mentalidad de clase media muy pronunciada. Tendría que haber sabido que los auténticos moralistas no tenían nada de respetables. Me hizo la maleta como si fuera a pasar cuatro semanas estudiando la Biblia.

La comuna estaba a cargo del reverendo Watson. Me pareció un megalomaníaco. A Lloyd le parecía atento. A Lloyd siempre le había gustado que le dijeran lo que tenía que hacer.

No creo que el reverendo Watson tuviera la menor preparación religiosa. Se inspiraba en la secta Última Lluvia, pero cortaba y pegaba según le convenía. Predicaba que el diablo había robado a Dios los signos de lo oculto, como el zodíaco y la numerología, y que le correspondía a él arrancárselos y devolverlos a su propósito divino. Y también decía algo sobre extraterrestres, pero no me acuerdo qué era. Iban a venir a buscarnos, o ya habían venido y nos habían dejado aquí. Una de dos.

Mientras estuve allí de visita, tenía a todo el mundo leyendo un libro titulado *El poder atómico con Dios, mediante el ayuno y la oración*, que decía que si se aprendía a dominar los apetitos, se adquirían poderes sobrenaturales, se anulaba la fuerza de gravedad y se alcanzaba la inmortalidad. Y entonces, el reverendo Watson decía que todos teníamos que ayunar y observar celibato. Casi siempre comían tortitas de patata porque eran baratas, así que lo de ayunar era un tanto redundante, y lo del celibato, para mí no significaba nada, pero para Mattie sí. No había nadie en la comunidad que dispusiera de ingresos regulares. Dios proveía. Habría llamado a mis padres y les habría dicho que vinieran a buscarme, pero todos los teléfonos estaban cortados.

Desde el momento en que Lloyd oyó que era posible alcanzar la inmortalidad, no pensaba en otra cosa. Cada día que pasaba sin que levitara hacia los cielos era una gran decepción para él. Y también para el reverendo Watson, y a Lloyd le agraviaba más la decepción del reverendo que la suya propia.

Todos intentaban convertirme, hasta Mattie. Pero ella no tenía la culpa; pensaba que alguien tenía que rescatarla de allí. Un día, Lloyd me pidió que hiciese la ouija con él. Estaba muy descorazonado. Todavía no podía volar y los espíritus no venían a buscarlo, aunque se habían dado prisa en mandar mensajes al resto de la congregación. Me daba pena verlo tan abatido y tan harto de todo en general. Quiero decir que mi padre era masón y yo había sido reina de las Hijas de Job un año. Íbamos a la iglesia y yo cantaba en el coro. Pero no había perdido la cabeza por ello.

Así es que empujé la ficha adrede. «Deja a Watson», le hice decir. Lloyd dio tal brinco que tiró la silla al suelo. Se fue directamente a ver al reverendo Watson y le contó que Satán cabalgaba entre nosotros, y el reverendo Watson se propuso expulsarlo inmediatamente. Se armó un buen follón, y me alegré en cierto modo, porque el ambiente se animó un poco, pero el reverendo Watson me clavó una mirada suspicaz.

Sólo había cuatro mujeres en la congregación, y empezamos a oír hablar mucho de Eva, nada bueno. El reverendo Watson creía que Eva no se había limitado a hablar con la serpiente en el jardín del Edén. Creía que se había acostado con ella. Los verdaderos creyentes descendían de Adán y Eva, nos dijo, y después, mirándome a mí directamente, dijo que los no creyentes descendían de Eva y el demonio. Y, como Adán había caído por escuchar a Eva, prohibió hablar a las mujeres. El reverendo Watson dijo que todo el mal del mundo provenía de escuchar la voz de las mujeres.

Mattie tenía miedo de ponerse en contra del reverendo Watson. Y ahí estaba yo, de invitada en su casa cuatro semanas, y sólo podía hablar si no me oía nadie, lo cual resta cierta gracia al hecho de hablar. Después, el reverendo Watson se fue a Boston a un congreso y, cuando volvió, nos permitió hablar otra vez porque tenía un nuevo plan para trascender el plano mundano de nuestra vida terrenal. El nuevo plan se basaba en los psicotomiméticos. La Última Lluvia con LSD. Lluvia Ácida.

Lloyd pilló un colocón de varios días. Por fin tuvo algunas visiones. Vio que podía volar, pero sencillamente no quería. «¿Qué tengo que demostrar?», preguntó. Yo también lo tomé. Me sentía muy feliz, todo bailaba a mi alrededor, las cazuelas, las estacas de la valla,

las cabras.

Lo veía todo como desde arriba, como si la vida fuera un gran número de Busby Berkeley.[7] Estábamos en el rancho, muy aislados del mundo exterior. Era invierno. Centenares de cuervos acudían a los árboles de la puerta de la cocina. Había tantos que parecía que brotaran hojas negras de los árboles. Salí fuera y echaron a volar formando dibujos complicados, como palabras escritas en el aire. Volvieron a posarse y me dijeron: «Vete. Vete. Vete».

—Me encantan los cuervos —comentó Bernadette mirando a Mo—. Espero que en sus libros haya muchos cuervos. Seguro que se reúnen cerca de los campos de remolacha azucarera. Sobre todo cuando se desentierran cadáveres. Los cuervos podrían encontrar claves. Ahora mismo hay unos cuantos que anidan en el aparcamiento del centro comercial University. Los veo cuando voy a cortarme el pelo.

—En cierto modo ya he utilizado ese recurso, pero con urracas —dijo Mo—. Para mí, las urracas representan Valley. Un crítico dijo que la urraca era un motivo en mis libros. Las utilizo como mensajeras de augurios, además de como tema. Puedo contarles cómo lo hago.

—Sí, si estuviéramos hablando de urracas —dijo Prudie tajantemente—. Sigue, Bernadette.

Bueno, a mí me parece que cuando un cuervo te dice que hagas una cosa, tienes que hacerla. Me marché sin cambiarme de ropa, siquiera. Salí del rancho. Había muchos kilómetros hasta la carretera transitada más próxima, y no había recorrido aún la mitad del camino cuando empezó a llover a grandes goterones, tan densos que apenas veía por dónde pisaba.

Los zapatos se me llenaron de barro, como si llevara otro par encima del mío. Recuerdo que pensé que me parecía un pensamiento muy profundo. El barro se hundía y volvía a su forma anterior a medida que andaba. Los pies me pesaban mucho a causa del barro, me parecía que llevaba toda la vida andando. Claro que lo más seguro es que no anduviera en línea recta, al contrario del vuelo de los cuervos.

Cuando por fin llegué a la carretera se me habían pasado los efectos. Hice autostop y se paró un hombre de la edad de mi padre aproximadamente, el señor Tybald Parker. Le sorprendió mucho verme aparecer y me regañó por hacer autostop, dijo que era peligroso para las mujeres. Me prestó su pañuelo.

Le conté todo, no sólo lo de Mattie, Lloyd y el reverendo Watson,

sino todo lo que se me ocurrió; le hablé de las Pimientucos y le conté que mi padre era dentista. Era tan agradable hablar libremente otra vez que no me paré ni un momento a pensar lo que podía decir y lo que no. ¡Qué alivio sentí!

Me llevó a un hotel para que me duchara y durmiera, y me pagó una comida sin nada de patata, y me ayudó a llamar a mis padres para que me mandaran dinero y tomara un autobús a casa. «No aceptes monedas falsas», me dijo justo antes de marcharse. Fue la primera vez, desde que había ido a ver a Mattie, que sentí la presencia de Dios en mi vida.

El señor Parker me escribió todos los años por Navidad, durante veinte años, hasta que murió. Eran unas cartas maravillosas, me hablaba de gente que no conocía, me decía que aprobaban cursos, que se casaban, que se iban de crucero, que tenían hijos. Me acuerdo de que su nieto fue a UCLA con una beca de béisbol.

Y así, mientras iba descubriendo cosas de John, de su mal humor, de su lista de deudores, él descubría cosas sobre mí. Drogas, cultos, visiones con cuervos... Se desesperaba; era muy pernicioso para la campaña. Me dijo que nunca hablara de nada con nadie. Estaba harta de que me mandaran callar la boca. Pero me callé. Y entonces me quedé embarazada; John decía que eso era una garantía de voto. Me pasaba la vida sonriendo, pero en secreto deseaba que perdiera para poder hablar de nuevo.

Un día tenía programada una sesión de debate, los cinco candidatos ante la prensa. Le hice el nudo de la corbata. «¿Qué tal estoy?», me preguntó, y le dije que estaba muy bien. Era un hombre guapo. Y resultó que llevaba un par de bragas mías pegadas a la americana, por detrás. Habían pasado juntas por la secadora y supongo que tendrían electricidad estática. Eran unas bragas enormes porque estaba embarazada, pero al menos estaban limpias.

No sé cómo se pegarían a la americana. Él decía que seguro que se las había puesto cuando lo abrazaba. Como si quisiera que los votantes, la prensa y todo el mundo me viera las bragas. Volvió a apuntarme en la lista; a esas alturas, era la que más veces aparecía. «Bernadette me ha hundido», comentaba.

Como si me necesitara a mí para hundirse. Resultó que John tenía todo un pasado, también, al margen de lo que contaba en público; deudas de juego y antecedentes penales, asalto con agravantes.

Huyó con mi hermana menor sin haberse divorciado de mí, siquiera. Mi padre tuvo que buscarlo por todo el estado para volver a traer a mi hermanita a casa. El asunto saltó a la prensa, por ser John

quien era, claro. Pero nuestra familia tampoco salió bien parada. Y luego se destapó lo de las drogas y el culto. Una de las Pimientucos me dijo que se había producido una vacante, pero cuando fui a hablar con madame Dubois, no quiso aceptarme porque ya era madre, y con mala fama, para rematar, madame Dubois dijo que había que cumplir determinados requisitos y que yo contaminaría a las Pimientucos.

Me dijo que nadie se casaría ya conmigo, ni con mi hermana, pero en eso no acertó.

Si una buena Pintura, unos hermosos Campos, unos Arroyos cristalinos, unos Árboles verdes y unas praderas bordadas en el paisaje, o la propia Naturaleza, nos proporcionan tan deliciosas Perspectivas, cuánto más no satisfará a los que miran el espectáculo de gran número de Caballeros y Damas ricamente ataviados ejecutando con exactitud el Ejercicio.

Kellom Tomlinson, *Maestro de Baile*

Sylvia decidió hablar francamente con Allegra. «Esta noche me haces falta de verdad —iba a decirle—. No creo que sea pedir demasiado. Piensa en mí por una noche».

Se encontró a Allegra en el pasillo, con su vestido de punto puesto.

—¿Qué tal? —le preguntó Allegra.

Sylvia respiró de alivio, en parte porque Allegra la acompañaría, y en parte porque no se lo había tenido que pedir. Las confrontaciones con Allegra rara vez salían como uno planeaba.

—Sexy —le contestó.

Allegra estaba de mejor humor. Andaba con más ligereza, con la espalda más recta. Llevaba en la mano un vestido azul medianoche de Sylvia con un sol reventón bordado en un hombro.

—Ponte esto —Sylvia se lo puso. Allegra le escogió los pendientes y el collar. Le cepilló el pelo y se lo recogió a un lado con un prendedor. Le pintó los ojos y los labios y le dio un pañuelo de papel para que se los secara un poco.

—Pues vámonos, vámonos, mamá —le dijo en español—. ¿Cómo se nos ha hecho tan tarde?

Sylvia le tomó la mano al salir a la calle, se la apretó una vez y se la soltó. Abrió el coche con el mando a distancia y entraron en la noche, larga y tórrida.

Llegó el primer plato, salmón con judías verdes finas, regado con Zinfandel de la tierra. Un escritor de novelas de misterio extremadamente reconocido pronunció el discurso oficial mientras los demás comían. Al principio hubo problemas con los micrófonos, distorsiones y acoples, pero enseguida lo resolvieron. El presentador fue breve y encantador; estuvo perfecto.

Cuando hubo terminado, Mo contó a Dean que los trámites legales de los libros del escritor de novelas de misterio extremadamente reconocido eran una cagada.

—A muchos no les importa —dijo Mo—. Me considero un purista de la precisión. —Empezó a enumerar a Dean, uno por uno, los errores del último libro del otro escritor—. Mucha gente no entiende cómo funciona la fase del descubrimiento —dijo, y se ofreció a explicárselo.

Bernadette se acercó a Prudie y habló en voz baja.

—He retocado algunos detalles. No sabía que Mo fuese un purista de la precisión. Creía que sólo le interesaba la trama, así que añadí algunas cosillas como deportes, ropa interior, hermanitas atractivas, cosas de hombres.

—Drogas y pájaros que hablan —añadió Prudie.

—¡Ah! Lo de los cuervos no me lo inventé.

Prudie comprobó que no tenía una necesidad inmediata de saber qué cosas eran ciertas y cuáles inventadas. Quizás, al cabo de un rato. Pero Bernadette no era su madre; a lo mejor no llegaba a querer saberlo nunca.

—Ninguno de mis maridos era mala persona. El problema era yo. El matrimonio me parecía un espacio muy restringido, cuando estaba dentro. Me gustaba casarme, la época de cortejo tiene trama. Pero el matrimonio en sí no tiene trama de ninguna clase. Siempre es lo mismo, una y otra vez. Las mismas peleas, los mismos amigos, las mismas actividades los sábados. La repetición acababa por hacérseme insoportable.

»Y entonces no lograba encajar toda mi persona en un matrimonio, fuera quien fuese el marido. A John le gustaba una parte de mí, y a los otros, otras, pero ninguno podía conmigo al completo. Así que yo misma me amputaba una parte, pero después empezaba a echarla de menos y quería recuperarla. No me enamoré de verdad

hasta que tuve a ese primer hijo.

La música volvió a empezar. Prudie veía a la mujer negra bailando, sin el visón. Además de la estola, se había quitado los zapatos. Su pareja era un hombre blanco, calvo y fornido. Había tres parejas más en la pista, pero ellos dos llamaban la atención. Le resultaba muy incongruente que la mujer fuera capaz de mover el esqueleto de aquella forma vestida de gala. Hacía falta ser muy buena bailarina para pasarlo por alto. Se preguntó si estarían casados, si sería su primera esposa, si se habría amputado alguna parte de sí misma para encajar con él. De ser cierto, parecía satisfecha con el resultado.

Ahora ya había ocho parejas bailando. Según cálculos de Prudie, la mitad eran hombres ricos con su segunda esposa. Para identificarlos se basaba en la diferencia entre la juventud de la mujer y el atractivo del hombre y, en defensa de Sylvia, le pareció mal. Su propio marido era mucho más guapo de lo que ella se merecía, y así le parecía que tenía que ser.

Dean vio que Prudie miraba la pista.

—Baila conmigo, nena —le dijo. Fue un ruego evidente, para ahorrarse la pormenorizada explicación de la busca y captura.

Prudie no había vuelto a bailar, ni siquiera sola en el salón con música de Smokey Bill Robinson, desde la muerte de su madre. Su madre era una grandísima admiradora de Smokey Robinson. Pero Prudie pensó que, por Dean, podía hacerlo. No era mucho lo que pedía.

—De acuerdo —dijo, pero se dio cuenta de que no le era posible —. Dentro de un minuto. Más tarde, quizá.

—¿Y usted, Bernadette?

Bernadette se quitó los pendientes, los dejó al lado del plato.

—Me pesan mucho —dijo, y se fue detrás de Dean.

Una sombra se cernió sobre Prudie. Era Jocelyn, que había llegado por fin, y se agachaba a darle un beso.

—¿Mantenemos el tipo? —preguntó Jocelyn. Olía a sudor y a jabón de dispensador. Tenía el pelo húmedo y de punta en los extremos. El maquillaje se le había corrido en unas zonas y se lo había quitado en otras. Se dejó caer en la silla, a su lado; se agachó, se quitó un zapato y empezó a masajearse el puente del pie.

—Te has perdido la sopa y el discurso oficial. Estaba preocupada —le dijo. En realidad no lo estaba, pero gracias a que Bernadette la

había distraído, no por otra cosa. Tendría que haber estado preocupada. Jocelyn podía cometer una grosería a propósito, pero jamás era desconsiderada y jamás llegaba tarde. Jamás se presentaba… desarreglada. Qué raro que Bernadette estuviera más mona que Jocelyn—. Ni rastro de Sylvia —le dijo—; ni de Daniel, por cierto. ¿Qué crees que puede significar?

—Voy a llamarla por teléfono —dijo Jocelyn. Volvió a colocarse el zapato—. Me sorprende Daniel. Allegra dijo que vendría seguro.

—¿Puede haber numeritos desagradables para alguien más que para mí? —preguntó Prudie.

—Sylvia jamás montaría un numerito.

—Pero tú sí.

Jocelyn se marchó. Grigg se sentó al lado de Mo. Había varias sillas vacías entre su asiento y el de Jocelyn. La banda tocaba «Your Love Is Lifting Me Higher» pero sin letra.

—¿Podrán llevar a Jocelyn a casa? —preguntó Grigg a Prudie—. ¿Después del baile? Me he quedado sin gasolina.

—Claro —dijo Prudie—. Pero Dean le acompañará a buscar gasolina. Cuando quiera.

Jocelyn volvió a la mesa.

—Están a cinco minutos de aquí —dijo—. Casi han llegado.

Grigg se puso a comer. Movió la silla situándose enfrente de Mo.

—Entonces, misterios. Me encantan los misterios. Aunque sean formulaicos, me encantas las fórmulas.

—Los míos no son formulaicos —dijo Mo—. En una ocasión, no tuve asesinato hasta el final.

¿A quién no le gustaban los misterios?

—¿Cómo conociste a Bernadette? —preguntó Prudie a Jocelyn.

—Se casó con mi padrino.

—¿Qué hacía?

—¿Te refieres a trabajo? Pregúntaselo a ella.

—Sería muy largo —contestó Prudie.

—No creo que yo pueda resumírtelo, tampoco. No terminó el instituto, así que siempre cambiaba de una cosa a otra, ayudante de maestra, manicura. Me acuerdo que una vez me dijo que había trabajado en una feria, haciendo jugar a la gente a tirar aros a unas

pilas de platos. También hizo de Blancanieves en Disneyland una temporada, cuidó animales de compañía y, sobre todo, se casaba. Muy del estilo de Austen, sólo que se casó muchas veces.

»No quiero decir que fuera mercenaria, ya sabes lo alegre que es; pero siempre creía que el de turno era precisamente el que le duraría. Me preocupaban sus hijos, pero sólo por cuestión de principios. Siempre los vi bien, y son estupendos.

»De todas las mujeres de Ben, fue la que más me gustó. Vivían en un caserón viejo de Beverly Hills que tenía un jardín maravilloso y un porche que casi daba la vuelta a la casa. Había un estanque con peces de colores y un puente de madera. Era el mejor sitio del mundo.

—No sería Ben Weinberg.

—¿Lo conoces? Fue un pez gordo de Hollywood en una época. Trabajaba en muchas películas de Fred Astaire.

Desfile de Pascua.

—¡Ay, Dios! —exclamó Prudie—. ¡Cuánta trama!

Se volvió hacia la pista de baile. Más allá de los cinco pisos y la bóveda de cristal era de noche; en el interior, los balcones estaban iluminados con ristras de luces que, encendidas, parecían constelaciones. La banda era pequeña y parecía lejana. Vio a Dean, alto, guapo, un poco saltimbanqui al bailar, pero en el buen sentido.

Bernadette era rotunda pero elástica. Movía los hombros de una forma increíble, con las rodillas sueltas y contoneando las caderas. Daba unos pasitos hacia atrás y, al momento, se contoneaba y movía los brazos. Un chachachá, contenido y femenino. Era una lástima que Dean estuviera en la pista con ella. Evidentemente, la frenaba.

Sylvia cerró el coche en el aparcamiento y esperó con Allegra al ascensor de la calle. Estaba tranquila, aliviada. Jocelyn la había llamado, y le había dicho que Daniel no estaba. Había perdonado a Allegra por haber estado a punto de no ir a la fiesta (y ahora se sentía culpable por haberla obligado a acudir). Incluso le había perdonado el grave pecado de haberse dado un disgusto a sí misma.

Más o menos a la altura del segundo piso, dijo:

—¿Sabes una cosa? No creo que haya nada verdaderamente imperdonable. No si hay amor. —Pero Allegra estaba leyendo un anuncio de Depo-Provera [8] que había en el ascensor y no contestó.

Jocelyn hablaba con Prudie, pero levantaba la voz de modo que

Grigg y Mo la oyeran también.

—¿No te parece que los que saben bailar no suelen ir por ahí diciéndoselo a la gente?

—Cualquier salvaje sabe bailar —dijo Grigg. Se levantó, se acercó y le tendió la mano. A Jocelyn, el dolor de los pies le llegaba hasta las rodillas, pero no iba a dar a Grigg la satisfacción de decírselo. Si él no estaba tan cansado como para bailar, ella tampoco. Bailaría hasta morir.

Pasó por alto la mano tendida y se levantó sin ayuda.

No miró a Grigg. Él no la miró a ella. Prudie se quedó mirando a los dos, que se alejaron juntos, con furia en la espalda, en los brazos, en los pasos perfectamente sincronizados.

Prudie se encontraba de un humor variable, desde la muerte de su madre. Había pasado una noche bastante agradable allí, escuchando la historia de Bernadette y burlándose de Mo. Y de pronto se sintió abandonada por Dean, por Bernadette, por Jocelyn y por Grigg. Era una tontería, sólo habían salido a bailar, pero así era; la habían dejado sola. Siempre la dejaban atrás.

—Estoy desamarrada —le dijo a Mo—, como si la cuerda que me ata a este mundo se hubiera roto. —Eso no se lo podía decir a Dean. Le heriría profundamente saber que él no era su cuerda. A Mo se lo podía decir sólo porque había bebido mucho y no volvería a verlo nunca más. Ni leería sus estúpidos libros.

—En ese caso, es hora de levantar el vuelo —dijo Mo, inclinándose sobre la mesa de modo que las zinnias del centro le hicieron cosquillas en la barbilla. Se acercó lo suficiente para ver que Prudie estaba llorando, y entonces se incorporó con sorpresa, sin saber qué hacer—. ¡No, por favor! —le dijo—. A cambio, venga a bailar, si considera que a Dean no le va a importar.

La banda tocaba «Come Together» de los Beatles, el tema predilecto de la madre de Prudie, con diferencia, de todo el repertorio del grupo inglés.

«Digamos que hemos bailado pero sin haber bailado», estuvo a punto de contestarle, porque eso es lo que habría hecho su madre. Pero Mo lo había dicho de una forma encantadora. Parecía un buen consejo, dentro de lo que cabía. Parecía incluso un plan. «A cambio, venga a bailar». Podía quedarse ahí sola, si no contaba a Mo, que no contaba, o podía obligarse a participar en la fiesta. Se limpió los ojos con la servilleta, la dobló y la dejó en la mesa.

—De acuerdo —dijo.

¿Y qué, si había rechazado la oferta anterior del hombre al que amaba? Volvería a pedírselo. Entre tanto, había luces y flores, aros de cristal y caras de zorro de bronce, hombres ricos y hombres agradables, hombres ausentes y hombres a los que simplemente les gustaba una buena trama. Si la música era buena, ¿por qué no bailar con todos ellos?

Bernadette nos contó:

Al final de *Orgullo y prejuicio*, Jane, Elizabeth y Lydia Bennet se casan. Pero todavía quedan dos jóvenes Bennet, Mary y Kitty, sin compromiso.

Según el sobrino de Austen, las casó más adelante. Contó a su familia que Kitty Bennet, con el tiempo, se casaba con un clérigo que vivía cerca de la finca Darcy. Mary Bennet se casaba con un empleado de la oficina de su tío Philips, lo que le permitió quedarse cerca de la casa de sus padres y formar parte de la única sociedad en la que podía distinguirse. Ambos matrimonios, según Austen, eran buenos.

—Me gusta saber siempre el final de las historias —dice Bernadette.

Agosto

[image]

Asunto: Re: Mamá

Fecha: 5 de agosto de 2002 8:09:45 am PDT

De: airheart@well.com

Para: biancasillman@earthlink.net; catwoman53@aol.com

Hola, panda Harris:

La señora Grossman llamó esta mañana. Creía que teníamos que saber que nuestra madre, de setenta y ocho años de edad y con cadera nueva, estaba en el tejado del segundo piso limpiando el canalón. Le dije que habíamos contratado a Tony para los trabajillos peligrosos del hogar, pero la señora Grossman dice que Tony ya se ha ido a la universidad porque tenía fútbol. Así que una de nosotras tendría que ir a contratar a otro.

(¿Y en qué se ha metido nuestro hermanito Grigg? Me llamó anoche con esa vocecita de pintura rascada que pone cuando quiere decirme que algo anda mal pero no quiere decírmelo.)

Amelia

Asunto: Re: re: Mamá

Fecha: 5 de agosto de 2002 11:15:52 am PDT

De: catwoman53@aol.com

Para: airheart@well.com; biancasillman@earthlink.net

Sólo quiero que todas veamos claro que eso es exactamente lo que mamá quiere. Sabe que la señora Grossman llamará y que quedaremos como unas hijas escandalosamente desapegadas, y entonces alguna tendrá que salir disparada. Quiero decir que alguna tendrá que ir, claro, pero no olvidemos que es una vieja astuta, ¿por qué no nos lo pide sencillamente? Digo que tendríamos que encerrarla en un asilo hasta que prometa no volver a subirse al tejado.

En cuanto a Grigg, ¿soy la única que cree que se ha enamorado otra vez? ¿Y que ya era hora? ¿Cuánto hace de lo de Sandra?

Besos para todas, Cat

Asunto: Re: re: re: Mamá

Fecha: 5 de agosto de 2002. 12:27:59 pm PDT

De: airheart@well.com

Para: catwoman53@aol.com; biancasillman@earthlink.net

Nosotras somos las culpables de la vida amorosa de Grigg. Le hemos dado unos ejemplos de mujer que ninguna otra puede igualar.

A

Asunto: Mamá y Grigg

Fecha: 5 de agosto de 2002 1:02:07 pm PDT

De: biancasillman@earthlink.net

Para: airheart@well.com; catwoman53@aol.com

Las cosas van despacio por aquí, así que no me importa ir a ver qué pasa con mamá (sí, somos unas hijas escandalosamente desapegadas).

Estoy casi segura de que a Grigg le gusta alguna mujer de ese club de lectura. No sé si a ella le gusta él. A mí también me llamó anoche, muy tarde, muy depre. Me temo que Sandra lo ha dejado más frágil que antes. (¿Cómo era ese lema de las *scout*... «Deja el campamento mejor de lo que lo encontraste»? Sandra no fue *scout.)* Siempre me pareció que sólo lo utilizaba por lo que sabe de ordenadores.

Besitos a los maridos y a los niños, Bianca.

Asunto: Re: Mamá y Grigg

Fecha: 5 de agosto de 2002 1:27:22 pm PDT

De: catwoman53@aol.com

Para: airheart@well.com; biancasillman@earthlink.net

Sandra era una buena pieza. ¿Te acuerdas de tu fiesta de Navidad, Amelia? No pise el muérdago, señorita, por favor. Mantenga las manos a la vista. Se lo advertimos. En cuanto ve una cara bonita, ya no escucha a sus hermanas.

Bss, Cat

Asunto: Re: re: Mamá y Grigg

Fecha: 5 de agosto de 2002 5:30:22 pm PDT

De: airheart@well.com

Para: catwoman53@aol.com; biancasillman@earthlink.net

Si Grigg se ha enamorado otra vez, más vale que una de nosotras se haga cargo.

A

Seis

en el que leemos **Persuasión** *y nos encontramos otra vez en casa de Sylvia*

La mayor parte del público de la sala de Historia de California buscaba información sobre su propia familia, a cualquier hora del día. Sylvia trabajaba en la biblioteca del estado desde 1989; había ayudado a centenares y centenares de personas a cargar rollos de microfichas en el alimentador, a ajustar imágenes, a dominar el avance rápido. Abría los índices de novios, novias y defunciones y descendía como una espeleóloga entre tatarabuelos. Hoy había empezado con una búsqueda fallida: un nombre Corriente (Tom Burke), una gran ciudad (San Francisco), cierta vaguedad en cuanto a las fechas, para rastrear a un descendiente cabreado que pensaba que ella no hacía bien su trabajo. Comparó desfavorablemente los recursos de Sylvia y su celo en conseguirlo con los de los mormones.

Todo eso la hizo reflexionar. Se preguntó si siempre había existido el mismo grado de interés por la genealogía, incluso en los años sesenta, cuando todo había que hacerlo desde cero. ¿A qué venía esa fiebre por el pasado personal? ¿Qué buscaban? ¿Qué importancia podían tener los antepasados, en realidad, en lo que uno era ahora?

Supuso que ella no era mejor que los demás. Le gustaba en particular que le pidieran la caja 310, una colección de archivos de documentos españoles y mexicanos. Ella misma había traducido hacía poco los «Solemnes esponsales de Manuel Rodríguez, de Guadalajara, de padres difuntos, con María Valvanora E La Luz, hija de un soldado y una residente en Sinaloa». El documento estaba fechado el 20 de octubre de 1781. La información era seca. ¿Se amaban desesperadamente el uno al otro? ¿Eran amigos o cenaban todas las noches en un silencio gélido y hacían el amor con resentimiento? ¿Llegaron a contraer matrimonio en realidad? ¿Habían tenido hijos? ¿Uno de ellos se marchó después sin avisar, y en tal caso, cuál de ellos se marchó y cuál se quedó?

En la caja había otros documentos, como una invitación a un gran baile en casa del gobernador, en honor de Antonio López de Santa Ana; una fotocopia de las Capitulaciones de Andrés Pico a favor de John C. Frémont, de Cahuega; una carta dirigida a fra José María de

Zaldivea en la que se hablaba de las leyes del matrimonio entre los indios. Esta última estaba fechada aproximadamente en 1811, año el que, a un mundo de distancia, Jane Austen publicaba por fin *Sentido y sensibilidad*, sobre un tema parecido.

«Nosotros llegamos aquí los primeros», decía el padre de Sylvia, aunque su madre sólo había sido la segunda generación, pero incluso así, claro está, ni siquiera estaban cerca del origen, sólo habían llegado antes que algunos.

Por California ¡un poema!

Tierra de amor, de misterio,

de culto, de belleza y de canción.

Lo había escrito Ina Coolbrith, y los versos estaban ahora cincelados en la pared de al lado de las escaleras que subían al segundo piso. Pero el letrero que más le gustaba a ella era el de arriba, y estaba escrito en rotulador mágico. Decía: «Silencio. Estamos trabajando».

[image]

De pequeña, Sylvia nunca había ido a esa biblioteca, pero había crecido cerca de allí, en una casa gris de madera de la calle Q. Tenían un patio grande, limoneros a la entrada y tomates y guindillas en la parte de atrás. Su madre siempre estaba en el jardín, tenía mano para las plantas. La santa preferida de su madre era Teresa, que había prometido que, después de su muerte, cubriría el mundo de rosas.

Y, sin duda, la mujer aportaba su grano de arena. Tenía rosales de arbusto y de árbol, y rosales trepadores en las rejas. Los trataba contra los afídidos, los abonaba con compost y los protegía en invierno. «¿Cómo sabes lo que hay que hacer?», le preguntó Sylvia en una ocasión, y su madre le dijo que, con sólo prestarles atención, las rosas te decían lo que necesitaban.

El padre de Sylvia escribía en un periódico de lengua española, *La Raza*. Por la noche, llegaban los hombres y se sentaban en el porche, tocaban la guitarra, hablaban de política, del campo y de la inmigración. A la mañana siguiente, le tocaba a Sylvia recoger las botellas, las colillas y los platos sucios.

Su segundo cometido era ir corriendo a casa de su abuela a la salida del colegio, a traducirle sobre la marcha el episodio

correspondiente de la comedia televisiva «Young Dr. Malone». ¡Cuántos acontecimientos en una ciudad tan pequeña como Denison! Asesinato, encarcelación, alcohol y desesperación. Adulterio y ceguera histérica. Trombosis. Cáncer de garganta. Mutilación por accidente. Falsificación de testamentos. Y después, el segundo episodio.

A continuación, la abuela de Sylvia analizaba la serie buscando los matices de los personajes, los temas y símbolos, las lecciones morales prácticas. El análisis se llevaba gran parte del resto de la tarde. Había mujeres que tenían una aventura amorosa y se quedaban ciegas; enfermeras que amaban a los médicos con fervor silencioso y no correspondido, abrían clínicas pediátricas, hacían bien su trabajo. La vida se componía de urgencias médicas, casos judiciales, amores tortuosos y familiares que apuñalaban por la espalda.

A veces, su padre le leía cuentos de hadas europeos a la hora de acostarse, cambiaba el color del pelo a las heroínas, de rubio a negro (como si Sylvia se dejara engañar tan fácilmente y, de todos modos, como si la hija de Diego Sánchez fuera a identificarse con una niña castaña llamada Blancanieves) y destacaba las cuestiones de clase social siempre que salían a colación. Los leñadores nacían para casarse con princesas. Las reinas bailaban hasta morir con los zapatos ensangrentados.

Los domingos, su madre le leía *Vidas de santos*, las de santa Dorcas y todos los demás que habían regalado sus bienes y se habían dedicado por entero a la caridad. Su madre pasaba los martirios rápidamente, el de santa Ágata (le cortaron los pechos), el de santa Lucía (le sacaron los ojos), el de santa Perpetua (guió la espada del verdugo con su propia mano hasta la garganta). Sylvia tardó años en saber que esas historias también estaban allí. Solamente lo sospechaba.

Pero ni los cuentos de hadas ni las vidas de santos tuvieron un impacto tan duradero como la serie «Young Dr. Malone». Sylvia situaba el declive de su abuela en el día en que dejaron de emitir la serie.

Casi todo lo que sabíamos de Sylvia nos lo había contado Jocelyn. Se habían conocido en un campamento femenino de *scouts*, a los once años. La pequeña Jocelyn Morgan y la pequeña Sylvia Sánchez.

—Coincidimos en la cabaña *chippewa* —dijo Jocelyn—. Sylvia parecía muy mayor, comparada conmigo. Sabía cosas que jamás os habríais imaginado que una niña pequeña pudiera saber, de historia y de medicina. Y sobre todo, acerca del estado de coma.

»Pero creía que los monitores estaban siempre urdiendo planes a

nuestras espaldas. Veía complicadas tramas en todo lo que hacíamos. Un día, nos llevaron a las cuatro *chippewas* a hacer una caminata fuera del campamento, y nos dejaron allí para que volviéramos solas. Formaba parte de una prueba que teníamos que superar, o eso decían los monitores. Sylvia sospechaba de todo el montaje. "¿Por qué motivo puede querer alguien quitarnos de en medio?", nos preguntó Sylvia una a una. ¿Qué niña pequeña es capaz de pensar así?

En la familia de Sylvia, nadie sospechaba que el padre hubiera dejado de cobrar el sueldo para invertirlo en el periódico, hasta que el dinero se acabó. Entonces se trasladaron a la Bay Area, donde el tío de Sylvia contrató a su padre en el restaurante que tenía. Sylvia y sus hermanos tuvieron que cambiar la casa victoriana de dos pisos por un piso pequeño, y el colegio privado por un enorme colegio público. La hermana mayor ya estaba casada, y se quedó en Sacramento criando a sus hijos, y sus padres empezaron a quejarse de que ya no podían ver a sus nietos.

Algunos domingos, se iban todos en coche a Sacramento a visitar a los abuelos, pero en general, el padre trabajaba los fines de semana y no podían ir. Era un hombre poco acostumbrado a servir al público y su trato antipático asombraba a la clientela. Había que recordarle que no debía inmiscuirse en las conversaciones de los clientes ni hablar de sindicatos con los ayudantes y cocineros. Decía que la costumbre de la propina era una forma de humillación. El día del cumpleaños de la madre de Sylvia, cuando el padre le daba la serenata a las cinco y media de la madrugada, justo a la salida del sol, como había hecho desde el día en que se casaron, Sylvia vio encenderse luces anglófonas, curiosas e irritadas, en la casa de atrás.

Uno de los cocineros del restaurante tenía una hija que iba al instituto público. El padre de Sylvia procuró que las dos jóvenes se conocieran para que Sylvia tuviera una amiga cuando empezara el curso. La chica se llamaba Constance; era un año menor que Sylvia; usaba lápiz de labios y se empapaba el pelo de tal manera que parecía que llevara un casquete de papel de embalar en la cabeza. Se había cosido el nombre de su novio en la palma de la mano izquierda. Sylvia era incapaz de mirárselo, aunque Constance decía que no le había dolido; el secreto estaba en dar puntadas superficiales. Y a Sylvia le tocó explicarle los peligros de la infección y el consiguiente riesgo de amputación. Además, era una auténtica barbaridad. Evidentemente, no iban a convertirse en amigas íntimas.

Pero estaba Jocelyn. Y después, Daniel.

—¿Es católico? —le preguntó su madre la primera vez que Daniel la acompañó a casa en coche desde el instituto.

—¡No voy a casarme con él! —replicó Sylvia, tajante, porque no lo era y no quería decírselo.

Una vez casados, la noche en que Sylvia y Daniel tuvieron la primera gran pelea y ella se plantó en el umbral de la casa de sus padres con lágrimas en los ojos y una bolsa con lo imprescindible para dormir allí, su padre no quiso dejarla entrar.

—Vete a casa con tu marido —le dijo—. Ahora vives allí. Tenéis que solucionarlo vosotros.

Por otra parte, los no católicos creían en el divorcio. Por un motivo u otro, empezaban a sentirse desgraciados y entonces se marchaban, y sus padres ni siquiera intentaban impedirlo, y por eso no había que casarse con no católicos.

Y, en efecto, treinta y tantos años después, ¿no era eso exactamente lo que había hecho Daniel? Era una lástima que la madre de Sylvia no hubiera vivido para verlo. Se habría alegrado mucho de tener la razón.

En honor a la verdad, seguramente no mucho más que cualquier otra persona.

[image]

Una mujer fornida salió de la sala de microfilmes y se acercó al mostrador. Iba con pantalones vaqueros y una sudadera verde de Squaw Valley y llevaba un lapicero detrás de la oreja. Puesto que también usaba gafas, el espacio entre la oreja y el cráneo estaba superpoblado.

—Falta una fecha en el *San Francisco Chronicle* de 1890 —dijo a Sylvia—. Salta del 9 al 11 de mayo. También he mirado en el *Alta* y en el *Wasp*. Al parecer, nadie tiene el 10 de mayo de 1890.

A Sylvia también le pareció muy extraño. Puesto que las microfichas venían de un servicio central, supuso que no resolvería nada yendo a otra biblioteca. Mandó a Maggie al sótano, a ver si encontraba el dato perdido entre los periódicos de papel.

En general, a los bibliotecarios les gustan los encargos especiales. A los de la sección de referencia les gusta la caza del dato. Cuando un bibliotecario lee por afición, suele escoger un buen misterio. Y además, por razones poco claras, suelen ser personas gatunas.

Un hombre negro con jersey gris de cuello alto solicitó la grabación de una entrevista histórica sobre política pública del

teniente de gobernador en funciones entre 1969 y 1972.

Un hombre mayor con boina de terciopelo pidió a Sylvia que se acercara a su mesa para enseñarle lo que estaba haciendo. Estaba escribiendo su árbol genealógico con una caligrafía meticulosa y muy bonita.

Maggie volvió sin haber encontrado la fecha que faltaba. Se ofreció a llamar a la biblioteca Bancroft de Berkeley, pero la mujer que había solicitado el *Chronicle* dijo que tenía que marcharse; se le había agotado el tiempo del parquímetro. Quizá la próxima semana, cuando volviera por allí.

Un hombre con la piel estropeada pidió ayuda para imprimir una copia de un lector de microfichas. Le tocaba a Sylvia.

La sala principal era un espacio encantador, de paredes curvas, grandes ventanas y vistas a unos tejados de tejas rojas. Desde una de las mesas se veía la cúpula del Capitol.

La sala de documentos raros estaba forrada de estanterías repletas de libros raros, y era agradable también, a su manera. Allí se trabajaba a puerta cerrada, los ruidos del exterior quedaban muy amortiguados. Sólo los bibliotecarios podían abrir y cerrar la puerta a las personas.

La sala de microfilmes, en cambio, no tenía ventanas, pero sí iluminación indirecta, además de las lámparas individuales de lectura. Había un zumbido constante de imágenes que, inevitablemente, se desenfocaban por un lado u otro sin lograr centrarse nunca correctamente. Todo inducía al dolor de cabeza. Tenía que gustar mucho la investigación para tomar cariño a la sala de microdocumentos. Sylvia estaba colocando el alimentador cuando Maggie fue a buscarla.

—Tienes una llamada de tu marido —le dijo—, dice que es urgente.

Allegra había tenido un día excelente. Había pasado la mañana trabajando y enviando unos pedidos por correo. Se le ocurrió una idea para hacer un regalo a su madre y estaba pensando cómo llevarla a cabo. Para inspirarse, se fue al Rocknasium, un gimnasio de escalada del barrio. En realidad, cuando se escala, no se puede pensar en nada más, pero era un no pensar que a ella siempre le daba buenos resultados. Se colocó el arnés. Se suponía que su amigo Paul se reuniría con ella; hacía un par de meses que escalaban juntos. Allegra estaba aproximadamente entre el nivel 5,6 y el 5,7 de dificultad, y Paul un poco más arriba. Los habituales eran hombres en su mayoría, pero las pocas mujeres que iban eran del estilo de Allegra, fuertes y

atléticas. La sala olía a resina y a sudor, los olores que le gustaban.

El Rocknasium sólo contaba con nueve paredes de gran tamaño, con nudos y grietas estratégicamente situados y agarres señalados con goterones de colores brillantes, como las pinturas de Jackson Pollock. En cada pared había tres rutas: la roja, la amarilla y la azul. Siempre había que pasar de largo por el agarre más próximo e ir a buscar el del color correspondiente a la vía que se estaba haciendo. El agarre correspondiente siempre era más pequeño y estaba más lejos. Paul había llamado a Allegra la noche anterior y le había dicho que acababan de cambiar las rutas, y que ya era hora.

Al principio, cuando empezó a escalar, se quedaba mucho tiempo en un punto pensando en la mejor forma de dar el paso siguiente. Los brazos y las piernas llegaban a quemarle de agotamiento. Advirtió entonces que los escaladores expertos se movían con gran rapidez. Quedarse quieta resultaba más agotador que mantenerse en movimiento; pensar demasiado era fatal. Allegra supuso que eso entrañaba una lección. Aprendía las lecciones rápido, pero no le gustaba que le dieran muchas.

Nunca había ido al Rocknasium de día. La sobriedad amedrentadora de los escaladores habituales, el silencio concentrado, habían desaparecido. En cambio, unos gritaban, otros cantaban, otros se arrojaban resina... Se oían risas y voces y toda la algarabía de una fiesta de décimo cumpleaños que rebotaba en las falsas rocas pintadas. Niños, con azúcar corriéndoles por las pequeñas venas, había niños por todas partes, sujetos a las paredes por las cuerdas, como arañas. El aire estaba tan cargado de resina que Allegra estornudó. El ambiente matutino ejercía otra clase de intimidación.

Le gustaba ser tía. El tiempo que dedicaba a las dos hijas de su hermano Diego cubría su necesidad de niños, seguro. Y sobre todo, no quería más. Sería complicado que el código genético que convertía a una persona en gay le dejara intacta la necesidad de reproducirse. Algunos días, apenas notaba el paso de los años.

—¡Vamos, tira! —gritó un crío con impaciencia a otro que, seguramente no avanzaba.

Allegra se dirigió a la pared de escalada en solitario para hacer el calentamiento, mientras esperaba a Paul. Era una pared suficientemente baja, de unos dos metros bien cumplidos, como para escalar sin cuerdas. Al pie había una colchoneta muy gruesa. Puso un pie en un agarre azul y levantó el brazo en busca del siguiente. Se izó. Un agarre azul, otro, otro... Hacia el final vio una atractiva mancha de pintura anaranjada, más allá del siguiente asidero azul —tendría que

saltar—, pero con un borde brillante que quizá fuera posible alcanzar. Las cosas salían mejor si no se pensaban mucho. Sólo tenía que volar un poco.

A la derecha, la niña del cumpleaños bajaba en *rappel* a toda velocidad, mientras el que la aseguraba soltaba cuerda según sus necesidades.

—¡Al cable! —dijo alguien—. ¡Hola, Jet Li!

Un adulto daba instrucciones desde otra pared.

—Mira arriba —dijo—. Tienes el morado justo a la izquierda. Puedes alcanzarlo. No te preocupes. Te sujeto yo.

«Te sujeto yo».

Nadie sujetaba a Allegra, pero ella nunca había necesitado que la sujetasen. Se llevó la mano al bolsillo del arnés en busca de la resina. Se soltó de una patada y se agarró.

Sylvia llamó a Jocelyn desde el coche.

—Allegra se ha caído en el gimnasio de escalada —dijo. Procuraba no imaginarse todo lo que podía suceder a consecuencia de una caída. Silla de ruedas, estado de coma—. La han llevado a Sutter. Voy hacia allí, pero no sé nada. No sé a qué distancia está, no sé si está consciente, no sé si se ha roto una uña o se ha partido la crisma. —Casi no pudo decir las últimas palabras, los sollozos la ahogaban.

—Te llamo en cuanto llegue allí —dijo Jocelyn—. Seguro que todo está bien. En esos gimnasios está prohibido escalar sin arneses. No creo que sea posible hacerse mucho daño.

Jocelyn siempre estaba segura de que todo estaba bien y, si algo fallaba cuando ella llegaba, encontraba la manera de arreglarlo antes de irse. Nunca pensaba en las cosas que no podía arreglar hasta que se veía obligada. Sylvia, por el contrario, no podía pensar en otra cosa en algunas ocasiones. Jocelyn no tenía hijos, pero ella tenía tres, más dos nietos; ahí estaba la diferencia. ¿Por qué habrían ingresado a Allegra en el hospital, si no le hubiera pasado nada?

Las desgracias existían, al fin y al cabo, de modo que sólo cabía considerarse afortunado mientras no sucediera nada malo. Sylvia y Daniel habían aparcado el coche y se habían quedado dentro, a sólo un par de manzanas de casa de Daniel, el día en que su hermano murió. Era el último año en el instituto. Estaban besándose y charlando. Tanto los besos como la conversación eran tensos. Últimamente siempre daban vueltas al mismo tema. ¿Irían a la misma

universidad? ¿Sería mejor ir los dos a la misma universidad sólo por no separarse? Y si los dos querían ir a la misma universidad, ¿no sería mejor que uno de ellos se fuera a otra, precisamente para evitar seguir juntos? ¿La relación pasaría la prueba de la separación? ¿Era mejor ponerse a prueba? ¿Cuál de los dos amaba más al otro? Oyeron sirenas. Se besaron.

Al hermano de Daniel lo había atropellado un coche que conducía un chico de dieciséis años. Andy murió instantáneamente, y fue el único detalle de gracia que se le concedió a Daniel, porque de ese modo no tuvo que pasarse el resto de la vida lamentando no haberse podido despedirse de su hermano por no haber acudido en el instante en que oyó las sirenas.

Sylvia consideraba a la madre de Daniel particularmente desapegada, amable pero distante. Cuando se casaron y tuvieron hijos, la impresión se corroboró. No se quejaba constantemente de lo poco que veía a sus nietos, ni lloró ni dejó constancia por escrito de nada cuando Allegra —¡con lo mona que era esa chica!— resultó ser gay y seguramente jamás tendría hijos.

Sylvia también era un tanto desapegada, pero en medio del alboroto general de su accidentada familia, nadie, ni siquiera ella misma, se había dado cuenta todavía. La madre de Daniel le caía bien —apenas proyectaba una sombra, ¿no era motivo suficiente para caer bien?—, pero le habría ofendido que la comparasen con ella. El día en que Andy murió, vio a la madre de Daniel arrugarse como un papel. Se le instaló una expresión en la cara que nunca más desapareció.

En *Persuasión*, Jane Austen habla de la muerte de un niño, brevemente, sin darle importancia. Dice que los Musgrove «por desgracia, habían tenido un hijo problemático y sin esperanza; por fortuna, lo habían perdido antes de que cumpliera veinte años». Dick Musgrove no era amado. Cuando se hizo a la mar, nadie lo echó en falta. Lo asignaron a un barco al mando del capitán Wentworth y nunca se especificó la causa de su muerte... sólo la muerte lo hizo valioso para su familia.

Así son los padres que Anne Elliot, la heroína de Jane Austen, califica más adelante en el libro de excelentes. «¡Qué bendición —dice Anne— para los jóvenes estar en manos semejantes!».

Había tráfico en el paso elevado; los carriles iban saturados. Sylvia avanzaba muy despacio. Las desgracias existían. Ahí mismo había cristales rotos, allí, un coche destrozado en el bordillo de la carretera, con la puerta de atrás, del lado del conductor, prácticamente doblada en dos. Se habían llevado a las personas, no

era posible averiguar en qué estado habían quedado. Tan pronto como dejó atrás el accidente, pudo retomar la velocidad propia de una autopista.

Jocelyn tardó quince minutos en llegar al hospital, otros cinco en localizar a la enfermera de la sala de urgencias que había formalizado el ingreso de Allegra.

—¿Es usted familiar de la enferma? —le preguntó la enfermera, y después le explicó con toda amabilidad que el hospital no podía dar información sobre el estado de Allegra a ninguna persona que no fuese de la familia.

Jocelyn creía en las reglas, y también en las excepciones. No sólo para sí misma, sino para cualquiera que fuera como ella. Con la misma amabilidad, describió la escena que sería capaz de montar.

—No me cohíbo —dijo—, y no estoy cansada. Su madre está esperando mi llamada.

La enfermera comentó que Allegra era también el nombre de un medicamento contra la alergia. Fue un comentario malicioso e impertinente, además. Cuando Jocelyn lo pensó más tarde, al recordarlo todo, pero ya sin la preocupación por Allegra, ese detalle la enfureció. ¡Qué comentario tan frívolo, en esas circunstancias! Además el nombre era precioso. Lo había utilizado Longfellow.

Sin embargo, la enfermera le confió que le habían hecho radiografías. Allegra estaba inmovilizada, en suspensión. Estaban mirándole el golpe en la cabeza, pero se mantenía consciente. Llevaba el caso la doctora Yep. Y no, Jocelyn no podía ver a Allegra. Sólo podían verla los familiares.

Jocelyn se encontraba en plena explicación de por qué la enfermera estaba equivocada también en ese aspecto cuando llegó Daniel. Entró como si no hiciera meses que apenas se hablaban y la abrazó. Olía exactamente a Daniel.

Hay momentos en los que se necesita el abrazo de un amigo. A Jocelyn le gustaba ser soltera, pero a veces lo pensaba.

—Le han hecho radiografías. Es posible que se haya golpeado la cabeza. A mí no quieren decirme nada —le contó, apoyada en su hombro—. Tengo que llamar a Sylvia inmediatamente.

Cuando Sylvia la vio, Allegra llevaba casi dos horas inmovilizada y estaba furiosa. Sylvia, Daniel y Jocelyn formaban a su alrededor un círculo de caras blancas que sonreían forzadamente. Comentaban que

siempre era Allegra la que se rompía algo, los chicos, nunca. Se acordaban de cuando se había roto el pie al caerse de una estructura de hierro, en el parque; y también de cuando se había dislocado la clavícula al caerse de un olmo; y del día en que se machacó el codo en un accidente de bicicleta. También comentaron que tenía cierta tendencia a los accidentes, y todo iba enfureciendo a Allegra más y más.

—No me he hecho nada —dijo—. La caída fue de un metro o poco más, y había una colchoneta muy gruesa. No me puedo creer que me hayan traído aquí. Ni siquiera perdí el conocimiento.

La verdad era que sí había perdido el conocimiento, y lo sospechaba. No recordaba la caída, no recordaba nada hasta que llegó la ambulancia. Y seguro que se había caído de una altura mayor. Lo de la colchoneta lo sabía sólo porque la había visto antes. Pero, puesto que no se acordaba de los pormenores, los arregló a su antojo. ¿Eso era mentir?

Y en ese momento, en el hospital, con todos alrededor de la cama, le pareció revivir la última escena de la película *El mago de Oz*; tenía la impresión de que todos se habían conchabado para hacer una montaña de un grano de arena. Teniendo en cuenta que había practicado rafting en aguas blancas, snowboard, surf, paracaidismo... ¡por el amor de Dios!... opinaba que mantenía un historial bastante limpio. A sus padres les parecía desastroso sólo porque no sabían nada del rafting, del snowboard ni del paracaidismo.

Por fin, entró la doctora Yep con las radiografías. Allegra no podía moverse ni un centímetro para mirar, pero nunca veía nada en las radiografías. Tampoco era capaz de ver nunca los colores de las estrellas por el telescopio, ni de localizar aves con los prismáticos, ni paramecios en el microscopio. Era irritante, pero no convivía con ello a diario.

La doctora Yep hablaba con sus padres y les señalaba detalles de las costillas y el cráneo de su hija. Tenía una voz muy agradable, lo cual fue de agradecer porque habló mucho rato. Después de catalogar las diversas cosas que podían encontrarse en las radiografías de Allegra, pero que felizmente no se encontraban, la doctora fue al grano. Tal como Allegra había dicho, no se había hecho absolutamente nada. No obstante, y para su mayor fastidio, querían mantenerla en observación toda la noche. La doctora decía que la paciente había respondido de forma extraña a algunas preguntas, en la ambulancia, como qué día de la semana era, y qué mes. Allegra lo negó todo.

—Es que me interpretaron al pie de la letra —dijo.

No se acordaba de las preguntas, sólo de que los sanitarios de urgencias, que zumbaban alrededor como mosquitos, la habían provocado. Quizá hubiera dado una breve cita de Dickinson. ¿En qué universo podía ser delito eso? Al menos, le quitaron al fin los suspensores y pudo ponerse de un lado o de otro. Al cambiarse de lado, se enteró de que tenía una venda en la sien y sangre en la mejilla, y le dio vergüenza. Por lo visto, se había hecho un rasguño en la cabeza.

Tardaron cuarenta minutos en cumplimentar los trámites e ingresarla en planta. En ese momento, ya empezaba a sentir dolor, magulladuras, rigideces, y la amenaza de un terrible dolor de cabeza. De nada iban a servirle el par de pastillas de Tylenol que le habían ofrecido. Necesitaba droga de verdad; tenía la esperanza de no ser la única que opinara así, sólo porque no se había roto ningún hueso.

La enfermera de turno resultó ser Callie Abramson. Allegra había coincidido con ella en el instituto, aunque no en el mismo curso ni en los mismos ambientes. Callie había participado en el anuario y había sido representante de los estudiantes. Allegra se dedicaba al hockey y al arte. De todos modos, era agradable encontrarse con una conocida en un lugar extraño. Al menos Sylvia estaba encantada.

Mientras ayudaba a Allegra a acostarse, Callie le contó que Travis Browne se había convertido al mahometismo. «Tope fuerte», dijo Callie, significara lo que significase. Allegra no recordaba haber hablado ni dos palabras con Travis. A Brittany Auslander la habían arrestado por robar ordenadores del laboratorio de lengua, en la universidad. Todo el mundo, excepto Callie, la había considerado siempre una buena chica. Y ella se había casado —«no lo conoces», le dijo—, y tenía dos niños. Y Melinda Pande era gay.

—¿Tope fuerte? —preguntó Allegra.

Se acordaba de que Callie adelgazó tanto que todo el mundo sospechaba que padecía anorexia; a pesar de todo, intentó entrar en el equipo de animación, pero parecía un palo con falda corta y una carita angulosa que gritaba «¡dale una F, dale una I!». Y de una primavera en que se desmadró muchísimo en la época de exámenes finales y la llevaron al despacho de la psicóloga en pleno ataque de histeria, y después encontraron pastillas en su taquilla, para adelgazar o para quitarse la vida, nadie lo supo nunca, pero no por eso dejaron de hablar.

Y ahí la tenía ahora, delgada pero no en exceso, trabajando, sonriendo como cualquier madre y diciéndole lo mucho que se

alegraba de verla otra vez. Allegra se alegraba mucho por ella. Vio las fotos de los hijos de Callie, que le transmitieron auténticas vibraciones de hogar tolerante, tierno y bullicioso. Pensó que, seguramente, Callie era muy buena madre.

Callie no se acordaba de muchas cosas sobre Allegra, pero ¿no era eso precisamente lo mejor que podía pasar, respecto a los compañeros de instituto?

[image]

Sylvia y Daniel fueron en un solo coche a casa, a recoger cosas para Allegra, como el cepillo de dientes y las zapatillas. Había pedido un batido, así que también se lo llevarían.

—La he encontrado muy emotiva —había dicho la doctora Yep a Sylvia en privado. Estaba claro que le parecía un detalle de cierta relevancia.

Sylvia lo entendió como algo positivo. El alivio se tornó alegría. Su Allegra estaba, pues, ilesa, intacta. Habría preferido llevársela a casa, aunque no tenía absolutamente ninguna queja que hacer. Salvada por los pelos. Otro día muy, muy afortunado en la afortunadísima vida de Sylvia.

—¿Cómo está Pam? —preguntó a Daniel caritativamente. Sylvia todavía no la conocía. Allegra decía que era tan dogmática e inflexible como un abogado de familia en prácticas.

—Pam está bien. ¿No te pareció que Jocelyn estaba un poco apagada? Bueno, claro, estaba preocupada. Todos lo estábamos.

—Jocelyn está bien. Muy ocupada, gobernando el mundo.

—Gracias a Dios —dijo Daniel—. No me gustaría vivir en un mundo donde no gobernara Jocelyn.

¡Como si no fuera exactamente eso lo que había hecho, cambiar el mundo en el que gobernaba Jocelyn por otro donde no gobernaba! Así lo pensó Sylvia, pero estaba tan contenta, tan agradecida (aunque no a Daniel), que no dijo nada.

Verlo de nuevo en casa le produjo una extraña sensación, como si estuviera soñando o despertándose, no sabía cuál de las dos cosas exactamente. ¿Quién era ella, en realidad? ¿Sylvia sin Daniel o Sylvia con Daniel? En ciertos aspectos, tenía la sensación de haber envejecido años, en los meses que él llevaba fuera.

En otros, sin embargo, había vuelto a ser la hija de sus padres.

Después de irse Daniel, empezó a recordar cosas de la infancia, cosas en las que no había pensado nunca. Como si Daniel hubiera sido un largo paréntesis que, en realidad, ocupaba la mayor parte de su vida. De repente, soñaba en español otra vez. Cada día pensaba más en las rosas de su madre, en la política de su padre, en las comedias televisivas de su abuela.

El divorcio era como una comedia de la televisión, desde luego. Los papeles estaban escritos de antemano, sin posibilidad de cambiarlos, sin posibilidad de hacerlos propios. Vio que a Daniel le estaba matando no ser el héroe de su propio divorcio.

—Ten muy presente que el que se ha ido no es sólo Daniel el bueno —le había dicho Jocelyn—, sino también Daniel el malo. ¿Acaso no era insoportable, a veces? Haz una lista de todas las cosas que no te gustaban.

Pero cuando Sylvia lo intentó, las cosas que no le gustaban se tornaban cosas que le gustaban. Se centraba en algún recuerdo desagradable, como un castigo que ella hubiera impuesto a uno de los chicos y él se lo hubiera levantado. O cuando le preguntaba a ella qué regalo quería por Navidad y, luego, sacudiendo la cabeza, decía que, en realidad, no era eso lo que quería: «Lo guardarás en el armario y no lo usarás jamás», cuando ella pidió una máquina de hacer pan, y: «Es idéntica al abrigo que tienes ahora», cuando le enseñó una chaqueta de invierno que le gustaba. ¡Qué petulante! No podía soportarlo.

Después, el recuerdo se le volvía en contra. Los niños se habían hecho mayores sin dificultades; estaba orgullosa de ellos. El regalo que Daniel le haría finalmente siempre era algo que a ella no se le había ocurrido. Y generalmente era maravilloso.

Una noche, varias semanas antes de que Daniel la invitara a cenar y le pidiera el divorcio, se despertó de repente pero él no estaba en la cama. Se lo encontró en el salón, en el sillón, contemplando la lluvia. El viento azotaba la ventana y agitaba los árboles. A Sylvia le gustaban mucho las tormentas nocturnas, lo reducían todo a la simplicidad, proporcionaban una gran satisfacción, sólo por encontrarse bajo techo.

Vio claramente que a Daniel no le producían el mismo efecto.

—¿Eres feliz? —le preguntó Daniel.

Parecía el comienzo de una larga conversación. Sylvia no se había puesto bata ni zapatillas. Tenía frío. Estaba cansada.

—Sí —dijo, no porque lo fuera, sino porque prefería ser escueta. Y quizá fuera feliz. No se le ocurría nada que se lo impidiera. Hacía

mucho tiempo que no se hacía esa pregunta a sí misma.

—Yo, a veces no lo sé —dijo Daniel.

Sylvia se lo tomó como una crítica. No era la primera vez que Daniel se quejaba de su contención, de su reserva. ¿Cuándo aprendería a soltarse? Caía agua a cántaros de los canalones al suelo. Oyó pasar a un coche por la calle Quinta, oyó el siseo de las llantas.

—Vuelvo a la cama —dijo.

—Adelante —dijo Daniel—. Yo voy dentro de un minuto.

Pero no fue, y ella se durmió. Tuvo un sueño que ya había tenido. Se encontraba en una ciudad extranjera y nadie hablaba las lenguas que ella conocía. Quería llamar a casa pero el móvil no daba señales de vida. En una cabina pública, se equivocó de moneda y, cuando por fin pudo llamar, contestó un desconocido.

—Daniel no está —le dijo—. No, no sé adónde ha ido. No, no sé cuándo volverá.

Por la mañana intentó hablar con Daniel, pero él ya no tenía ganas.

—No fue nada —dijo—. No sé qué me pasaba. Olvídalo.

Ahora, Daniel estaba al fondo del pasillo, en la habitación de Allegra, recogiendo sus cosas.

—¿Le llevamos un libro? —preguntó desde la habitación—. ¿Sabes qué está leyendo?

Sylvia no contestó inmediatamente. Había ido al dormitorio a llamar a los chicos y vio que tenía cinco mensajes. Cuatro estaban cortados, televentas seguramente, y uno era de Grigg.

—Me preguntaba si podríamos hablar —dejó grabado—. ¿Le apetecería comer conmigo esta semana? Llámeme.

Daniel entró justo a tiempo para oír el final. Sylvia notó que le sorprendía, pero a ella no tanto. Veía la mano de Jocelyn en todo aquello. Siempre había sospechado que le reservaban a Grigg. Desde luego, ella no lo quería, pero ¿cuándo se había detenido Jocelyn por semejante fruslería? Grigg era excesivamente joven.

Oyó a Daniel ahorrarse la pregunta de quién era ése.

—Grigg Harris —le dijo—, del club de lectura de Jane Austen. —Que pensase que había otro hombre interesado por ella. Un hombre adecuado, un hombre que leía a Jane Austen.

Un hombre con el que ahora tendría que acudir a una comida

tensa. Maldita Jocelyn.

—¿Llevamos un libro a Allegra? —preguntó Daniel otra vez.

—Está releyendo *Persuasión* —dijo Sylvia—, las dos estamos releyéndolo.

Daniel llamó a Diego, el mayor de sus hijos, abogado de inmigración en Los Ángeles. Diego había heredado el nombre del padre de Sylvia y las mismas pasiones políticas. En otros aspectos, era el que más se parecía a Daniel, adulto precoz, persona fiable, responsable. Como Daniel, de joven.

Sylvia llamó a Andy, que se llamaba como el hermano de Daniel. Andy era el hijo dócil. Trabajaba en una empresa de diseño de jardines de Marin, y siempre que se encontraba en una comida muy importante o ante algo muy bonito, llamaba por el móvil. Y esas cosas sucedían con frecuencia en la vida de Andy. «¡Una puesta de sol increíble! —decía— ¡Unas tapas increíbles!».

Diego dijo que iría a casa y tuvo que convencerlo de que no era necesario. Andy, que podía haberse presentado en poco más de una hora, no dijo nada al respecto.

Daniel y Sylvia volvieron al hospital y se sentaron a hacer compañía a su hija. Se quedaron toda la noche dormitando en sendas sillas, porque en el hospital a veces se cometían errores, los médicos se distraían con su vida personal, se iniciaban aventuras o se daban plantones, llegaba gente con fiebre y salía con una amputación... Al menos esos eran los motivos de Sylvia. Daniel se quedó porque quería estar allí. Era la primera noche que pasaban los dos juntos, desde la separación.

—Daniel —dijo Sylvia. Eran las dos de la madrugada, o las tres quizá. Allegra dormía con la cara en la almohada vuelta hacia Sylvia. Estaba soñando. Sylvia veía el movimiento de los ojos, debajo de los párpados, y oía claramente la rápida respiración—. Daniel —dijo Sylvia—. Soy feliz.

Daniel no contestó. Quizá él también estuviese dormido.

El sábado siguiente, Sylvia organizó una salida a la playa. Propuso sushi en el Osaka, en la bahía de Bodega, porque Allegra jamás diría que no al sushi, y el del Osaka era el mejor que conocía. Propuso unas carreras por la arena para Sahara y Thembe, porque Jocelyn no se negaría nunca a semejante plan. ¡Había tan pocos sitios donde un ridgeback pudiera correr en libertad! Y no eran perros que acudieran a la llamada del amo, excepto si el amo era Jocelyn.

Una salida a la playa los llevaría a todos fuera del calor de Valley todo el día.

—Y creo que voy a invitar a Grigg —dijo Sylvia a Jocelyn—, en vez de ir a comer sola con él. —Actividades de grupo, la clave para evitar la intimidad.

Estaban hablando por teléfono, y Jocelyn hizo una pausa ostentosa al otro lado de la línea. Sylvia no le había contado lo de la comida, o sea que quizá simplemente la hubiera sorprendido.

—De acuerdo —dijo por fin—. Supongo que siempre puede caber una persona más en el coche. —Pero eso no tenía sentido. Si se llevaban la furgoneta de Jocelyn, como seguramente harían, por los perros, podrían acoger incluso a dos personas más.

Y más valía que así fuera porque, en un primer momento, Grigg dijo que no podía ir. Su hermana Cat había ido a verlo. Pero después llamó otra vez y dijo que a Cat le apetecía mucho pasar el día en la playa, y que insistía en ir, y que si podían ir los dos. Resultó que Cat se parecía mucho a Grigg, pero más gorda y sin las vistosas pestañas.

La marea había dejado bellas curvas marcadas en la arena. Soplaba viento de mar y había marejada. El agua, en vez de romper en olas ordenadas, se rompía en una lluvia de pedacitos blancos, verdes, marrones y azules, todos revueltos. En la orilla quedaban conchas pequeñas y perfectas, pero todos tenían tan buenos modales ecológicos que nadie se acercó a recogerlas.

Allegra contemplaba el océano con el pelo al viento, en los ojos, y un delicado tatuaje de puntadas quirúrgicas en la sien.

—¡Qué enamorada de los marineros está Austen en *Persuasión!* —dijo a Sylvia—. ¿Quiénes le gustarían en la actualidad?

—¿Los bomberos? —dijo Sylvia—, ¿como a todo el mundo? —Pero dejaron de hablar porque Jocelyn se acercaba, y aunque se toleraba hablar de libros antes de la tertulia, no estaba bien visto.

La euforia de los perros no tenía límites. Sahara corría a toda velocidad por la arena con una ristra de algas en la boca y la soltaba para ladrar a unos leones marinos que tomaban el sol en una roca, entre el oleaje. Los leones marinos rugían a su vez; todo muy cordial.

Thembe encontró una gaviota muerta y se revolcó sobre ella, de modo que Jocelyn tuvo que arrastrarlo hasta el agua helada y frotarlo a fondo con arena húmeda. Se le pusieron los pies blancos como el vientre de un pez; le castañeteaban los dientes, algo insólito en agosto. Estaba muy guapa, con el pelo hacia atrás, sujeto con un pañuelo, y la piel brillante por el viento. Al menos a Sylvia se lo parecía.

Sylvia procuraba no quedarse a solas con Grigg. Y le daba la impresión de que Jocelyn hacía exactamente lo mismo. Se sentaron juntas en la arena mientras Jocelyn se secaba con la camiseta.

—Cuando iba en el coche camino del hospital —dijo Sylvia—, pensaba que si a Allegra no le había pasado nada, sería la mujer más feliz del mundo. No le había pasado y fui la mujer más feliz del mundo. Pero hoy, el fregadero está atascado, hay cucarachas en el garaje y no tengo tiempo para solucionar ninguna de las dos cosas. El periódico está lleno de misterios y guerras. Ya estoy otra vez teniendo que acordarme de ser feliz. Pero, fíjate, si fuera al revés, si Allegra se hubiera hecho daño, no tendría que acordarme de ser desgraciada, ¿verdad? Lo sería para el resto de mis días. ¿Por qué la desgracia es mucho más fuerte que la felicidad?

—«... mas pudriéronse las sanas» —dijo Jocelyn—. Un disgusto estropea un día entero.

—Una infidelidad termina con años de fidelidad.

—Ponerse en forma cuesta diez días, y perderla, otros tantos.

—Ahí iba yo —dijo Sylvia—. No hay salida. —Sentía más apego y más cariño por Jocelyn que por su propia hermana. Habían discutido por la lentitud de Sylvia y por el autoritarismo de Jocelyn, por la flexibilidad de la una y la rectitud de la otra, pero nunca se habían enfadado en serio entre sí. Hacía ya muchos años, Sylvia había quitado Daniel a Jocelyn, y Jocelyn había seguido queriéndolos a los dos, sencillamente.

Cat se acercó y se sentó con ellas. A Sylvia le había caído bien inmediatamente. Tenía una risa fuerte, como un pato, y se reía con frecuencia.

—A Grigg le encantan los perros —dijo—. Nunca nos dejaron tener perro en casa, así que a los tres años decidió convertirse él en perro. Teníamos que darle golpecitos en la cabeza y decirle que era un perrito muy bueno. Y le dábamos premios.

»Y había un libro que le encantaba. *Los caniches verdes.* Era una especie de misterio que ocurría en Texas, con un primo inglés desaparecido hacía mucho tiempo y un cuadro que desaparecía también. Y montones de perros. Nuestra hermana Amelia nos lo leía a la hora de dormir. Libros y perros, así es nuestro querido Grigg.

Allegra descubrió charcos en los huecos de las rocas y avisó a los demás para que se acercaran. Cada charco era un mundo, diminuto pero completo. Tenían el encanto de las casas de muñecas pero sin inspirar la necesidad de reordenarlo todo inmediatamente. Había

anémonas en las paredes, tantas que se estrujaban unas a otras; había también lapas y algún que otro erizo, orejas de mar del tamaño de uñas y uno o dos pececillos. Todo un anticipo de la comida.

Al volver a casa, Jocelyn se equivocó en un desvío. Estuvieron perdidos en los bosques de Glen Ellen una media hora, cosa insólita en Jocelyn. Sylvia iba delante con el MapQuest desplegado, mapa que, ahora, cuando más falta hacía, parecía no guardar relación con la realidad de las carreteras y las distancias. En la parte de atrás, Cat se dirigió a Grigg de repente.

—¡Ahí va, mira! —exclamó—. ¿Has visto esa señal? ¡Al colegio femenino Los Guilicos! ¿Te acuerdas del colegio femenino Los Guilicos para jóvenes rebeldes? Me pregunto si seguirá ahí.

—Nuestros padres siempre amenazaban a mis hermanas con ese colegio —dijo Grigg a las demás—. Era una broma familiar. Habían leído algo en el periódico. Se suponía que era un internado muy severo.

—Hubo un motín allí —dijo Cat—. Creo que yo no había nacido todavía. Lo empezaron unas chicas de Los Ángeles, así que supongo que tuvo mucha resonancia en la prensa de la ciudad. La policía no paraba de arrestar a jovencitas, y se las llevaban y decían que ya lo tenían todo bajo control, pero a la noche siguiente, las que habían quedado volvían a las andadas. Rompían ventanas y se emborrachaban, presentaban batalla armadas de cuchillos de cocina y trozos de cristal. Desencajaban los sanitarios de los servicios y los tiraban por la ventana con el resto del mobiliario. Luego se iban a la ciudad y seguían rompiendo ventanas. Por fin llamaron a la Guardia Nacional, pero tampoco lograron imponer orden. ¡Cuatro días! Bandas de chicas adolescentes que arrasaban con todo. Siempre creí que podía servir para una buena película.

—No lo había oído nunca —dijo Sylvia—. ¿Cómo empezó todo?

—No sé —dijo Cat—. Culparon a unas lesbianas violentas.

—¡Ah, claro! —dijo Allegra—, pero Sylvia no veía el «claro» por ninguna parte. ¿Cuántos alborotos conocía ella, de los que se hubiera culpado a lesbianas violentas?

O a lo mejor sólo había dicho «claro» por pura impresión. Quizá Allegra profesara una admiración secreta a las lesbianas destrozarretretes.

—Yo tenía pesadillas —dijo Grigg—, soñaba que me perseguían chicas rebeldes con cuchillos.

—Claro —dijo Cat—, cómo no. ¿No te intriga qué habrá sido de

todas aquellas chicas? ¿Qué serán ahora?

—Gira aquí —dijo Sylvia a Jocelyn, sólo porque habían llegado a un patio lleno de rosas.

Jocelyn giró. Que santa Teresa los guiase a casa.

O que terminaran todos en el colegio femenino Los Guilicos para jóvenes rebeldes. A Sylvia no le importaba el final.

Jocelyn estaba muy callada. En parte porque no oía la conversación de los asientos de atrás, pero principalmente porque, en la playa, mientras Allegra y Sylvia seguían husmeando en los charcos y Grigg tiraba desechos de la marea a los perros y descubría que a los ridgebacks no les gustaba ese juego, Cat se había puesto a hablar con ella de repente, sin previo aviso.

—A mi hermano le gusta usted —le dijo—. Me mataría si supiera que se lo he dicho, pero supongo que es mejor que lo sepa. Así, todo queda en sus manos. Bien sabe Dios que estos asuntos no se le pueden confiar. Jamás movería ficha.

—¿Le dijo él que yo le gustaba? —Jocelyn se arrepintió inmediatamente de haber preguntado. ¿Habría sonado muy adolescente?

—Por favor. Conozco a mi hermano.

Jocelyn supuso que eso quería decir que no. Miró hacia otro lado, hacia la playa, a Grigg y a los perros. Se dirigían hacia ella, se acercaban a la carrera. Vio que Thembe, al menos, se había prendado locamente, no le quitaba la mirada de encima a Grigg.

Los ridgebacks son perros de caza, lo cual quiere decir que son cordiales pero independientes. A Jocelyn le gustaban por la dificultad que planteaban; no tiene mérito que un pastor se comporte bien. También le gustaban los hombres independientes. Antes de la fiesta de la recaudación de fondos para la biblioteca, Grigg siempre se mostraba ansioso por complacer.

Entonces, llegó Grigg y ya no hablaron más del asunto. Quería mucho a su hermana, se notaba; eso era atractivo. Estaban los dos juntos y él le pasaba el brazo por los hombros. La cara de Cat era fresca, de vida al aire libre. Aparentaba la edad que tenía y algo más. El sol le daba de lleno, prueba que sólo superaba una mujer de cada mil. Evidentemente, era de buena sangre. Tanto el hermano como la hermana tenían una dentadura sana, orejas pequeñas y bien definidas, el pecho ancho y las piernas y brazos, largos.

Cuando dejó a Sylvia en su casa, Jocelyn le contó lo que le había dicho Cat. Primero habían acompañado a Grigg y Cat. Allegra entró directa en la casa a llamar por teléfono.

—No estoy nada convencida de que Cat supiera de qué estaba hablando —dijo Jocelyn—. Grigg y yo tuvimos una gran discusión la otra noche. Hubo disculpas de todas clases, pero aun así… En fin, más bien pensaba en Grigg para ti. Es a ti a quien invitó a comer.

—Bueno, pero es que yo no lo quiero para mí —replicó Sylvia—. Cuando íbamos al instituto, te quité a tu novio, total para nada. No pienso volver a hacerlo. ¿A ti te gusta él?

—Soy muy mayor para él.

—Pero yo no.

—Tenía que ser una aventura.

—Pues tenía tú.

—Creo que voy a leer los libros que me regaló —dijo Jocelyn—. Si son buenos, pues, a lo mejor… a lo mejor lo intento.

Al menos, a Dios gracias, nunca había sido de las que aborrecen a un chico en cuanto se interesa por ellas.

Metieron una carta por debajo de la puerta de Sylvia, Allegra la recogió y la dejó en la mesa del comedor. Decía:

Quiero volver a casa. Cometí el peor error del mundo y no tendrías que perdonarme jamás, pero también tienes que saber que quiero volver.

Siempre creí que hacer felices a los demás era cosa mía, y entonces me frustraba que los chicos o tú no fuerais tan felices como quería. No lo he pensado todo yo solo. He ido a consultar a un consejero.

Y por eso hice la estupidez de echarte la culpa de que no fueras más feliz. Ahora pienso que si vuelvo a casa, no me entrometeré en tus cambios de humor ni en tus entrañables alarmas, que echo

de menos.

La semana pasada descubrí que nunca he querido estar con una mujer a la que no pudiera llevar a ver a mi hija al hospital. Tuve un sueño, cuando estábamos en aquellas sillas horrendas. Soñé con un bosque (¿te acuerdas de cuando llevamos a los niños al parque nacional de Snoqualmie y Diego dijo «dijiste que íbamos a un bosque, pero aquí no hay nada más que árboles»?). No te encontraba. Cada vez tenía más miedo, y de pronto, me desperté y estabas ahí mismo, enfrente de mí. Sentí un alivio tan grande que no te lo puedo describir. Me preguntaste qué tal estaba Pam. Hace dos meses que no la veo. Al final, no era mujer para mí.

He sido injusto, débil, rencoroso e inconstante. Pero mi corazón siempre te ha pertenecido.

Sylvia, sentada, doblaba y desdoblaba la carta intentando descubrir sus propios sentimientos. La carta la hacía feliz y la enfurecía. Le hacía pensar que Daniel no era un trofeo. Volvía a casa porque nadie más lo quería.

No enseñó la carta a Allegra, no se lo dijo ni a Jocelyn. Jocelyn reaccionaría como Sylvia deseara, pero todavía no sabía qué respuesta dar. Era una encrucijada demasiado importante como para pedirle a Jocelyn que la salvase sin orientación. A Sylvia le gustaba la sencillez, pero las cosas no eran sencillas. Llevaba la carta a todas partes, la releía una y otra vez y observaba la reubicación de sus sentimientos según las frases, parecían un calidoscopio.

La última tertulia oficial del club de lectura de Jane Austen se celebró de nuevo en casa de Sylvia. La temperatura se había mantenido todo el día alrededor de los treinta y pocos grados, que no estaba mal, para el mes de agosto en Valley. El sol se puso y se levantó

brisa del delta. Estábamos en el jardín, al pie del gran nogal. Sylvia preparó margaritas y nos sirvió sorbete casero de fresa con galletas caseras de azúcar. La verdad es que no se podía pedir una velada mejor.

La reunión empezó con una revelación. Sylvia iba a celebrar su cumpleaños. Todavía faltaban unas semanas, pero Allegra había hecho una cosa que quería enseñarnos a todas, de modo que se la dio a su madre por adelantado, envuelta en periódicos raros de la semana anterior. Tenía la forma y el tamaño aproximado de una bola de queso dominguera. Habríamos jurado que a Sylvia le habría gustado desanudar los lazos y retirar y doblar con cuidado el papel. Sin embargo, lo rompió. Sahara y Thembe no lo habrían abierto más deprisa ni haciéndolo entre los dos.

Allegra había comprado una bola mágica de color negro, la número 8 del billar; la había abierto, había cambiado las respuestas y la había vuelto a cerrar. La pintó de color verde oscuro y, encima del 8, puso una especie de calcomanía del retrato que Cassandra Austen hiciera de su hermana, enmarcado en un óvalo como un camafeo. El retrato no era muy favorecedor, estábamos seguras de que Jane Austen había sido más bonita, pero cuando se necesitaba un retrato suyo, no había mucho donde escoger.

Una cinta rodeaba la bola. En la cinta se leía «Pregunta a Austen» en letras rojas. Allegra había copiado la letra de Austen de un facsímil de la biblioteca de la universidad.

—Adelante —dijo Allegra—, hazle una pregunta.

Sylvia se levantó a dar un beso a su hija. ¡Era el regalo más maravilloso! Allegra era muy lista. Pero a Sylvia no se le ocurría una pregunta suficientemente benigna para el oráculo de la doncella. Más tarde, a solas, pensó que tenía algunas preguntas que hacerle.

—Pregunto yo —dijo Bernadette, que se había vestido muy bien ese día y no tenía un pelo fuera de sitio. Las medias desentonaban, pero ¿por qué tenían que entonar? El calzado sí. Resultaba desenfadado—. ¿Me conviene un viaje? —preguntó Bernadette a Austen.

Estaba pensando en una excursión a Costa Rica, de interés ornitológico. Era cara, pero no si se calculaba en función del número de pájaros. Agitó la bola, la puso de pie y esperó. «No todo el mundo posee la misma pasión que tú por las hojas secas», leyó.

—Vete en otoño —tradujo Jocelyn.

Después tomó la bola de Prudie. Cuando Prudie tomó el objeto de

adivinación en las manos, nos dio la impresión de que un elemento encajaba en su lugar. Su piel blanca como la nieve, sus rasgos marcados, sus oscuros ojos sin fondo… Pensamos que le convenía tener siempre algo así en la mano, a modo de accesorio de moda.

—¿Me compro un ordenador nuevo? —preguntó Prudie.

Austen respondió: «Si pierdo la buena opinión, la pierdo para siempre».

—Creo que eso significa que no —dijo Allegra—. Hay que bizquear un poquillo. Es una especie de experiencia zen.

El siguiente fue Grigg. El sol del verano le había aclarado las puntas del pelo y las pestañas. Era evidente que se bronceaba con facilidad, incluso el día de la breve excursión a la playa le había intensificado el color. Parecía cinco años más joven, lo cual no era una ventaja para la mujer mayor que pensara en salir con él.

—¿Escribo mi libro? —preguntó Grigg—. ¿Mi *roman à clef?*

Austen hizo caso omiso de la pregunta y contestó a otra, pero Grigg era el único que lo sabía. «Él avanza centímetro a centímetro y nada arriesga hasta que crea estar seguro».

—Esto se vendería como churros —dijo Grigg—. Podría crear una gama completa de bolas mágicas, con diferentes escritores. La bola de Dickens, la de Mark Twain, la de Mickey Spillane. Yo pagaría un montón por el consejo diario de Mickey Spillane.

En otra época, todas nos habríamos puesto de uñas con semejante salto de Austen a Spillane. Pero estábamos encariñadas con Grigg. Seguramente era una broma.

Grigg pasó la bola a Jocelyn, que también estaba excepcionalmente guapa. Llevaba una blusa que ni siquiera Sylvia había visto nunca, de modo que tenía que ser nueva, una especie de camisa larga de color caqui claro, y maquillaje.

—¿Me arriesgo? —preguntó Jocelyn.

«No todo el mundo posee la misma pasión que tú por las hojas secas», le dijo Austen.

—Ah, esa respuesta vale para cualquier pregunta —comentó Allegra—. De todos modos, siempre hay que arriesgarse. Pregunten a Allegra, si no.

Jocelyn se dirigió directamente a Grigg.

—Leí esos dos Le Guin que me dio. Y tengo que decir que compré otro más. He empezado *Searoad.* Es asombrosa. Hacía una eternidad

que no encontraba una autora que me gustara tanto.

Grigg parpadeó varias veces.

—Le Guin es harina de otro costal, desde luego —dijo con precaución. Y se entusiasmó—. Pero ha escrito un montón. Y hay otras autoras que podrían gustarle también, como Joanna Russ y Carol Emshwiller.

Bajaron la voz, la conversación adquirió un tono íntimo, pero lo poco que lográbamos oír era sobre libros. De modo que Jocelyn ahora leía ciencia ficción también. No teníamos nada que objetar. Comprendíamos que podía ser peligroso para personas tendentes a las fantasías distópicas; pero siempre que no se leyera únicamente ciencia ficción, siempre que existiera una buena dosis de realismo, ¿qué mal había en ello? Era agradable ver a Grigg tan feliz. A lo mejor empezábamos todas a leer a Le Guin.

La bola volvió a manos de Sylvia.

—¿Es conveniente que empecemos a hablar de *Persuasión* ahora? —le preguntó. Y la respuesta fue: «No todo el mundo posee la misma pasión que tú por las hojas secas».

—¡No la agitaste! —protestó Allegra. Sonó el teléfono, se levantó y entró en la casa—. Vamos, empezad sin mí —dijo al marcharse—. Enseguida vuelvo.

Sylvia dejó la bola, cogió el libro y pasó páginas hasta llegar al párrafo que buscaba.

—Me preocupaba —dijo— la forma tan diferente en que Austen trata la muerte de Dick Musgrove y la de Fanny Harville. Es muy oportuno para la trama que el prometido de Fanny se enamore de Louisa, porque así el capitán Wentworth puede casarse con Anne. De todos modos, se nota que a Austen no le parece completamente bien. —Sylvia leyó en voz alta—: «¡Pobre Fanny!», exclama su hermano. «¡No lo habría olvidado tan pronto!».

»Pero no hay lágrimas por Dick Musgrove. La pérdida de un hijo es menos importante que la de un prometido. Austen nunca fue madre.

—Austen nunca estuvo prometida —dijo Bernadette—, o quizá una noche sola. Pero es poco y no cuenta. De modo que no se trata de hijo contra prometido. —Había una mosca en el porche que zumbaba alrededor de la cabeza de Bernadette. Era grande, ruidosa y lenta, y nos distraía. Nos distraía a los demás, mejor dicho, porque a ella no parecía molestarla—. Lo que importa es la valía del difunto —dijo—. Dick era un muchacho inútil e incorregible. Fanny era una mujer

excepcional. La gente se gana la forma en que se la echa de menos. *Persuasión* trata principalmente de ganarse el lugar que se ocupa. Los hombres de la marina que se hacen a sí mismos son mucho más admirables que los Elliot de alta cuna. Anne vale mucho más que cualquiera de sus hermanas.

—Pero Anne merece más de lo que obtiene —dijo Grigg—, hasta el mismo final. Como la pobre Fanny.

—Creo que todos merecemos más de lo que obtenemos —dijo Sylvia—, si es que eso tiene sentido. A mí me gustaría que el mundo fuese indulgente. Compadezco a Dick Musgrove porque nadie lo amó más de lo que merecía.

Nos quedamos en silencio unos momentos oyendo el zumbido de la mosca, pensando cada cual en lo suyo. ¿Quién nos amaba? ¿Quién nos amaba más de lo que merecíamos? Prudie tuvo el impulso de irse directamente a casa, a ver a Dean. No lo hizo, pero le contaría que lo había pensado.

—En las demás novelas de Austen no hay tantos muertos —dijo Jocelyn. Ya se estaba comiendo un trocito de la galleta de azúcar de Grigg sin haber pedido permiso, siquiera. ¡Qué rapidez!—. Me pregunto hasta qué punto tenía presente su propia muerte.

—¿Pensaba que se iba a morir? —preguntó Prudie, pero nadie sabía la respuesta.

[image]

—Es un comienzo muy triste —dijo Bernadette—. Yo quiero hablar de Mary. Mary me encanta por todos los lados. Sin contar a Collins, de *Orgullo y prejuicio*, y a lady Catherine de Bourgh, y también al señor Palmer de *Sentido y sensibilidad*, y al señor Woodhouse, claro, de *Emma*, que me encanta, Mary es el personaje cómico de Austen que más me gusta, con sus quejas constantes y su insistencia en que no le prestan atención y que es una víctima.

Bernadette apoyó sus argumentos con citas textuales: «Tú, que no tienes sentimientos de madre», «¡Todo el mundo siempre da por hecho que no soy buena caminante!», y así todo. Leyó varios párrafos en voz alta. Nadie le llevaba la contraria, todos estábamos completamente de acuerdo y escuchábamos con poco entusiasmo, respirando el aire dulce y fresco de la noche. Quizás Allegra hubiera dicho algo amargo —solía hacerlo—, pero todavía no había vuelto de la llamada telefónica, de modo que todos los allí presentes apreciábamos a Mary. Mary era una creación excepcional, se merecía un brindis. Mandamos

a Sylvia y a Jocelyn a la cocina a preparar otra ronda de margaritas.

Pasaron al lado de Allegra, que gesticulaba mientras hablaba, ¡como si alguien la estuviera viendo!

—«... arrancaron los retretes y los tiraron por las ventanas» —decía. ¡Qué lástima de gestos tan bonitos, de ademanes de estrella de cine mudo! Tenía una cara hecha para el videófono. Tapó el micro—. La doctora Yep te saluda —dijo a Sylvia.

¿La doctora Yep? Jocelyn esperó a que Sylvia terminase con la licuadora y se inclinó a susurrarle:

—¡Vaya! ¿A qué madre no le gusta que su hija salga con un doctor atractivo?

¡Qué cosas decía! Estaba claro que Jocelyn no había visto un solo episodio de «Young Dr. Malone». Sylvia sabía cómo funcionaban esas cosas. En cualquier momento, cualquiera entraría en coma, sucedería un accidente en la cocina con la licuadora o una muerte sospechosa seguida de un juicio por asesinato, o unos embarazos histéricos seguidos de abortos innecesarios. Los innumerables eslabones de la cadena de desastres.

—Me alegro mucho por ella —dijo Sylvia. Sirvió la margarita más generosa en su propio vaso. Se lo merecía—. La doctora Yep me pareció una mujer encantadora, de verdad —añadió sin sinceridad, aunque, en realidad, la doctora Yep lo era.

Cuando volvieron, Bernadette seguía hablando. Había pasado de Mary a su hermana mayor, Elizabeth. También estaba muy bien dibujada, pero no era tan graciosa. Ni tenía que serlo, claro. Y después, la maquinadora señora Clay. Pero ¿cómo podía ser peor que Charlotte, de *Orgullo y prejuicio?* Además, ¿no habían dicho todos que Charlotte les gustaba?

Sylvia empezó a defender a su querida Charlotte. La interrumpió el timbre de la puerta. Fue a abrir, y era Daniel. Parecía nervioso y ceniciento, y a Sylvia le gustaba más así que con la sonrisa de depredador que intentó pegarse en la cara inmediatamente.

—No puedo hablar contigo ahora —dijo Sylvia—. Recibí tu carta, pero no puedo hablar. Tengo aquí al club.

—Lo sé. Me lo dijo Allegra. —Daniel levantó la mano, donde tenía un libro con una mujer en la cubierta, de pie ante un árbol frondoso. Era el ejemplar de *Persuasión* de Allegra—. Le eché un vistazo en el hospital. De todos modos, leí el prólogo. Al parecer, trata de segundas oportunidades. Me pareció el libro más adecuado para mí. —Dejó de sonreír y la expresión de nerviosismo volvió a

adueñarse de él. Le temblaba el libro en la mano. Sylvia se ablandó—. Allegra creyó que estabas en un momento de indulgencia —dijo Daniel—. Me arriesgué, por si es cierto.

Sylvia no tenía el menor recuerdo de haber dicho algo que hubiera podido dar a Allegra esa impresión. No recordaba haber hablado mucho de Daniel, tampoco. Pero se apartó, le dejó pasar y le permitió que la siguiera hasta el jardín.

—Daniel quiere unirse al club —dijo Sylvia.

—Pero no es del club —replicó Jocelyn con severidad. Las reglas eran las reglas, y no se podía hacer excepciones con tenorios que abandonaban a las mujeres.

—*Persuasión* es el libro de Austen que más me gusta —le dijo Daniel.

—¿Lo has leído? ¿Has leído alguno, siquiera?

—Estoy perfectamente preparado para leerlos todos —contestó Daniel—. Uno a uno. Cueste lo que cueste.

Llevaba un capullo de rosa de tallo corto en el bolsillo superior de los pantalones vaqueros. Lo sacó.

—Sé que no me creerás, pero lo encontré tirado en la acera, aquí mismo. Lo juro por Dios. Tenía la esperanza de que lo considerases un mensaje. —Se lo dio a Sylvia, además de un par de pétalos que se habían desprendido—. Te echo de menos, chula —le dijo en español.

—*Les fleurs sont si contradictoires* —replicó Prudie con frialdad, para recordarle que no todos hablábamos español. Grigg quería solamente una margarita, de modo que ella se había tomado la segunda de Grigg, que sumaban un total de tres en su haber. Se le notaba en el «sont si». Tuvo la gentileza de traducírselo a Daniel, una deferencia mayor que la que él había tenido con ella—. De *El principito.* No hay que escuchar nunca a las flores.

Nadie era más romántico que Prudie, ¡lo sabía todo el mundo! Pero el detalle de la rosa había sido barato, y su estima por Daniel perdió un tanto por ello. Además, había que añadir la tacha de que sabía que la rosa era suya. Dean la había cortado y se la había dado a ella, y la última vez que la había visto la llevaba prendida en la blusa.

No estaba segura de que *Persuasión* no fuera también una jugada barata, pero, ¿quién iba a imaginar nada malo en Austen?

—Pregunta a Austen —dijo Bernadette.

—Agítala —dijo Grigg—. Agítala con ganas. —Evidentemente,

apoyaba a Daniel. ¡Qué predecible! Un hombre a favor de otro hombre, qué aburrido.

Sylvia dejó la rosa en la mesa. Ya estaba tronchada; el pesado capullo se caía de un lado a otro. Si se tratase de un augurio, no era nada claro. Tomó la bola con las dos manos y la agitó. La respuesta empezó a aparecer: «Si pierdo la buena opinión, la pierdo para siempre»; pero a Sylvia no le gustó, de modo que dio un empujoncito a la bola discretamente, y la bola le dijo: «Cuando estoy en el campo, no quiero irme nunca; y cuando estoy en la ciudad, me sucede lo mismo».

—Bueno, ¿y eso qué significa? —preguntó Jocelyn a Sylvia—. Te toca.

—Significa que puede quedarse —dijo Sylvia, y vio en la cara de Jocelyn un breve destello de alivio.

Allegra salió de nuevo.

—Hola papá —saludó en español—. Me has robado el libro, la margarita y la silla.

Hablaba en un tono sospechosamente ligero, tenía el rostro de un ángel y ojos de cómplice. Daniel se movió para hacerle sitio.

Sylvia los vio sentarse juntos, Allegra apoyándose en su padre, con la mejilla sobre el hombro de Daniel. De repente, echó de menos a sus hijos desesperadamente. No a los hombres crecidos que tenían trabajo, mujer e hijos propios, o al menos, novia y teléfono móvil propios, sino a los niños pequeños que jugaban al fútbol y se sentaban en su regazo cuando les leía *El hobbit*. Se acordó del día en que Diego, durante la cena, había dicho que ya sabía ir en bicicleta de dos ruedas, y le hizo desmontar las ruedecitas de apoyo de su bicicleta aquella misma noche, y salió disparado sin que se le moviera el manillar ni un poco. Se acordó de las veces que Andy se despertaba riéndose de algún sueño, pero nunca sabía decir por qué.

Se acordó de un viaje a la nieve que hicieron el año de las inundaciones. ¿El ochenta y seis? Alquilaron una cabaña en Yosemite y a punto estuvieron de no poder llegar a casa, porque habían cerrado la Interestatal 5 cuando se encontraban en ella, pero pudieron cambiar a la 99. La carretera 99 se inundó una hora después de que ellos hubieran pasado por allí.

En las montañas nevaba sin cesar. Habría sido maravilloso si se hubieran encontrado a buen recaudo en un caro hotel de esquiadores, con los pies levantados cerca del fuego. Pero estaban de pie en el aparcamiento del puerto del Badger, con otros cientos de familias,

esperando a que un autobús se los llevase de allí.

Fue una espera larga y fría, y todo el mundo lamentaba estar allí. Les anunciaron que a uno de los autobuses se le había ahogado el motor y, por tanto, no llegaría, lo cual empeoró el humor general. Los chicos tenían hambre, Allegra se moría de hambre. Los chicos tenían frío, Allegra se estaba congelando. Odiaban el esquí, dijeron todos, y ¿por qué les habían obligado a ir?

Cuando por fin llegó un autocar, casi treinta minutos después, un hombre y una mujer se colaron en la fila justo delante de Sylvia. Tenía poco sentido, ninguno estaba tan cerca como para encontrar sitio en el primer autobús. Pero la habían empujado y ella, por no pisar a Diego, se había caído al suelo helado.

—¡Oiga! —dijo Daniel—. Acaba de tirar al suelo a mi mujer.

—Que te jodan —contestó el hombre.

—¿Qué has dicho?

—Que te jodas a tu mujer —añadió la mujer.

Los niños llevaban bufanda alrededor del cuello y se taparon la boca con ella. Los ojos les brillaban de emoción. ¡Iba a haber pelea! ¡Iba a empezarla su padre! La gente que estaba más cerca se separó un poco, haciendo sitio alrededor de Daniel y el otro hombre.

—Daniel, no —dijo Sylvia.

Una cosa que siempre le había gustado mucho de Daniel era su falta de machismo. Los chicos con los que había crecido eran tan caballeros, tan vaqueros, que nunca le había parecido atractiva la actitud machista. Daniel era como el padre de Sylvia, tenía la suficiente seguridad en sí mismo como para encajar un insulto. (Pero claro, a ella la habían empujado e insultado sin mediar la menor provocación. Eso no era justo.)

—Esto lo arreglo yo —le dijo Daniel. Llevaba pantalones de esquiar, descansos blandos y una parka enorme. Esa era la capa exterior, pero tenía muchos estratos debajo. Parecía a punto de ser disparado como el hombre bala. El otro hombre estaba equipado de forma semejante, parecía el muñeco de Michelin, pero de color azul Patagonia. Se cuadraron. Sylvia nunca había visto a Daniel tan enfadado.

Tomó impulso, pero el hielo resbalaba tanto que a punto estuvo de caerse al suelo con su propia fuerza. Falló el golpe al pecho del otro hombre por varios centímetros. El otro se abalanzó sobre él, pero Daniel se hizo a un lado, de forma que el contrincante le pasó al lado

y fue a estrellarse contra un montón de esquíes y palos.

Los dos recuperaron el equilibrio y se volvieron.

—Lo vas a lamentar —dijo el hombre.

Empezó a acercarse a Daniel pisando en el hielo con mucho tiento. Daniel intentó otro ataque y volvió a fallar. Resbaló y se cayó al suelo con todo su peso. El otro hombre se acercó con la intención de sujetarlo contra el suelo, de inmovilizarlo con una rodilla, pero con las prisas, volvió a pasar de largo. Lo detuvo su mujer y lo ayudó a enderezarse. Daniel se levantó y avanzó torpemente. Intentó sacudirle por tercera vez, pero sólo consiguió dar media vuelta y quedarse mirando a Sylvia.

Sonreía. Gordo como Papá Noel con la gran parka oscura, allí estaba, peleándose por su honor pero sin lograr encajar ni un solo golpe, sólo dando vueltas, resbalando, cayéndose. Riéndose.

—¿Anne Elliot es de verdad la mejor heroína creada por Austen? —preguntó Daniel—. Es lo que dice aquí, en el prólogo.

—Para mi gusto, peca un poco de exceso de bondad innata —dijo Allegra—. A mí me gusta más Elizabeth Bennet.

—A mí me encantan todas —dijo Bernadette.

—Bernadette —dijo Prudie. Había alcanzado el estado sentimental meditabundo que presta el alcohol y que tanto disfrutan los demás al verlo—. Has hecho tantas cosas, y has leído tantos libros. ¿Sigues creyendo en los finales felices?

—¡Oh, Dios! ¡Desde luego! —Bernadette se presionaba una mano contra otra como si fueran un libro, como si orase—. Seguro que sí. He vivido cientos de finales felices.

En el porche, a su espalda, había una puerta de cristal, y detrás de la puerta, una habitación oscura. Sylvia no era persona de finales felices. En los libros sí, y estaba muy bien. Pero en la vida todo el mundo tiene el mismo final, y la única cuestión es quién va a llegar antes. Tomó un sorbo de margarita de melocotón y miró a Daniel, que la estaba mirando a su vez, y no apartó la mirada.

¿Y si a uno le sucedía un final feliz pero no se daba cuenta? Sylvia tomó nota mentalmente. «No te pierdas el final feliz».

Por encima de Daniel, una hoja, una sola hoja, se movía en el nogal. ¡Qué rigor, qué precisión la de la brisa! Olía a río, un olor verde en un mes marrón. Tomó una profunda bocanada de aire.

—A veces, un gato blanco no es más que un gato blanco —dijo Bernadette.

Noviembre

[image]

Epílogo

E

l club de lectura de Jane Austen volvió a reunirse. En noviembre nos reunimos en el Crêpe Bistro a comer y mirar por turnos las fotografías del viaje de Bernadette por Costa Rica en su portátil. Era una pena que no las hubiese editado. Cada vez que un paisaje o un motivo le cortaban la respiración, tomaba dos o tres imágenes idénticas. También había un par de fotos de gente sin cabeza, y otra en la que sólo se veían dos puntos rojos; Bernadette dijo que eran los ojos de un jaguar y nosotros no podíamos demostrar que no lo fueran. De todos modos, estaban muy separados.

Nos contó que un día, el autocar de la agencia se había estropeado al lado de una plantación llamada El Guacamayo Escarlata. El dueño de la plantación, el distinguido señor Obando, insistió en que todo el grupo se quedara allí hasta que llegara otro autocar. En las catorce horas que tardó en llegar, recorrieron la plantación. Bernadette vio un pájaro paraguas de cuello desnudo, un piojito de los torrentes, un mot mot rojizo, un águila arpía (que fue motivo de gran regocijo), un no sé qué de pecho rojo y un no sé cuánto de patas rojas.

El señor Obando era muy entusiasta y tenía muchísima energía para su edad. Estaba resuelto a que su plantación entrara en el circuito de las ecoexcursiones, y no por él, sino por los ornitólogos. Dijo que ése era su sueño. Seguro que no había ninguna otra plantación en ninguna otra parte con mejores aves ni mejores senderos. Ya veían con sus propios ojos los espacios excelentes que había y la gran variedad existente de población plumífera.

Bernadette y él se sentaron en la galería, tomaron una bebida de menta y hablaron de todo, al sol. Sus familiares estaban en San José… tristemente enfermos. Le escribían con frecuencia, pero apenas los veía. También hablaron de libros —«Me temo que, en lo tocante a novelas, no tenemos el mismo gusto», dijo Bernadette—, de música y de los méritos relativos de Lerner y Loewe en comparación con Rodgers Hammerstein. El señor Obando se sabía las canciones de unos doce musicales de Broadway. Cantaron «How Are Things in Gloccamora?», «I Loved You Once in Silence» y «A Cockeyed Optimist». Y animaba a Bernadette a que siguiera hablando; decía que, escuchándola, mejoraría su acento en inglés. Una semana más tarde,

Bernadette había añadido al señor Obando a su Lista de la Vida.

Se había vuelto a casar. Nos enseñó un anillo con una gran aguamarina engarzada.

—Creo que es mi hombre —dijo—. Me gustan los hombres con visión.

Había vuelto para ver a los chicos, a los nietos y a los biznietos, y a recoger el piso. Con el abrigo y el sombrero en la mano, pidió que le reenviaran el correo a El Guacamayo Escarlata.

Nos alegramos mucho por ella, naturalmente, y por el afortunado señor Obando, pero también nos quedamos un poco tristes. Costa Rica está lejos.

Grigg dijo que él, en particular, echaba de menos las reuniones. Jocelyn y él acababan de volver de Minneapolis, de la World Fantasy Convention. Jocelyn dijo que era un congreso muy serio, para lectores serios. Le había caído bien toda la gente a la que había conocido allí, y no había visto nada que le gustara. Grigg dijo que, en realidad, Jocelyn no se había fijado mucho.

La verdad es que le había dado la impresión de que estaba incómoda y a disgusto, rodeada de tanta gente a la que no conocía. A nosotras no nos preocupó. Con sólo darle tiempo para que se relajara y ver qué hacía falta, Jocelyn pondría orden en toda la comunidad. Sólo el ir formando parejas le ocuparía ya unos años.

—Podríamos leer a otro autor —propuso Grigg—. A Patrick O'Brian, por ejemplo. Algunas de sus obras son muy austenianas, más de lo que cabría esperar.

—A mí me encantan los barcos —dijo Prudie a Grigg—. Lo sabe todo el mundo —añadió en el tono más amable posible.

Grigg no había terminado de entenderlo. Si hubiéramos empezado por Patrick O'Brian, podríamos haber seguido con Austen, pero no a la inversa, desde luego.

Habíamos introducido a Austen en nuestra vida y ahora estábamos todas casadas o con novio. ¿Brian lo habría conseguido? ¿Cómo? Cuando quisiéramos cocinar a bordo, tocar instrumentos musicales o cruzar España disfrazadas de oso, Patrick O'Brian sería nuestro guía. Pero hasta entonces, esperaríamos, sencillamente. Al cabo de tres o cuatro años sería un buen momento para retomar a Austen.

Sylvia y Daniel se habían quedado en casa de Jocelyn cuidando del criadero mientras ella asistía a la convención. Después, Daniel

volvió a casa con ella. Sylvia nos contó que había aprendido un par de trucos matrimoniales de Sahara y de los matriarcales ridgebacks. Dice que es feliz, pero sigue siendo Sylvia. ¿Quién podría saberlo?

A Allegra la vemos muy poco últimamente. Volvió a instalarse en San Francisco, con Corinne. Ninguna de nosotras cree que vaya a durar mucho. Daniel contó a Sylvia lo que Corinne había hecho a Allegra, y Sylvia se lo contó a Jocelyn, y ahora se puede decir que todas estamos al corriente. Es difícil sentir aprecio por Corinne, ahora, y creer que su relación está bien encaminada. Hay que creer en las reformas fundamentales, hay que confiar en Allegra. Hay que recordar que Allegra no se deja manejar.

También hay toda una historia en torno a Samantha Yep, pero Allegra dice que no piensa contárnosla nunca, ni a nosotros ni a Corinne, porque es una historia muy buena, precisamente, y no quiere encontrársela en el *New Yorker* cualquier día.

Pedimos la excelente sidra fuerte del Crêpe Bistro para todos y brindamos por la boda de Bernadette. Sylvia sacó la bola mágica «Pregunta a Austen», pero no para hacerle una consulta, sino para ceder la última palabra a la persona adecuada.

«En el norte o en el sur, sé si una nube es un nubarrón tan pronto como la veo».

Salvo que a Austen no le gustaría que termináramos las cosas de ese modo.

«La mujer soltera y con fortuna siempre es respetable».

Mejor. Un buen sentimiento, aunque no tan verdadero como otras cosas que ella decía. Seguro que todos conocemos alguna excepción.

«Lo importante es el simple hábito de aprender a amar».

Eso es.

En honor a Bernadette, con los mejores deseos de felicidad y salud en el futuro, Austen se repite:

Lo importante es el simple hábito de aprender a amar.

Jane Austen, 1775-1817

Guía para el lector

> Jane Austen tiene la curiosa virtud de dar algo que hacer a todo el mundo. Tanto los moralistas como los hedonistas, los marxistas, los freudianos, los junguianos, los semióticos o los desconstructivistas encuentran un espacio de aventura en seis novelas similares sobre la clase media de provincias. Su ficción se renueva sin esfuerzo con cada generación de críticos y lectores.
>
> Martin Amis, «Jane's World», *The New Yorker*

Las novelas

Emma fue escrita entre enero de 1814 y marzo de 1815, y publicada en 1815. El personaje que da título a la novela, Emma Woodhouse, es la reina de su pequeña comunidad. Es encantadora y rica. Es huérfana de madre, pero su padre, frágil y maniático, no pone freno a la conducta ni a la propia satisfacción de su hija. El resto del pueblo es claramente inferior en cuanto a posición social. Sólo el señor Knightley, antiguo amigo de la familia, insinúa alguna vez que Emma necesita mejorar.

A Emma le gusta emparejar a la gente. Cuando conoce a la bonita Harriet Smith, «hija natural de no se sabe quién», la adopta como amiga y la convierte en su causa. Siguiendo sus indicaciones, Harriet rechaza la proposición de matrimonio de un granjero del pueblo, Robert Martin, para que Emma le arregle otra con el señor Elton, el vicario. Desafortunadamente, el señor Elton malinterpreta las intrigas y cree que es Emma quien se interesa por él. Y así, no se le puede rebajar proponiéndole a Harriet Smith.

El regreso al pueblo de Jane Fairfax, sobrina de la parlanchina señora Bates, remueve más las cosas, y también la visita de Frank

Churchill, hijastro de la que había sido institutriz de Emma. Jane y él están comprometidos en secreto, pero como nadie lo sabe, no causa impacto en la fiebre de emparejamientos.

Por fin, las parejas se van perfilando; no según los planes de Emma, pero sí al menos satisfactoriamente. Y ella, que al principio del libro no tiene el menor interés en casarse, antes del final se promete felizmente al señor Knightley.

Sentido y sensibilidad fue escrita a finales de la década de 1790, pero pasó por muchas revisiones antes de ser publicada en 1811. Trata, principalmente, de dos hermanas, Elinor y Marianne Dashwood. Al morir su padre, las dos jóvenes quedan, con su madre y su hermana menor, en una posición económica precaria. Las dos jóvenes se enamoran, cada una a su manera: Marianne es extravagante y hace públicas sus emociones, Elinor es contenida y mantiene el decoro.

A Elinor le interesa Edward Ferrars, hermano de Fanny Dashwood, su odiosa y mezquina cuñada. Elinor se entera de que hace un tiempo que Edward está desgraciadamente comprometido en secreto, y de forma inextricable, con una joven llamada Lucy Steele. Se lo cuenta Lucy, que intuye el interés de Elinor y, fingiendo no saber nada, la escoge como amiga y confidente.

Marianne tiene esperanzas de casarse con John Willoughby, el único hombre atractivo del libro. Pero él la deja a cambio de otra pareja de mejor posición económica. La sorpresa y la decepción hunden a Marianne en un declive peligroso.

Cuando Lucy Steele deja plantado a Edward por su hermano Robert, Edward queda libre por fin para casarse con Elinor. Edward parece poco atractivo, pero al menos lo ha escogido ella. Marianne se casa con el coronel Brandon, el hombre gris que Elinor y su madre han escogido para ella.

[image]

Mansfield Park, escrita entre 1811 y 1813, se publicó en 1814. Señala el regreso de Austen a la novela tras una interrupción de más de una década.

La niña Fanny Price, de diez años de edad, sale de su empobrecido hogar con destino a la mansión de sus adinerados tíos, el señor y la señora Bertram. Allí la atormenta su tía Norris; sus primos Tom, María y Julia la desprecian, y sólo su primo Edmund le demuestra amistad. El lugar que ocupa se parece mucho más al de una

criada que al de una hija. Pasan los años, Fanny crece acobardada y enfermiza, pero muy bonita.

Durante una ausencia del tío Bertram por asuntos de negocios, Henry y Mary Crawford se instalan en una parroquia cercana. Los hermanos Crawford son alegres y encantadores. Tanto María como Julia se sienten atraídas por Henry, y Edmund por Mary.

Preparan una obra de teatro, pero el tío Bertram la suprime a su regreso. Sin embargo los ensayos ya han puesto en marcha varios coqueteos hirientes. María, humillada por la falta de verdadero interés por parte de Henry, se casa con el señor Rushworth, un bufón adinerado.

Entonces, Henry se enamora de la tímida Fanny. Ella rechaza una pareja tan ventajosa y, en castigo, es enviada otra vez con sus padres. Henry insiste durante un tiempo, pero después corteja a María y el asunto termina en desgracia para ella. La reacción natural de María abre los ojos a Edmund.

El vicio y el libertinaje llevan a Tom, el mayor de los primos Bertram, al borde de la muerte; Fanny vuelve a Mansfield Park a ayudar en el cuidado de su primo. Al final del libro, Edmund y Fanny se casan. Parecen adecuados el uno al otro, aunque no son, como señala Kingsely Amis, la pareja que uno desearía invitar a cenar.

[image]

La abadía de Northanger fue escrita a finales de la década de 1790, pero se publicó póstumamente. Se trata de una heroína deliberadamente corriente, Catherine Morland. El libro se divide en dos partes. En la primera, Catherine va de viaje a Bath con unos amigos de la familia, los Allen. Allí conoce a dos parejas de hermanos, John e Isabella Thorpe y Henry y Eleanor Tilney. Su hermano James también se une a ellos y se compromete con Isabella. A Catherine la atrae Henry, un clérigo de modales ingeniosos y poco ortodoxos.

El general Tilney, padre de Henry y Eleanor, invita a Catherine a su casa; esta visita constituye la segunda parte del libro. El general es solícito y autoritario al mismo tiempo. Bajo la influencia de la novela gótica que acaba de leer, Catherine se imagina que el general ha matado a su esposa. Henry lo descubre y le aclara las cosas de forma humillante.

Catherine recibe una carta de James, donde le cuenta que Isabella ha roto su compromiso. El general Tilney, a su regreso de Londres, expulsa a Catherine, que debe regresar sola a casa. A la larga, se

descubre que habían tomado a Catherine y a James por personas de gran fortuna, pero la situación se aclara.

Henry se siente tan ultrajado por el proceder de su padre que sale inmediatamente detrás de Catherine y le propone matrimonio. No pueden llevarlo a cabo sin el consentimiento del padre de Henry, pero al final lo consiguen en la feliz locura de la boda de Eleanor con un vizconde.

Orgullo y prejuicio se tituló en principio *Primeras impresiones*. Austen la escribió entre 1796 y 1797, y la revisó muy a fondo antes de publicarla en 1813. Es su novela más famosa. La propia autora la calificó de «ligera, luminosa, y chispeante en exceso», insinuando que necesitaba un poco de «absurdo solemne y engañoso» para equilibrar. Invirtiendo el cuento clásico de Cenicienta, cuando el héroe, Fitzwilliam Darcy, ve por primera vez a la heroína, Elizabeth Bennet, en el baile, no quiere bailar con ella.

Elizabeth es una de las cinco hermanas Bennet, la segunda, después de la bella Jane. La mansión de los Bennet está vinculada a un primo, y aunque las hermanas están bien acomodadas allí mientras el padre vive, su supervivencia económica a largo plazo depende del matrimonio.

La trama gira en torno al rechazo continuo de Elizabeth a Darcy y la atracción creciente de éste hacia ella. Cuando Elizabeth conoce a un vividor llamado Wickham, éste desprecia a Darcy intensamente y la joven enseguida se deja convencer por el desprecio que ambos sienten hacia él.

El argumento secundario se ocupa del heredero del padre de Elizabeth, el reverendo Collins, que intenta amortiguar el impacto económico sobre la familia casándose con Elizabeth. Ella lo rechaza —es pomposo y estúpido—, de modo que el reverendo se lo pide a Charlotte Lucas, la mejor amiga de Elizabeth, la cual acepta.

Darcy pide la mano de Elizabeth, pero con rudeza. Y Elizabeth lo rechaza con rudeza también. Wickham se fuga con Lydia, la menor de las hermanas Bennet, y Darcy desempeña un papel decisivo en la localización de la pareja, además de pagar por un marido para Lydia. Esa actuación, junto con la firmeza de su amor y la mejora de sus modales, convence a Elizabeth de que, a fin de cuentas, él es el hombre adecuado para ella. Jane se casa con el señor Bingley, amigo de Darcy, el mismo día que Elizabeth se casa con Darcy. Las dos hermanas terminan siendo muy ricas.

Persuasión se publicó póstumamente, igual que *La abadía de Northanger*. Empieza el verano de 1814; ha estallado la paz y la marina regresa a casa. Sir Walter Elliot, un viudo presumido y derrochador, se ve obligado, por economía, a alquilar la mansión familiar a un tal almirante Croft, y a trasladarse con su hija mayor, Elizabeth, a Bath. La hija menor, Anne Elliot, va a casa de su hermana mayor, Mary, casada y encantadoramente quejica, antes de reunirse con ellos.

Muchos años antes, Anne se había comprometido con el cuñado del almirante Croft, ahora capitán Frederick Wentworth. La oposición de la familia y el consejo de una vieja amiga, la señora Russell, la obligaron a anular el compromiso, pero ella sigue enamorada de él.

Wentworth va a casa de su hermana y comienza una serie de visitas para relacionarse con los Musgrove, la familia en la que ha entrado Mary Elliot por su matrimonio. De esa forma, se encuentra con Anne frecuentemente. Anne tiene que ver cómo Wentworth emprende, aparentemente, la caza de una esposa entre las jóvenes Musgrove, y parece inclinarse por Louisa. Durante un viaje a Lyme, Louisa sufre un grave accidente del que tarda en recuperarse.

Anne se reúne en Bath con su familia, aunque no parece que la echen de menos ni que la quieran. Un primo, el heredero del título de su padre, se ha mostrado atento con su hermana mayor. Cuando Anne llega, el primo vuelca sus atenciones en ella.

La señora Smith, antigua compañera de escuela de Anne, le cuenta que él es un villano. Se anuncia el compromiso de Louisa, pero no con Wentworth, sino con Benwick, un desconsolado marino que la veía con frecuencia en Lyme. Wentworth sigue a Anne a Bath y, después de varios malentendidos más, por fin se casan.

Las reacciones

La familia y amigos de Jane Austen comentan *Mansfield Park*, Jane Austen en persona reunió y recogió las opiniones[1]

Mi madre: No le ha gustado tanto como *O. y p.* Fanny le pareció insípida. Le gustó la señora Norris.

Cassandra [hermana]: Le ha parecido inteligente, pero no tan brillante como *O. y p.* Le ha gustado Fanny. Se ha divertido mucho con las estupideces del señor Rushworth.

Mi hermano mayor [James]: Cordial admirador de la novela en general. Le encantó la escena de Portsmouth.

Señor y señora Cooke [madrina]: Le gustó mucho, sobre todo la Forma en que se trata al Clero. El señor Cooke dijo que era «la novela más prudente que había leído en su vida». La señora Cooke echó de menos un buen Personaje Matronil.

Señora Augusta Bramstone [hermana anciana de Wither Bramstone]: Reconoce que opina que *S. y s.* y *O. y p.* son un absurdo total, pero esperaba que *M. P.* le gustase más y, después de terminar la primera parte, se animó diciendo que lo peor ya había pasado.

Señora Bramstone [esposa de Wither Bramstone]: Muy satisfecha con la novela; sobre todo con el personaje de Fanny, porque es muy natural. Se identificó con lady Bertram. Le gustó más que las anteriores, pero se imagina que podría deberse a su falta de Buen Gusto, porque no entiende el Ingenio.

La familia y amigos de Jane Austen comentan

Emma[2]

Mi madre: Le pareció más divertida que *M. P.*, pero no tan interesante como *O. y p.* Ninguno de los personajes puede compararse con Ly Catherine y el señor Collins.

Cassandra: Mejor que *O. y p.*, pero no tan buena como M. P.

Señor J. A. [James Austen] y señora: No les gustó tanto como cualquiera de las tres anteriores. Lenguaje distinto a las otras, no tan fácil de leer.

Capitán Austen [Francis William]: Le gustó muchísimo; puntualiza, no obstante, que quizá *O. y p.* sea más ingeniosa, y *M. P.* de moral más elevada, pero en total, y por el peculiar ambiente Natural de toda ella, la prefiere a las otras.

Señor Sherer [vicario]: No le pareció igual que *M. P.* (que es la que más le ha gustado), ni que *O. y p.* Muy disgustado con mi retrato del Clero.

Señorita Isabella Herries: No le gustó, puso objeciones a que hablara del sexo en relación con el personaje de la Heroína; está convencida de que la señora y la señorita Bates aluden a ciertas conocidas suyas. Personas de las que ni siquiera había oído hablar.

Señor Cockerelle: Le gustó tan poco que Fanny no ha querido enviarme su opinión.

Señor Fowle [amigo desde la infancia]: Sólo leyó el primer capítulo y el último, porque le habían dicho que no era interesante.

Señor Jeffery [editor de la *Edinburgh Review]*: Pasó tres noches sin dormir por su causa.

Comentarios de críticos, escritores y figuras de la literatura sobre Austen, sus novelas, sus admiradores y sus detractores a lo largo de dos siglos

1812 — Reseña sin firma de Sentido y sensibilidad[3]

No obstante, no entretendremos a nuestras amigas más que para afirmar que pueden examinar esos tres libros no sólo con satisfacción sino también con verdadero provecho, puesto que en ellos pueden aprender, si así lo desean, muchas máximas sobrias y beneficiosas de aplicación al comportamiento en la vida, ejemplificadas con una narrativa muy agradable y entretenida.

1814 — Reseña de Mary Russell Mitford sobre Orgullo y prejuicio[4]

Es imposible no percibir en cada frase de *Orgullo y prejuicio*, en cada palabra de Elizabeth, la completa falta de gusto que ha podido producir una heroína tan descarada y mundana del calibre de la amada de un hombre como Darcy. Wickham es igual de malo. ¡Ah! Estaban hechos el uno para el otro, y no puedo perdonar al

encantador Darcy que los separe. Darcy tenía que haberse casado con Jane.

1815 — Reseña de Sir Walter Scott sobre Emma[5]

En general, el cariz de las novelas de esta autora guarda la misma relación con lo sentimental y lo romántico que los maizales, cabañas y prados con los jardines más cuidados de una mansión de interés turístico o la sublime escabrosidad de un paisaje de montaña. Ni es tan cautivador como los unos ni tan grandioso como el otro, pero proporciona a quienes lo frecuentan un placer cercano a su propia experiencia de los usos sociales; y lo que es más importante en cierta medida, el jovial trotamundos regresa del paseo por los asuntos ordinarios de la vida sin la menor posibilidad de que los recuerdos de las escenas que acaba de recorrer le hagan volver la cabeza atrás.

1826 — Sir Walter Scott, once años después, tras la muerte de Austen, un poco más entusiasmado[6]

He leído también, y al menos por tercera vez, la novela de la señorita Austen *Orgullo y prejuicio*, muy bellamente escrita. La joven señorita describía con talento la relación, los sentimientos y los personajes de la vida cotidiana, y de la forma más maravillosa que conozco. Soy capaz de dar como cualquiera hoy en día el tono grandilocuente de éxito, pero la exquisitez que imbuye de interés a las situaciones y personajes comunes y cotidianos mediante la verosimilitud de la descripción y el sentimiento, a mí me ha sido negada. ¡Qué lástima que una persona tan bien dotada haya muerto tan temprano!

1826 — Carta de John Marshall, presidente del Tribunal, a Joseph Story[7]

Me ha mortificado ligeramente que no haya incluido el nombre de la señorita Austen en su lista de favoritos… No alza el vuelo majestuosamente, no planea como a lomos de un águila, pero es agradable, interesante y ecuánime a la par que divertida. Espero sus disculpas por semejante omisión.

1830 — Thomas Henry Lister[8]

La señorita Austen nunca ha gozado de la fama que merece. En esta época de curanderismo literario, esta autora, fiel a la fidelidad de la descripción y reacia a los trucos fáciles de su arte, no ha recibido todavía su recompensa. El lector común puede juzgarla como

Partridge, en la novela de Fielding, juzga la actuación de Garrick, incapaz de ver el mérito de un hombre que, simplemente, se comportaba en el escenario como era de esperar en la vida real en circunstancias semejantes. Partridge prefería, con gran diferencia, al «vigoroso personaje calvo y con peluca» que movía los brazos como aspas de molino y peroraba con un vozarrón de tres juntos. Algo semejante ocurría con muchos lectores de la señorita Austen. Era excesivamente natural para ellos.

1848 — Carta de Charlotte Brontë a G. H. Lewes[9]

¡Qué extraña lección sigue en su carta! Dice que tengo que familiarizarme con la idea de que «la señorita Austen no es poetisa, no tiene "sentimiento" —encierra usted burlonamente la palabra entre comillas— ni elocuencia ni el menor rastro del entusiasmo cautivador de la poesía»; y después añade que tengo que «aprender a pensar en ella como una de las mayores creadoras, una de las mejores retratistas del carácter humano, y una de las escritoras con el mejor sentido posible de los medios para conseguir un fin». Sólo reconoceré en mi vida el último punto. ¿Puede acaso existir tan gran artista sin poesía?

1870 — Reseña sin firma de A Memoir of Jane Austen, *de James Edward Austen-Leigh*[10]

La señorita Austen ha sido siempre la autora preferida *par excellence* de los hombres de letras. Todos reconocen los méritos que conforman su estilo, pero, entre el público lector en general, éstos no han logrado lo que, en rigor, llamaríamos popularidad… Es de siempre sabido que la vida privada de la señorita Austen no se vio afectada por ninguno de los incidentes o pasiones que favorecen el trabajo del biógrafo… Encaja con nuestra idea de la escritora el descubrimiento de que dominaba la microscópica labor de bordado de hace sesenta años, que nunca se enamoró, que «adoptó el atuendo de la edad madura antes de que sus años o su aspecto se lo impusieran…».

Los críticos de su tiempo estaban… entre tinieblas… Ella no era consciente de haber fundado una nueva escuela de ficción que inspiraría nuevos cánones a la crítica.

1870 — Margaret Oliphant[11]

Los libros no procuraron a la señorita Austen una fama inmediata. Empezaron a llamar la atención sigilosamente, de una forma tan gradual y lenta que ni aun en el momento de su muerte habían alcanzado algún grado de notoriedad… Según sabemos, en el

momento de su muerte, lo único que sus novelas habían producido en dinero era unas setecientas libras, y tan sólo un moderado atisbo de alabanzas. No podemos decir que este hecho nos sorprenda; mucho más sorprendente es, creemos, que con el tiempo alcanzaran las alturas en las que hoy se asientan. Del público en general, que gusta de identificarse con los personajes que encuentra en la ficción, se regocija con ellos y se toma sus problemas con verdadero interés, no sería de esperar que unos libros tan serenos, fríos y agudos y que tan poco apelan a la compasión tuvieran un gran éxito… Más bien pertenecen a la clase de libros que atrae al entendido, que cautiva la mentalidad crítica y literaria.

1870 — Anthony Trollope[12]

Emma, la heroína, recibe un trato prácticamente despiadado. En todos los momentos del libro es culpable de un capricho, de un acto de vanidad, de una falta de ignorancia, o, sin duda, de una mezquindad… Hoy día no nos atrevemos a menoscabar tanto a nuestras heroínas.

1894 — Alice Meynell[13]

Es una maestra del escarnio, más que del ingenio o el humor… Su ironía es, ahora y siempre, exquisitamente amarga… La falta de ternura y de animación es manifiesta en la indiferencia de la señorita Austen hacia la infancia. Apenas aparecen niños en sus novelas, si no es para ilustrar el carácter caprichoso de sus madres. No los trata como niños que son, los utiliza como niños consentidos, como medio a través del cual una madre puede recibir los halagos del amigo designado, y que puede causar fastidio a las sensibles amistades de su madre. En esta frialdad o desapego, la señorita Austen se parece a Charlotte Brontë.

1895 — Willa Carther[14]

Tengo poca fe en la ficción escrita por mujeres. Hacen gala de una especie de conciencia sexual que es abominable. Están muy limitadas a una sola cuerda y mienten al respecto. Son muy pocas las que hicieron algo que de verdad valiera la pena, como las grandes George, George Eliot y George Sand, y eran todo excepto mujeres, y la señorita Brontë, que supo controlar el sentimentalismo, y Jane Austen, que sin duda tuvo más sentido común que todas ellas y, en ciertos aspectos, fue la mejor… Cuando una mujer escriba una aventura, un rotundo cuento marino, un masculino relato de guerras, cualquier cosa sin

vino, mujeres y amor, entonces empezaré a tener esperanzas de que hagan algo mejor, pero no antes.

1898 — Artículo sin firma de The Academy[15]

A veces tengo la buena fortuna, un fin de semana, de... haber descubierto una antigua y acogedora posada en la costa de Norfolk donde no hay campos de golf y se cazan aves, abundan los conejos en los que hacer blanco, se come bien de forma sencilla y disponen de una cómoda sala de roble donde pasar la velada. Por mayor comodidad, llamaré a mis amigos... Brown y Robinson...

Brown es un próspero periodista y, por lo tanto, completamente desprovisto tanto de opinión definitiva como de principios... Su tarea consiste en mantenerse al día de lo que el público quiere y darle el espacio necesario.

Robinson es un estudiante joven y ardiente que se emplea a fondo en devorar literatura al por mayor... Fue él quien empezó a hablar de Jane Austen...

—Me gusta Di [Vernon] —dijo el estudiante—, pero [Sir Walter] Scott no la llevó por su camino tan bien como [Austen] a Lizzie [Elizabeth Bennet]. No nos enseña de ella tantos estados de ánimo y humor. Es demasiado perfecta. Así era el estilo de Scott. Todas sus heroínas... eran intachables. Elizabeth tiene mil faltas... muchas veces no ve, es coqueta, audaz, imprudente; y, sin embargo, ¡cuán espléndidamente sale de todo ello! Viva hasta las puntas de los dedos...

—Me congratula ver que la juventud todavía es capaz de entusiasmarse —dijo el periodista—, pero, querido amigo mío, dentro de otros veinte años, cuando lo vea, como espero, convertido en un corpulento padre y esposo que ha dejado de pensar en heroínas, tanto reales como de ficción, sus ideales habrán cambiado radicalmente. Le gustará mucho más leer relatos sobre la señora Norris, que ahorra tres cuartos de yarda de fieltro de unas cortinas de teatro, y Fanny Price le parecerá mucho más interesante que Elizabeth.

—No, en absoluto —replicó el joven categóricamente—. La señora Norris ya me parece bastante interesante ahora...

1898-Mark Twain[16]

Cada vez que leo *Orgullo y prejuicio* me gustaría desenterrarla y darle un golpe en el cráneo con su propia tibia.

1901 — Joseph Conrad a H. G. Wells[17]

¿A qué viene tanto revuelo con Jane Austen? ¿Qué tiene que ofrecer? ¿De qué se trata todo?

1901 — Henry James[18]

Pasó prácticamente inadvertida durante cuarenta años después de su muerte, y ahí está, para nosotros, quizá el más bello ejemplo posible, en realidad, de la enmienda de la valoración, proporcionada por una lenta compensación de la estupidez… Es una ola que se levanta muy alta en la otra orilla… mucho más alta, creo yo, que… el mérito y el interés intrínsecos… Responsable… es el cuerpo de editores, editoriales, ilustradores y productores de la grata tontería de las revistas, que han encontrado a su «querida» Jane, nuestra querida, querida de todos, tan inagotable para sus propósitos materiales…

La clave de la fortuna de Jane Austen con la posteridad se debe en parte a la gracia extraordinaria de su facilidad, de su inconsciencia, en realidad: como si, a lo sumo, por dificultad, por vergüenza, a veces se quedara pensando en las musarañas sobre su costurero, y las puntadas que no dio… fueran recogidas después como… pequeños golpes maestros de la imaginación.

1905 — Reseña sin firma de Jane Austen and Her Times, *de G. E. Mitton*[19]

La señorita Mitton… revela muchas virtudes que aplaudimos. Es una amante de los libros. Es muy trabajadora… Expresa sus opiniones con ingenuidad, en abundancia, y seguramente dará muchas alegrías a quienes la contradicen: por ejemplo, cuando se refiere a *Sentido y sensibilidad*, dice muy poco y en tono despectivo sobre la señora Jennings; nosotros, por otra parte, nos inclinamos ante la señora Jennings como una de las pocas personas de ficción a quienes tan grato es haber conocido en papel como no haber conocido en carne y hueso.

1908 — Crítica sin firma de The Academy[20]

La abadía de Northanger no es el mejor ejemplo del trabajo de Jane Austen, pero el hecho de que esté ambientada sobre todo en Bath, una de las pocas ciudades inglesas que conservan su carácter propio, la hace especialmente atractiva para los foráneos. Tiene además un ingrediente romántico más acusado de lo normal en Jane Austen, que resulta más interesante para el público joven.

1913 — Virginia Woolf[21]

Aquí tenemos a una mujer que hacia el año 1800 escribía sin odio, sin amargura, sin miedo, sin protesta, sin predicar. «Así escribía Shakespeare», pensé… y cuando comparan a Shakespeare con Jane Austen, quizá quieran decir que, mentalmente, ambos habían reducido a cenizas todo impedimento; por ese motivo no conocemos a Jane Austen, y tampoco a Shakespeare, y por ese motivo Jane Austen domina cada palabra que escribió, igual que Shakespeare.

1913 — G. K. Chesterton[22]

Jane Austen nació antes de que las Brontë rompieran esas cadenas que (según nos cuentan) protegían a las mujeres de la verdad, antes de que George Eliot las desatara minuciosamente. Sin embargo, ahí está el hecho de que Jane Austen sabía más sobre los hombres que cualquiera de ellas. Es posible que Jane Austen estuviera protegida de la verdad, pero era muy poca la verdad que podía protegerse de ella.

1917 — Carta de Frederic Harrison a Thomas Hardy[23]

[Austen era] una cínica cruel… escribiendo sátiras sobre sus vecinos mientras los dinastas destrozaban el mundo y consignaban a millones de personas a la tumba… Ni el menor soplo del ciclón que la rodeaba tocó jamás su escritorio ni su cajonera Chippendale.

1924 — Rudyard Kipling, epígrafe de «The Janeites»[24]

Jane descansa en Winchester… ¡bendita sea su sombra! ¡Alabado sea el Señor por crearla, y ella por cuanto creó! Y mientras sigan en pie las piedras de Winchester, o de Milson Street, ¡gloria, amor y honor a Jane de Inglaterra!

1924 — E. M. Forster[25]

Soy janeaustenista y, por tanto, un poco imbécil respecto a Jane Austen. Mi expresión necia y mis aires de inmunidad personal, ¡qué malparados salen ante, digamos, un stevensoniano! Pero Jane Austen es tan diferente. ¡Es mi autor predilecto! Leo y vuelvo a leer, con la boca abierta y la mente cerrada… El janeaustenista no posee el esplendor que atribuye en abundancia a su ídolo. Como cualquier feligrés habitual, apenas se entera de lo que allí se dice.

1925 — Edith Wharton[26]

Jane Austen, naturalmente, sabia en su pulcritud, estilizada en su sobriedad; siempre certera, pero hay muy pocas, o ninguna como ella.

1927 — Arnold Bennet[27]

¿Jane Austen? Sé que me acerco a terreno peligroso. La fama de Jane Austen está protegida por cohortes de defensores dispuestos a asesinar por la causa sagrada. Casi todos son fanáticos. No escuchan. Si alguien «fuera por Jane», podría sucederle cualquier cosa. Sin duda lo obligarían a darse de baja de todos sus clubes. No quiero darme de baja de mis clubes.

Es maravillosa, es embriagadora… [pero] no tenía suficiente conocimiento del mundo para ser una gran novelista. No ambicionaba ser una gran novelista. Sabía cuál era su sitio, pero sus admiradores de hoy no lo saben, y sus payasadas habrían provocado, sin la menor duda, la ironía letal de Jane.

1928 — Rebecca West[28]

Sinceramente, ya es hora de que termine este cómico mecenazgo de Jane Austen. Creer que su armonía en el método le limita el alcance es tan sensato como imaginarse que cuando el océano Atlántico está liso como un estanque, se reduce al tamaño de un estanque. Hay quien, dejándose engañar por su actitud decorosa, por el hecho de que sus vírgenes sean tan virginales que ignoran su virginidad, piensa que Austen se sitúa por encima de la pasión. Pero, si se mira entre la celosía de sus pulcras frases, unidas por los clavos brillantes de la artesanía, pintadas con el alegre barniz del ingenio, se ven mujeres ojerosas de deseo o exultantes de amor cuyas delicadas reacciones ante los hombres hacen que las heroínas de todos nuestros novelistas posteriores sólo sean capaces de dar señales de «alto» o «adelante» al varón que avanza.

1931 — D. H. Lawrence[29]

Estamos nuevamente ante la tragedia de la vida social de hoy. En la vieja Inglaterra, la curiosa consanguinidad mantenía unidas a las clases. Los terratenientes podían ser arrogantes, violentos, déspotas e injustos; sin embargo, en ciertos aspectos estaban en armonía con el pueblo, los unían lazos de consanguinidad. Lo percibimos en Defoe o Fielding. Sin embargo, en la mezquina Jane Austen, desaparecen. Esa vieja doncella tipifica ya la «personalidad», en vez del carácter, el conocimiento penetrante del apartarse en vez del conocimiento del unirse, y es, a mi modo de sentir, profundamente desagradable.

Inglesa en el sentido malo, mezquino, esnob de la palabra, de la misma manera que Fielding es inglés en el sentido bueno y generoso.

*1937 — W. H. Auderf*30

Nadie la impactaría como ella me impacta a mí: / a su lado, Joyce es inocente como la hierba. / Me incomoda sobremanera ver / a una solterona inglesa de clase media / describiendo los efectos amorosos del «metal», / revelando con tanta franqueza y sobriedad / las bases económicas de la sociedad.

*1938 — Carta de Ezra Pound a Laurence Binyon*31

Desesperado, me inclino a decir que lo leas tú mismo y taches toda frase que no sea como Jane Austen la habría escrito en prosa. Aunque es imposible, lo reconozco, imposible. Mas cuando encuentro una línea límpida, en simple y perfecto orden normal, ¿no vale acaso por diez cualesquiera de las otras?

*1938 — Thornton Wilder*32

[Las novelas de Jane Austen] parecen compendios de verdad abyecta. Los acontecimientos carecen de importancia hasta la atrocidad. Sin embargo, con *Robinson Crusoe*, sobrevivirán probablemente a todo Fielding, Scott, George Eliot, Thackeray y Dickens. El arte es tan consumado que el secreto queda oculto; se pueden escudriñar tanto como sea posible, sacudirlas, separarlas, pero es imposible ver cómo lo ha hecho.

*1938 — H. G. Wells, diálogo de un personaje de una novela que quizá exprese la opinión de Wells o quizá no*33

Jane Austen, la inglesa, es muy típica. Yo la llamaría «quintaesencial». Un cierto encanto ineluctable, desvaído. Como alguna de las más bellas mariposas... sin vísceras.

*1940 — D. W. Harding*34

Deduzco que es una satírica delicada que revela con toques ligeros e inimitables las cómicas flaquezas y afables debilidades de la gente con la que vivió y a la que apreció... Eso fue suficiente para cerciorarme de que no quiero leerla. Y creo que es una impresión severamente engañosa...

Para disfrutar de sus libros sin alterarse, quienes mantienen la

idea convencional de su trabajo han tenido que malinterpretar siempre ligeramente lo que escribió.

1940 — Publicidad de la Metro Goldwyn Mayer para la película Orgullo y prejuicio[35]

La caza del hombre más alegre y divertida que ha asediado jamás al soltero desconcertado, orquestada por cinco hermanas encantadoras. ¡Chicas! ¡Aprended la lección de las cazadoras de marido!

1944 — Edmund Wilson[36]

Se han producido varias revoluciones del gusto en los últimos ciento veinticinco años de literatura inglesa, a lo largo de los cuales, solamente la reputación de dos autores, quizá, ha salido indemne de los caprichos de la moda: Shakespeare y Jane Austen... La autora ha conquistado la rendida admiración de escritores de los más diversos géneros, y diría que Jane Austen y Dickens, curiosamente, se nos presentan hoy como los dos únicos novelistas ingleses... que se mantienen en los primeros puestos junto con los grandes escritores de ficción rusos y franceses... Que este espíritu se encarnara en la mente de una soltera de buena cuna, hija de un clérigo rural —que jamás vio del mundo nada más que lo que le permitieron sus breves visitas a Londres y una estancia de unos pocos años en Bath, y cuyos personajes se nutren principalmente de los problemas de las jóvenes provincianas que buscan marido—, parece una de las anomalías más curiosas de las muchas que se encuentran en la historia de la literatura inglesa.

1954 — C. S. Lewis[37]

En el peor relato de Kipling, un personaje dice que [Jane Austen] es la madre de Henry James. A mí me parece mucho más verosímil que sea hija del doctor Johnson: hereda su sentido común, su moralidad y su estilo en gran medida. No soy tan conocedor de James como para decidir sobre la otra propuesta. Pero si acaso le debiera algo, ha de ser enteramente por la parte estructural. El estilo de Austen, su sistema de valores, su temperamento, me parecen radicalmente opuestos a los de James. Estoy seguro de que Isabel Archer, de haber conocido a Elizabeth Bennet, la habría catalogado como «no muy cultivada», y Elizabeth, me temo, habría encontrado a Isabel falta de «seriedad» y alegría a un tiempo.

1955 — Lionel Trilling[38]

Es probable que haya que interpretar la *animalidad* de la repugnancia de Mark Twain como la repugnancia masculina hacia una sociedad en la que las mujeres parecen ser el centro de interés y poder, como el pánico del hombre ante un mundo de ficción en el que el principio masculino, aunque esté representado como admirable y necesario, se encuentra prescrito y controlado por la mente femenina. El profesor Garrod, cuyo ensayo *Jane Austen, A Depreciation* es una *summa* de razones para desdeñar a Austen, expresa una repugnancia casi tan salvaje como la de Mark Twain; insinúa que se trata de un insulto sexual directo que una autora dedica a los hombres.

1957 — Kingsley Amis[39]

Edmund y Fanny son moralmente detestables, y la aprobación de sus sentimientos y su conducta por parte de la autora... convierten a *Mansfield Park* en un libro inmoral.

1968 — Angus Wilson[40]

En cuanto al goteo de críticas hostiles a Jane Austen, a partir de la época victoriana hasta hoy, las hay temperamentales y fuera de tono, como las de Charlotte Brontë, Mark Twain o [D. H.] Lawrence, escasas de información, como las del profesor Garrod, y parciales solamente, como las del señor Amis por su reticencia a prodigar al señor y la señora Bertram una invitación a cenar; sus admiradores menos inteligentes y más efusivos han deshonrado su gran reputación más que los críticos hostiles.

1974 — Margaret Drabble[41]

Hay escritores que escribieron en exceso. Otros no escribieron suficiente. Y aun otros no escribieron nada que pueda considerarse suficiente para satisfacer a sus admiradores, y Jane Austen pertenece, sin duda, a esta categoría. El descubrimiento de una novela completa de Jane Austen produciría más júbilo genuino que cualquier otro hallazgo literario que uno puede imaginarse, exceptuando una nueva obra importante de Shakespeare.

1979 — Sandra M. Gilbert y Susan Gubar[42]

La novela de Austen es halagadora para los lectores masculinos en particular, porque describe la doma no sólo de cualquier mujer sino específicamente de la joven rebelde e imaginativa a la que un hombre

prudente llega a dominar por medio del amor. La historia encubierta de Austen sobre la necesidad de silencio y sumisión fija la posición subordinada de la mujer en la cultura patriarcal tanto como el papel secante que cubre literalmente el manuscrito de su escritorio… bajo esa historia encubierta, Austen siempre estimula al lector a «poner de su parte lo que falta.» [Esta última cita es de Virginia Woolf.]

1980 — Vladimir Nabokov[43]

La señorita Austen no es una obra maestra violentamente vivida… *Mansfield Park*… es el trabajo de una dama y el juego de una niña. Pero de ese costurero sale un exquisito arte de bordado, y esa niña posee una veta de genio maravilloso.

1984 — Fay Weldon[44]

También creo… que el motivo por el que nadie se casó con ella fue el mismo por el que Crosby no publicó *La abadía de Northanger*. Sencillamente, todo era excesivo. Algo verdaderamente temible rugía por debajo del júbilo burbujeante, algo capaz de agarrar al mundo por los pies y darle una sacudida.

1989 — Katha Pollit, de su poema «Rereading Jane Austen's Novels»[45]

Esta vez, no me parecieron tan cómicas. / Mamá está loca, ciega o muerta. Papá es / una especie de lunático jovial y consentido. / Nadie piensa en nada más que en la clase.

1989 — Christopher Kent[46]

H. F. Brett-Smith, profesor de Oxford, sirvió en la Primera Guerra Mundial en el cargo de consejero de lectura para soldados heridos en hospitales. «Para los más gravemente heridos por los obuses —recordaba un antiguo estudiante—, seleccionaba Jane Austen…».

En pleno desarrollo de la Revolución Francesa, Jane Austen apenas levantó la cabeza de su *petit-point* literario. ¿Qué mejor bálsamo para las mentes trastornadas de Passachendaele o el Somme? En la calma terapéutica de sus páginas, las víctimas de la historia podían huir de la némesis.

1993 —Gish Jen[47]

Creo que el siguiente autor que ejerció sobre mí una gran

influencia fue Jane Austen. *Orgullo y prejuicio* es uno de los libros que he tenido que leer del derecho y del revés. De verdad quería ser Elizabeth Bennet. Claro que, hoy día, habrá personas que digan: «¡Ah, es tan inglés!»; creen que tendría que haberme dejado influenciar más por la ópera china o algo así.

1993 — Edward W. Said[48]

Sin embargo, en lo que respecta a *Mansfield Park*, es necesario decir mucho más… Entonces, quizá Austen, y desde luego la novela preimperialista en general, parezcan más implicadas de lo que parecía a primera vista en la lógica a favor del expansionismo imperialista.

1995 — Artículo sobre un ensayo de Terry Castle[49]

¿Jane Austin era gay? Esta pregunta, propuesta por la sobria *London Review of Books*, generalmente seria, fue el título de un ensayo escrito por el profesor Terry Castle, de Stanford, en el que profundiza sutilmente en la «dimensión homoerótica inconsciente» de las cartas de Austen a su hermana Cassandra. La implicación ha producido gran escándalo entre los austenistas.

1996 — Carol Shields[50]

Las heroínas de Austen son convincentes porque, en un sistema social y económico que conspira para situarlas en desventaja, ejercen verdadero poder… Mirando las novelas de Jane Austen… vemos que las mujeres no sólo saben lo que quieren, sino que desarrollan una estrategia encaminada a conseguirlo.

1996 — Martin Amis[51]

Jane Austen tiene la rara virtud de dar algo que hacer a todo el mundo. Tanto los moralistas como los hedonistas, los marxistas, los freudianos, los junguianos, los semióticos o los desconstructivistas encuentran un espacio de aventura en seis novelas similares sobre la clase media de provincias. Su ficción se renueva sin esfuerzo con cada generación de críticos y lectores.

Cada época pone de relieve algo en particular, y en el festival de Austen surgen hoy, reveladas al completo, nuestras propias ansiedades. Nos gusta revolcarnos en los acentos y pertrechos del mundo de Jane, pero reaccionamos de forma predominantemente sombría. Vemos, por encima de todo, lo constreñidas que se encuentran las oportunidades para las mujeres: la brevedad de su

nubilidad, y sin embargo, la parsimonia y la insensibilidad con que el tiempo pasa por ese estado. Vemos la gran cantidad de ocasiones que existen para infligir daño social y el gran interés que los poderosos tenían en infligirlo. Vemos lo poco que los desprovistos de poder podían esgrimir en contra de quienes pudieran odiarlos. Nos preguntamos quién, por todos los santos, se casará con las chicas pobres. Los hombres pobres no pueden y los ricos, tampoco. Entonces, ¿quién?

1996 — Anthony Lane[52]

Nada pesa más sobre los hombros de un escritor que ser amado en exceso, pero Austen se quita ese peso de encima de forma tal que no la alcanza.

1997 — Editorial del Forbes[53]

«Drucker no es un teórico de la gestión en el sentido académico estricto», dice Lenzer… «Compara las alianzas estratégicas corporativistas con las alianzas matrimoniales de las novelas de Austen».

1997 — Susan M. Korba[54]

Hace años que los críticos de *Emma* dan vueltas alrededor del tema, desconcertante en apariencia, de la sexualidad de la protagonista… Claudia Johnson entiende que… «suelen aflorar a la superficie de las críticas sobre Austen sub-textos de misoginia transparente, homofóbicos incluso, en algunos casos». Johnson cita las ominosas alusiones de Edmund Wilson y las veladas insinuaciones de Marvin Mudrick sobre el encaprichamiento de Emma y su preferencia por otras mujeres como ejemplos del desasosiego que inspira esta heroína de Austen en particular.

1999 — David Andrew Graves[55]

En estos dos últimos años, he analizado los textos con ayuda de programas informáticos en busca de secuencias de palabras que se repitan y de la frecuencia de términos… Desde el punto de vista de la frecuencia de términos por categoría semántica, *Emma* destaca por ligera y brillante entre las novelas de Austen, marcadamente positiva, con la menor incidencia de sentimientos negativos, tal como nos promete desde la primera frase.

1999 — Andy Rooney[56]

No he leído nunca nada escrito por Austen. Sencillamente, no he conseguido ponerme a leer *Orgullo y prejuicio* ni *Sentido y sensibilidad.* Me parecían los gemelos Bobbsey para adultos.

1999 — Anthony Lane[57]

Desnudez, abuso sexual, lesbianismo, un rastro de incesto… ¿es que no nos vamos a cansar nunca de Jane Austen?

2000 — Nalini Natarajan[58]

Una visión «sensata» de la popularidad de Austen en la India apuntaría a la traducibilidad de las situaciones austenianas al contexto de la clase media emergente en la India… Los temas que señala mi metacrítica, o lectura de crítica reciente de la hija austeniana, aunque bastante separada de las cuestiones específicas de la reforma femenina y su narrativización en la Bengala colonial, perfilan un paradigma que delimita el debate sobre el entrelazamiento de las dos culturas.

2002 — Shannon R. Wooden, sobre las películas austenianas[59]

El control de los alimentos, un rasgo cultural definitorio dominante de la «feminidad», domina también el *Sentido y sensibilidad* de Ang Lee, la *Persuasión* de Roger Michell, la *Emma* de Douglas McGrath y la *Clueless* de Amy Heckerling… La heroína no come, sin excepciones… El consumo manifiesto de comida señala invariablemente a la mujer «mala» o ridícula.

2002 — Elsa Solender, anterior presidenta de la Jane Austen Society of North America[60]

Después de revisar todas las películas y críticas de las películas disponibles en las bibliotecas especializadas de Londres, Los Ángeles y Nueva York, y tras pedir por favor, comprar o tomar prestada una biblioteca entera de libros y artículos sobre la adaptación de la literatura al cine, he llegado a una conclusión definitiva sobre el intento de recrear en cine el «mundo de Jane Austen» con fidelidad y autenticidad de modo que satisfaga a los janeístas. En una palabra: ¡No!

2003 — J. K. Rowling[61]

Nunca quise ser famosa y nunca soñé que llegaría a serlo… Hay

una pequeña desconexión con la realidad que me sucede con frecuencia. Me imaginaba que ser una escritora famosa sería ser como Jane Austen: poder estar sentada en casa, en la parroquia, mientras tus libros se hacen muy famosos y te carteas de vez en cuando con el secretario del príncipe de Gales.

Temas de debate

Las preguntas de Jocelyn

1. Los libros de Austen te dejan muchas veces con la duda de si las parejas que ha formado eran buena idea. Algunas de las parejas dudosas podrían ser Marianne Dashwood y el coronel Brandon, Lydia Bennet y Wickham, Emma y el señor Knightley, Louisa Musgrove y el capitán Benwick. ¿Te disgusta alguna de las parejas que se crean en *Club de lectura Jane Austen?*

2. ¿Te gusta alguna película basada en novelas de Austen? ¿En general, te gustan las películas basadas en obras literarias? ¿Has visto alguna adaptación de las novelas de Austen en la que participe un terrier Jack Russell llamado Wishbone? ¿Te apetecería verla?

3. ¿Es de mala educación regalar un libro a una persona y después preguntar si le ha gustado? ¿Tú lo harías?

Las preguntas de Allegra

1. Apenas vamos ya a bailes elegantes, pero los bailes del instituto todavía desempeñan un papel prominente —excesivamente prominente— en la historia personal de cada uno. Sobre todo en el caso de las que no asistimos. ¿Por qué todas las películas de amor entre adolescentes terminan con el baile de fin de curso?

2. ¿Alguna parte de tu respuesta tiene que ver con el hecho de bailar?

3. En Club de lectura Jane Austen me caigo dos veces e ingreso dos veces en el hospital. ¿Te paraste a pensar cómo se paga el seguro de enfermedad una mujer que vive del diseño de joyas? ¿Crees que llegará a haber una cobertura sanitaria universal en mi país?

Las preguntas de Prudie

1. Lo que quise decir en el párrafo sobre la ironía es que el hecho de que todo el mundo encuentre su lugar en la escala social al final de Emma no significa que Austen esté de acuerdo. Igual que con Shakespeare, es difícil leer a Austen y saber cuál era su opinión en realidad respecto a muchas cosas. ¿Se podría decir lo mismo de Karen Joy Fowler?

2. Il est plus honteux de se défier de ses amis, que d'en être trompé. ¿Estás de acuerdo o no?

3. ¿A cuál de las mujeres de «Sexo en Nueva York» se parece más Dean, en realidad?

Las preguntas de Grigg

1. Los libros de Jane Austen se publicaron inicialmente sin el nombre de la autora, con el comentario «Un libro interesante», que advertía al lector de que se trataba de una lectura romántica. Si Austen publicara hoy, ¿se consideraría una autora de novela romántica?

2. Los amantes de Jane Austen tienen una intensa conexión con los libros, semejante a la de los lectores de ciencia ficción. ¿Sabes si existen públicos lectores de otros géneros que sientan la misma pasión? ¿Por qué ésos, y no otros?

3. A muchos lectores de ciencia ficción también les gusta Jane Austen. ¿Por qué crees que es así? ¿Crees que a muchos lectores de Jane Austen también les gusta la ciencia ficción?

Las preguntas de Bernadette

1. Una de las razones por las que no sabemos más acerca de Jane Austen es que su hermana Cassandra destruyó muchas de sus cartas porque le parecían demasiado personales o porque le parecía que no la reflejaban bien. Ante este hecho, ¿qué opinión te merece Cassandra?

2. ¿Crees que la lectura de un libro es más provechosa cuanto más se sepa sobre el autor? ¿Te da igual que no se incluya foto del autor? ¿Crees que de todos modos el autor no se parecerá a la foto?

3. ¿Crees en los finales felices? ¿Son más difíciles de creer que los

tristes? ¿Cuándo lees el final del libro, por lo general? ¿Después del principio y del medio, o antes? Argumenta la respuesta.

Las preguntas de Sylvia

1. ¿Cuántas generaciones conoces del árbol genealógico de tu familia? ¿Te interesa la genealogía? ¿Por qué o por qué no?

2. ¿El amor es mejor la segunda vez? ¿Un libro mejora con la segunda lectura? ¿El libro que más te gusta es también el que más relees? ¿La persona a la que más quieres es también la persona con quien más tiempo pasas?

3. ¿Alguna vez deseas que a tu compañero o compañera lo hubiera escrito otro escritor, tuviera mejores diálogos y una forma más encantadora de sufrir? ¿A qué escritor escogerías?

Agradecimientos

Debo más de lo que puedo expresar a muchas personas.

Gracias a Shannon, mi hija, que no sólo leyó y me aconsejó sino que además hizo el paracaidismo que tenía que haber hecho yo.

Gracias a Kelly Link y Gavin Grant, que revisaron los borradores mucho más de lo que cualquier amigo debería, siempre animándome y siempre aconsejándome con mucha inteligencia.

Gracias a Sean Stewart y a Joy Johannessen por su enorme ayuda en la recta final.

Gracias a Susie Dyer y a Catherine Hanson-Tracy, tan generosas las dos con su tiempo y su saber.

Gracias a Christopher Rowe por los vampiros invisibles del libro.

Gracias a Christien Gholson por la imagen robada, y a Dean Karnhopp por la anécdota robada.

Gracias a la colonia MacDowell y al Davis Crêpe Bistro por el tiempo, el espacio y la excelente comida.

Gracias, como siempre, a Marian Wood y a Wendy Weil por tantas cosas a lo largo de tantos años.

Y gracias especialmente a la incomparable Anne Jardine.

Cada cual tiene su propia Austen. La mía es la que enseñaba su trabajo a sus familiares y amigos y extraía gran placer de sus reacciones. Gracias, por encima de todo, a ella, por esos libros renovables, releíbles y eternamente fascinantes, y por todo lo que se ha escrito sobre ellos.

Biografía

Karen Joy Fowler (Indiana, Estados Unidos, 1950) es licenciada en Ciencias Políticas por la Universidad de Berkeley y reconocida autora de ciencia-ficción y fantasía, género en el que ha cosechado diversos éxitos. Con su novela *Sister Noon* fue finalista del Premio PEN/Faulkner. *El club de lectura Jane Austen* es su primera novela traducida al castellano; con ella la autora explora con éxito un nuevo registro literario.

Notas

[1] Pride: «orgullo». Clara referencia a *Pride and Prejudice, Orgullo y prejuicio. (N. de la t.)*

[2] *Honni…*: Malhaya quien mal piense. *(N. de la t.)*

[3] *Sentido y sensibilidad* es el título más frecuente de *Sense and Sensibility* en las ediciones en castellano, pero no es el único. Sólo esta novela de Austen no ha encontrado unanimidad entre los diversos traductores, y así la encontramos también bajo los títulos de *Sensatez y sentimientos* y *Juicio y sentimiento. (N. de la t.)*

[4] *Kung-an*: o *koan* es una especie de pregunta o tema de meditación que se da al estudiante de budismo zen. *(N. de la t.)*

[5] Catydid: juego de palabras intraducible. *Caty did* («fue Caty», «lo hizo Caty») podría ser la frase más utilizada por las hermanas mayores para culpar de cualquier cosa a la menor de ellas. *(N. de la t.)*

[6] La-Z-Boy: es marca registrada. En inglés suena como «lazy boy», «vago, gandul». *(N. de la t.)*

[7] Busby Berkeley (1895-1976), famoso director de cine y teatro y coreógrafo estadounidense. *(N. de la t.)*

[8] Depo-Provera: inyección de hormonas que evita el embarazo durante tres meses. *(N. de la t.)*

Table of Contents